

LAS TRES

NAVIDADES.

LA NOVELA

NOVELA ORIGINAL

**NACIONAL.**

Por D. Juan de Ariza.

MADRID: — 1846.

Sociedad Tipográfica de Martorell y Compañía,

Plaza de San Juan, número 3.

LA NOVELA

J. GONZÁLEZ



**LAS TRES**

# **NAVIDADES.**

NOVELA ORIGINAL

Por D. Juan de Ariza.



MADRID:—1846.

**Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía.**

Pasadizo de San Ginés, número 5.

LAS TRES

# NAVIGANTES.

NOVELA ORIGINAL

Por D. Juan de Arce.



MADRID:—1846...  
Sociedad Tipográfica de Morctano y Compañía.  
Pasadizo de San Gede, número 5.

---

## PROLOGO.

---



Siempre he juzgado muy difícil escribir una novela de costumbres, y la experiencia ha confirmado lo que la razón me enseñaba. No he considerado yo nunca que la mayor dificultad consistía en trazar caracteres adecuados á cierta época; creía, y á mi parecer con fundamento, que era difícil presentar verdaderos tipos sociales sin retratar los individuos. Este temor, justo y fundado, me ha hecho marchar con timidez en el desempeño de la fábula, y

me obliga á protestar que en ella no hay ninguna copia ó retrato. Podrá ser que encuentren algunos rasgos de grande parecido entre las creaciones del novelista y determinadas personas; esto consiste en que estudiando las costumbres de todo un pueblo, se presentan alguna vez las de un individuo que descuella, porque un todo siempre se forma de varias y distintas partes.

Al describir nuestras costumbres, se presenta otro inconveniente de considerable importancia. Hijas de una revolucion, no terminada todavía, revelan por doquier su origen, y es imposible tratar de ellas sin meter un poco la hoz en el campo de la política. Hubiera querido evitar un escollo tan formidable, pero no me ha sido posible. Al hablar de ella, no es mi ánimo echar culpas sobre un partido, haciéndole en todo responsable de los males que nos aflijen: deploro los tristes efectos, y de intento callo las causas que los males han producido. Si algunas escenas se aproximan á un determinado período, otras pertenecen sin duda á otro período diferente; y si apareciendo criminales conser-

van grande semejanza , cúlpease al hombre ó á los hombres que las preparan y producen, mas no al novelista que las cuenta.

Mi opinion respecto á los prólogos ha sido siempre , que si dan una mediana idea de la obra , son redundantes por lo menos ; y si nada dicen de ella inútiles. Me contento , pues, con lo dicho , suplicando á todos mis lectores que me crean bajo mi palabra.



van grande semejanza con el hombre ó  
 á los hombres que las preparan y producen  
 mas no el novelista que las cuenta. Mi  
 Mi opinion respecto á los proyectos ha sido  
 siempre que si han una mediana idea de la  
 obra son redundantes por lo menos. Y si no  
 ha dicen de ella inútiles. Mi contento pues  
 con lo dicho supliendo á todos mis lecto-  
 res que me crean bajo mi palabra.



scribir nuestras costumbres, se pre-  
 elabóranse de un modo tan considerable  
 de una revolución, no ter-  
 orio su vez por de querer su ori-  
 meter de ellas sin meter  
 el campo de la política.  
 tan formi-  
 Al ha-  
 en su ánimo echar culpa  
 en todo respon-  
 con respecto á los males que se  
 de intento calla las causas  
 que los males han producido. Si algunas  
 un determinado periodo,  
 á otro periodo  
 sus conse-

---

---

# LAS TRES NAVIDADES.

---

## CAPITULO PRIMERO.

---

### La cena.



En una sala, no muy espaciosa ni simétricamente amueblada, estaban una docena de amigos, satisfaciendo su apetito en honra y gloria del Mesías. De todas las costumbres cristianas ninguna tan escrupulosamente observada como la celebracion de Noche Buena, y desde los mas opulentos magnates á los mas andrajosos pordioseros añaden algunos platos á sus mesas, y sufren una indigestion en celebridad del hombre Cristo.

No eran ni uno ni otro nuestros amigos.

Artistas, segundones y poetas, abundaban en buen humor, cuanto escaseaban en dinero, y á fuerza de empeños y de maña habian conseguido reunir fondos para su bulliciosa orgía. Sentados alrededor de una mesa bastante reducida para las veinte personas que la honraban, porque cada socio tenia á su derecha una muchacha encantadora que le pisaba el pie de vez en cuando, se daban prisa á despachar manjares y á desocupar las botellas, como si no hubieran de pagarlas. Durante los platos succulentos, reinó solamente una racional alegría; pero á los postres se fué convirtiendo en no interrumpida algazara. Satisfecha el hambre y no muy en caja las cabezas, se llenaban todas las copas á un tiempo, y se vaciaban de la misma manera y á compas. Algunas lúbricas canciones se cantaban á coro, y los vasos y los cuchillos servian de monótona y bien desacordada orquesta.

Unas mugeres sin pudor y unos hombres medio embriagados y sin juicio presentaban el cuadro mas repugnante de la vida, y el compendio de sus pequeñeces y miserias.

Cansados de los manjares y de los licores hicieron cambiar los manteles en un tapete, y poniéndose de banqueros los que con mas fondos contaban, tiráronse los primeros albures

y pidiéronse entreses y elíjanes. Sucediéndose á la embriaguez de los licores la mas frenética del juego, todos los ojos estaban fijos en las cartas, y todos los corazones latiendo por un as hondo ó por la obstinada contra judía. Muchas veces acercó sus labios alguna muchacha traviesa á las amaratadas mejillas de su improvisado y taciturno amante, que la rechazó bruscamente, porque acababa de salir un caballo contra todas las reglas del juego.

Solo, reclinado sobre un sofá y sin hacer caso de cuanto le rodeaba, el jóven Fernando sostenia su cabaza. Las reiteradas instancias de sus amigos no le habian hecho probar licor, y habiendo puesto todo su dinero en una sota, habia tenido el gusto de que no le pesara un ochavo. Enteramente distraido no habia hecho reparo en la jóven Julia, que sentada á su inmediacion se divertia desrizándole la mekena. Un malicioso tiron de la jóven le hizo fijar su atención en ella; pero quedó mirándola con una fijeza casi estúpida.

—¿Qué tienes? Fernando.

—Nada, Julia.

—Me pareces muy triste, y yo estoy obligada á distraerte. ¿Soy tan fea que no merezca me hagas caso?

—No Julia, tu boca pequeña y sonrosada tiene la inocencia de un niño, y tus ojos la

dulce mirada de una vírgen ; flotan tus cabellos como los tallos de la palma , y te se puede llamar hermosa.

La jóven se precipitó entre los brazos de Fernando , y cubrió su frente de besos.

—Aparta por Dios , aparta , Julia. Me estás abrumando con tus caricias , y veo bullir sobre tus labios los besos que recibiste ayer , los que has dado hoy y los que te darán mañana. Sonrien tus labios por costumbre , se enternecen tus ojos por hábito y abrazas sin placer ni amor. Aparta por Dios , aparta , Julia.

—¿No me quieres , Fernando?

—No , Julia. Mi corazon es insensible á tus halagos , y no tienes bastante poder para que se disipe mi hastío. Eres hermosa , lo repito , ¿pero cómo ha de interesar una hermosura que se vende á quien no seducen las hermosuras que se niegan?

Julia lanzó un triste suspiro.

—Ese suspiro , continuó Fernando , me es mas simpático que tus caricias. ¿Tú no has amado nunca , Julia?

—Nunca. Le replicó la jóven con el acento de la verdad.

—Has hecho muy bien , hermosa niña. Sí tu corazon hubiera latido sobre un corazon todo tuyo : si tus lábios hubieran respirado el aliento de algun hombre adorado , te seria

imposible fingir un amor que no sientes, y padecerías todas las angustias del réprobo.

Julia derramó algunas lágrimas, y Fernando la dió un abrazo con toda la ternura de un padre.

—¿Hay hombres que nos amen, Fernando?

—Sí, Julia. Todos tenemos una edad en que es el amor santo y puro, tras ellas vienen desengaños: las preocupaciones sociales, el oro que todos codician, la miseria que todos temen, y hasta la fatalidad misma van destruyendo poco á poco ese amor virginal y púdico, hacen de la vírgen una cortesana, y del jóven tierno un malvado. Ves todos esos hombres que juegan, todos han tenido amor puro; ves esas mugeres que beben, que tambien juegan, y que fuman, todas habrán tenido amor; me ves á mí cansado y frio, á mí que te he rechazado hace poco hasta hacerte derramar lágrimas, yo tambien he amado como un loco, he fomentado aqui una hoguera, y temo mover las cenizas no estalle otra vez el incendio.

El lenguaje de Fernando era tan nuevo para Julia que no comprendia de él una palabra; le parecia con todo muy superior á cuanto habia escuchado hasta entonces, y con sencillez admirable dijo.

—¿En que se diferencia, Fernando, el

amor que acabas de describir, y el que nosotras inspiramos?

—En lo que se diferencia la luz del sol y la opaca luz de una tea. La del primero da vida al mundo, la de la segunda humo denso. Querer comparar los dos amores, es querer encontrar semejanza entre los seres y la nada, entre el espíritu y la materia. El uno se asienta en el alma y nos eleva hasta los cielos; el otro vive en los sentidos y nos arrastra en lodo inmundo. Es el primero el sentimiento, es el segundo el apetito. Dios fuente inagotable del uno, los sentidos fuente del otro. El amante tiembla ante el objeto que merece su adoracion, y teme tocarlo como á la sensitiva que se marchita al primer contacto. Le faltan muchas veces voces, pero revelan las miradas lo que no puede decir el labio. Siente una electricidad continua que estremece todos sus nervios, y corre la sangre en sus venas tan encendida como lava.

—¿Has amado tú así, Fernando?

—Sí, Julia, como yo no puedo explicarte.

—¿Y te amaban del mismo modo?

—En algun tiempo así me amaron ó me lo fingieron al menos. Yo miraba unos ojos que me decían en su lenguaje, te amo: una sonrisa candorosa que también me decía en

el suyo, te amo: unos labios que repetían te amo, te amo.

— ¡Qué feliz has sido, Fernando!

— Muy feliz, sí, muy feliz, Julia. Pero toda mi felicidad fué sueño. Aquellos labios que habían repetido cien y cien protestas de amor dieron un sí al pie de los altares á otro hombre; y los labios que me sonreían recibieron besos helados del esposo.

— ¡Qué desgraciado eres, Fernando,

— Sí, muy desgraciado soy, Julia. Pero tú no comprendes mi desgracia, tú no conoces el por qué. Aquella muger tan amada se vendió, como tú te vendes; sin mas diferencia que su contrato fué solemne ante escribanos y testigos; que fué una venta verdadera, y el tuyo es un alquiler que cambia cada semana ó cada día.

— ¿No tienes tú para vivir? ¿No tiras tú también el oro?

— Es muy poco para una muger. No les basta la medianía; no ven la felicidad conyugal en el seno de la familia, en los abrazos de un esposo, en las caricias de los hijos. Quieren deslumbrar con sus joyas, porque la sociedad ha dispuesto que una soltera se presente coronada de rosas blancas, y una esposa toda cubierta de deslumbrantes pedrerías. Una berlina para visitas; una car-

retela para el paseo , un palco para los espectáculos valen mucho mas que un corazon.

Fernando bajó la cabeza , y anchas gotas de sudor frio se deslizaron por su frente; Julia las limpió con su pañuelo , y le repitió enternecida.

— ¡ Qué desgraciado eres , Fernando !

— No me compadezcas , Julia , no. He sido desgraciado algunos dias , algunos meses , algunos años ; pero hoy no tengo nada que me atormente. Veo á las mugeres con desprecio , y mas de ciento me han pagado el daño que me causó una. Escucho sus palabras sin interesarme por ellas , y son para mí sonos vagos que producen arpas eolias ó el viento que murmura en el interior de una caverna. Todas sobre muy poco mas ó menos valen para mí lo que tú , y no es gran cosa , bella Julia.

Los ojos de Julia se bañaron en un mar de lágrimas tristes , que se desprendian por sus mejillas hilo á hilo. Fernando se las enjugó , y prosiguió con amargura.

— Yo te hago llorar , hermosa jóven , con brutalidad increíble ; yo atormento tu corazon que no me ha vendido jamás ; yo te martirizo , pobre niña , y no me has hecho ningun daño. Perdona por Dios , Julia , perdona si derramo sobre tu seno unas cuantas

gotas de la hiel que carcome el mio eternamente.

Julia levantó su cabeza, miró con sus ojos enjutos el rostro pálido del jóven, y separándole los cabellos, que flotaban sobre su frente, y casi sus ojos cubrian

—Fernando, le dijo, no comprendo la inmensidad de tus dolores, pero sé con toda evidencia que estás sufriendo como Luzbel bajo la planta del arcángel.

—Sí, replicó el jóven Fernando, con una sonrisa tan amarga que arrancó lágrimas á Julia. Sí, padezco como el ángel caido, y soy soberbio como él.

Despues sacudió su cabeza, tomó una mano de la niña, y con agitacion creciente prosiguió.

—Tengo una alma, Julia, que para quedar satisfecha necesitaria el poder de un Dios; porque su voluntad es tan grande como la voluntad del Altísimo. Lanzado á un mundo corrompido conservo instintos generosos, y en medio del vicio, hermosa niña, solo doblego la rodilla ante el talento y la virtud. Marcho por una senda, Julia, con vallados de rosas fragantes junto á los vallados de espinos. Veo de una parte la opulencia envanecida con el oro; veo de otra parte la miseria arrastrándose ante sus pies. Observo,

á veces con sarcasmo y á veces con dolor profundo, esas continuas compras y ventas que hacen los hombres y mugeres de su hermosura y de su amor: contemplo como se traspasan sus queridas, y veo reclinada sobre el seno de una muger todavia niña la cabeza de un rico anciano, que mezcla sus cabellos blancos con los bucles de ébano ú oro que ornán la frente juvenil. Tambien he visto algunas veces correr lágrimas por las mejillas de una hermosa, que las limpiaba con sus rizos para que no las viese el hombre que la compraba sus caricias. Cuando he visto correr estas lágrimas, hubiera querido tener, Julia, los tesoros de un soberano para enjugarlas al momento. Hubiera querido poder decir á aquella jóven afligida. »Rechaza, rechaza los halagos de ese mortal que no te ama, y á quien enteramente aborreces; pisa esas galas que te ha dado, y que van publicando tu infamia; devuélvele ese oro maldito, y vive honrada con el mio; sin darme otro pago por el que levantar á Dios tus ojos y pedirle me dé la calma que tanto el corazon ansía.» Mas son impotentes mis votos; yo soy Luzbel, son el arcángel los títulos y las riquezas.

Fernando se cubrió los ojos, y temblaban todos sus miembros; nuevo sudor cubria su

frente, caía nueva hiel sobre su alma. En su doloroso estupor percibía el son de las monedas que sobre el tapete de la mesa rodaban; y cuando algún jugador decía; «maldita fortuna, fatal naipe.» Fernando se repetía bastante bajo: «maldita, maldita sed de oro.»

Julia contemplaba en silencio el creciente dolor del jóven, y se enjugaba con sus bucles las lágrimas que descendían por sus mejillas inflamadas. Veía en la relación de Fernando una gran parte de su historia, y eran tan vivos los caracteres con que la encontraba trazada que fascinaban sus pupilas. Fué recorriendo uno por uno todos los sucesos de su vida, y los que le habían parecido mas sencillos é insignificantes, tomaban de repente un aspecto sombrío, que la hacía chocar diente con diente en su nerviosa contracción. La miró varias veces Fernando: levantándose de repente se acercó á la mesa del juego; sin pronunciar una palabra tomó de la banca una onza, y se volvió á ocupar su asiento. Llegó al sofá triste y taciturno, pero vió con grande sorpresa que Julia no se hallaba en él. La llamó cien veces con afán, recorrió la casa en su busca, pero no consiguió encontrarla: entonces se volvió lentamente, y echó el oro sobre el tapete con el mismo triste silencio.

:

—¿Fernando, preguntó el banquero, has acariciado esa moneda como si fuera una muchacha, que se deja apenas se toca?

Fernando sonrió friamente.

—Señores, continuó el banquero, tiro las tres últimas tallas que es hora de misa del gallo; el que quiera ganar que doble.

Los jugadores se animaron con el próximo fin de la lucha, y los que contaban con mas fondos doblaron al punto sus puestas, modo seguro de perder mas si la suerte se muestra esquivia. Llegó el último albur, y con él mil esperanzas y temores: muchos bolsillos se vaciaron para permanecer largo tiempo en este estado lastimoso, y algun peso duro vergonzante tuvo la dicha de entrar doble en el paletó de su dueño. Se acabó la banca por fin, y unos se fueron á la misa, mientras otros á dormir la cena que habian libado lindamente.

---

## CAPITULO II.



### La misa del Gallo.

Todos los misterios de nuestra religion forman una escala, que empezando con el nacimiento acaban con la pasion y muerte del hijo de Dios, Jesucristo. Cada festividad religiosa tiene su música, sus cantos y sus ceremonias que la distinguen; pero las mas características de todas son las del nacimiento y de la muerte. En la primera todo es júbilo, el órgano juguetea y rie; en la segunda todo es tristeza, el órgano calla, y el melancólico bajon llora con sus interrumpidas notas. En estas dos festividades se ve en compendio el evangelio, y recorre el cristiano sus páginas desde Bethelém hasta el Calvario. Si la religion de Jesucristo no debiera ser observada por su santidad y pureza, deberia arrastrar

nuestros ánimos como fuente de la poesía. No con sus misterios tenebrosos, como los de Ceres y de Eleusis; sus mismos misterios dan luz, y elevando nuestros pensamientos sobre las estrellas y el sol, dan un brillo mas esplendente á nuestra dignidad de hombres; pues raya nuestra inteligencia á las plantas del mismo Dios. Chateaubriant tocó con sus manos las santas arpas de Sion, y el cantor de Cimodocea, vistió la túnica de sus mártires al cristianismo perseguido; Chateaubriant recorre el desierto, y bajo los añosos árboles al ruido de la lluvia, de los granizos y de los truenos, á la roja luz de los rayos y sobre el lecho de la muerte, da dulces consuelos á Atala, que se despide de su amante para reunirse con su Dios. Chateaubriant, filósofo profundo es el *Genio del Cristianismo*, hace brillar la religion de Recaredo y de Carlo-Magno, como la predicó Jesus; y las máximas evangélicas unen á los hombres entre sí con unos lazos tan suaves, como los que forman las alas de los querubines que cubren el arca santa del Señor.

El Dios de Abraham y de Jacob, el de Moises y de David, al hacerse el Dios de los gentiles estremó mas su caridad; y dándose el mismo en holocausto, pidió al hombre por toda ofrenda amor al prójimo y á él. Por

esto las fiestas sagradas dejan ver un tinte de amor y unos sonidos melodiosos, que no interrumpen los mugidos de los bueyes y de los corderos, ni mancha la sangre que vierte el sacrificador sacerdote.

La iglesia de las Calatravas se regocijaba con la venida del deseado de los profetas y esperado de los judíos, y los cánticos de alegría eran repetidos por sus bóvedas, como repiten lejanos ecos los roncós sonos del clarín ó los dulces de la zampoña. Cien velas y otras cien ardan sobre las columnas del tabernáculo; y reflejándose en los espejos, reverberaban mil y mil luces, simbolizando la dulce claridad de la gloria, ó apareciendo nuevas estrellas que á otros tantos reyes conducían. Las agudas notas del órgano retumbaban bajo la bóveda sagrada, y la solemne voz del presbitero repetía con pausa las oraciones del mas santo de los sacrificios. El humo del incienso subía en espiral hácia el Cielo, tan misterioso como la nube que protegió á los israelitas en los arenales del desierto.

Fernando penetró en el templo meditando y abatido. No venía á buscar emociones producidas por la piedad, ni una viva fé en sus creencias le traía al pie de los altares para hallar orando ante ellos la paz que buscaba su espíritu y que quería en vano encontrar. Aco-

sado por sus pensamientos, preveía una noche de insomnio, y como una cruda ventisca mezclada con copos de nieve no le permitían pasar, resolvió pasar algunas horas en el templo mas inmediato, á fin de aturdirse con la música, con los cánticos y el incienso. Preocupado con esta idea se reclinó contra una pilastra, espectador frio é impassible de cuanto pasaba en derredor.

A pesar de su abatimiento y de la amargura de su alma, plegó algunas veces los labios con una sonrisa de placer, al contemplar los variados grupos que se presentaban á sus ojos. Veía con envidia las beatas, que arrellanadas en el suelo, sobre la nariz la mantilla y un grueso rosario en la mano, roncaban como unas ballenas, para estar despiertas bien de mañana, y murmurar con la vecina del cuarto tercero, de las que habitan en el segundo, en el principal y en las buhardillas. También con envidia contemplaba á una muchedumbre de mozalvetes, de fruterías y de manolas que de pie en medio de la iglesia hacían sonar de vez en cuando los panderos, ocultando cuidadosamente el mástil de la guitarrilla que debía amenizar la fiesta. Este grupo alegre y decididor se empujaba en el mismo templo, no por menosprecio al lugar, que veneraban en gran manera, sino

porque el tinto y cariñena se habian subido á predicar, y el Dios de los griegos no queria humillar su frente coronada con los vástagos de las vides ante el que levantó sus aras sobre los escombros de los ídolos. Observaba tambien Fernando á los monaguillos que abrian largas hendiduras en las velas para aprovechar sus despojos; á algun ratero que con maña desvalijaba los bolsillos de algun prójimo confiado, y sorprendió mas de una seña entre misteriosos amantes, que debian temer las asechanzas de un padre avaro ó de un cauteloso marido.

Este variado panorama distrajo por algunos momentos la imaginacion de Fernando; pero volvieron sus ideas con mas pesadez y mas fuego. Las luces lastimaban sus ojos: porque cuando está ardiente el alma se establece una correspondencia entre la llama que la calcina y las llamas que la rodean, como entre la luz del relámpago y las luces de las bugias.

El sacerdote seguia sus preces, el órgano sus consonancias, las beatas su tranquilo sueño, los mozalbetes su algaraza, sus señas los adoradores y Fernando sus fantasías; ya melancólicas como los suspiros de un amante que gime ausente, ya destructoras y volcáni-

cas como la convulsion del hombre á quien ha vendido su amada.

En su delirio de poeta formaba versos, muchos mas tristes y mas amargos que cuantos pronuncio Malbec, con la estrepitosa cadencia de las profundas cataratas, y con sus perlas medio ocultas en una nube de vapor. Para conocer á un poeta, para tener de manifesto su corazon y sus pasiones era preciso sorprenderlo en su enagenacion mental, y robarle esas cuantas líneas formadas sin ningun estudio, y solamente con las ideas que del fondo de su alma brotan. Querer conocer á los hombres por lo que dicen sus escritos, es una ilusion, una quimera: el escritor puede sentir todo ó parte de lo que escribe, y tiene sin duda una ventaja en los grandes cuadros de pasion; pero lo que el escritor hace, y no puede menos de hacer, es reflexionar maduramente, combinar los varios colores con prevision en su paleta, y colocarlos segun pide el claro oscuro de los lienzos.

La misa del gallo acabó; las devotas se despertaron, y todos procuraban salir dando empellones y codazos; pues en los espectáculos y en los templos suele ser muy lenta la entrada, pero bulliciosa la salida. No tenia Fernando grande empeño en salir pron-

to de la iglesia, y reclinado en su pilastra veía la pugna de los que anhelaban tomar el aire libre pronto, y escuchaba sus interjecciones ni muy corteses ni muy púdicas. A la derecha de Fernando estaba la pila del agua, y para persignar sus frentes con aquel líquido bendito se llegaban muchas personas que así mostraban su piedad. Fernando las veía sucederse sin parar en ello la atención, aunque algunas veces se reía, como el diablo de cierta conseja, al ver los muchos garabatos que sobre sus frentes hacían las más estupendas devotas. Quedaba ya muy poca gente, cuando atravesó todo el templo una dama vestida de negro y con el velo sobre el rostro. Latió el corazón del poeta á la vista de aquella dama, y por un movimiento rápido se colocó junto á la pila, y la presentó el agua bendita en el momento de acercarse.

—Mil gracias, mil gracias, Fernando. Dijo la señora con voz dulce.

—Luisa: replicó el jóven solamente; y se coloraron sus mejillas, como se coloran las flores al lucir en Oriente el sol.

Luisa se apoderó del brazo, que Fernando la presentaba, y bajaron las gradas del templo. Un lacayo se acercó á la dama con su sombrero en una mano y el paraguas en la

otra, y fué cubriendo á su señora hasta una elegante berlina.

—Fernando, dijo Luisa al jóven: llueve y nieva como V. esta viendo, tome V. asiento en mi berlina, y lo conduciré á su casa.

—Está, Luisa, en direccion inversa de la de V., y seria larguísimo el rodeo: la agradezco su fina atencion, y la doy un millon de gracias.

—Entre V., Fernando, entre V.

Fernando tomo asiento al lado de la interantísima Luisa, y esta dió la orden á su cochero.

Las yeguas marcharon al trote, y el carruage se deslizaba como una barquilla por el mar. A su rápido movimiento chocaban las rodillas de los jóvenes; y Fernando se estremecia como si estuviese al contacto de una máquina eléctrica. Aquella elegante berlina era el compendio de una historia; la frente de Fernando ardia, y tuvo que bajar los cristales para respirar un momento.

—¿Se pone V. malo, Fernando?

—No, Luisa; me encuentro muy bueno; pero como no estoy acostumbrado á este movimiento, y este calor me hace algun daño, me mareo.

—Es V. demasiado elegante, y ha viajado

mucho en su vida para que le produzca mareo el ir en coche.

—Consistirá quizá, señora, en que tienen ciertos carruages un movimiento poco conforme con el de la sangre que circula por alguna cabeza ardiente.

Pronunció Fernando estas palabras con tan manifiesto disgusto que Luisa se quedó en silencio, mirándolo con interés.

—Hace mucho tiempo, replicó, que no tengo el gusto, ni en casa de mi mamá tampoco, de ver á V.

—Mucho tiempo, no; diez y seis meses solamente.

—Lleva V. contados los dias.

—Hay una circunstancia, señora, que me los hace recordar. El dia 29 de agosto del año pasado emprendí un largo y penoso viaje, que llamaron muchos de recreo y yo llamo medicinal. Tenia alguna cosa en mi alma que me impulsaba al movimiento, y hoy tambien, como el Judío Errante, aquel sempiterno *anda, anda*. Despues de mi vuelta, señora, no he tenido el gusto de hablarla.

—Hace cuatro meses, segun creo, que erminó V. su viage.

—El dia 29 de agosto de este año me ba-  
baba en el parador mismo de donde habia sa-  
do un año antes.

—¿Y venia V. curado?

—Señora.....

Se habia parado la berlina delante de la casa de Fernando, y el lacayo abrió diligentemente la portezuela.

—Gracias, añadió Fernando solamente, y se precipitó de un salto.

—A casa, dijo á su lacayo la esposa del banquero Vargas, y volvió á rodar la berlina con tanta rapidez como antes.

---

---

### CAPITULO III.

#### El baile de Reyes.

La natividad de Jesucristo es una fiesta popular que da placeres y holganza á las clases trabajadoras, pero que causa grande hastio á los que huelgan todo el año. La aristocracia se querella durante cuatro eternos dias, en los que no encuentra diversion en consonancia con sus hábitos. Los paseos estan invadidos, segun su frase favorita, y se corre riesgo presentándose de recibir un pisoton, cien empellones y cien codazos, procedentes de honradas familias, repletas de pavo y garbanzos en honor de tan grande fiesta. Los teatros se encuentran rellenos de muchas exóticas plantas, que no exhalan perfumes agradables á los delicados olfatos de nuestras hermosas elegantes; y aunque algunas bocas abiertas

y algunos cuellos estirados presentan en caricatura á los honrados personajes que de navidad en navidad frecuentan nuestros coliseos, no se juzgan recompensadas las señoritas de buen tono, y se privan de la diversion por no respirar en una atmósfera impregnada con las miasmas que emanan de estómagos libados con Valdemoro y Cariñena.

Para recompensar estos dias de voluntarias privaciones viene uno todo aristocrático, empezando por su mismo nombre: llega el bien hadado dia de reyes. Los mas ilustres personajes se disputan la primacia de recibir en esta fiesta, y el mas importante y poderoso, ó el que se encuentra mas en moda, tiene el inefable placer de reunir en ricos estrados á cuanto encierra de noble y bello la antigua capital de dos mundos, segun se la llama todavía: aunque tan poco posee en ellos y tan abatida se halla, que en vez de ceñir una corona y de empuñar un rico cetro tiene que buscar un viejo manto para cubrir su desnudez y disimular su flaqueza.

La madre adoptiva de Colon, la legitima de Hernan Cortés, de Diego Velazquez y de Pizarro; la patria del Gran Capitan, del invicto duque de Alba, de los Ponces y de los Guzmanes, no hace flotar sus banderolas en las aguas del mar Pacífico, en las márgenes

del Danubio, en las torres de Lombardía ni sobre el altivo Capitolio; no vence con Gonzalo de Córdoba en los campos de Cirinola, con Hernan Gortés no triunfa en Méjico, no doméña con Cárlos V la arrogancia de Soliman, de los venecianos y de los franceses; no vuela desde San Quintin á las riberas de Lepanto, ni tiende su cetro de reina sobre cien pueblos diferentes; pero cortesana orgullosa con su liviandad y su miseria baila en su postrer agonia, como canta el cisne armonioso en los instantes de su muerte.

Los salones del conde de M... tenían á la sazón el privilegio de recibir en tan gran fiesta, y cien hermosas y otras cien hacian que brillasen sus tocados á la clara luz de mil bujías. Las tres aristocracias sociales estaban allí confundidas, y al lado de un grande de España, se hallaba un banquero opulento, un general ó un ex-ministro. Algunos jóvenes elegantes hacian la corte á las bellezas, y los generales y ex-ministros olvidaban guerra y política para consagrar al amor sus ofrendas y sus perfumes.

No faltaban allí hombres graves que olvidándose de las damas fijasen toda su atencion en los negocios del país, y que se preguntase en voz baja, con afectacion ó misterio, qué nuevas habia sobre crisis. Ocupados entera-

mente de combinaciones y de cabalas habian adquirido sin saberlo una político-mania que les presentaba fantasmas; y agitados por la ambicion ó conmovidos por los males que sobre el estado caian, forjaban con sus esperanzas las mas seductoras quimeras, y se consideraban los Mesias que habian de redimir á un gran pueblo, mas necesitado de redencion que en redentores abundante. La presuncion de los políticos es la mas arrogante de todas, quizá porque hay mas dificultades para ponerla manifiesta. Presume un hombre de buen mozo, y si no lo desengaña su espejo, se encargan de desengañarlo los desdenes de las hermosas y el coquetismo de las feas; el que funda todo su orgullo en su mérito literario, recibe pronto desengaño al ver que sus producciones son recibidas con indiferencia ó con insultante desprecio: quien presume de poderoso, sin tener dinero en su caja, encuentra pronto y merecido castigo en su impotencia y en su ruina: mas el que se juzga hombre de estado permanece con su presuncion; pues si no lo encumbran al poder no tiene ocasion de probar lo insuficiente de sus medios; y si consigue á él encumbrarse, echa la culpa á circunstancias ó dificiles ó imprevistas, y cae siempre fijo en sus planes y con gran aumento en su orgullo.

Entre los hombres de gobierno que discurren por los salones del opulento conde de M... cuánto fingimiento y falsía. Aquel diputado que estrecha la diestra mano de un ministro, le prepara una oposicion sin otro objeto que derribarlo para sentarse en su poltrona. Aquel general que habla afable con un compañero de armas, le envidia el segundo entorchado, y daria diez años de vida por arrancarlo de su manga. Aquel periodista que adula al presidente del consejo, acaba de escribir un artículo en que le tacha de incapaz, de mal intencionado é ingrato. Aquel personaje que perora para que se sostenga el órden, prepara en secreto un motin que ha de turbarlo muy en breve. Aquel especulador en fondos públicos que anima á un banquero á que juegue con valor, y siempre á la alza, está intrigando con afan para que bajen nuestros fondos. Aquellos dos embajadores que fina amistad se protestan, tienen negociaciones contrarias, y solo se encuentran conformes en saquear á nuestro pais.

¿Mas quién nos mete ahora á políticos, ni qué tenemos que tratar con hombres graves y profundos? Dejémoslos con sus proyectos, y caminemos á otro lado.

Aquellas dos viejas verdosas, guarnecidas de anchos encajes y cargadas de pedrería, se-

ñalan con el abanico á una señora de ojos negros, y de aventajada estatura.

—¿Conoce V., dice la una, á aquella dama que está en frente, con un aderezo de perlas y un ramillete de violetas?

—Sé que se llama Dorotea, y que concurre mucho al Circo.

—¿No sabe V. mas?

—Nada mas.

La primera vieja sonrie, y su compañera la pregunta.

—¿V. sabe algo de ella, amiga?

—Casi nada.

—V. se sonrie, y esa sonrisa me da á entender.....

—Muy poco, señora, muy poco. Hay algunas gentes ociosas que por gusto de murmurar cuentan cuanto les dicen otras y hasta lo que ven ellas mismas. Suponga V. que Dorotea es una muger granadita, veinte y cinco años á lo menos, y casada desde los quince: pues hay quien asegure que mantiene correspondencia con aquel niño pelirubio que está de pie junto á la puerta, y que no quita de ella sus ojos, ó para hablar mejor sus lentes. ¡Angelito! diez y ocho años todo lo mas, y tanta cortedad de vista.

Un hombre de cincuenta años se aproxima á las dos señoras, y con un tono familiar las pregunta.

—Señoras mías, de qué se murmura?

—De nada. Hablábamos de los amores de aquel Narciso, que V. ve, con aquella cándida esposa.

Poco distante de las viejas estan dos jóvenes lindísimas, de unos diez y seis años escasos, y con unas frentes tan puras como las rosas que coronan sus cabelleras de azabache. Sus ojos pardos estan fijos en la interesante Dorotea, y se repiten una á otra.

—Estas casadas sin pudor nos hacen un daño terrible, y nos quitan nuestros amantes: repara; repara en Federico que no aparta su vista un punto de la presumida Dorotea. ¡Qué desmoralizacion! ¡qué escándalo!

Y con sus lábios de carmin seguian deshojando las niñas el honor de una esposa y madre, que quizá no tenia otro crimen que conservarse muy hermosa.

En una elegante banqueta estan sentadas dos señoras, con bastante edad para serlo, pero á quienes llaman señoritas, merced á lo poco galante que se mostró naturaleza con esta fraccion del bello sexo. Sus cabellos casi encarnados caen á manera de guedejas sobre sus mejillas angulosas de un blanco sucio y repugnante; dos ojillos verdes y pequeños asoman entre unas pestañas tan escasas que cuesta pena distinguir las, y por los labios mo-

ratados se descubre una dentadura amarillettta y desigual. A estas dos furias no les falta su correspondiente veneno, y con sus lenguas de serpientes hieren sin piedad ni pudor. Empiezan poniendo en ridículo las figuras y los adornos, y acaban no dejando honra que no recibiera grande brecha.

—Ves aquel traje, dice una, tan cumplidito y tan pomposo; pues aquel traje, amigamia, tiene el mérito singular de haber sido hilvanado en casa por la que lo viste y su doncella; aquel adorno de cabeza, que trae puesto, de grana y oro pertenece á la misma fábrica, y malas lenguas aseguran que está remendado de viejo. Repara los broches de sus guantes, que harian mucho mayor papel en un gabinete de antigüedades que en un salón aristocrático.

—Poco le lucen sus amores con un banquero.

—Si su amante tiene el gusto mas estrambótico que puede tenerse en el mundo. Míralo alli con un frac negro hecho en el invierno pasado por algun sastre de buhardilla. Qué pantalon tan poco ceñido, qué chaleco tan arrugado, qué corbata tan antisocial. Esas fortunas improvisadas tiran su dinero, es verdad, pero lo tiran con mal gusto.

—Repara en aquella jovencilla tan coque-

tona y tan despierta, mira qué buena cara pone á los obsequios del general, y el general está casado.

— ¡Qué desmoralizacion en las niñas!

— Tienen mayor atrevimiento que las mugeres ya formadas. Pero mira hácia aquella puerta: alli está Fernando de Isara, meditando como siempre y elegante como de costumbre. Yo daría un dedo de la mano por conocer á fondo el motivo de sus sufrimientos morales.

— Es bien conocida su historia. Fernando sufre por amor.

— ¡Por amor! Tu estás engañada. Fernando cuenta sus queridas por docenas, y la que le dura una semana puede llamarse muy dichosa. Con su elegancia y su talento seduce á cuantas galantea, y la que fomenta esperanzas recibe luego desengaños.

— Fernando ha tenido un amor muy duradero y muy profundo.

— Un amorcillo de la infancia, que apenas habrá dejado huellas.

— Esta noche, contra su costumbre, no procura ahogar sus recuerdos entre el bullicio de la fiesta.

— Estará pensando un madrigal para el album de alguna paloma á la que prepara sus redes.

—O algún artículo satírico sobre el baile.

—Bien puede ser. Pero se reaniman sus ojos, y sus mejillas se coloran. Mira hacia el salón inmediato con un afán mal encubierto. ¿Si habrá entrado alguna? ¿Qué será?

—Vamos á verlo.

—Vamos, vamos.

Se levantaron las amigas, y empujando á diestro y siniestro lograron llegar al salón que su curiosidad picaba. Fernando fijo en el dintel no apartaba los ojos de Luisa, que acababa de presentarse, y que le saludó al entrar con una leve inclinacion.

No era Luisa, hablando en rigor, una hermosa de primer orden; pero sus grandes ojos negros, sombreados por largas pestañas, reunian á una dignidad imponente ser en suma voluptuosos. Su cabello negro flotaba sobre sus pálidas mejillas, y su dentadura blanca é igual brillaba al través de unos labios con el color y la frescura de las rosas de primavera. Una garganta torneada armonizaba con los contornos de su turgente y albo seno, y se distinguian sus maneras por una elegancia natural, tan exenta de afectacion como de todo desaliño. El traje de Luisa era azul, y sobre su frente brillaba una diadema de brillantes.

Los jóvenes mas elegantes y los mas ilustres señores se apresuraron á rendirla el ho-

menage de respeto que su nacimiento merecía, y que reclamaban sus riquezas. Todos se tenían por honrados con una sola de sus palabras, y se disputaban sus sonrisas como los favores de una reina. Hay mugeres que nos deslumbran con el esplendor de su belleza: hay tambien mugeres que seducen con las galas de su talento: hay algunas privilegiadas que reúnen ambos atributos, y estas mugeres enloquecen á cuantos hombres las contemplan.

La orquesta preludió un rigodon, y muchos de los caballeros que estaban próximos á Luisa se apresuraron á pedirselo. Luisa dirigió una mirada á Fernando, que permanecía en el dintel, y dió su mano á un general de cincuenta años bien cumplidos. Al colocarse las parejas eligió la dama un lugar próximo al que ocupaba el jóven poeta, y le preguntó al acercarse.

—¿No baila V. este rigodon?

—Luisa, hace tiempo que no bailo. La respondió Fernando sonriyendo; mas con una sonrisa tan triste como las lágrimas de un huérfano sobre la tumba de su padre.

Seguia Fernando los movimientos del general y de la hermosa, con la atención que un tirador de esgrima sigue las miradas de su contrario; y cuando volvía Luisa á su pues-

to dirigia al jóven cortas preguntas, á las que contestaba el poeta con la posible brevedad.

Terminado que fué el rigodon, y antes de marchar Luisa á su asiento, se aproximó mucho á Fernando, y le dijo:

—Me hará V. el obsequio de que bailemos el primer vals.

Fernando inclinó la cabeza manifestando asentimiento, y Luisa se fué á su banquetta.

Las horas de baile son pocas, y se hace preciso aprovecharlas: los jóvenes metieron prisa, y la orquesta preludió un vals. Luisa recibió peticiones, pero contestó agradeciéndolas, y manifestando al mismo tiempo que lo tenia ya concedido. Todos envidiaban al dichoso que iba á ceñir su esbelto talle, y miraban en rededor por ver si podian distinguirlo. Se levantaron las parejas, preludió de nuevo la orquesta, y al ir á principiar el baile atravesó Fernando el salon, y presentó su brazo á Luisa. Aunque nada tenia de extraño que un jóven de veinte y seis años bailase, estaban tan acostumbrados á que Fernando no lo hiciese, que se cruzaron varias sonrisas y se dijeron al oído algunas secretas palabras. Las dos amigas verdinegras dieron por seguros los amores de la interesante pareja, hicieron largos comentarios, y participaron su descu-

brimiento á cuantas ociosas y ociosos se entretuvieron en escucharlas.

El vals empezó, las parejas se animaron al son de la música, y los caballeros mucho mas con el contacto de las manos que sobre sus hombros descansaban, y al estrechar unas cinturas flexibles como las palmeras y delgadas como los juncos. Apenas la mano de Luisa tocaba el brazo de Fernando, y las puntas de los dedos de este casi no rozaban la cintura de la seductora muger. Esperaron asi su turno, y se lanzaron á la vez como dos plumas arrastradas al blando impulso de la brisa. Ligeros como salamandras apenas tocaban la alfombra, y á cada vuelta se estrechaban sin apercibirse ellos mismos. Luisa levantaba su cabeza para fijar sus bellos ojos en los ardientes de Fernando, y el jóven inclinaba la suya para bañar toda su alma en una mirada de amor. Dos veces habian interrumpido todas las parejas su baile, y Luisa y Fernando seguian con los semblantes encendidos y la respiracion penosa; sus pechos latian con esfuerzo, y muchas veces se tocaban; bebian mutuamente sus alientos, y con ellos fuego voraz. Valsar con la muger que amamos es tocar la máquina eléctrica, y prepararse al magnetismo.

La música se interrumpió, y Luisa y Fer-

nando pararon, mas tuvieron que hacer un esfuerzo para no rodar por la alfombra. Fernando dejó á Luisa en su asiento, y volvió á ocupar el dintel en que estuvo reclinado antes.

Lo mas importante de un baile es un delicado ambigú: todas las edades en él gozan, desde la infancia á la vejez, y todos los gustos se reunen en este gusto material. Los que han bailado largas horas quieren fortalecer las piernas echando lastre á sus estómagos; los que han hablado por los codos, quieren reparar la saliba con emparedados y pasteles; los que han recibido calabazas, quieren ahogarlás en madera, y los que han solido triunfantes quieren celebrar sus victorias con Chatomargó ó con Jerez. Las jamonas de poco magro se deciden por el jamon, para trasladar á sus vientres el que les falta á sus mejillas, y los estómagos muy débiles hacen obsequiosos la córte á succulentas jaletinas. El conde de M... estuvo espléndido, y sus convidados recibieron los favores del anfictrion con muestras de buen apetito. Hace veinte años que era feo comer medianamente en público, hoy han variado las costumbres, y parece feo por el contrario comer poco ó medianamente: han ganado los reposteros y han perdido los anfictriones, vaya lo uno por lo otro, y quede el mundo como está.

Después de un opíparo ambigú se baila muy mal y muy poco; pesan estómago y cabeza, y los pies y piernas flaquean. Para correr la posta, bailar, embarcarse y hacer novelas poco alimento y nutritivo; pues, aunque la causa es una misma, produce distintos efectos que conocerán mis lectores, y que no refiero por ser breve.

Los salones quedaron desiertos: Luisa salió de las primeras y saludó al joven Fernando con la inclinación de cabeza que le habia dirigido al entrar. Fernando á los pocos momentos estaba tambien lejos del baile.

---



---

## CAPITULO IV.



### Anudar relaciones.

La señora marquesa de Bellaflor era una dama muy amable á los cuarenta y seis años de edad: con bastante mérito cuando jóven, no conservaba su hermosura hasta el punto de ser coqueta, cosa ridícula á sus años, pero sí un aspecto agradable, que realza la amabilidad de una señora de buen tono. Sin pretensiones para sí dejaba brillar la belleza de tres hijas encantadoras, y su sociedad se componia de un reducido número de amigos, que la amaban y respetaban por su talento y su virtud. Casada con un hombre vano, sin corazon y sin cabeza, habia puesto en sus tiernos hijos con el cariño maternal todos sus afectos de esposa, y si no feliz en los brazos del que la habia dado su nom-

bre, hallaba dulce recompensa en el respeto y el amor que la tributaban sus hijos.

El marqués, poco cuidadoso de su familia y de su casa, habia dedicado sus dias á los caballos y á la caza, y las noches á sus mancebas. Una sola vez se habia mezclado en la suerte de su familia, y esa sola vez habia sido para sacrificar á Luisa, entregándola al banquero Vargas.

De las tres hijas del marqués ya conocen nuestros lectores á la mayor de todas ellas, y para conocer las otras no tendrán que afanarse mucho.

La segunda, llamada Adela, tiene diez y ocho años no cumplidos, es alta, esbelta é imponente. Sus negros ojos centelleaban con el orgullo de una reina, y si no los cubrieran á veces sus negras y largas pestañas, seria tan imposible mirarlos, como mirar al Sol radiando sobre su trono de záfiro. Una cabellera de ébano coronaba su tersa frente, y prendida siempre hácia tras la hacia brillar mas despejada; su nariz ligeramente levantada tenia alguna cosa sarcástica, y sus labios bastante finos se plegaban muy raras veces con una sonrisa glacial, que hacia dudar frecuentemente si era de aprobacion ó burla. Adela habia visto á sus pies un crecido número de amantes, sin interesarse por ninguno, y habia

escuchado sus suspiros como el murmullo de las hojas que los huracanes arrastran, ó el de la lluvia que se estrella sobre un pavimento de mármol.

Carlota, con sus quince años, con sus ojos de azul de cielo, con sus labios frescos y rojos, sus cabellos blondos y rizados, sus mejillas de terciopelo, y su candor dulce, infantil, era tan aereo, como la silfide, tan pura como las ondinas, y bella como la ilusion de nuestros primeros amores. Fernando la habia adormecido sobre sus rodillas cien veces con un cariño fraternal; Fernando podria adormecerla sin otra especie de cariño.

La marquesa y sus dos bellas hijas se hallaban en un gabinete amueblado con elegancia y comodamente dispuesto. Ricos sillones de caoba con asientos de tapiceria, bordados por las dos hermanas, armonizaban con un sofá de la misma materia y forma, y con la alfombra de colores que tapizaba el pavimento; grandes cuadros cubrian las paredes y un hermoso espejo lucia sobre una chimenea de mármol. Ricos treboles se notaban en los estremos de la estancia, y un reloj entre dos chineros adornaba la chimenea. A sus lados habia dos butacas de muelles: ocupaba una la marquesa, y Adela y Carlota bordaban á corta distancia de su madre.

Un criado anunció una visita y pocos momentos despues se presentó el jóven Fernando.

Entraba pálido el poeta, y con un embarazo tanto mas notable cuanto que se distinguia generalmente por sus maneras elegantes, desembarazadas y sueltas. La marquesa le recibió con un cariño maternal; Adela le tendió su mano, y Carlota corrió á abrazarle. Cuando se despidió Fernando tenia Carlota trece años, y se despidió como niña; cuando Fernando vuelve á verla, es Carlota una mugercita; pero puede decir con fray Luis «*señores, deciamos ayer.*»

—¡Cuanto ha crecido V., Carlota! dijo Fernando sonriyendo.

—En diez y seis meses, replicó la niña, era preciso que V. notara alguna variacion en mí.

—Fernando, dijo la marquesa, estábamos tan acostumbradas á ver á V. todos los dias, que no esperábamos en verdad una ausencia tan prolongada.

—Me despedí de V., señora, para hacer un largo viaje, y he invertido un año completo.

—Pero hace cuatro meses que llegó V.

—¿Fernando, preguntó Adela sonriyendo, se habrá V. divertido mucho?

—No, Adela. He visto ciudades y campi-

ñas, he cruzado mares y rios, he caminado entre los hombres. En Córdoba ví una mezquita trasformada en templo cristiano y formada con las columnas de los templos del paganismo. Ví en Sevilla el soberbio alcázar, reedificado por don Pedro y salpicado con la sangre de su noble hermano Fadrique. Ví la catedral, obra magnífica, y las casas consistoriales, edificio casi olvidado á pesar de su grande mérito. Desde el reloj de la Giralda paré mis miradas ansiosas sobre la ciudad de san Fernando y sobre las márgenes del rio, llenas de preciosos jardines. Conversé con muchas personas distinguidas de la ciudad, y encontré en todas ellas un tipo verdaderamente andaluz: pasé á Triana, barrio célebre por su estension y sus costumbres, y hallé á la primera ojeada el andaluz de los romances. Bajé por el Guadalquivir, y saludé con alborozo á la antigua ciudad de Hércules. Quise encontrar en ella en vano la rica ciudad de los fenicios ó la que recibia nuestras flotas cargadas de oro del Perú; tambien busqué la animacion del puerto franco, y solo hallé una ciudad dormida al arrullo del Océano. Las casas de Cadiz son grandes y acabadas en azoteas; sus habitantes exageran las buenas maneras y el decir hasta tocar la presuncion. Suspiré sobre la gran roca que hoy es un punto de depó-

sito para el comercio del inglés y una terrible fortaleza, y años pasados fué de España que la perdió por abandono. Ví allí la irrupcion sarracena, el poder de la gran Bretaña y la debilidad de Iberia. Hubiera querido con mi sangre borrar aquel yerro de infamia que ha puesto la nacion de Enrique VIII á la nacion de Cárlos V. Saludé á Gibralfaro con júbilo, y hallé en Málaga el nuevo poder de las naciones, fundado en el rápido adelanto de su comercio y de su industria. Las costumbres de los malagueños son francas en lo general, y se distinguen las señoras por la sencillez de sus adornos. Deseoso de visitar la Alhambra, hollé las márgenes del Genil, y sobre tapices de flores recorrí preciosos jardines, y visité réjios monumentos. La Alhambra y el Generalife me recordaron los torneos, los ricos banquetes y las zambras: ví en el palacio de Cárlos V la planta de los vencedores sobre el cuello de los vencidos; y en la campana de la Vela todo el poder de la costumbre y de tradiciones venerandas. La catedral, menos celebrada que notable, pertenece al renacimiento, y cubre las nobles cenizas de doña Isabel y don Fernando: en San Gerónimo hay un sepulcro, que es un monumento de gloria, estan en él los restos mortales del Gran Capitan don Gonzalo. El paseo, llamado el

:

*Salon*, es el mas agradable, sin duda, que puede hallarse en toda España: poco debe al arte ciertamente, pero á la naturaleza mucho.

—Habla V. con cierto entusiasmo de esa sultana de la Bética, observó Adela.

—Los viajeros referimos las impresiones conforme fueron recibidas: pero en vez de contestar á V. que habia vagado doce meses á la ventura y sin objeto, siendo un observador frio, insensible á las bellezas naturales y á los esfuerzos de los hombres, he bosquejado una gran parte de mi pintoresco viaje.

—Bien puede V. continuarlo, dijo la marquesa con bondad.

—Prosiga V., añadió Carlota.

El roce de un traje de seda se dejó percibir en la sala, y á pocos momentos entro Luisa.

Estaba Fernando de espaldas, pero se fijaron sus ojos por casualidad en el espejo, y vió en él la faz seductora de la linda esposa de Vargas. Por un movimiento involuntario se levantó de la butaca y tuvo que hacer un grande esfuerzo para ocultar su turbacion al ofrecer su asiento á Luisa. Luisa lo aceptó con desembarazo, y dijo á Fernando.

—Amigo mio, yo he sido mas feliz que mamá, pues he tenido el placer de verlo al-

gunos dias antes, aunque enteramente por acaso.

—Cuando entraste, repuso Carlota, nos referia el largo viaje que emprendió, si mal no recuerdo, el dia siguiente al de tu boda.

El rostro pálido del poeta se puso como la escarlata, y dijo á Carlota.

—Da V. pruebas de una memoria singular; el dia veinte y ocho de agosto se casó su hermana de V., y el veinte y nueve salí yo en la primer silla correos que por casualidad hallé.

—Envidio la libertad del hombre, dijo Luisa mudando de conversacion ó continuando la interrumpida por el incidente de la fecha: cuando les parece viajan, y van á buscar los placeres en la variedad de los sitios y de las personas quizás.

—¿Y si se busca solamente, dijo Fernando aproximándose á la esposa del rico banquero, de modo que le oyese ella sola, y si se busca solamente la variedad en el dolor?

Luisa empezó á reunir algunas ascuas como para animar el fuego, Fernando fijó su mirada en el bastidor de las jóvenes, y todos quedaron en silencio.

Era preciso hablar de algo, y hay ciertos asuntos obligados que llenan las conversaciones, como llena el aire el espacio, para que no exista el vacío. Se habló mucho de los

teatros, de la temperatura, del paseo, de la chimosgrafía y de las modas. Se proyectaron días de campo, se discurrió sobre los bailes, y hasta del próximo Carnaval, por mas que estén en poca boga los bailes con dominós y con caretas.

La noche se iba aproximando, y Luisa trató de marcharse: la marquesa la preguntó si iba á acompañarla algun criado, y Luisa replicó á su madre.

—Fernando tendrá la bondad de darme el brazo hasta mi casa. ¿Se incomodará V. en ello?

—Todo lo contrario, señora; tendré un placer extraordinario.

Fernando se despidió de la marquesa y de sus hijas; Luisa besó á su madre y hermanas, y los dos jóvenes salieron del elegante gabinete.

Luisa tomó el brazo del joven, y caminaron á buen paso, porque ya estaba bien oscuro, y se aproximaba la hora en que comia el banquero Vargas. El movimiento apresurado cuadraba muy bien á Fernando, pues le escusaba de entablar una conversacion seguida, que le hubiera sido difícil sostener por muy largo tiempo. Llegaron á la casa de Luisa, y esta dijo al meditabundo poeta.

—Si V. quiere favorecernos, tendremos un

particular gusto en que nos acompañe á comer.

—Gracias , Luisa.

—¿No será posible que penetre V. en esta casa?

—Puede que suceda algun dia ; pero seria cosa notable , que entrase la primera vez con tal muestra de confianza.

—Vargas ha sido en todos tiempos uno de sus buenos amigos.

—Demasiado bueno quizás.

—¿Tiene V. algun resentimiento?

—Ninguno , ninguno , señora.

—¿Me promete V. una visita?

—Me honraré muchísimo con ella.

—¿Es una promesa formal?

—Sí ; y la verá V. bien pronto cumplida.

—A Dios , Fernando , hasta mañana.

—Hasta mañana , hermosa Luisa.



## CAPITULO V.



### La visita.

Cuando se separó Fernando de la seductora muger de Vargas sentia romperse su cabeza, como una bomba de cristal acercada de pronto al fuego. Amaba con furor á Luisa, recibia de ella distinciones muy propias para envanecer á un amante mas presumido, y para alentar esperanzas; pero sentia el joven á par de muerte, tener amor á una muger á quien odiaba al mismo tiempo. Se modifican de tal modo las pasiones en nuestras almas, que definiéndolas en general, se canonizan con frecuencia preocupaciones y aun absurdos. A juzgar por esos principios, generalmente recibidos, Fernando deberia quedar satisfecho con la exigencia de la hermosa, y esperar

con ansia el nuevo día para cumplirla su palabra. Esto parecía natural, mas sucedió precisamente lo sobrenatural ó contrario. Fernando sintió el compromiso en que lo colocaba Luisa; desde la casa de esta á la suya pensó solo en el sacrificio que iba á consumir al día siguiente, sin descubrir medio de evitarlo: en su aposento batalló entre dos contrarios afectos, y no le parecía imposible esquivar aquel compromiso: en el comedor se decidió á no concurrir á la cita, y en el café se mostró alegre para encubrir con un disfraz las emociones de su alma, y ver si conseguia engañarse como engañaba á los demas. ¡Vana quimera es pretenderlo! Cuando la herida está en el alma son inútiles los vendajes, porque sin restañar la sangre oprimen, y mas aumentan el dolor.

El lecho es el parage mas propio para meditaciones profundas, y para recuerdos amargos. La soledad, el triste silencio, la vacilante luz de una lámpara, que se va estinguendo poco á poco, los ojos cerrados que nos hacen reconcentrar mas las ideas y ver solamente un objeto, el blando copor que antecede al entorpecimiento del sueño, las fatigas de los desvelos; todo contribuye á aumentar la ardiente fiebre del delirio. Fernando procuró dormirse forjando una alegre

novela, pero sus esfuerzos fueron vanos: la imaginacion sucumbió ante el poder de la memoria, como la mar duerme ó se agita segun el furor ó la calma de los vientos que la embravecen.

Quería separar de sus ojos la bella imagen de la esposa, y do quiera que se fijaban aparecia llena de encantos: quería olvidarse del pasado, y el pasado resplandecia como un brillante meteoro: quería penetrar el porvenir, y el porvenir quedaba oscuro como una nube de verano. A cada vuelta mordía airado las fundas de las almohadas, y sentia á un tiempo frio y calor. Al separarse los cabellos, que sobre su rostro caian, los arrancaba ensangrentados, y aquella rizada cabellera, con la que habia jugado Julia en el bullicio de una orgía, flotaba sobre su cabeza como la melena de un leon. Cada idea calcinaba sus usos como un tósigo, los corroia como un gusano. Se dilataban sus pulmones, y el corazon quería romperse hinchándose dentro del pecho; su aliento entrecortado y ronco quemaba al salir por sus labios: y cuando por un cristal abierto vió penetrar la luz del alba: «La luz, la luz, exclamó loco, gracias á Dios que ya amanece.»

Al caminante fatigado llena de placer la posada; al navegante halaga el puerto: al que

ha luchado largas horas entre las penas y el insomnio le halaga mas la luz del dia que al caminante la posada, que á los navegantes el puerto. La claridad mengua al dolor, y el que no ha podido dormirse entre las sombras de la noche cierra sus párpados cansados á la blanda luz de la aurora.

Fernandose quedó dormido, y su respiracion igual revelaba que en sus ensueños no le perseguian las imágenes que le rodearon en sus vigiliass. Sus ojos estaban cerrados, sus labios ligeramente abiertos, y reposaba su cabeza sobre la parte superior del brazo; cualquiera que le hubiese visto, hubiera afirmado sin duda que gozaba del último sueño de una noche dulce y tranquila.

A las once de la mañana no habia despertado el poeta, cuando entró á avisarle un criado que un lacayo estaba esperándole con una caja y una esquelá. Saltó Fernando de su lecho, se vistió con la mayor premura, y mandó que entrase el lacayo. Apenas se presentó éste, conoció Fernando la librea, y vió en sus manos un rico estuche de tafílete que debia contener un album, y una perfumada esquelita que presentó el listo lacayo con un deman malicioso.

«Rompió Fernando la cubierta, y leyó estas pocas palabras.

«Fernando: me tomo la libertad de remitir á V. mi album, y espero que cuando venga á casa hoy en cumplimiento de su palabra, me lo devuelva con su firma.»

LUISA.

Fernando abrió al punto el estuche, sacó de él un riquísimo album de terciopelo carmesí con adornos de oro y pedrería; lo consideró un solo instante, y tomando la primera pluma que por casualidad halló, escribió sobre la vitela.

Se marchita en abril la fresca rosa;  
No queda del amor sombra ni huella.  
¿Al peso de los años en la bella  
Quién encuentra las gracias de una hermosa?  
La hermosura, las gracias, los amores  
Tienen la misma vida que las flores.

FERNANDO.

Despues cogió papel de cartàs y escribió á la esposa de Vargas.

«Luisa: he manchado una hermosa página con unos borrones no mas: V. lo manda, y yo obedezco: tambien tendré el gusto en esta tarde de ponerme á sus pies.»

FERNANDO.

Dobló la carta con esmero, la cerró con lacre encarnado, color que estaba en armonía con los pensamientos del jóven, y metiendo el album en el estuche entregó al lacayo una y otro. El lacayo se despidió lo mas torpemente que supo, y dijo al bajar la escalera.

—Bien podia enviarme la señora á casa de condes ó duques, que recompensan un billete dando doblones al criado; mas estos señores poetas hacen garabatos acá y allá, pero no aflojan un solo peso.

La queja del criado era justa, Fernando la supo por el suyo, y desde entonces decidió recompensar liberalmente á todo lacayo que viniese á hacerle el obsequio envidiable de que pusiese algunos versos en el album de una elegante.

Las horas pasan en la vida con mas ó menos rapidez, segun estamos satisfechos ó profundamente apenados; pero el resultado es que pasan, y que ninguna de ellas tiene mas de los sesenta minutos por triste y penosa que sea, ni menos por bien empleada, por lisonjera y agradable. Fernando despertó á las once, se vistió con gran prontitud, improvisó como un italiano, escribió casi en taquigrafia; pero por mas celeridad que puso en sus operaciones, invirtió en ellas una hora, y vino

su criado á avisarle que estaba pronto el desayuno , y que ya habian dado las doce.

El desayuno de un poeta no es regularmente muy largo, por dos razones derivadas de la profesion de hacer versos. El hombre que ha de remontarse á los espacios imaginarios, no debe cargar el estómago, por temor de perder el vuelo con el peso de los manjares ; el hombre que ha de alimentarse con lo que produce su cerebro , mas se alimentará de ilusiones que de realidades, y por Dios que los manjares succulentos son realidades de buena especie que se alejan de todo engaño. Fernando comió una tortilla, con poco apetito en verdad, tomó una taza de café con su tostada de manteca, y se enjuagó muy bien la boca para quitar el olorcillo que nos deja en ella la grasa. Volvió á su habitacion despacio, se echó de bruces sobre la mesa, cogió la esquelita de Luisa, la releyó dos ó tres veces, no pudo menos de convenir en que le era imposible faltar á la palabra que habia dado.

Firme en esta resolucion, hizo sonar la campanilla, pidió un jarro de agua caliente, abrió su necesé al instante, y despues de bañar sus mejillas en rosada espuma de jabon, pasó por ellas las navajas, hasta dejarlas tan sin bello como las palmas de sus manos. Acabada esta operacion, sacó un pantalon de sa-

ten, tomó unas botas charoladas, un chaleco color de ante, una corbata de raso negro, un frac del mismo color, una camisa de batista, y un pañolito de lo mismo. Se fué vistiéndolo poco á poco, deshizo dos ó tres veces el nudo de la susodicha corbata, y cuando se puso el sombrero acababan de dar las dos. Ya podia marchar á su visita, pero le quedaba todavia una operacion importante, que debia hacer fuera de casa: esta operacion era peinarse.

Al referir el tocador de nuestro héroe, conocerán bien las lectoras, que no tratamos de ponerle como un mozalvete barbilindo, que solo se ocupa de la moda, y que se precia del adorno. Lo que ha ejecutado Fernando, jóven de corazon y de cabeza, lo ejecutan todos los dias muchos ancianos de talento, que mas usan el atavio por no chocar en sociedad, que por embellecer sus persiones. Cada círculo y en horas dadas, pide el traje de cierta especie, y no presentarse con él, lejos de ser despreocupacion, es groseria, es ofender á los demas. Mas prosigamos nuestra historia.

Fernando se rizó el cabello, y á las tres en punto llamaba á la puerta del rico banquero. La abrió un lacayo con librea, que le condujo hasta el estrado, en el que se encontraba Luisa.

El insomnio de aquella noche habia dejado algunas huellas en el semblante de Fernando : mas al entrar en el salon un encarnado de amapola vino á borrar la palidez que momentos antes le cubria. ¿Qué habia producido este cambio en el semblante del poeta? ¿La vista de Luisa? No por cierto. Al lado de Luisa estaba Vargas fumando un magnífico puro, y aquel grupo abrió las heridas en el corazon de Fernando.

Un momento de reflexion fué lo bastante para que recobrase el jóven su impassibilidad y firmeza; se adelantó rápidamente, saludó á Luisa sin turbarse, y tendió á Vargas una mano que estrechó el banquero con júbilo.

—Válganos Dios, exclamó Vargas, y cuanto trabajo nos cuesta que favorezcas esta casa: no quisiste comer anoche con nosotros, segun me ha referido Luisa, y á fé que mi antigua amistad te releva de cumplimientos.

—Tengo mucho que agradecerte, amigo Vargas, y esa misma amistad que publicas, y que yo aprecio, te probará bastantemente que el no haber aceptado el convite que tuvo la bondad de hacerme tu esposa, no fué por guardar etiqueta. La visita que hago á V, hoy prueba.....

—Que yo he sido exigente, añadió Luisa sonriendo, en reclamarla varias veces.

—Y has hecho bien, replicó Vargas. Fernando y yo cuando solteros, es decir, cuando yo lo estaba, porque Fernando continua, si no se ha casado en su viage. ¿Dime, te has casado quiza?

—No he pensado siquiera en ello.

—Fernando y yo cuando solteros, soliamos ser dos camaradas que no invertiamos muy mal el tiempo. Con ocupaciones distintas y con caracteres diferentes nos entendiamos bastante bien. No era chocante ¡vive Dios! que diez y seis meses cumplidos no hubieras puesto tú los pies en esta miserable choza? Hoy no te suelto, amigo mio, saldremos juntos al paseo y comeremos en familia. Si quieres venir al teatro tendrás en mi palco un asiento.

—Tengo luneta.

—Ya lo sé.

—Y los elegantes, añadió Luisa, ven siempre desde sus lunetas la segunda mitad del primer acto: todo lo demas es de mal tono.

—Hay que sacrificar tanto, Luisa, á las exigencias sociales, que apenas puede hacerse mérito de esa pequeña privacion. Yo paso por despreocupado, soy hombre muy poco ambicioso, y he sacrificado en mi vida al bien parecer mis deseos; otros sacrifican mucho mas; y las damas particularmente suelen sacrificar sus cabellos á una nueva moda de peinado,

su esbelto talle á un mal vestido, y sus corazones, si los tienen, á una exigencia del buen tono.

—Nos ataca V., replicó Luisa, con poca humanidad, Fernando.

—Pero tiene razon, dijo Vargas. Yo tengo, Luisa, mucho mundo; y conozco bien á las mugeres, mejor que tú puedes conocerlas. Hay muger que vende su amor por un adorno de cabeza, y hay otras que lo venden caro; mas al fin resulta una venta. Fernando tambien tiene mundo; es verdad que como poeta busca seres imaginarios, que su imaginacion embellece y que no existen en la tierra; mas cuando abandona esos espacios y viene á vivir con nosotros; cuando dejando la poesía es un hombre de carne y hueso, discurre como es menester, y presenta todas las cuestiones con exactitud y verdad.

—Tiene V., Fernando, en mi marido un celosísimo defensor: aunque no debe V. agradecersele, pues por el placer de atacarnos haria lo mismo con cualquiera.

—Mira lo que son las mugeres, replicó el esposo de Luisa; si no se les adula siempre perdemos el pleito con ellas. Escucha el consejo de un casado: á la muger que quieras seducir, no la contradigas jamás; condesciende con sus caprichos; habla mal de los

que ella odie y bien de nadie en ningun caso. Si solicita tu opinion procura adivinar la suya, para darla como de tu cosecha: haz un acopio de paciencia y mente sin temor de Dios. Yo te trato con confianza; supuesto que comemos juntos voy á atender á mis negocios. Procura tú quitar á Luisa el mal humor, que la ha causado mi filípica contra el sexo que bello llamais los poetas.

Vargas se salió del estrado, y Luisa preguntó á Fernando.

—¿Ha quedado V. convencido con el discurso de mi esposo?

—A mi edad, Luisa, tiene el hombre bien cimentadas sus creencias, y no las cambia en un momento, ni mucho menos con discursos. Jamás califico á las señoras por conviccion ó miramiento, y en cuanto al consejo de Vargas estoy muy lejos de seguirle.

—¿No quiere V. ser condescendiente con la opinion de las mugeres, ni adivinar sus pensamientos?

—No quiero mentir en ningun caso. Por la muger que adorase daria mi sangre á los verdugos y arriesgaria mi salvacion; pero por una indiferente no me mudaria de camisa en una siesta de verano.

—¿Y como sabrá una señora cuando V. la ame de ese modo?

—He oído decir que las mugeres tienen un admirable instinto para conocer quien las ama. Por lo demas, creo muy posible que no tengan que ejecutarlo en quien tiene el honor de hablarla.

Luisa se mudó de color, cojió el album que estaba puesto en un extremo del sofá: abrió por los versos que habia escrito Fernando, y presentándose los le dijo:

—¿Quiere V. tener la bondad de esplicarme estos lindos versos?

—Tendré mucho gusto, señora, aunque su contenido es muy claro. Las flores tienen corta vida; los amores son dulces ensueños, que al despertar se desvanecen; la hermosura es un meteoro, que se marchita como las flores, y que como el amor se estingue.

—¿Con qué no hay nada estable en la vida?

—Una sola cosa, y no mas.

—¿Quiere V. nombrarla?

—Si. El dolor.

Fernando doblaba su baston oprimiéndolo contra el suelo, y Luisa pasaba las hojas de su album con extraordinaria rapidez. Se iba prolongando el silencio; Luisa trató de interrumpirlo variando de conversacion al mismo tiempo, y preguntó á Fernando.

—Amigo mio: ¿qué ha visto V. en su viaje?

—Flores marchitas por do quiera, amantes que no se acordaban del objeto de sus amores, ancianas que fueron hermosas, palabras dulces en los labios y en los corazones perfidia.

Vargas entró en aquel momento, y dirigiéndose á su esposa.

—Me parece, Luisa, la dijo, que la comida nos espera, y no creo prudente retardarla.

—¿Comemos los tres solamente?

—Llegaremos á media docena. He querido que tenga Fernando á quien dirigir la palabra, y he convidado á tres amigos. Vamos, señores, vamos, vamos.

Vargas se salió del salon, y Fernando dió su brazo á Luisa para marchar al comedor. Ya los estaban esperando Vargas y sus tres comensales, que eran banqueros como él. Tomaron asiento en la mesa, y como el héroe de la fiesta era Fernando tuvo que ocupar la derecha de la linda esposa del banquero.

Luisa tenia bastante buen gusto, y mucho dinero su esposo, para que no fuera la comida bien presentada y abundante: los convidados demostraban que sus facultades mercantiles no se embotaban con viandas, y desocupaban sus platos con un apetito singular. Fernando y Luisa comian poco: Luisa por muger, y Fernando porque su espíritu agitado le hacia

olvidarse muchas veces hasta del lugar en que se hallaba.

—Qué opinas, le preguntó Vargas, sobre las jugadas de bolsa?

Fernando no le contestó.

—Le pregunta á V. mi marido, añadió Luisa llamando la atención del poeta.

—Perdona, Vargas, no te he oído.

—Te preguntaba tu opinión sobre la bolsa.

—No sé siquiera las cotizaciones de hoy.

—A veinte y dos y tres octavos están los cincos y los treses á treinta y seis.

—En las circunstancias actuales me parecen bastante alto, por más que con un buen sistema puedan subir un diez ó un veinte.

—¿Si V. jugase, preguntó uno de los amigos del banquero, lo verificaría á la alza, ú opina porque bajarán?

—No sé, le replicó Fernando. Entiendo muy poco de negocios, y no cuento con la fortuna. Sé muy bien que la bolsa en España no es un termómetro político; intereses particulares la hacen elevarse ó bajar, y las coaliciones de los banqueros la dan vida ó la debilitan. En mi opinión es una banca en la que se juegan las fortunas á la tirada de un albur.

—Pero se juegan con lealtad, replicó el bolsista.

—Yo creo que en determinadas ocasiones

unos juegan con cartas vistas, mientras van á ciegas los otros.

—Fernando, le interrumpió Vargas, ¿por qué no juegas á la bolsa?

—Entre mil razones por una.

—¿Por cuál?

—Porque no tengo fondos.

—Con una firma acreditada...

—Hay bastante para ganar, ¿pero si se pierde quien paga?

—No piensan todos como tú.

—Los pensamientos son tan varios como las fisonomias de los hombres.

Los postres habian terminado, y se trasladaron á otra pieza, en donde esperaba el café. Luisa se apresuró á servirlo, y poco despues se retiraron.

—Mañana iré á verte, Fernando; dijo Vargas al joven poeta.

—Cuando te parezca. A los pies de V. Luisa.

—Agur.



## CAPITULO VI.

### El baile de Piñata.

Nada mueve tanto el apetito como la privación, ya sea por un motivo temporal ó por una causa permanente. Cuando por razones políticas, ó por preocupaciones quizás, estuvieron prohibidas las máscaras, no habia persona de buen tono, que no anhelase un rico traje y una barnizada careta; se permitieron los disfraces: los primeros años duró el furor que se habia notado cuando fueron fruta prohibida; despues se desterraron los adornos de las familias aristocráticas, para distinguirse de otra clase que con profusion los llevaba, y bajo un sencillo dominó y un pedazo de tafetan, se ocultaron talles esbeltos, y los mas seductores rostros. Hoy las máscaras han

pasado, como las capas de señora, quedando solo su recuerdo para martirio de los unos y entretenimiento de los otros.

El magnífico salón de Oriente, hoy convertido en santuario de las leyes, y poblado por otras máscaras, que ya se cambian las caretas, y ya queden impenetrables á las estúpidas miradas de doce millones de habitantes, que los aplauden ó los silvan; el magnífico salón de Oriente podría contar lances curiosos, y sacar colores de vergüenza á muchos rostros que hacen gala de un bien simulado candor. Villahermosa reemplazó á Oriente; pero Villahermosa apenas sabe algunas vulgares historietas, fábulas que estima no merecen comparándolas á las historias de su respetable antecesor. Con todo el salón del Liceo es el que figura en nuestra historia, y en el que tiene lugar la escena que procuraremos referir.

Si escribiéramos solamente para lectores cortesanos, economizaríamos el trabajo de describir aquel local; pero como tenemos esperanzas de circular por las provincias, y de vivir muy luengos años entre las manos de los curiosos, tomamos colores y pinceles para bosquejar el edificio. Tiene Villahermosa un salón que llamaremos de sesiones cuando tratemos del Liceo, y de baile cuando de más-

caras ; reducido para lo primero , é inservible para lo segundo. Por lo demas , á este salon se ponen ricas colgaduras , espejos de grandes dimensiones , muchas arañas y arandelas ; el pavimento está alfombrado con mas economía que buen gusto , y en el testero de la izquierda hay una especie de balcon destinado para los músicos. En este paraje se baila por el espacio de seis horas , tiempo suficiente en verdad para que se baje á los talones toda la aficion coreográfica de los habitantes de esta villa.

Antes de llegar á este salon se encuentran otros dos ó tres de descanso ; y él mismo tiene gabinetes para el propio fin destinados.

El café y la repostería ocupan varios aposentos ; en el primero todo es malo , en el segundo hay escepciones que justifican el apetito de los modernos venecianos. La escena mejor de las máscaras , la mas animada sin duda , la representa el ambigú entre dos y tres de la mañana. Allí las honradas familias , que tambien familias honradas pueden concurrir á los bailes , sino por amor de danzar , por amor de ganar la rifa : allí las familias honradas comen mucho y beben poco ; allí los jóvenes ahogan en el Madera y el Champagne sus amores y sus disgustos : allí mugeres enemigas de las virtudes de Susana , comen y

beben á honra y gloria de algun prójimo bonachon , y en provecho de sus estómagos ; alli come el que tiene hambre , y alli se emborrachan mas de veinte , para perfumar á sus hermanos con los vapores del Jerez.

Tambien hay un departamento , al que llaman confiteria , y yo llamaria caja de ahorros , pues á él van á parar en un minuto los que ha sabido hacer en muchos meses el pobre que tiene una dama á quien comprar unos bombones. Y no se figuren los lectores que los bombones estan caros , aqui se verifica el adagio de «*no por el huevo , sino por el fuero.*» Los bombones no son los malos , las malas son unas cajitas , que no valen en tasacion lo que cuesta hacerse la barba , pero por las que ponen seis duros , sin acordarse de que hay inlierno , ni del que *ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos*, segun el credo nos enseña. Unos tocadores terminan la serie de los aposentos , y de todos ellos goza un hombre , por la módica cantidad de veinte reales de vellon.

Era el domingo de Piñata , y estaban todos los salones con la temperatura de un horno , y la bulla de un hormiguero. Se empinaban los chiquitines para ver y no ser ahogados ; los altos se bamboleaban , como la copa de un cipres ; las mugeres gritaban en co-

ro, y unian las máscaras sus voces finjidas á este abreviado *pandemonium*. Daban quejidos lastimeros los que recibían pisotones precisamente sobre el callo; se quejaban de zaratanes las que recibían codazos, y alguna viejecilla verde murmuraba porque un mozalvete la había dado un beso en la mano.

En medio de esta baraunda paseaba un joven distraído, con una melena rizada y retorciéndose el vigote. Toda la espresion de su rostro manifestaba mal humor, y todas las máscaras se habían propuesto trabar conversacion con él.

—A dios, le dijo una beata dándole á besar el rosario, ¿cuando me compones una plegaria á santa María Magdalena?

—Cuando te arrepientas, replicó; y la beata bajó los ojos. ¿La diría la verdad el poeta?

—¿Cuando tendrás, le preguntó una pasiega vivaracha, presentándole un gran muchacho; cuando tendrás un chiquitin tan abispado como este?

—Cuando crien á sus hijos las madres, repuso volviendo la espalda. La pasiega se sonrojó. ¿Sería una de las madres que niegan el pecho á sus queridos hijos?

—¿Vamos á ver si me respondes, le preguntó una bailarina, ¿por qué gano yo mas con los pies que tú con la cabeza? Díme.

—Porque todos los hombres tienen pies, y falta la cabeza á muchos.

La bailarina dió un par de vueltas, y se fué riyendo á carcajadas.

Un hombre de sesenta años y por disfraz un dominó, ciñó con su brazo la cintura del jóven, y le preguntó.

—Díme, amigo, ¿por qué acarician tu melena rosada manos de mugeres, y jamás tocan á la mia?

—Por dos razones.

—¿Cuáles son?

—La primera, porque las mugeres buscan el afeite para sí, y no le quieren para el hombre: la segunda, porque solo gustan de que se compre su fingimiento. ¿Me entiendes?

—No muy claro.

—Me entenderás. Este cabello es todo mio, porque mi sustancia lo alimenta: ese es tuyo, porque lo has comprado. El célebre Moratin ha creido que es indispensable trabajar mucho *para hacerse amar con peluca*.

El hombre de sesenta años fué á confundirse con la gente.

—¿Por qué no has salido diputado? preguntó un personage grave con un dominó disfrazado á nuestro jóven.

—Porque sé obrar con mucha independen-

cia; porque veo en España españoles, y fuera de España extranjeros.

Volvió el personaje la espalda, y una muger con dominó negro se cogió del brazo de Fernando; y perdonennos los lectores no habérselo nombrado antes. Fernando se agitó un momento al contacto de aquella muger; mas se repuso en el instante.

—Me pareces triste, Fernando, le preguntó la negra máscara.

—¿Estás tú alegre?

—He venido al baile, y es una prueba que lo estoy.

—Se puede venir, máscara, á un baile á divertirse en él como un loco, y tambien á morir de hastío.

—Siempre con tu hastío.

—Esta es mi suerte.

—¿Hace mucho tiempo que no ha latido tu corazon por una hermosa?

Fernando volvió á estremecerse.

—No tiembles, Fernando, no tiembles. Puedes decirme la verdad sin temor de que te dé celos. Yo me intereso por tu suerte; pero no he nacido para tí.

La voz de la máscara era débil al pronunciar estas palabras, y sobre su careta de raso brotaba una lágrima triste.

- Quién eres, máscara, quién eres?  
 —Una muger desengañada.  
 —¿Desengañada tú? no es posible. Tienes el acento de una niña.  
 —Te engañas, Fernando, te engañas. He sido niña: pero hoy soy una vieja nada mas.  
 —¿Quieres alzarte la careta?  
 —No, Fernando.  
 —Me darias en ello tanto gusto.  
 —Es imposible, es imposible.  
 —Ven á los salones de descanso.

La máscara siguió á Fernando, este la lleva al ambigú, y la dió una caja de dulces. De vuelta al salon la instó de nuevo que se quitase la careta, pero sus ruegos fueron vanos.

—Fernando, dijo con dolor, cubre mi careta un misterio, y tú no querrás que se descubra ante mil curiosos y otros mil.

Otra muger de dominó negro se les acercó rápidamente, y dirigiéndose á la máscara.

—Hace, la dijo, largo rato que estás al lado de Fernando; yo tambien quiero pasear, y te pido que me lo cedas.

La primera máscara dejó el brazo por un movimiento repentino, y cuando Fernando fué á buscarla se habia perdido entre las gentes. La nueva máscara tomó el brazo que habia abandonada la antigua, y dijo á Fernando.

—Amigo mio, hay lances en el carnaval que los literatos como tú suelen llamar de Calderon. Qué te ha parecido este lance?

—Pesado.

—No deja de serlo. Figúrate tú que paseabas con una máscara conocida á quien requerebas de amores.

—Tan desconocida me era como me eres tú.

—Lo aseguras?

—Por mi honor.

—Cómprame, Fernando, una caja de dulces si quieres, y hablaremos un largo rato.

Se marcharon al ambigú, y la máscara tuvo cuidado de elegir una caja idéntica á la que habia visto momentos antes en manos de su antecesora. Cada caja representaba un corazon entre cadenas. La máscara preguntó á Fernando.

—¿Al darme esta caja has querido significarme claramente que me entregas tu corazon?

—No, máscara, tú la has elegido. ¿Has querido significarme que aceptabas mi corazon?

—Todo puede ser. Aunque no. Yo sé Fernando que tú tienes unos amores muy antiguos, unos amores de la infancia.

Fernando se puso mas pálido, y sus labios se comprimieron.

—Te avergüenzas de confesarlo?

—Estas equivocada, máscara.

—Equivocada; como tú. ¿Quieres que te cuente su historia?

—Perderías en contarla un tiempo que puedes emplear en otra cosa.

—Pero qué obstinacion en negar. Dime, Fernando, que has amado con extraordinario frenesí, que cifrabas toda tu dicha en una mirada de sus ojos, en una sonrisa de sus labios, que hubieras dado tu existencia por poseerla, por mirarla. Añade que ya no te acuerdas....

—Estoy muy fatigado, máscara, y voy á buscar un asiento.

—Espera, Fernando. ¿Te incomoda el recuerdo de esa muger?

—Ya te he dicho, máscara, que no amo.

—Pero has amado como un loco, y es una circunstancia criminal haberte olvidado tan pronto de una muger tan adorada. Si es así no la amastes nunca.

—Hablemos de otra cosa, máscara.

—Nada mas divertido que esto.

—Para tí quizá.

—¿Y para tí es un tormento?

—Que sé yo.

—¿Pero por qué te olvidas de ella? ¿Te ha recibido alguna vez con indiferente frialdad? ¿Te ha manifestado poco cariño? ¿No te ha

ofrecido su amistad? ¿Qué motivo de queja tienes?

—¿Qué motivo! exclamó Fernando terriblemente exasperado. Máscara, tú eres mi demonio, y vienes á martirizarme con la amargura de recuerdos que en vano procuro olvidar. ¿Conoces tú toda la historia?

—Como tú mismo la conozco.

—Entonces sabrás el motivo; y si tienen almas las mugeres capaces de condenar la infamia, condenarás el negro crimen que ha empozoñado mi existencia.

—Y tú procuras distraerte con máscaras como la que hace poco se estuvo contigo paseando.

—Ya te he dicho que aquella máscara vino á mí por casualidad, y que guardo el mismo misterio que guardas tú para irritarme. Yo no encontré dicha á su lado, como no la encuentro ahora al tuyo; todas las figuras de muger me son indiferentes, máscara, una sola me ocupa en mis sueños, una sola me martiriza, y á esa muger la tengo odio.

—¿Y si te amase esa muger?

—Es imposible que me ame.

—Si te dijese alguna vez: mira Fernando, yo he causado tus largas noches de delirio, yo he puesto arrugas en tu frente y en tu co-

razon mil espinas, yo he aparecido inconse-  
cuente y nunca he dejado de amarte. ¿Qué  
responderias á esa muger?

—Una sola palabra, máscara: todo cuanto  
dices es mentira.

—¿Y si te pidiese tu amor?

—Creeria que trataba de engañarme.

—¿No hay medio de conciliacion entre esa  
muger y el poeta?

—Es dificil.

—En el momento que la encuentre la digo  
que no piense en tí, porque de ningun modo  
la amas.

—Mentirias, máscara infamemente.

—Tú mismo has dicho que la odias.

—Máscara, déjame por Dios.

—Qué poco galante te muestras.

—Perdóname, estoy fatigado.

—Pues no quiero cansarte mas. A Dios; ya  
nos veremos otro dia.

La máscara se despidió, y Fernando cayó  
rendido sobre una banqueta de damasco. Un  
tropol de confusas ideas fueron cruzando por  
su mente como celages impelidos por la furia  
del aquilon; y otra multitud de ideas nuevas  
empujaban á las anteriores, sin darlas tiempo  
ni lugar para que se mostrasen distintas. El  
delicado sentimiento que habian revelado las  
palabras de la primera máscara negra y su re-

;

entina despedida habian llamado su atencion, asi como habian picado su curiosidad y renovado sus heridas las preguntas de la segunda.

Entregado á sus meditaciones no se cuidaba de las máscaras cuando se le acercó de improviso otra dama de dominó negro que le dijo.

—Pobre Fernando estas triste, y segun presumo muy fatigado de la fiesta, toma un dulcecito y reanímate.

La máscara le presentó una elegantísima caja, y le señaló con su dedo una capuchina y una pera. Fernando tomó la capuchina, la dividió en partes iguales, y presentó una de ellas á la linda máscara diciéndola

—Quieres sentarte, bella niña.

—¿Me has conocido?

—No por cierto.

—Pues como sabes que soy niña.

—Porque exhalas el rico perfume de una rosa al punto de abrir.

—Si no estuvieras tan cansado te propondria que me acompañases hasta encontrar á mi familia.

—Te acompañaré con mucho gusto.

—No me has conocido todavia.

—No por cierto.

—Pues voy á darte algunas señas. Tú vas á mi casa.

- ¿Con frecuencia?  
 —Algunas épocas diariamente.  
 —¿Eres Carolina?  
 —No, torpe. Tú me has comprado muchos dulces y me has mecido en tus rodillas.  
 —¿Eres Carlota?  
 —Sí, Fernando.

Carlota alzó con coquetismo la parte inferior de su careta, y mostró á su amigo las rosas de sus mejillas y sus labios; despues se la quitó del todo y apoyándose familiarmente en el brazo del jóven poeta penetraron en el salon.

Eran las cinco de la mañana, una gran parte de las máscaras habian dejado á Villahermosa, y un número considerable se agolpaba á los guarda-ropas, para sacar de ellos sus abrigos, operacion dificultosa en las noches de concurrencia. Por estas causas el salon estaba ya medio desierto, y no fué difícil á Carlota encontrar á sus dos hermanas, que acompañadas del marqués, la buscaban por todas partes. Cuando se reunieron, el marqués dió á Fernando dos palmadas, y sin darle lugar siquiera para que saludase á las señoras, le dijo.

—Mi amigo poeta, me acuerdo que cuando Carlotita tenia escasamente tres años la entretenia V. muchas veces con mas gracia que su niñera: ahora que ha cumplido los catorce la cela V. mas que su aya.

—Ha sido siempre sus amores: añadió Luisa sonriendo.

—¿V. se ha divertido mucho? preguntó Fernando á la de Vargas.

—Un poquito menos que V.

—No habrá sido entonces gran cosa.

—Si les parece á V., hijas mias, dijo el marqués, nos marcharemos.

—Con mucho gusto, añadió Adela cojiendo el brazo de su padre.

Luisa tomó el otro de Fernando, y se salieron del salon. Al tomar la carretela, Luisa dijo á media voz al poeta: mañana á la noche estaré en casa, y Fernando vió en manos de Luisa una de las dos cajas de dulces que habia comprado aquella noche.



---

---

## CAPITULO VII.



### **Una noche á la chimenea.**

El dia siguiente al de las máscaras le pasó Fernando entre dudas, y devanándose los sesos por averiguar cual de las dos máscaras negras habria sido la esposa de Vargas. También deseaba conocer á la máscara misteriosa; pero se ahogaba este deseo ante la memoria de Luisa. La cita formal que le habia dado al entrar en su carretela, estaba resuelto á aprovecharla, y le parecian las horas lentas, porque las pulsaciones de sus arterias eran mucho mas aceleradas que los movimientos del reloj. Empezaron á dar las ocho, y cada golpe resonaba en el fondo de su corazon, dejando un eco prolongado y produciendo una zozobra. Contó la última campanada y

se encaminó con paso rápido á la morada del banquero. Subió los escalones á dos, y agitando la campanilla fuertemente, preguntó al criado que salió á abrirle, si estaba en casa la señora; la respuesta fué afirmativa, y el mismo criado le condujo hasta el gabinete de su ama.

No entraremos á describirlo, por ser igual enteramente al que vieron nuestros lectores en la casa de la marquesa: el mismo buen gusto en los muebles, la misma elegante sencillez.

Ardia sobre la chimenea una rica lámpara de bronce, y se encontraban á sus lados dos comodísimas butacas. Luisa ocupaba la de la izquierda, y estaba absorta enteramente en la lectura de un volumen. La voz del criado que anunciaba, la hizo levantar la cabeza y recibir al jóven Fernando con una sonrisa seductora.

—Luisa, dijo el jóven, he querido aprovecharme de un secreto que bulló anoche en los labios de V.

—¿Me ha sorprendido V. un secreto?

—Y muy importante, señora.

—Si V. tuviera la bondad de revelármelo.

—Al instante. Al tomar la carretela dijo V. que se se quedaria esta noche en casa y me he aprovechado del aviso.

—Lo que debo agradecer tanto mas, cuanto que V. jamas abusa de la amistad que le profesan.

Esta contestacion de Luisa podia interpretarse de dos modos: podia tomarse en uno de ellos como reconvencion á Fernando por escasear mucho sus visitas, y podia ser tambien un recuerdo, para que se contuviese en los límites de la mas estricta amistad.

Los que no han recibido del cielo almas capaces de sentir pasiones, todo lo que dice una muger lo interpretan en su favor: los que tienen almas sensibles, esas almas de privilegio, que idealizan sus sensaciones y gozan ó sufren por mil, se desprenden del amor propio, é interpretan siempre en su daño, porque el amor es delicado, cuanto presumido el egoismo. Fernando mudó de color, y Luisa que conocia bien la delicadeza del jóven se apresuró á añadir.

—Amigo mio, para que V. venga á mi casa es preciso que se lo rueguen, y esto prueba poca amistad.

—Pero prueba...

—¿Qué?

—Nada, Luisa. ¿Qué libro estaba V. leyendo?

—*Las Memorias del Diablo*.

—Luisa, ¿qué muger la interesa mas?

—Sofia Dilois. Hay un misterio en las ac-

ciones de esta muger, la envuelve una nube tan opaca, que cuando se llega á conocerla la admiracion crece de punto.

—¿Nada mas encuentra V., Luisa en la esposa del fabricante.

—Nada mas ¿y V. que distingue?

—Un amor inmenso hácia Luizzi.

—Un amor que hubiera manchado la hermosa frente de Sofia; si no apareciese tan pura...

—El amor, Luisa, nunca mancha.

—Era una esposa.

—Que vendieron al hombre que quiso comprarla.

—Pero pronunciados sus votos...

—Hay votos, Luisa, que quebrantan otros votos mucho mas sagrados: otros votos que Dios bendecia desde el cielo, y que los hombres han deshecho.

Luisa se puso un poco pálida: Fernando prosiguió:

—No he preguntado á V. siquiera si ha descansado de las máscaras?

—No me cansé mucho, Fernando: V. parecia muy fatigado. Ya se ve, cuando tiene un jóven que atender á muchas amigas, paga la deuda de encontrarlas con el trabajo de atenderlas. Anoche estuvo V. en rifa.

—Exajera V. algo.

—No. Yo ví á V. que llevaba del brazo á

una máscara de dominó negro: la conversacion era viva, y muy espresivas las maneras: en lo mas dulce del coloquio vino otra máscara resuelta á desbancar á su rival, y lo consiguió fácilmente. Estuvo V. poco galante en abandonar á la una para hacerse cargo de la otra. Es verdad que no conociendo á la primera.

—Menos conocí á la segunda; y crea V. Luisa que daria algunos años de mi vida por saber cuál era una de ellas.

—¿Tanto le interesa á V.?

—Mucho.

—¿Pero V. sospecha?

—No sospecho, tengo la mayor evidencia de que una de las máscaras era.....

—¿Quién?

—V. Luisa, V. Luisa.

Luisa habia conducido á Fernando á dar un combate en un terreno sobre el cual todas las ventajas debian estar en su favor. Fernando estaba persuadido que habia sido la esposa de Vargas una de las máscaras negras; pero no podia adivinar si la primera ó la segunda. Las conversaciones de las dos habian sido tan diferentes ó por mejor decir tan opuestas, que para conducirse con acierto seria indispensable tratarlas tambien de maneras distintas. No sabia Luisa cierta-

mente la conversación que habia mediado entre la otra máscara y Fernando ; pero se prometia averiguarla haciéndole creer por sus respuestas que la primera de las dos máscaras era la esposa del banquero. Este modo de conducirse no dejaba de ofrecer peligros ; pues de tal naturaleza podian haber sido las razones que mediaron entre el poeta y la máscara desconocida , que comprometiesen á Luisa mucho mas allá de su deseo : para obviar este inconveniente contaba con su discrecion y su tacto. Fernando tambien conocia lo dificil de su posicion, y estaba decidido á usar palabras un tanto encubiertas ó de ambigua interpretacion á lo menos ; trayendo la discusion á lo presente y desviándola lo mas posible del terreno resbaladizo que el salon del baile presentaba. Luisa fué la que habló primero.

— ¿Está V. seguro en que fui yo una de las máscaras, Fernando ?

— Estoy tan seguro , señora , como de mi propia existencia.

— Y no habiéndome V. conocido durante la conversacion , ¿qué le hizo á V. entrar en sospechas ?

— Una caja de dulces que llevaba V. cuando la ví acompañada de su padre.

— Es un fundamento muy frágil en el que

funda V. su juicio; habia en el baile muchas cajas en un todo iguales á la mia. No tiene V. ningun otro dato?

—Uno que yo juzgo infalible.

—¿Quiere V. decirme cuál es?

—Mi corazon.

—Si no se esplica V. mas claro.

—Voy á esplicarme en el momento. Cuando ví á V. con su familia sentí una voz dentro del alma que me decia: «Luisa ha sido una de las dos máscaras misteriosas.»

—Esa voz del alma nada prueba.

—Para mí mucho.

—Es un delirio. Si la voz del alma probase, hubiera hablado en el momento que las máscaras acosaban á Fernando con sus preguntas. ¿Le dijo á V. entonces su alma cuál de las máscaras era Luisa?

—Fernando vaciló un momento, bajó avergonzado los ojos; pero reanimándose de repente y cogiendo una mano de Luisa con una convulsion febril.

—Señora, exclamó; no es posible que oculte ya por mas largo tiempo las sensaciones de mi alma. Luisa, V. sabe que yo sufro todas las penas del infierno, que mi cerebro se calcina y que mis pupilas se inflaman como el betun de los abismos. Hubo un tiempo, Luisa, hubo un tiempo en el que una muger hermosa me

juraba un amor eterno; yo escuché su voz estasiado, y la adoré como la perla á la concha que le da el ser. ¿Fueron falsos los juramentos?

— ¡Fernando!

— Responda V., Luisa, respóndame V. solamente si los juramentos fueron falsos.

— Los pronunciaba el corazón.

— Gracias, Luisa, un millon de gracias por esa palabra bienhechora. Embriagado con mi ventura aspiraba el fuego del amor como el delicado perfume de las camelias y las rosas, como el aliento embalsamado de las auras en un vergel. Yo era entonces un pobre niño, rico con ensueños de gloria; pero la gloria estaba en sueños, y la riqueza en mi ilusion. Crecí en brazos de mi cariño como crecen las madreselvas en los del roble á que se enlazan, y alzé mi frente entre los hombres, como la planta entre los arboles, al arrimo de mi pasión. Para cantar una hermosura era preciso ser poeta, y yo pulsé con mano trémula el doliente laud de Macías. Mi voz vibraba algunas veces como los alhambres eléctricos, y sus acentos resonaron, dejando un eco dulce en pos. Una corona de laurel ciñó mi frente juvenil, y yo envanecido con ella, como si fuera de brillantes, vine á ponerla alborozado á las plantas de una muger. ¿Re-

cuerda V., Luisa, recuerda aquella corona, hoy marchita, pero fresca y brillante entonces?

—La recuerdo.

—Aquella corona es el emblema de mi vida.

—Fernando.

—Sí, Luisa: un emblema que la retrata muy fielmente. Cuando estaba verde la corona el porvenir me sonreía, y en cada hoja del laurel habia una lisonjera esperanza: hoy que la corona esta marchita, solo ven mis ojos lo pasado: y como los condenados del Dante, no tengo fé ninguna; no espero.

—¿A los veinticinco años, Fernando, no conservar ni una esperanza?

—Ninguna. Y sabe V. Luisa por que, porque la esperanza es el amor, y el amor no cabe en mi alma.

—¿Qué dice V. Fernando?

—Que digo. Una cosa que V. no cree, porque V. sabe que quien ama como el desgraciado poeta, no puede olvidar mientras vive: porque V. sabe que la he amado con el frenesí mas ardiente; porque V. sabe.....

—Fernando.

—Luisa, nada tiene V. que temer. No cabe el amor en mi alma, y en este momento la odio con todas mis fuerzas.

—¡Fernando!

El joven bajó la cabeza, y con las dos ma-

nos oprimió su cráneo, que quería romperse. Luisa le miraba aterrada, y no sabiendo como variar el curso de aquellas ideas cojió una mano del poeta y le dijo.

—Quizá, Fernando, no es V. el mas desgraciado.

Fernando levantó la cabeza, echó una rápida mirada por el elegante gabinete, y estrechando la mano de Luisa como una leona á sus cachorros.

—Todo puede ser, exclamó; V. me quiso en algun tiempo, y las huellas de amor no se borran como las huellas de la arena. V. me abandonó, es verdad, pero no fué su amor á Vargas el que la impulsó á una perfidia; fué el oro que él amontonaba, y al lado de un hombre opulento no puede brillar un poeta. ¡Un poeta! planta abandonada en los arenales del desierto, planta sin riego y sin abrigo. La sociedad puede juzgarlo, entretenerse con sus obras si convienen á su recreo, despreciarlas y escarnecerlas, si no estan cortadas á su gusto, temblar á su voz alguna vez; pero premiarle nunca, nunca. Hizo V. muy bien, hermosa Luisa, en abandonar al poeta.

—No fué libre mi eleccion, Fernando; V. sabe bien que mi padre...

—Mandó á lo baron de la edad media, y V. tuvo que obedecerlo. ¡Triste cosa es ver el

feudalismo en el interior de las familias en medio de un siglo demócrata! ¿Si hubiera sido libre la eleccion á quién hubiera elegido Luisa?

—A V., Fernando.

—¿Es eso cierto?

—No hay razon para que yo mienta.

—Luisa, la fé vuelve á mi alma. La debilidad en la muger puede disculparse, no hay duda. Ante la voluntad de un padre se dobló el cariño de una hija: bien puede ser, yo lo concibo. Pero no se apagó su llama, quedó ardiendo entre las cenizas como el volcan entre la nieve, y ahora brillará mas radiante. ¿No es verdad, Luisa, que seremos todavia felices?

—Fernando, ha podido V. dudar de mi cariño?

—Eso no me basta, es preciso un amor ardiente como el mio. Un amor ciego...

—Soy casada.

—¡Luisa!

—Fernando, por piedad suspendamos por un momento una conversacion penosa, y que ha producido sensaciones muy vivas en muy poco tiempo. ¿Tan poco vale mi cariño que no lo estima V. en nada?

—¡Oh!

—V. me verá con frecuencia, si mi amistad... bien ó mal...

Se oyó un fuerte campanillazo, y pocos momentos despues entró Vargas en el gabinete.

—Mucho me alegro, amigo mio, dijo llegando á Fernando, de que te acuerdes de nosotros alguna vez: mañana tengo que hablarte de un asunto grave, para lo cual iré á tu casa.

—Te recibiré con mucho gusto.

—¿Será á las doce buena hora?

—La que tú señales, amigo mio.

—Pues á las doce iré á buscarte.

Fernando miró su reloj, y se despidió de los esposos. Eran las doce de la noche. Luisa quiso descubrir en los ojos de Vargas el motivo de aquella cita, pero no consiguió saberlo.



---

## CAPITULO VIII.



### Los dos amigos.

El estudio de un abogado revela la monotonía de la profesion de su dueño; en los estantes las partidas, el Cabarrús y las pandectas, y sobre el bufete interdictos, causas criminales y alegatos: el estudio de un literato demuestra en su mismo desorden la multiplicidad de materias á que el literato se dedica. Homero, Dante y Calderon se encuentran al lado de Herodoto, de Tito Livio y de Mariana: Benthán y Montesquieu se confunden con un cancionero de romances, y la filosofía de Vico está embutida entre Pulgar y don Pero Lopez de Ayala, como una beldad de veinte años entre dos momias seculares. En una misma

hoja de papel estan escritos un epitafio doloroso y un incisivo epitalamio; una misma carpeta guarda los primeros cantos de un poema, las últimas escenas de un drama, la biografía de un capitán y la necrología de un sábio. Al pie de un artículo de artes está una letrilla amorosa, y junto á unas máximas morales una sátira picaresca.

Los descendientes de Noe quisieron levantar una torre que se pudiese descubrir desde los extremos del mundo, y se confundieron sus lenguas: el literato quiere alzar la brillante torre del saber visible á todas las edades y á todos los pueblos de la tierra; en castigo de su arrogancia tambien sus ideas se confunden, y es su cabeza otro babel de donde parten á perderse en los espacios de la duda, de la indiferencia ó del desdén.

Fernando sentado en su estudio apartaba con una mano sus negros bucles de cabellos, mientras escribia con la otra algunas líneas inconexas en una novela de costumbres que le reclamaba un periódico. Profundamente lastimado en lo mas sensible de su alma, volcanizada su cabeza por una noche de delirio y una madrugada de dolor, apenas podia mover la pluma y abrir sus párpados llorosos, porque Fernando habia llorado por primera vez en su vida, pero le era preciso buscar en su imagi-

nacion ideas, y en sus músculos movimiento; porque oye una voz el poeta que le grita como al Judío Errante: «*piensa, piensa, escribe, trabaja.*» Y esta voz no le da descanso en los padecimientos físicos, ni en las afecciones morales. Si tiene pérdidas pecuniarias: *trabaja para reponerlas* le dice: si tiene celos, amor y penas, *traza el cuadro de las pasiones, y con la hiel de tu amargura moja el caliz de los placeres para que los labios inocentes se aparten apenas lo toquen*: si una fiebre lenta le consume, tambien le grita: «*piensa, piensa; porque al levantarte del lecho tendrás que aumentar el trabajo para pagar las medicinas, el médico y el enfermero.* Esta voz escuchó Fernando, y prosiguió con mas ahinco. Dos veces le preguntó el criado si le servian el desayuno, dos veces quedó sin respuesta. Se puede trabajar enfermo, porque el trabajo debilita, aumenta la fiebre, y acorta una existencia de dolor; pero el alimento reanima, y para morir hay bastante con la firmeza del espíritu.

Hacia tres horas que Fernando trabajaba sin tomar reposo, cuando sintió sobre su espalda una mano que le oprimia con señales de confianza; volvió la cabeza hácia atrás, y vió la de su amigo Vargas, que apoyado en el respaldo sobre la silla, é inclinado un poco

hacia adelante, parecia leer el manuscrito de que se ocupaba el poeta.

— ¡Vive Dios! amigo Fernando, que tambien trabajais vosotros mucho mas que creen los libreros, los mayorazgos y las damas. ¿Desde qué hora estás escribiendo?

— Desde las nueve lo mas tarde.

— Tres horas; no parece poco. ¿Y qué habrás ganado?

Fernando contó las cuartillas que habia escrito, y le respondió.

— Cuarenta reales.

— ¿Y has trabajado en ese tiempo todo lo mas que te es posible?

— Sí, Vargas; he trabajado hoy mas de lo que es posible tambien.

— ¿Y trabajas alguna vez por mayor espacio de tiempo?

— Escribo seis horas diarias, y leo tres ó cuatro á lo menos.

— Segun esa cuenta ganarás unos cuatro duros diarios; total al año, segun creo, mil cuatrocientos sesenta duros: tus horas de trabajo son tres mil setecientas y cincuenta; con que ganas por cada hora ocho reales, amigo mio; eso gana un buen escribiente, un oficialillo de escritorio y otros mil que podria citar-te que no han necesitado hacer estudios, ni pasan por hombres de talento.

—Hay hombres que en una hora ganan cien veces lo que yo en un año. Pero aun permaneces de pie.

—Voy á sentarme y hablaremos. Tú te sorprenderias anoche con esta visita aplazada.

—Nada menos; yo sabia bien que tú podias venir á verme sin necesidad de anunciarte; mas si no querias perder el viage, por algun incidente imprevisto, has hecho bien en prevenírmelo.

—Hubiera sentido no verte, porque necesito tu consejo. ¿Tú conoces á don Blas de Céspedes?

—Le conozco.

—Es un sugeto de importancia.

—¿De qué importancia me hablas, Pedro?

—De su grande importancia política. Es muy facil que sea ministro.

—Todo es muy facil en España. En cuanto al influjo sé muy bien que Céspedes peiora en los clubs, y que se ha formado una clientela de presumidos y de hambrientos. Los unos quieren elevarlo para encubrir su nulidad bajo brillantes oropeles; los otros para salir luego de su abyeccion y su miseria.

—Lo tratas muy mal.

—No hablo de él, hablo de sus apasionados; aunque muy bien por los devotos se puede juzgar del patrono.

Vargas se quedó avergonzado, fijó sus ojos en el suelo, y no sabía como responder á las razones de su amigo. Fernando conoció, aunque tarde, la severidad de sus palabras, y queriendo continuar la conversacion interrumpida, para que pudiese el banquero explicarse con libertad, prosiguió.

—Quizás mis opiniones son en extremo exageradas, y no tengo razon alguna. Estamos tan acostumbrados á ver elevarse nulidades, que es justa la desconfianza, cuando no se conocen bien las cualidades del sugeto.

—Si tú lo tratases, Fernando, replicó Vargas animado, modificarias tu opinion.

—Es muy posible.

—Por mi parte le debo estar agradecido. Ayer se presentó en mi casa por la mañana bien temprano, se encerró conmigo en el despacho, y me dijo: «Yo sé, don Pedro, que V. es hombre de pundonor, y que está acreditada su firma en el extranjero y en España.» Me puso sobre ascuas este exordio; pero al punto continuó. «La situacion de nuestro pais está reclamando un ministerio compuesto de personas hábiles, acreditadas y patriotas; en nuestros círculos políticos se reconoce como inminente una crisis ministerial, y segun la opinion unánime se me designa como á uno de los que deben sustituirlos. En la inseguridad

que hoy tienen todos los destinos del país el hombre previsora y cauto debe prepararse á la caída antes de remontar el vuelo. El pan de la emigración, señor de Vargas, es sin duda alguna muy amargo; pero mas amargo es no tenerlo. Aquí hay un buen para-caídas en las operaciones de bolsa. A mi entrada en el ministerio subirán un quince los fondos, y en una jugada de cien millones será de quince la ganancia; si quiere V. que la hagamos juntos, porque yo no puedo dar mi nombre, dividiremos la ganancia, y yo lo pondré en los secretos que mi cálculo justifican.» Le pedi tiempo para pensarlo, y me lo concedió hasta esta noche. Ahora te pregunto, Fernando; ¿qué opinas tú de esta jugada? qué me aconsejas?

—Te aconsejo que la consultes con personas mas experimentadas que yo, y que hayan manejado ó manejen asuntos que sean semejantes.

—No puedo hacer lo que me dices. Si se lo pregunto á un banquero se aprovechará de la noticia, y con mi indiscreción habré hecho la jugada casi imposible; si lo consulto con personas legas en la bolsa como tú no adelantaré con sus consejos, y mi secreto está en peligro. Con que buen ánimo, Fernando; la necesidad es urgente, y en tu Horacio ó en tu Aristóteles quizá encontrarás algun testo que la remedie felizmente.

—Lo único que yo puedo decirte es que en tu posición no jugaría.

—¿Pero ganar quince millones!

—Doblarás tus fondos con ellos; ¿pero si se pierden no te arruinas?

—¿No has jugado tú nunca al monte?

—Bastantes veces por desgracia.

—¿Y qué has hecho?

—Esponer mi corto caudal por la codicia de doblarlo.

—Pues á lo mismo estoy resuelto. ¿Irás esta noche por mi casa?

—Puede ser.

—A Dios.

—Antes de irte escúchame por un momento. Siempre que he espuesto mi caudal á un albur ha venido en puertas la contraria. Vargas se marchó diligente á combinar la operación que debía aumentar su fortuna en quince millones de reales; y Fernando tomó la pluma para escribir tres horas mas y aumentar la suya en dos duros.

---

## CAPITULO IX.



### Un ministro en ciernes.

El despacho de don Pedro Vargas era un bonito gabinete, amueblado con sencillez, pero con gusto y elegancia. Grandes mapas de marcos dorados cubrian por do quiera las paredes, y sobre una chimenea de marmol blanco, se alzaba un espejo colosal. Anchos sillones de caoba ofrecian cómodos asientos, y sobre una mesa tallada se veia un pupitre de naranjo. Dos estantes llenos de libros ocupaban todo el espacio que dejaba la chimenea en un testero de la estancia, y una lámpara bronceada la iluminaba con su luz.

Vargas sentado en un sillón, colocado junto á la mesa, hacia números en un papel, mientras Luisa se entretenia en avivar un poco

la lumbre, que estaba próxima á apagarse. Una sonrisita burlona vagaba en los labios de la hermosa que tarareaba una cancion, llevando el compas con el pie, sobre un morillo de metal. Don Pedro terminó sus cuentas, y acercándose mas á su esposa.

—Luisa, la dijo, esta mañana he visitado á nuestro amigo.

—¿A Fernando?

—Precisamente.

—Anoche noté que le dabas una cita.

—Sí, era muy justo pagarle su cortés visita. ¡Que buen muchacho es el poeta! Diez horas trabaja cada dia, y sabes lo que gana al año; unos mil cuatrocientos duros. Yo le doblaria la cantidad si quisiera tomar á su cargo la teneduria de mis libros.

—No se lo propongas jamás.

—¿Por qué?

—Porque gana esa suma con absoluta independencia, sin otro señor de su suerte, que Dios que anima su talento, y ganando doble contigo seria el dependiente asalariado de un hombre mas rico que él.

—¿Y qué tendria de malo en eso? ¿No soy yo su amigo?

—Por lo mismo está acostumbrado á tratarte, como un igual trata á otro igual, y el dia que de ti dependiese, tendria que tratarte

como á un amo. Hoy todo el mundo le recibe con distincion por su talento, su independencia, y su apellido: el dia que cambies al poeta en el tenedor de tus libros, no le recibirán las personas que te reciban á tí, Vargas. Acostumbrada está su mano á formular los pensamientos, y no sabrá trazar los números: el que está llamando la atencion de las mugeres, que solicitan su firma para cada album, y de hombres instruidos que cambian con él las ideas, haria un malísimo contador, y se avergonzaria de ver que habia trocado su pluma creadora en un instrumento de hacer letras.

—No me responderia Fernando tan irritado.

—Ciertamente: pero lo sentiria mas que yo, y verias vagar en sus labios una sonrisa desdeñosa mas elocuente, sin disputa, que centenares de palabras.

—Si persiste en esas ideas no medrará mucho.

—Lo creo. Pero algunos hombres necesitan atesorar montes de oro para que los respeten ó los teman, y á otros les basta su talento. Luisa prosiguió para sí. Cuando merece una muger las atenciones de un hombre ilustre, de una de esas grandes figuras que en la sociedad se destacan, todas las mugeres la envidian, todos los hombres la respetan. Las adoraciones de un vate nos exaltan alguna vez

porque trasmite á nuestras frentes los laureles que le decoran; el amor de un tenedor de libros {daria lástima á las mugeres, y serviria de burla á los hombres. Fernando siente por mí un amor tan respetuoso como profundo: escudada con mis deberes puedo dar pávulo á su llama sin concederle mis favores: verá el mundo en él la pasión, y en mí una simple preferencia: podré conservar mi virtud, teniendo un amante rendido, y me envidiarán doblemente, porque codiciarán muchísimas lo que yo mantengo á distancia. Dos cosas puede tener un hombre que envanezcan á las mugeres, un reconocido talento, y un desmesurado poder. El primero tiene en sí mas brillo: pero son menos las personas que lo distinguen desde lejos: el segundo deslumbra mas aunque á veces es oropel.

Durante el monólogo de Luisa habia vuelto Vargas á sus cuentas, multiplicando varias veces, como si al aumentar los números creciese el oro en las gabetas, como la suma en el papel. Habian llamado dos ó tres veces, y se habia levantado todas ellas para informarse de quien llamaba, pero volvia despues mohino, manifestando en su semblante que sus esperanzas habian fallido. Por fin sonó la campanilla, y á pocos instantes entró anunciado por un lacayo el presunto ministro Céspedes.

La figura de don Blas de Céspedes, solo podía hacerse notable por su misma vulgaridad. Era de mediana estatura, de unas facciones muy comunes, y de cuarenta años de edad. Sus maneras, algo ordinarias, iban rayando en lo grotesco por causa de la afectación que se descubría en todas ellas; y hablaba en un tono dogmático, muy insoportable para hombres que le tenían en su valor.

Cuando penetró en el despacho saludó á Luisa con despejo, y tendió su mano al banquero con grandes muestras de amistad. Luisa le devolvió el saludo como á una persona indiferente, y á quien por primera vez veía; pero Vargas le recibió con extraordinario agasajo.

La conversacion fué indiferente: se habló del Prado y de los bailes, de las tertulias y el teatro. Céspedes prolongaba con gusto la union trina; pero Vargas manifestaba una impaciencia, que conoció al punto su esposa; y queriendo que terminase se despidió con el pretesto de que se marchaba al teatro.

Quedaron los dos frente á frente, el banquero con la agitación de un avaro que piensa hallar un inagotable tesoro; pero que juzga al mismo tiempo la facilidad de que otro se le adelante á descubrirlo: Céspedes con la glacial calma de un hombre que ve asegurado

el buen éxito de su empresa. Cada cual pretendia que el otro entablase la conversacion; pero como Vargas estaba mas impaciente que don Blas, tuvo que entablarla el primero.

—¿Qué novedades de política? preguntó con indiferencia.

—Los negocios siguen su curso, y el éxito está asegurado. Hoy hemos tenido una reunion para tratar de las elecciones, porque las Córtes se disuelven, y hemos convenido en sacar diputados de nuestro color, pero al mismo tiempo enemigos de los ministros actuales. Se han propuesto los candidatos; y yo he juzgado muy oportuno proponer á V.

—Y me aceptaron.

—Algunos se mostraron hostiles, por afeciones personales, pero yo insistí fuertemente, y figuramos, amigo mio, en la misma candidatura.

—V. me honra, señor don Blas, de una manera extraordinaria.

—Hago lo que V. se merece. Yo tengo mas años que V. y mas relaciones políticas: estas circunstancias me proporcionan poder trabajar en su favor: ademas yo sirvo al pais proporcionándole diputados de su independenciam y saber.

—Le juro á V., señor de Céspedes, que quedarán muy satisfechos mis comitentes,

porque yo jamás permitiré un aumento en las contribuciones del país.

—¿Y si las necesidades apremian? ¿Si no están cubiertos los gastos con los ingresos? ¿Si es preciso...

—En ese caso cargaremos á la propiedad territorial, y si es indispensable á la industria, es decir á las dos clases de riqueza que mantienen á los jornaleros, para que los jornales disminuyan y el pan y el aceite se encarezcan, pero recargar á los banqueros ó al rico comercio jamás.

—Nos hallamos precisamente en conformidad de opiniones, y sentados en el congreso será nuestro voto uno mismo. ¿Ha pensado V. sobre el negocio que le propuse ayer?

—Todo el día. No porque yo desconfiase del buen éxito de una operación propuesta por un personaje tan entendido en la materia; sino porque necesitaba conocer á fondo mis negocios para calcular el metálico de que puedo disponer hoy.

—Si no se trata de dinero. Cualquiera que le oyese hablar diría que no ha entrado V. en la bolsa: el crédito debe hacerlo todo y con una firma hay bastante.

—Quiere V. tomarse el trabajo de explicarme la operación.

—Voy á ejecutarlo al momento. La operacion debe ser doble , como las causas que han de influir en realizar los beneficios.

—¿Es decir comprar al contado y vender á plazo...

—No señor. Esa operacion puede ser buena para circunstancias normales , y proporcionará un beneficio de un quince ó un diez y seis al año: pero en tiempos estraordinarios es preciso jugar de otro modo. V. y los demas banqueros que á mi pensamiento se asocien deben jugar ahora á la baja, y en sumas muy considerables: esto producirá una alarma , los periódicos hablarán de ella interpretándola en su favor , y el crédito de los ministros irá bajando con la bolsa. En esta operacion primera habrá una ganancia crecida y se invertirán un par de meses ; la crisis se pronunciará ; el papel queda envilecido , y yo ocupo mi ministerio. Por el pronto quedo estacionario sin dar señales de existencia: Vds. compran cuanto pueden, y yo comienzo á dar decretos que aseguren los intereses , con lo que subirá en pocos dias y haremos una gran ganancia. ¿Qué le parece á V. mi plan?

—Admirablemente concebido , y que ha de tener muy buen éxito. ¿Pero y si se oponen las Córtes á los proyectos del ministro?

—Las Córtes querrán lo que yo. Tiene

un ministro tantos medios de ganarse las voluntades y de hacer variar las opiniones.

—Pero tambien hay muchos hombres que piensan sacar su provecho votando con la oposicion.

—Una oposicion se deshace en ganándola un solo gefe, y la oposicion da esperanzas mientras el ministro realidades. Unos necesitan empleos para mantenerse en la corte: otros cruces para lucirlas en sus respectivas provincias; muchos quieren un uniforme para asistir á los besamanos; y muchísimos mas un ascenso en sus profesiones ó carreras.

—Veo que tiene V. un talisman poderoso para ganar las voluntades.

—Es muy facil ser nigromante en la poltrona de ministro. Quedamos convenidos Vargas, en que desde mañana mismo entra V. en combinacion con otros banqueros respetables para precipitar la baja.

—Desde mañana mismo, Céspedes.

—Ahora me marchó á una reunion, pues estaré haciendo falta en ella.

—Si V. quisiera honrar mi mesa, comeríamos juntos mañana. Seré honrado con mucho gusto. Despues añadió para sí. La muger de Vargas es linda, y no me vendria mal tener esta hermosísima aliada.

:

Luisa se presentó vestida para dirigirse al coliseo, Vargas se puso su sombrero, y Céspedes dió el brazo á la señora hasta la misma carretela.

## CAPITULO X.

### Abreviaciones.

La existencia del joven Fernando se arrastraba penosamente, y como la sencilla mariposa que revolotea entre las zarzas va dejando en leves girones la hermosa púrpura de sus alas, así iba dejando el poeta en las espigas del dolor las ilusiones que brotaban para deshojarse despues.

Su pasión á la esposa de Vargas habia llegado al frenesí; halagado en unos momentos y casi rechazado en otros, entre una hoguera y una gran montaña de nieve que reflectaba las llamas, que lo calcinaba y helaba al mismo tiempo causándole fiebre terrible y extraordinario escalofrio, era una barquilla flotante en las

olas del Occéano, sin piloto que la rigiese y sin brújula para guiarse.

La conversacion suspendida en el gabinete de Luisa daba lisongeras esperanzas, y sin pecar de presumido podia aspirarse á una muger que habia francamente confesado la continuacion de su cariño. Cuando el hombre finge un amor lo esplica con lábio elocuente; cuando el amor es verdadero hay muchísimas horas solemnes en las que la lengua se anuda, y apenas publican los ojos los padecimientos del alma. Pero en este mismo silencio hay una grande diferencia; si es el amor correspondido muestra el silencio una embriaguez de puros goces, un éstasis todo divino; pero si el amor es desdeñado, revela el silencio un idiotismo, una estupidez tan marcada que en vez de causar compasion se provoca á risa y desprecio. Por estas razones se esplica la facilidad con que un hombre de mediana figura y talento seduce á mugeres hermosas cuando no le inspiran interés, y la dificultad que tiene para rendir el corazon de una á quien ama locamente. En el primer caso es brillante, es emprendedor y atrevido; en el segundo es un estúpido.

La posicion del jóven poeta era escepcional en un todo: Luisa le habia confesado el cariño que le profesó cuando soltera, y que

continuaba profesándole; pero escudada con sus deberes no le concedía ningun favor, ni aun le dejaba la esperanza. Cuando Fernando delirante se precipitaba á sus plantas, y abnegado en llanto la pedia una sola muestra de amor, Luisa le tendia su blanca mano, y le permitia que estampase un beso entusiasta; pero una mirada severa le hacia dejar su posicion, y muchas veces alejarse entre confuso y resentido. Si Fernando por darla celos ó por disimular los suyos se acercaba á alguna muger, no faltaba á Luisa pretesto para separarlo de su lado; y en estas ocasiones solemnes era cuando mas descubria su inclinacion hácia el poeta.

Si esterioridades frecuentes la comprometian algun tanto, entonces imponia al amante las mas severas prohibiciones, y apenas le dejaba el derecho de dirigirla algunas palabras, y de visitarla alguna vez.

Vargas ocupado enteramente con su gran jugada de bolsa atendia poco á su muger, y asi se cuidaba de los murmullos que sobre su intimidad con el poeta en varios círculos corrian como de pasarse á Tetuan. La intriga de don Blas de Céspedes caminaba con viento próspero, y los fondos iban bajando con extraordinaria rapidez. Los periódicos de la oposicion comentaban todos los dias las coti-

zaciones de la bolsa, y el resultado de las elecciones era contrario al ministerio. Vargas y sus amigos íntimos habían realizado beneficios en gruesas sumas, y el presunto ministro sostenía un lujo estrepitoso. Todos los hombres previsores estaban á la expectativa, y para todos ellos un cambio en el personal del ministerio era seguro y era próximo. Los aduladores de Céspedes se iban aumentando á medida que él se acercaba al ministerio, y los banquetes en su casa eran espléndidos y continuos. De todos cuantos rodeaban al astro que debía brillar, segun el decir de los astrólogos, Vargas era el mas favorecido, y el dia que no daba don Blas algun banquete á sus amigos, se iba á comer sin ceremonia á la casa de su banquero, nombre que con justa razon daba al avaro esposo de Luisa.

La intimidad de estos dos hombres empezó disgustando mucho á la linda esposa del banquero, que estaba muy bien educada para sufrir sin irritarse las familiaridades de Céspedes.

Una noche que entró Fernando en el gabinete de Luisa, lo que sucedia con frecuencia, halló á la esposa del banquero con un visible mal humor. No dejó de chocarle el rostro severo de Luisa, y como al reunirse los amantes procuran conocer á fondo el estado del cora-

zon de la persona que bien aman, y por el espejo de los ojos descubrir el fondo del alma, sintió una inquietud el poeta que salió al punto á su semblante. Luisa, que conocia á Fernando, se apercibió de su zozobra, y esforzándose á sonreír.

—Amigo Fernando, le dijo, ha perdido V. el color al entrar en mi gabinete. ¿Qué ha producido esta mudanza?

—Voy á contestar con franqueza. Su semblante de V. revela incomodidad ó disgusto; estoy seguro en mi conciencia de no haberla dado causa alguna; pero como va la mentira mucho mas lejos que la verdad, temo.....

—Tranquilícese V. Hace mucho tiempo, Fernando, que tengo el gusto de tratarlo, y jamás logrará la calumnia malquistarlo en mi corazon.

—¿Quién ha causado ese disgusto?

—Céspedes.

Un vivo encarnado cubrió las mejillas del jóven, sus ojos brillaron siniestros como las pupilas del tigre, y á la presion de sus blancos dientes quedaron sangrientos sus labios. Hizo un esfuerzo sobre sí, y dijo á Luisa.

—Amiga mia, quiere V. decirme la ofensa que ha recibido de ese hombre?

—Ninguna, Fernando, ninguna. He dicho

que él era la causa, y he dicho mal, es mi marido.

—¿Vargas da disgustos á su esposa?

—Toma V. Fernando mis palabras en un sentido muy violento. He dicho que Céspedes ó mas bien Vargas habia causado mi disgusto, porque la amistad de mi marido con ese señor me incomoda. Será muy profundo político, buen economista, cuanto quieran; pero para ser un hombre fino le queda mucho que estudiar. Aquí se mete á todas horas; si vamos á comer nos sorprende; si vengo á buscar á mi marido en bata y gorra de dormir, aquí le encuentro; cuando fuma me echa á bocanadas el humo, y pide con un desenfado y una franqueza que me pasma una copa de rom ó un refresco. No sé que mancomunidad de bienes hay entre mi esposo y ese hombre; mas lo que puedo decir es que mira esta casa como suya, como suyos á mis criados; y á mí me mirará tambien.....

—¿Como suya?

—Eso no, Fernando; pero me incomodan sus modales.

—Son hijos de su educacion. Cuando en público se presente acompañando á V....

—Jamás. Bonita figura haria yo con un escudero de su porte. Si tuviera humor de

reirme hablaria á V. de su chaleco tres ó cuatro dedos mas corto de lo que acostumbra á llevarse; de sus colosales trabillas tres ó cuatro dedos mas largas de lo que conviene á la decencia; de su frac que jamás abrocha, y que le falta de lo ancho cuanto de lo largo le sobra; de su corbata siempre tuerta; de los picos de su camisa siempre en opuestas direcciones; de sus botas con mal betun; de sus guantes de lana ó seda; de otra infinidad de menudencias que serian largas de contar.

—¿Y de su postizo?

—Tambien. ¿Qué me dice V. de su postizo?

—Que si no disimula la calva, luce su dinero muy bien; pues no habrá quien dude, señora, que es pelo comprado.

Los dos se rieron de don Blas de Céspedes. Esta conversacion pasaba antes que el presunto ministro se presentase con el boato de que hemos hablado hace poco.

Siendo nuestro ánimo abreviar no referiremos incidentes que mas ó menos importantes darian páginas á la obra, sino distraccion á los lectores; diremos si que el tres por ciento bajaba prodigiosamente; que algunos banqueros se veian en terribles apuros; que salian en soberbios trenes los que estaban acostumbrados á salpicarse con el lodo; y que

muchos padres de familia dejaban sin pan á sus hijos por arriesgarse en operaciones, que segun la marcha de las cosas, forzosamente salian mal. Los meses de calor pasaron, las elecciones concluyeron quedando el gobierno en minoría; la oposicion gritó mas fuerte en los cafés y en los periódicos, los ministros se confundieron, y aturridos con tantas voces no sabian que partido tomar ó que sistema proseguir, si es que tenian algun sistema. Fernando trabajaba mucho para deslumbrar con su gloria los ojos de la que adoraba, y Luisa firme en su sistema era la novia de Fernando, sin dejar de ser un solo dia la fiel esposa del banquero.

Por si echan menos los lectores alguna cosa en este cuadro añadiremos que los teatros estaban cerrados ó desiertos, que la puerta del Sol estaba llena de pretendientes y de vagos, que se sudaba hasta derretirse, y que se consumian muchos sorbetes para soportar el calor. El prado.... Paciencia, lectores, esto reclama otro capítulo.

**CAPITULO XI.**



**El Prado.**

Para que lo sepan los señores que no han visitado á Madrid, ni han hablado con madrileños, ni han leído el discreto manual del distinguido literato y nuestro respetable amigo el señor Mesonero Romanos, el Prado es el mejor paseo de la coronada villa y corte. No se vayan á creer por esto que es ameno ni suntuoso: tres calles de árboles, una verja que separa á los que cabalgan de los que marchamos á pie, y tres fuentes condecoradas con tres dioses del paganismo, Neptuno, Cibeles y Apolo, forman su ornato y su belleza. Poco distante se descubre el edificio de los museos, y á la verdad que contemplándolo se recuer-

dan las bellas obras que atesora en sus galerías. Allí está la virgen del Pez, obra inmortal de un genio inmenso, la Perla de Rafael de Urbino y el famoso pasmo de Sicilia. Allí se encuentran las Concepciones de Murillo; los eccehomos de Juan de Juanes: la Teología de la pintura y los borrachos de Velázquez. Allí Alonso Cano y Zurbarán, Vandric y Rubens, el Ticiano y el Españolito, han depositado sus obras, admiradas por los profesores, y por los legos respetadas. Allí está el tesoro nacional, porque no solo representa un valor artístico de gran monta, sino un valor que en numerario ocuparía mayor terreno que los lienzos amontonados. El museo de las esculturas no tiene punto de comparación con el de pinturas por cierto, pero no deja de encerrar algunas estatuas preciosas, tanto antiguas como modernas. Las hay debidas al cincel del justamente célebre Canova y del muy respetado Alvarez.

Poco distante de los museos hay un sencillo monumento, que jamás mira un español sin sentir profundo entusiasmo. Este sencillo monumento tiene por nombre el Dos de Mayo. ¡El Dos de Mayo! día de gloria, de eterno recuerdo y de lágrimas; el Dos de Mayo protestaron los habitantes de Madrid contra la usurpacion de un hombre, que quiso

manchar sus laureles en Talavera y Arapiles, contra el formidable leon que tomó la piel de una oveja para penetrar en la Península, que en vez de ser el tigre audaz, que ruje bravo y desafia, usó la astucia de raposa, y quedó preso entre sus lazos.

Napoleon Bonaparte, el oficial de artillería, el célebre general de Italia, el negociador de Campo Formio, el conquistador del Egipto, el primer Cónsul, el Emperador, el árbitro del continente, tendria que bajar su cabeza ante las pálidas cenizas que el lúgubre monumento encierra, y que saludar con su espada á otros artilleros como él. El Dos de Mayo y Napoleon deben ocupar la misma página en la historia de nuestro siglo. El Dos de Mayo fué el primer golpe dado al trono de Bonaparte, y se siguieron sin descanso hasta el último de Waterloó.

Despues de haber visto el monumento, es triste llegarse al Retiro, recuerdo de una corte galante, y recreo de una reina jóven, que lleva los últimos restos de la corona del Emperador Carlos V. Unida al retiro está una puerta que recuerda un feliz reinado: y al nombre de Carlos III, reúne á la memoria de improviso las del célebre conde de Aranda, Floridablanca y Campomanes. Esta época de nuestra historia, ni escrita ni juzgada aun,

da lugar á meditaciones que con dificultad se dejan , pero que es imposible consignar en el espacio de unas líneas , y así aventuraremos solamente , que la invasion del año ocho la preparó Cárlos III. Basta , pues , de tristes memorias y bajémonos al paseo.

Era una tarde de setiembre , pero calurosa todavia y que apenas hacia notar la proximidad del otoño. La concurrencia era mediana , pero como de dia de trabajo muy escogida y elegante. Las señoras iban divinas con sus sombreros y sus trajes transparentes y vaporosos : los hombres iban muy humanos con sus frac y sus levitas de todos los colores posibles , pero monótonos en hechura , y monótonos en las telas. Las sillas estaban ocupadas por los que llegaron primero , y á la opaca luz del crepúsculo se empezaban conversaciones que debian quedar terminadas á la viva de algun farol. Las conversaciones variaban segun el número de personas, el temperamento y la edad. Si dos jóvenes de un mismo sexo conversaban , era seguro que estaban hablando de novios , si de distintos de noviaje. Si eran dos madres , discurrían sobre un próximo casamiento ; y si dos viejas , murmuraban hasta dejárselo de sobra ; contando lo que habian oido , lo que habian podido fisgar y lo que sacaban de sus mientes.

Las conversaciones de los hombres solian tener temas mas variados, y abrazar mas número de objetos. La murmuracion entre ellos era franca, y casi siempre motivada. Habia mugeres maliciosas que al verlos hablar en secreto y sonreirse se consideraban aludidas; tendrian sus razones para ello que no debemos penetrar. Los caballos y los carruages ocupaban á muchos jóvenes, y á fé que podian ocuparse en hincar el diente con razon. Qué carruages y qué caballos se ven en el Prado de Madrid! Los hay magníficos sin duda, pero hay otros que debian hallarse al lado de una chimenea ó en una gran plaza de toros. Es muy natural y muy justo que vista paño de Castilla el que no puede usarlo sajón, porque es necesario vestirse: mas en los objetos de lujo ó tenerlos ó no tenerlos. El que no puede comprar un coche, una carretela ó berlina algo decente por lo menos, y tirada por dos caballos en vez de dos almas en penas, que se guarezca de las lluvias con un modesto paraguas, y no salga al sol, si no quiere que sus rayos le den calor. El que no pueda mantener un caballo de bellas formas, enseñado, fuerte y brioso que vaya al Prado en sus dos pies, y no en *cuatro pies de caballo*, como dicen los portugueses, que mantienen con dificultad un mal almazon y una piel.

Otra conversacion importante ocupaba á muchas personas asi mugeres como hombres; esta conversacion era la crisis. ¡La crisis! palabra de moda que hace abrir la boca á muchísimos ó de famélicos ó de ahitos, que hace alargar mucho el oido, que da y quita tantas esperanzas como una epidemia cruel. La crisis segun decian todos estaba tocando á su término. Los ministros estaban resueltos á presentar sus dimisiones, y debian reunirse en consejo á las ocho de aquella noche para formularlas y ponerlas en manos de S. M. Esta noticia parecia muy natural y bien fundada; todos la daban por segura aplaudiéndola la mayor parte como un fausto acontecimiento; porque en España los ministros caen con aplauso general: y lamentándose algunos otros, porque temian perder sus sueldos, razon para derramar lágrimas y exhalar profundos suspiros. Pero en lo que habia divergencia era en señalar los candidatos que habian de ocupar las poltronas. Cada cual formaba una lista á medida de sus deseos ó en conformidad con sus gustos. Y cuentan que dos señoritas de quince abriles á lo mas compusieron uno poniendo: para Guerra con la presidencia á un cadete; á un guardia marina para su ramo; á un meritorio para Hacienda; para Gracia y Justicia á un bachiller; para Goberna-

cion á un oficial sesto de una gefatura política de tercer órden; y para el ministerio de Estado á un agregado de embajada. Un anciano de larga esperiencia, que por casualidad se enteró en la conversacion de las niñas, se aproximó á ellas cortesmente, y las dijo: »Bellas señoritas, el ministerio que han formado no presentará un gran sistema, ni hará mejoras de importancia; pero dirá al menos la verdad, y no engañará con promesas que nunca se ven realizadas.»

Fernando llegaba al paseo dando el brazo á un amigo suyo que se santiguaba con frecuencia.

—¿Quieres decirme, amigo mio, por qué te estás haciendo cruces desde que entramos en el Prado?

—Voy á decírtelo al momento. Porque vienes de buen humor, y es una novedad, Fernando, que debe anunciarse con repiques y con salvas de artillería.

—Que quieres. El hombre no sabe muchas veces porque se alegra, aunque sabe siempre porque sufre. Hoy veo al mundo de color de rosa, y rio como un loco de atar; mañana lo veré negro, Enrique, y me arrancaré los cabellos hasta que la sangre los tiña. Algun dia ha de tener el año en que goce: padeceré todos los demas; pero al fin un dia de vida es vida.

;

—Estás hablando como un libro, y hoy tienes ¡voto á santa Tecla! diez arrobas mas de talento. ¿De qué sirve quedarse flaco por si el mundo anda bien ó mal; por si las mugeres engañan, los hombres no son delicados, ni los gobernantes discretos? Hay mas que tenderse á pierna suelta, dormir, comer y pasearse, esperando que llegue el dia del juicio y el Padre eterno con su vara.

—Mira, Enrique, mira que vieja; va empavesada como una urca y tiene sus mismas dimensiones. Echa tanto tiempo en dar la vuelta á este salon como la nave á que se parece en ir á las Indias Orientales.

—¿Conoces al que va á sulado?

—No.

—Es un famoso petardista que hace arrumacos á la vieja, y la saca muy buenas onzas.

—No se las da de valde, Enrique. Yo prefiero escribir tres dramas, hacer tres jornadas á pie, no comer en tres dias cabales, llevar tres docenas de azotes y leer el almanaque tres veces, á decir un solo piropo á una muger de ese volúmen, de esos años y de ese arreo.

—¿Te costaria tanto trabajo?

—Si temiera el diablo á la cruz como temo yo á esos carcamales, no se subiria en ninguna torre á las de las veletas temiendo.

Mas alli viene don Matias dando conversacion á Teodora. Mira como baja los ojos la pobrecilla, me da lástima. Sus diez y siete primaveras unirse con cincuenta inviernos. ¡Qué barbaridad y qué horror! Pero ya se ve, Matias es rico, la madre de Teodora tiene mucha codicia y muchas deudas; en fin quiere que haga su hija un casamiento por... amor.

—Has echado hasta mala lengua.

—¿Yo mala lengua? nada menos. ¿He dicho acaso que Tomás se hace tres fraques cada año, porque está debiendo al sastre seis? que aquella viudita se viste con la paga de don Cirilo, ni que es un tonto rematado aquel que columpia sus brazos como las aspas de un molino, y que quiere llamar la atencion con su voz hueca y campanuda? Alli viene un coche robado.

—¿Cuál?

—Aquel de las mulas pardas, que por no descubrir los huesos conservan parte de la piel.

—¿Estás loco?

—¿No lo conoces?

—Es...

—El coche de doña Juana, la muger de Felipe el Hermoso, y lo han robado de la armería. ¡Qué respetable antigüedad! ¡Yo te saludo humildemente, ilustre decano de los

coches! Tú, tus mulas y tu cochero, tus señoras y tu lacayo, mereceis pasar á un museo, para que os admiren los curiosos como restos de antigüedades.

—¿Y cómo saludas, Fernando, á la carretelita verde? ¿La conoces?

—Es la de Vargas.

—Alli viene con su señora.

La locuacidad de Fernando se acabó al aspecto de Luisa, sus ojos se quedaron fijos en la elegante carretela, y su corazón palpitó como el de una madre al ver á un hijo.

—Mucho te llama la atención esa carretela.

—Es tan bonita.

—La dueña supongo.

—Calla, Enrique; la reputación de las mujeres es un cristal que se empaña con el aliento, y al más leve golpe se rompe.

Enrique conocía á Fernando, y sabía muy bien que una réplica le pondría de muy mal humor. Calló como amigo prudente y continuaron su paseo. Al poco tiempo llamó Enrique la atención del joven poeta, para enseñarle una carretela charolada, y con un magnífico tronco.

—¿Conoces ese tren? Fernando.

—¿Quién no le conoce en Madrid?

—A todos llama la atención el sorprendente lujo que gasta, y muchos quisieran saber de dónde sale.

—De la bolsa.

—¿Es jugador de bolsa?

—Enrique, ¿el dinero no sale siempre de la bolsa?

—Tienes razon. ¿Y que sabes tú de la crisis?

—Que esa palabra me hace daño.

—Dicen que Céspedes entrará en el próximo ministerio.

—No lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque Céspedes es un hombre que entiende muy bien los negocios.

Fernando volvió á su silencio, encendió un puro distraído, y buscaba con cierto afán entre multitud de carruajes, la carretela del banquero. Sus investigaciones fueron vanas; y cansado de pasear á las inmediaciones de los coches, invitó á su amigo á sentarse, y se dirigieron hácia las sillas. Hallar una desocupada á ciertas horas de la noche es una empresa harto difícil, y habian andado largo trecho sin haber logrado encontrarla. Fernando se paró de pronto, cruzó sus brazos sobre el pecho; y se quedó como una estatua. Enrique pretendió arrancarle de aquella especie de estupor.

—¿Qué tienes? Fernando, le dijo.

—Mira, le replicó el poeta, y con la direc-

cion de su mano le señaló el pequeño grupo que debía fijar sus miradas.

Este grupo le componian, Céspedes, Vargas y su esposa.

El banquero estaba sentado á la derecha de su muger, y Céspedes en una silla, que delante de Luisa estaba. El presunto ministro y la hermosa conversaban alegremente, y Vargas contaba las estrellas con la fria calma de un marido.

El primero que vió al poeta fué el que estaba desocupado, y como se hallaba con ganas de mantener conversacion, le pareció muy oportuno invitarle á que se acercase.

—Vargas te llama, dijo Enrique á su amigo.

—Voy á hablarle.

—Pues hasta luego.

Enrique prosiguió el paseo, y Fernando se aproximó á Vargas, como el pajarillo á la culebra, que entorpeciéndole le atrae.

—Muchas ganas tenia, Fernando, de que nos viésemos.

—Aqui estoy.

—Quiero presentarte á mi amigo, á quien saludarás muy pronto como á ministro de la Reina.

Vargas tocó en el hombro á Céspedes, y el futuro ministro y Luisa volvieron á un tiem-

po las caras para encontrarse con Fernando. A esta vista tan inesperada se cubrió el rostro de la bella de una palidez sepulcral, y Céspedes frunció el entrecejo, mas tan imperceptiblemente, que apenas lo notó Fernando. El poeta se contrajo un poco, mas por una reaccion violenta, logró dominar su emocion y tomar una actitud fria á la par que provocadora.

—Decia, Céspedes, repitió Vargas, que aprovechaba esta ocasion para presentar á V. mi amigo.

—Hace tiempo que tengo el gusto de tratar á este caballero, replicó Céspedes.

—Y yo he tenido la misma suerte, dijo Fernando sonriyendo.

—Ahora hablábamos de V., poeta, añadió Luisa con coquetismo.

—Y una conversacion sostenida, prosiguió Fernando á su vez, por dos personas que me honran con su estimacion y amistad, me favoreceria, señora, de una manera extraordinaria.

—Es dificil, repuso Luisa, poniéndose mucho mas pálida, hacer favor á una persona tan distinguida como V.

—Para cortar los cumplimientos, dijo Vargas festivamente; ¿sabes, Fernando, que muy pronto tendremos al amigo Céspedes de ministro de la corona?

—He visto el nombre del señor en una de las cien mil candidaturas que hoy corren por la capital.

—Pero hay muchas probabilidades de que triunfe la suya.

—Lo creo.

—Amigo Céspedes, añadió el banquero, no se olvide V. de este mozo. Fernando es hombre de provecho, y ocupará muy dignamente el puesto á que se le destine.

—Tendré mucho gusto, añadió Céspedes, en hacer en obsequio de un amigo cuanto sea posible, y le ofrezco.....

—Gracias, le interrumpió Fernando. Un ministro tiene que atender á muchas cosas, y que recompensar á muchos. Todos los que han contribuido á elevarlo tienen derecho para reclamar sus favores, y si el señor de Céspedes sube no lo deberá á mis esfuerzos.

—Vargas, dijo Luisa, me siento un poco indispueta, y desearia que nos marchásemos á casa.

—Como gustes. Mira, Fernando, por qué no te vienes con nosotros?

—Gracias, Pedro, te doy las gracias.

—Si quiere V. tomar asiento en mi carretela, dijo Céspedes.

—Tambien le doy á V. las gracias.

—Ahora que recuerdo, añadió Vargas, podrias hacerme un gran favor.

—¿Qué quieres, Pedro?

—Que acompañes á mi señora, pues tengo una cita á las ocho, y faltan muy pocos minutos.

—Estoy á las órdenes de Luisa.

—Si tiene V. que hacer, observó Céspedes, acompañaré á la señora. Soy bastante bien educado para no tener que hacer nunca cuando está por medio una dama. Si Luisa cree mas conveniente que V. la acompañe....

—Fernando, dijo la esposa del banquero, tiene V. la bondad de permitirme que tome su brazo.

—Al momento.

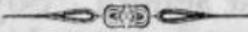
Fernando dió el brazo á la dama para buscar la carretela, y Céspedes tomó el de Vargas que lo condujo hasta la suya.

Los pasos de Luisa eran trémulos, y su hermoso brazo temblaba al descansar sobre el del jóven. Fernando marchaba al contrario con firmeza, y en su mirada se leía la desesperacion que mata, el agudo dolor que debilita y el noble orgullo que da fuerzas.

---

---

## CAPITULO XII.



### La tertulia de confianza.

Quisiera saber quien inventó las tertulias de confianza, para escribir su biografía ya que mi caudal no me permita levantarle un arco de triunfo, ni una rica estatua de bronce. Las tertulias de confianza han debido ser invencion de un hombre de mucho talento y de reducida fortuna. Generalmente entretenidas son cómodas para todos tiempos, y suelen reunir las ventajas de las reuniones de gran tono sin sus graves inconvenientes.

En las tertulias de confianza se reunen jóvenes hermosas, viudas frescas y madres muy bien conservadas: se discurre con libertad, ya sea en público ya en privado, y se canta, se baila y se juega segun lo pide la esta-

cion ó las personas lo reclaman. Son económicas á un punto que pueden servir de modelos; se concurre con frac ó levita segun conviene al tertuliano; se llevan los guantes medio sucios, el chaleco de cualquier color y los pantalones con trabillas ó sin ellas del mismo modo. Si llueve se suple que esten las botas manchadas de lodo, y el que no tiene carruage no se priva de sus placeres. Son en las noches de verano un verso de la letanía á saber: *Refugium peccatorum*; y sirven mas en las de invierno que los cafés y los teatros. En ellas se hilvanan casamientos y se forman buenas amistades; algunos sacan su diario jugando al monte con conducta, con inteligencia ó con maña; y otros muchos pierden su dinero mientras cambian dulces miradas con una vírgen de Murillo.

El banquero de estas sociedades es un hombre de educacion, que gana á los puntos el dinero segun las reglas, es decir, dándoles gusto en todo caso. Las señoras que han vivido mucho para tener amor á los hombres se lo tienen á los caballos, y los galanteadores añejos ponen su cariño en las sotas. Mientras las hijas cuchichean en las banquetas del salon, las madres estrujan sus bolsos para sacar duro por duro los que han de rodar sobre el

tapete; y se me ocurre una observacion : ¿el poner los tapetes verdes significa que el hombre juega siempre animado por las mas dulces esperanzas? Espero la contestacion mientras prosigo con mi historia.

La tertulia del conde del Plano era una tertulia diaria, pero reinaba siempre en ella la mas esquisita urbanidad. Muchos títulos y banqueros la frecuentaban en todo tiempo, y mantenian la mejor banca que habia en Madrid á la sazón. Fernando solia visitar la casa del conde del Plano, y á las diez y media de la noche misma en que le vimos salirse con Luisa del Prado, se presentó en casa del conde. La fisonomía del poeta llevaba un sello extraordinario, y bajo las arrugas de su frente brillaban sus grandes ojos pardos, con un destello semejante al que produce la alegría. Sus palabras eran precisas, pero amables al mismo tiempo, y todas las jóvenes llevaron algunas flores de su boca.

La condesa, muger de mundo y que habia estudiado algun tiempo el caracter triste de Fernando, miró fijamente al poeta, y le hizo llegar á su lado.

—¿Qué le ha sucedido á V. Fernando? le preguntó la noble dama.

—Lo mismo que los demas dias. He paseado con mis amigos, he tomado café, condesa; y

en este momento tengo el gusto de recibir sus atenciones.

—¿Y ha estado V. en el paseo como otra cualquiera tarde, amigo?

Fernando miró á la condesa de una manera singular, que podia interpretarse á la vez, como una reconvencion ó una pregunta. La condesa conoció al punto todo el valor de la mirada, y añadió.

—Nada sé, amigo mio; pero descubro en su semblante un no se que particular; y hay una especie de alegría.

—Cuando se acostumbran los amigos á ver una frente arrugada y la melancolia en los ojos, se admiran de hallarnos alegres; pero asi como sale el sol mas brillante tras la tormenta, asi el rostro se anima mas despues de profundos pesares.

—¿V. ha sufrido?

—No, condesa: pero mi caracter es tan tétrico; soy tan insocial algunas veces, que cuando mis labios sonrien tienen derecho mis amigos el preguntarles el por qué. Si yo supiera dominarme, si fuera mi genio apacible, si la amabilidad posara en mi mirada y en mi boca, como se muestra en la de V., podria sonreir impunemente, y á nadie pareceria extraño mi no interrumpido buen humor.

—V. es muy fino, Fernando; y muy pocos

pueden gloriarse de igualarle en galantería. Agur, Vargas, añadió la condesa, dirigiéndose al rico banquero que acababa de entrar en el salon. ¿Cómo está mi querida Luisa?

—Esta tarde, repuso el banquero, se retiró del Prado indispueta: pero se encuentra algo mejor. ¿Has venido por aqui, Fernando?

—Sí, Vargas, contestó el poeta; hace tiempo que no tengo el gusto de admirar á tantas hermosas, ni de saludar á tantos amigos. ¿Dices que tu esposa está mejor?

—Ahora mismo vengo de verla con Céspedes que está en la antesala.

Fernando se estremeció al oirlo de una manera tan marcada, que le preguntó la condesa.

—¿Es incómodo ese sillón?

—No, condesa; pero noté que le pisaba á V. el vestido, y me apresuré á separarlo.

Fueron entrando los tertulios, y los principales jugadores se marcharon al gabinete. Fernando vió desde su asiento poner en orden los billetes, descartar las barajas, y oyó preguntar el *quien corta*. Entonces dejó su sillón. Llegó á la mesa de la banca, en la que estaban ya sentados el presunto ministro y su amigo. Ocupó un lugar entre ellos, vió tirar el primer albur, y sacando una rica cartera la colocó junto al as de bastos.

—¿Qué es esto? preguntó el banquero.

—Una puesta, replicó Fernando: y todos los demas jugadores hicieron las suyas lentamente.

Se tiró el gallo, y nuevas puestas fueron ocupando el tapete; no muy cuantiosas en verdad, pues todos esperaban juego, para hacerlas en mayor suma. Volvió el banquero la baraja, y á la tercera carta el as de bastos vino á acreditar que el poeta habia tenido buena eleccion.

—Qué tiene V. puesto, Fernando, preguntó el banquero.

—Abra V., y lo sabremos los dos á un tiempo.

El banquero abrió la cartera y encontró en ella cinco billetes, que sumaban veinte mil reales. A todos llamó la atencion apuesta tan considerable, hecha por el hombre menos rico de cuantos se hallaban presentes, y que no acostumbraba á jugar.

El banquero pagó la puesta, y tiró la segunda talla.

Salió un caballo contra un siete: Fernando puso los dos mil duros en el caballo, y el banquero se los pagó, porque el caballo vino en puertas.

—Parece que te sopla el naipe, le dijo Vargas cordialmente.

—Pero hay un adagio italiano, replicó Fer-

nando, que dice; *felice in jueco disgraciatto in amore*, y la alternativa es cruel.

A la tercera talla salió un cinco en contraposicion de una sota, y Fernando dejó su dinero en el lado de la judía. Al tirar el gallo quedó doble, y volviendo el banquero la baraja, tuvo el gusto de ver en puertas un respetable cinco de oros.

—¿Y ahora, preguntó Céspedes sonriyendo, qué dice el adagio italiano.

—*Felice in amore disgraciatto in jueco*: replicó Fernando friamente, y se levantó de la mesa.

—Toma dinero, dijo Vargas, presentándole su cartera.

—Gracias, le respondió Fernando; no juego mas por esta noche; y se salió del gabinete.

Cuando volvió á entrar en el salon solo se notaba en su semblante una pequeña variacion: habia desaparecido el brillo que antes animaba sus ojos. Por lo demas frio é impassible fué á sentarse en un confidente, y empenó una discusion bastante seria con una niña de doce años.

—Con franqueza, hermosa Sofia, ¿qué edad tiene V.?

—Doce años.

—¿Cumplidos?

—Si señor, cumplidos.

—¿Y tiene V. mucha aficion á los juguetes?

—Soy ya vieja para entretenerme con muñecos.

—¿A qué tiene V. aficion, y en qué ocupa todos sus dias?

—Bordo, bailo y toco el piano. Soy aficionada á frecuentar los coliseos, particularmente los de verso.

—¿Por qué prefiere V. los dramas?

—Porque en ellos siento mucho mas. Hace pocas noches que lloré por culpa de V.

—¿Por culpa mia?

—Si: representaban un bello drama debido á la pluma de V.; y cuando lloraba la huérfana por su madre desconocida, lloré yo con la triste idea de que puede llegar un tiempo en el que pierda á mi mamá.

—¿La quiere V. mucho, Sofia?

—¡O Fernando! si hemos de llorar una de las dos, ruego al Señor humildemente que sea mi mamá la que llore, y yo la que baje al sepulcro.

—Bien, muy bien, hermosa Sofia: ¿no hay otra persona en el mundo que parta el cariño de V. con su mamá?

—Si; papá y mis tiernos hermanos.

—Feliz edad, feliz edad en la que se llena el corazon con los afectos de familia, se dijo

:

á sí mismo el poeta. Yo tengo una madre, ¡Dios mio! y vivo lejos de sus brazos, y olvidado alguna vez su cariño por el amor de otra muger.

Gruesas arrugas se marcaron sobre la frente del poeta, y bañó su piel un sudor frio. Sofia á pesar de sus cortos años conoció la angustia de Fernando, y le preguntó.

—Amigo mio, ¿se está V. acordando de su madre?

—¿Quién se lo ha dicho á V.?

—Mi corazon.

—Sí, Sofia, no debo ocultarlo; su recuerdo me martiriza, y no lloro porque soy hombre. Cuando pasen algunos años, cuando la niña fresca y pura se convierta en una muger conocerá V., bella Sofia, lo que vale el divino amor que nos profesan nuestras madres.

Sofia se despidió del jóven, y fué á reunirse con otras niñas que conversaban alegremente de sus trages y sus muñecas.

Los jugadores proseguian sus apuestas con mas ardor, y aunque en cada albur se atravesaba la fortuna de una familia, estas pérdidas no afectaban las de unos hombres, cuyo juego tenia lugar en otra banca mil veces mas arruinadora. Habian estrañado todos ellos la recia apuesta de Fernando, y estrañaban todavia mas su tranquilidad aparente. Cuando

quedó solo el poeta empezó á reunir las ideas y á bosquejar la triste historia de lo que acababa de pasarle. Al encontrarse solo con Luisa no pudo menos de preguntarla.

—¿Su nuevo amigo de V. Céspedes ha variado tanto en maneras como en habitacion y en vestidos?

—Es preciso confesar, Fernando, replicó la muger de Vargas, que Céspedes ha cambiado mucho.

—Ya puede una dama de buen tono presentarse en público con él sin provocar risas burlonas.

—Puede hacerlo, Fernando, puede; mas he preferido que V. venga.

Estas cortas frases de Luisa eran una satisfaccion, y no podia exigir mas Fernando en la posicion en que se hallaba. Mas á pesar de que debia quedar satisfecho su amor propio, conoció que el flaco de Luisa era el lujo, y que podria brillar tanto Céspedes que la ofuscase con su brillo. Apenas la dejó en su casa concibió un proyecto tan rápido y descabellado como lo son generalmente cuantos conciben los amantes. Si yo reuniera mucho oro, se dijo, y eclipsar pudiese el lujo que Céspedes ostenta, Luisa no pensaria mas en él, y yo tendria solo su amor. Para realizar este proyecto se presentó ante su memoria el

juego con sus seducciones; necesitaba algunos fondos para emprenderlo un poco fuerte, y no contaba con metálico, con ricos efectos, ni con fincas. Una sola alhaja poseía de considerable valor, era un anillo que su padre le entregó al punto de espirar. En otra situación cualquiera hubiera preferido morir de hambre y de sed á un mismo tiempo á desprenderse de esta joya; pero su cráneo se rompía, y de él brotaban las ideas en el desorden que la lluvia de una nube de tempestad. La sortija se empeñó al punto en la mitad de su valor, y los mil duros se perdieron en puertas y á la tercer talla.

Al entrar en el gabinete brillaban los ojos de Fernando, porque estaba en ellos la esperanza: al salir no tenían el brillo porque la esperanza había pasado.

¿Mas cómo podremos explicar la impasibilidad del poeta despues de haber visto deshechas sus mas radiantes ilusiones? ¿Era Edipo que pronunciaba aquel tremendo: *estoy tranquilo*? ¿Era Sócrates que bebía con resignacion la cicuta? Ni el uno ni el otro era en verdad. Para mostrar frente serena despues de un grave contratiempo basta un corazon varonil, y quizá con un noble orgullo. La sola presencia de Céspedes hubiera dado fuerzas á Fernando para mostrar frente serena en

toda especie de desgracias. La presencia de un rival odioso, de un rival que vé sonreír á la fortuna que nos desaira, puede matarnos como el rayo; pero dejándonos como él, inmóviles, firmes y erguidos.

La noche prosiguió su curso, y las belas medio gastadas avisaban que ya era hora de buscar el lecho y el reposo. Los jugadores que ganaban se levantaran los primeros, los que perdian mucho despues, y solo quedaron las señoras, que procuran apurar siempre el caliz de las amarguras, si la suerte se les muestra esquiva, y el del placer si les sonrie.

Se formó un grupo en el salon compuesto de varias personas, que antes de marcharse á dormir, querian quedar muy al corriente de la crisis ministerial. Fernando, que se desdenaba de semejantes discusiones se despidió de la condesa, mas al llegar á la antesala fue detenido de repente por el marqués de Bella Flor.

—Fernando, ¿sabe V. si está Céspedes?

—Si señor.

—Venga V. conmigo.

El marqués arrastró al poeta, penetró con él en el grupo: y pudiendo explicarse apenas de satisfaccion y de cansancio.

—Señores, dijo, gran noticia.

—¿Qué noticia? preguntó Vargas.

—Está terminada la crisis.

—¿Cómo? preguntó Céspedes impaciente.

—Los ministros han presentado sus dimisiones.

—¿Y la Reina? interrumpió Céspedes.

—S. M. las ha aceptado en el momento.

—Pero hasta que nombre otros ministros, prosiguió Céspedes observando, no está terminada la crisis.

—Aquí traigo los nombres.

Sacó el marqués de su bolsillo una Gaceta extraordinaria, se levantó un poco las gafas, y leyó.

«Vengo en nombrar á don Blas de Céspedes...»

Todos exclamaron á la vez, Céspedes, Céspedes ministro.



---

---

Y los fondos subieron mucho en un corto espacio de tiempo de días y noches y todos sus amigos veían luz por los horizontes diferentes y esperaban por el día que vino con las pajas y los susos y el mundo se volvió a ser el mundo de antes.

## CAPÍTULO XIII.

---

### El nuevo ministro.



Todas las predicciones de don Blas se habían verificado hasta entonces. La baja de los fondos fue rápida, y la combinación bursátil apresuró mucho la caída de un ministerio combatido por encontrados elementos. Vargas estaba envanecido por dos poderosas razones; la primera porque sus caudales habían tenido un grande aumento, y la segunda porque gozaba de todo el favor del ministro.

La primera operación hecha era preciso apresurarse á llevar á cabo la segunda, y los principales bajistas se pusieron al punto á la alza; el ministro no encontró medidas que pudieran darla gran impulso, pero el interés

individual fué mas poderoso que su inercia, y los fondos subieron mucho en un corto número de dias. Vargas y todos sus amigos realizaron fuertes diferencias, y Céspedes por bajo de cuerda hizo ganancias, con las que aumentó su boato y el número de sus parciales.

En su conversacion con Vargas habia explicado sabiamente, si no las teorías del gobierno, que era facil desconociese, las teorías de los gobernantes; es decir, una de las maneras de acallar á los descontentos, ó el específico contra murmuradores, de taparles las bocas con pan. Consecuente con su sistema, empezó á renovar empleados, y ahogó los gritos de los cesantes con los aplausos que le daban los favorecidos por él.

Si fuera posible que un ministro encontrase el medio ingenioso de dar sueldos á todos los súbditos ó ciudadanos, del monarca por quien gobierna, ó de la nacion que dirige, se perpetuaria fácilmente y acatarian todos su poder; pero como para encumbrar á unos es indispensable bajar á otros, y siempre son mas los descontentos que los recompensados ampliamente, sucede que por cada amigo adquiere cinco ó seis contrarios. Estas enemistades son justas, y dan mas tarde ó mas temprano en que pensar al ofensor. Céspedes

no se cuidaba mucho de lo que podía suceder con el discurso de los meses, y gozaba con el presente sin pensar en el porvenir.

El alto rango del ministro, su voluntad omnipotente en las Córtes y en el Consejo, y la altura á que lo elevaba la humillacion de aduladores, siempre prontos á prosternarse ante el ídolo que descuella, hacian que Luisa viese en Céspedes un personaje muy diferente de aquel que habia menospreciado cuatro meses antes á lo mas. Fernando veia desarrollarse esta especie de inclinacion, y padecia todos los tormentos que pueden hacer sufrir á un hombre una pasion desenfrenada y el amor propio resentido. Visitaba menos á Luisa, y sus conversaciones con ella estaban siempre entrecortadas por largas horas de silencio.

Una noche que pasó Fernando tres horas al lado de Luisa, dirijiéndola la palabra pocas veces y con reserva, le dijo la hermosa al despedirse.

—Nadie nos daría crédito, Fernando, si le dijésemos de que modo un hombre y una muger jóvenes han sabido invertir tres horas.

—Cuando no se puede reir, y no hay derecho para quejarse, es muy difícil mantener conversacion por largo tiempo.

—¿Qué quiere V. decir, Fernando?

—Quiero decir, que entre nosotros pocas veces son las palabras la espresion de los pensamientos.

—Las mias no los tuercen jamás.

—¿Me profesa V. amor, Luisa?

Luisa bajó al suelo sus ojos.

—Ve V., Luisa, prosiguió Fernando como jamás nuestras palabras pueden revelar el pensamiento.

La esposa de Vargas no contestó, y se alejó al punto el poeta.

Fernando procuró mil veces ahogar en bulliciosa orgía el aspid que le emponzoñaba; pero se alejaba de ella débil con el cuerpo en suma abatido para el ejercicio y la fatiga, pero con el espíritu fuerte para sufrir y meditar. Cuando se encontraba con Céspedes no podia reprimir su enojo, y aquel personage altanero bajó mas de una vez sus ojos antes los del poeta que le miraban de hito en hito. Estos encuentros muchas veces tenian lugar en casa de Luisa, y entonces se mostraba Fernando mas mordaz y provocador. Estaban reunidos una noche cierto número de personas en el estrado del banquero y entre ellas el nuevo ministro: Luisa estaba sentada en el sofá y á su izquierda don Blas de Céspedes. Fernando entró pausadamente cuando reinaba gran silencio, y por entablar conversacion le

preguntó uno qué novedades estaban á la órden del dia.

—Las mismas que ayer, contestó.

—¿Y cuáles son?

—Que los ministros hacen todo el daño posible.

Todos quedaron en silencio.

—Y tienen razon, prosiguió. No se gobierna con destierros, con proscripciones y con cárceles; no se gobierna ciertamente con entrar á saco las ciudades para exigir unos impuestos superiores á las fortunas de los que tienen que pagarlos: no se gobierna mostrándose altivos con los habitantes del pais y con los estrangeros humildes; no se gobierna enriqueciendo á unos cuantos hombres con los despojos de otros muchos. No se gobierna en fin...

—Fernando; le interrumpió Vargas.

—Amigo mio, no habia reparado en S. E.; pero me alegro que esté aquí, pues acabo de ser el eco de las opiniones del pais.

—Señor de Izara, dijo Céspedes, las ideas que V. ha emitido podrán ser las tuyas quizá, pero hay muchos que tienen otras.

—Las hechuras de los ministros.

—¿En qué periódico escribe V.?

—En ninguno, señor de Céspedes.

—Me ha parecido su discurso un artículo meditado.

—Eso probará que yo hablo como otros deberian obrar.

—Los artículos se miran siempre como las armas de los partidos, y si ofenden hay un jurado.....

—Las palabras pueden mirarse como la expresion de sentimientos muy arraigados y profundos, y si ofenden hay un tribunal, y un juez árbitro.....

—Fernando, dijo Luisa turbada.

—Señor de Isara, está V. hablando con...

—Perdone V. Luisa. Con un hombre. En sociedad no hay gerarquías, y al confundirse las personas en un mismo círculo se igualan.

—Fernando, volvió á repetir Luisa, me atrevo á suplicar á V. que termine esta discusion.

—V. puede mandarme Luisa.

Fernando guardó triste silencio, pero revelaban sus ojos toda la impaciencia que sentia por no haber terminado el lance en conformidad con sus deseos. Al poco rato se despidió echando una mirada á Céspedes provocativa y desdeñosa.

—Si consiste el tener talento, dijo Céspedes, despues que Fernando salió, en un caracter insolente, ese jóven podrá gloriarse del primer talento del mundo. ¿Es V. de mi opinion, Luisa?

Luisa bajó al suelo los ojos, y guardó profundo silencio.

—Por lo demas, prosiguió el ministro, si no hubiera tenido en cuenta el respeto que se merecen la presencia de una señora y la sociedad de un amigo, hubiera dado una leccion á ese jóven tan imprudente.

—Eso, dijo Vargas que era bastante amigo de Fernando, y muy amigo de la verdad, eso hubiera sido difícil.

—¿Duda V. que yo....

—No, don Blas; pero sé muy bien que Fernando en vez de recibir lecciones se halla en estado de poder darlas; sé que si maneja bien la pluma maneja la espada mejor; y aun añadiré que sus palabras iban dirigidas á ese fin.

—Vargas, las manos de los literatos, si estan firmes en las academias, tiemblan en el campo.

—La suya se ha ejercitado varias veces contra enemigos muy bizarros, y no ha temblado un solo instante.

—Me atreveria á suplicar, señores, que se dé al olvido un incidente con felicidad terminado. ¿Hay mañana sesion en el congreso?

—Y un tanto animada, dijo Céspedes. Algunos diputados discolos han anunciado interpelaciones, y tendré que tomar la palabra pa-

ra que callen de una vez. Yo soy un defensor acérrimo de las formas representativas, pero no puedo tolerar que fiscalicen mi conducta, ni escuchar discursos de dos horas en labios de mis enemigos. Todos aspiran al poder; todos pretenden suplantarnos; y con la capa del bien público ocultan bastardos intentos y una ambición desenfrenada.

—Aquí hacia falta el jóven poeta, dijo un banquero de larga edad á otro que se hallaba á su lado. El señor ministro no recuerda los medios de que se ha valido para sentarse en la poltrona, y reprueba en la oposicion de esta legislatura lo mismo que él hizo en la pasada sin añadir otros manejos.

—Que nos han venido de molde, replicó el otro haciendo un gesto bastante significativo.

Al concluir Céspedes su discurso se levantó con desenfado, habló á Luisa algunas palabras, y se despidió de sus amigos para marcharse á la secretaría.

## CAPITULO XIV

### El teatro del Circo.



El teatro del Circo es un teatro eminentemente español; y no porque en él se ejecuten comedias de capa y espada, ni comedias de ningun género, sino porque habiendo sido levantado por el célebre caballista Paul para ejercicios de gimnástica, como su nombre manifiesta, hoy se ha convertido en teatro y sirve para lo contrario que pensó su fundador.

El tener un uso distinto de aquel para que fué hecho y destinado, constituye precisamente su principal españolismo. En España se emplean las cosas segun caen, y lo mismo se hace un intendente de un capitan de co-

raceros, que un coronel de un estudiante.

Si fueran buenos unos y otros, probaria que los españoles gozábamos de la ciencia infusa, y tendríamos que dar humildes gracias á la Providencia que habia derramado sus favores sobre este dichoso pais. Pero sucede casi siempre, que el coracero se confunde entre el polvo de los papeles, y el estudiante manda mal, y administra mal su regimiento.

Pero dejemos reflexiones que van pesando de importunas, y entremos en el teatro.

He oido decir mas de cien veces, que hay muchas casas con fortuna, y repiten muchas familias, «entré en esta casa con buen pie.» El Circo es una de estas casas, y el teatro de moda por lo tanto.

¿Ha sido un capricho del público la preferencia á este teatro, ó se halla fundada en razones? Es difícil averiguarlo.

Se encuentra el Circo situado casi en un extremo de Madrid; su forma circular impide que se vean bien los espectáculos desde muchísimos parajes, y el escenario es reducido para el aparato teatral. Aquí están sus inconvenientes: pasemos ahora á sus ventajas. Tiene el Circo dos galerías muy despejadas y capaces, una al nivel de las lunetas y otra en lugar de palcos segundos; á estas galerías debe el Circo la mayor parte de su suerte.

Hubo un tiempo de feliz memoria en el que por tristes cuatro reales compraba un ciudadano el derecho de arrellanarse en una tabla, y de ver bailar la Gisela, ó de oír cantar bien el Belisario: este tiempo pasó como pasan todos los bienes de la tierra, y tras él ha venido otro tiempo en que cuesta dos reales mas ver lo mismo, y algo peor hecho; cómo ha de ser, los tiempos mudan y no hay mas remedio que paciencia. Esta baratura de asientos, un millon de veces mas cómodos que los que por el mismo precio se ocupan en los demas teatros, llevó al del Circo una concurrencia muy numerosa, y muy decente. El baile y la ópera reunidos, hermanaron dos aficiones, y todos los palcos y lunetas se ocuparon por las personas mas elegantes de la corte. El Circo se convirtió en breve en una escogida sociedad, y mas que á ver los espectáculos, se iba á él á solazarse con los amigos, y á tributar culto á las hermosas que eran su mas rico y mejor ornato.

El banquero Vargas era rico y muy elegante su esposa. Estas dos circunstancias reunidas debian hacerla tomar palco en el coliseo de la moda, y asi sucedió justamente. Céspedes queria brillar mucho, y presentarse de relieve en toda especie de espectáculos; Céspedes tomó tambien palco en el coliseo de

la moda. Fernando amaba mucho á Luisa y estaba celoso del ministro, Fernando tomó una luneta en el coliseo de la moda. Los tres conocian que se hallaban en una situacion difícil, pero colocados en ella, todos marchaban adelante, con desiguales medios y fortuna, pero con el mismo teson.

Era el dia 25 de diciembre, una numerosa concurrencia llenaba las localidades, y en las galerías se empujaban, costando mas ganar un asiento, que costó á Alejandro la conquista de los imperios de Dario. El frio de la calle era intenso, pero en el salon se sudaba como en los meses del estío. Las señoras echaban menos el auxilio de los abanicos, y agitaban sus ramilletes, para compensar con la ilusion lo que á la realidad faltaba. El telon se habia levantado y la Guy Stephan giraba con la rapidez del pensamiento, sus apasionados aplaudian, y hasta los menos coreógrafos batian palmas de vez en cuando. Luisa, recostada en un sillón, tenia fijos sus catalejos en la ligera bailarina, y Fernando, vuelta la espalda al escenario, miraba fijamente á Luisa, que seguia mirando á la escena.

Enrique, el amigo que vimos pasear con Fernando en el prado, llamó la atencion del poeta, y le señaló con sus lentes el palco

frente al del banquero. Este palco era el del ministro, y Céspedes acababa de entrar.

El ministro se adelantó, se inclinó un poco sobre la baranda, como para anunciar que habia llegado, y despues se echó en un sillón, volviendo la espalda á la escena, porque asi quedaba frente á frente de la linda esposa de Vargas.

Fernando siguió con la vista los movimientos del ministro, y se volvió con rapidez hácia la esposa del banquero. Luisa habia dejado sus lentes y saludaba con la mano al bienaventurado Céspedes; despues miró un poco hácia las lunetas, y movió la cabeza á Fernando. El jóven inclinó la suya; volvió á mirar al palco del ministro, se volvió despues al de Vargas, en seguida tornó al de Céspedes, y en fin tanto siguió sus movimientos, que no pudo sufrirlos mas un hombre de cincuenta años que estaba colocado á su espalda y le dijo.

—Tiene V. la bondad, caballero, de no mover tanto la cabeza.

Fernando se quedó mirándole, como si no hubiera entendido bien, y esperando que el otro prosiguiese. Viendo que se estaba callado continuó con sus movimientos, hasta que por segunda vez le dijo su vecino.

—Tiene V. la bondad caballero, de no mover tanto la cabeza.

—No señor, replicó Fernando, y volvió la cabeza á otro lado.

—Es que, murmuró el de la espalda, es que yo he pagado mi dinero para divertirme, y ver bien las...

—Yo tambien he pagado el mio, le interrumpió Fernando bruscamente para fastidiarme y para ver aquello que me dé la gana.

—Caballero, toma V. un tono.

—Tomo el que me acomoda mas.

—Pero cuando advierto con politica.

—Pero cuando fastidia V. con ella.

—Si los acomodadores velasen por el buen orden de la luneta no se concurriria al teatro á tener cuestiones y choques, prosiguió diciendo entre dientes.

—Si viniera un acomodador, y me dijese una palabra, le romperia el cráneo, señor mio, contra el de V. que por lo terco da muestras de tenerlo duro.

El telon cayó en este tiempo, y el hombre se fué con su enfado á desahogarlo en la plazuela, ó á refrescarlo en el café.

La luneta quedó vacía como sucede en todo intermedio; van los unos á refrescar no al peor café que existe en la tierra, sino al mas malo imaginable; los otros á fumar cigarros, y á decir algunos requiebros á las damas de las galerías, y los otros van

á los palcos á hacer un rato de tertulia.

Casi todos los que rodeaban al poeta habian dejado sus asientos, y Fernando estaba en el suyo; pero no movia la cabeza como antes, y sus ojos estaban fijos en la persona del ministro. Céspedes estaba rodeado de un gran número de aduladores que querian crecer arrastrándose: verdaderos hombres culebras que solo levantan el cuello para morder traidoramente. El ministro los recibia con ademanes altaneros, y cuando queria con sus miradas dar á alguno claras señales de su proteccion ó de su aprecio estaban tan llenas de orgullo que mas ofendian que halagaban. Céspedes se mostraba esta noche mas inquieto que de costumbre, y recibia á cuantos llegaban con un gesto de mal humor que se podia interpretar sin violencia por «son ustedes importunos.»

Fernando estaba conociendo lo que Céspedes padecia, y se olvidaba de sus penas para regocijarse con el mal que atormentaba á su enemigo.

Habian pasado muchas noches sin que visitase Fernando el palco de la hermosa Luisa, y no pensaba hacerlo en esta; pero se le presentaba una ocasion de atormentar á su enemigo, y era muy justo aprovecharla.

Lleno de alegría con esta idea dejó su

luneta de repente, y se encaminó al pasadizo; Céspedes adivinó al punto el pensamiento de Fernando, y sin atender á un senador que entraba entonces en su palco, salió de él apresuradamente, y se dirigió hácia el de Luisa. Cuando llegó Fernando á su puerta ya la estaba abriendo el ministro. Céspedes por un movimiento involuntario le cedió el paso, y el poeta sin devolverle su saludo entró y se sentó junto á Luisa.

—Vienes azorado, dijo Vargas.

—Hay tienes al señor ministro, repuso Fernando secamente.

Céspedes acababa de entrar, y con el sombrero en la mano saludaba, aunque balbuciendo, á la jóven y hermosa Luisa.

Vargas era bastante cortés, y cedió su asiento al ministro: Luisa recibió el saludo de Céspedes con las mejillas encendidas como el pétalo de la amapola. Fernando notó el embarazo en que se encontraban los dos y aunque podia darle lugar á interpretaciones finetras para su amor y su reposo dejó vagar una sonrisa en sus labios secos y ardientes, sonrisa que aterró á la esposa, y dejó turbado al ministro. Estaba resuelto el poeta á apurar el amargo caliz de sus devoradores celos, pero al mismo tiempo queria darlos á su vez al ministro y poner en alarma á la esposa:

conocía muy á fondo á Vargas, y sabía que aunque aventurase alguna espresion de dos sentidos, no sería por él observada: en esta persuasion tomó un aire entre formal é impertinente, y dijo á Luisa.

—Amiga mia, es necesario convenir en que para divertirse una noche no hay un coliseo como el Circo.

—Opino como V., Fernando. Los espectáculos varían mucho, y dicen que la diversion consiste siempre en la variedad.

—Estoy inclinado á creer que los que así opinan no mienten. Yo me he divertido esta noche mas que V. puede figurarse.

—¿Le gusta á V. mucho la Gisela?

—No soy aficionado al baile; y juro á V. que mis amores no empezarán jamás por los pies. Pero como además de la escena hay otras escenas que pasan.

—No he notado ninguna.

—Yo sí. Y eso consistirá tal vez en que mientras miran casi todos al espectáculo, yo miro....

—¿A qué mira V.? preguntó Céspedes.

—A los palcos y á las lunetas.

—Y ha visto V. algo chocante? siguió preguntando el ministro.

—Si señor, prosiguió el poeta. He visto cosas tan chocantes que para llamarlas

con su nombre las calificaré de ridículas.

—Cuenta, Fernando, dijo Vargas.

—Mire V., Fernando, mire V. que adorno de cabeza tan raro.

—Es muy raro efectivamente. Pero prosigo con mi historia.

—¿Le gusta á V. este ramillete?

—Es muy lindo.

—No le interrumpas, dijo Vargas. Sigue, Fernando, con tu historia.

—Estaba levantado el telon, y tenian los espectadores toda su atencion en la Guy. V. la miraba tambien con sus hermosos lentes, Luisa.

—Son muy claros estos gemelos. Mire V. con ellos, Fernando, al número diez, y notará....

—No le interrumpas, dijo Vargas. Es preciso tener paciencia con las damas, amigo mio.

—No me olvidaré de la historia. Cuando miraban á la Sthefan con una atencion tan profunda como si fuera la primer noche, ó nos diera su último adios, abrieron la puerta de un palco, y se presentó un personaje que si lo tuviera el pais en lo que él se tiene, amigo mio, oscureceria á los Ensenadas, Arandas y Florida-blancas; pero si ha de ser alguna cosa será un conde duque de Olivares, ó á los mas un duque de Lerma. Como

estaban los espectadores ocupados en ver á la Guy, personaje mas importante, y sobre todo de mas mérito que el que se presentó en el palco, atendieron á la bailarina, y no repararon en él. Un hombre de mediano juicio, y que valiera algo realmente, se hubiera sufrido el desaire y aprendido á bailar un poco para asi llamar la atencion; pero el célebre personaje, que hay celebridad en lo malo, se adelantó hasta el antepecho, sacó todo su cuerpo fuera empinándose cuanto pudo, movió su sillón.....

— ¡Qué petulancia! exclamó Vargas sonriendo, y sin reparar en su esposa que habia perdido el color.

— Todos opinaron como tú.

— ¿Y esa opinion, interrumpió Céspedes con las mejillas inflamadas, y echando fuego por los ojos, y esa opinion.....

— Esa opinion, replicó Fernando con imperturbable sangre fría, era infundada, á lo menos en este caso. El movimiento de la silla no fué con ánimo de llamar la atencion del público, señor de Céspedes, fué para que supiese su llegada una persona nada mas, una muger.

— Que mal corazon tiene V., dijo Luisa llegando sus lábios hasta los oidos del poeta.

—Volvió la cara la muger? preguntó alegremente Vargas.

—Eso queda para mañana.

—Qué calma tienes: ahora, ahora.

—Y tú muestras grande impaciencia. ¿Qué te importa á tí si volvió ó tuvo quieta la cabeza?

—Cuando se principia una historia debe acabarse.

—No, amigo mio: una historia contada á retazos llama mucho mas la atencion, y en terminando bien el capítulo quedan gustosos los lectores.

—Pero, hombre, si cuando mas gana.....

—Asi debe ser. Hasta otra noche. Estan levantando el telon.

Con efecto le levantaban, y la selva de los prodigios ó por lo menos de las Wilis estaba llamando la atencion del público que ya al teatro para divertirse con los ojos. Fernando se despidió de Luisa con mas amabilidad que otras veces, dió la mano á su amigo Vargas, y con admiracion de Luisa se la tendió tambien á Céspedes. El ministro se levantó para contestar el saludo, y le dijo al oido él poeta.

—Si necesita V. saber mas de la historia que he referido, puede preguntarme cuando guste seguro que tendrá respuesta.

El acto se habia comenzado; la labradora que habia muerto de una enfermedad bastante rara en nuestro siglo XIX se habia transformado en aerea Willi, y los espectadores aplaudian al espíritu de la danza. Fernando llegó á su luneta, y notó que la de la espalda habia sido desamparada por su antiguo contendedor. Casi tuvo remordimiento por los seis reales que habia perder á aquel ciudadano pacífico; pero no pudiendo remediarlo se sentó lo mejor que pudo en su asiento no muy cómodo. El ministro permanecia junto á la esposa del banquero, pero las miradas de Luisa no se apartaban de la escena.

—Noto, dijo Céspedes á media voz, que se estremece V., señora á la sola vista de Fernando.

—Se equivoca V. mucho Céspedes, le contestó mas sin mirarlo.

—Ya me ha repetido V. lo mismo muchas veces, hermosa Luisa; pero continuas esperiencias me estan demostrando lo contrario. V. le tiene deferencias,....

—Es un amigo de la infancia á quien he tratado como á hermano, y solo siento por él, Céspedes, un cariño todo fraternal.

—Siento no poder convencerme de cuanto V. me está diciendo; pero veo que V. me sacrifica á los caprichos de Fernando. Un

hombre algo notable, Luisa, no puede sufrir en paciencia la rivalidad de un mozalvete envanecido con los favores que V. le dispensa, y prefiero una confesion llana y sincera de parte de V. á este juego en que pierdo mas cada dia.

—¿Qué quiere V. que le confiese?

—Su afeccion de V. al poeta.

—Si no tengo por él ninguna.

—Una prueba.

—¿Qué prueba basta?

—Espéreme V. mañana, Luisa, en su gabinete á las doce, y podremos hablar libremente.

—Señor de Céspedes.

—Ve V., Luisa, como su amor hácia el poeta.....

Céspedes pronunció estas palabras en un tono bastante fuerte para que pudiese el banquero oirlas; pero Vargas estaba estasiado con las piruetas de las Willis, y no fijó en ellas su atencion. Luisa tembló á la voz del ministro, y se apresuró á interrumpirle.

—Mañana á las doce hablaremos en mi gabinete mas despacio.

—Doy á V. las gracias, hermosa Luisa; y me retiro.

—Hasta mañana. ¿Cenará V. con mamá supongo?

—Si, Luisa ¿Estará allí Fernando?

—Es un amigo de la casa.

—Me sigue como mi sombra.

—Pero es una sombra muy pequeña para la altura en que V. está.

—¿V. la juzga muy pequeña?

—Fernando es mi amigo solamente.

—¿Y yo que soy?

—V.....

—Amigo Céspedes, dijo Vargas, mire V. que actitud tan linda ha tomado la Guy Stephan.

—Sí; está admirable. Siento mucho dejar á Vds.; pero hay tanta gente en mi palco, que no puedo prescindir de marcharme: hasta mañana, hermosa Luisa.

—Hasta mañana, amigo Céspedes.

—Señor ministro, hasta mañana; hoy ha estado la bolsa fria, y necesita algun impulso.

—Cuidaré de ello; hasta mañana.

El ministro se fué á su palco á recibir los homenajes de muchas plantas parásitas, que solo viven al arrimo de un arbol frondoso ó de una cerca, y Vargas preguntó á su esposa.

—¿Piensas como yo, amada Luisa?

—No sé adivinar los pensamientos, pero si me dices el tuyo tal vez estaremos conformes. Cuéntame, pues, querido Vargas.

—Sin que presumas de adivina, puedes acertarlo muy bien. Pienso en la historia de

Fernando. ¿No te parece una amarga sátira contra el ministro nuestro amigo?

—Puede ser.

—Caramba , caramba , como se esplican los poetas ; y el tal Fernandito es un mozo , que se las tiene al mas pintado. Cuando se marchó dijo á Céspedes , con un tonillo algo burlesco. «Si necesita V. saber mas de la historia que he referido , puede V. preguntarme cuanto guste , seguro de tener respuesta.»

—¿Eso le dijo?

—Exactamente : y esas palabras equivalen á una proposicion de desafio.

—¿Y se batirán?

—Creo que no , el ministro esquivo los lances hasta un punto , que da muestras de cobardía. ¿Pero por qué tendrá Fernando esa animosidad contra Céspedes? ¿Sabes tú si aman á una misma?

Luisa se quedó como un cadaver , y Vargas prosiguió diciendo.

—No seria extraño ; aunque confieso que si me diesen á escoger , preferiria para rival al dispensador de las gracias , que al favorecido de las musas. Yo les voy á seguir la pista y malo será que no descubra á la hermosa Dulcinea que esos paladines pretenden.

—¿Qué te interesan sus amores?

—Nada, pero es en mí un vicio antiguo averiguar vidas ajenas.

—Mira á la Guy, ¿ves con que gracia se desliza sobre las flores?

—¡Oh! ¡Es un prodigio esa muger!

Mientras conversaban los esposos, y mientras Céspedes y Luisa lo habian hecho momentos antes, Fernando desde su luneta habia llamado la atencion de dos estrangeros, que estaban á los dos costados del español que habia abandonado su asiento. El uno de ellos que era inglés, le preguntó con cortesía.

—¿Me permite V. que la haga una pregunta, señor caballero?

—Con mucho gusto, señor mio.

—Quiere V. decirme que hay en aquella palco de enfrente, que no ha quitado V. los ojos desde que empezó la espectáculo.

—Una mosca sobre la nariz del marido de aquella dama.

—Buena vista tiene V., señor: pero V. se equivoca acaso; lo que tendrá es uno berruga.

—Quizás V. lleva razon.

—Pero no se enoje si le digo, que venir aqui á ver lo berruga, es venir á tirar dinero.

—Mas venir á tirar lo dinero, dijo el francés tomando cartas, sin duda por la buena armonía que entre las dos naciones reina: mas venir á tirar lo dinero, es entretenerse en ob-

servar lo que estan haciendo las españoles.

—Señor francés, yo no la he dicho á V. uno solo palabra: esta caballero ha respondido con estremada cortesía, y yo le doy por ello gracias.

—Pero sepa V. señor inglés, que cuando yo digo uno cosa, lo tengo muy bien estudiada, y que no me gusta que nadie venga á corregirme la plana.

—Es señor francés...

—Pero señores, dijo Fernando interrumpiendo, yo sentiria mucho dar motivo para que estallase la guerra entre mis dos buenas aliadas. Suplico á Vds. por lo tanto, que se termine [la cuestion.

Los extranjeros se callaron por consideracion al poeta, y en el mismo instante en que Céspedes dejaba el palco del banquero, Fernando se volvió hácia su amigo y le preguntó.

—Dime, Enrique, ¿qué medios hay de incomodar á un ministro todo poderoso?

—Muchos, Fernando: pero tienen algunas contras.

—Vé diciendo.

—El primero, ser conspirador. Tiene la contra, sin embargo, de que si te cogen te fusilan.

—Adelante.

—Ser periodista. Pero si el ministro se enoja te puede enviar á Filipinas.

—Sigue.

—El tercero, ser diputado y alistarte en la oposicion. Tiene tambien la grave contra, que si quedas en minoría, habrás predicado en desierto.

—Puedes tambien ser empleado, y en vez de seguir sus instrucciones hacer lo contrario que él te diga. Aqui encuentro dos inconvenientes: el primero que no te destinen, y el segundo que te destituyan á la primera morisqueta.

—Sigue.

—No se me ocurre mas.

—Pues en ese caso...

—¿Prefieres ser conspirador?

—No, amigo mio: prefiero hacerme periodista.



---

## CAPITULO XV.

### Sueños y realidades.

¡Qué hermoso sería soñar siempre, y no despertarse jamás! Hay sueños con alas de rosas que embalsaman un tibio ambiente: sueños que remedan el murmullo del arroyo que se desliza; sueños que hermanos de los zéfiros agitan mil arpas eolias bajo bóvedas de jazmines. Los eliseos fueron creados al impulso de hermosos sueños, y hermosos sueños inspiraron sus bellas Huris al profeta. Para habitar un paraíso bastan unas horas de sopor, para ceñirse una corona unas horas de sopor también, para recibir las caricias de la muger que idolatramos sopor y sopor nada más. En la carrera de la vida, en esta carrera lenta

ó rápida, pero siempre llena de afanes ha puesto el supremo Hacedor unos parages de descanso, y el sueño es para el pensamiento lo que al viagero la posada. ¡Cuántas veces tras largas fatigas al mismo borde del precipicio y entre las olas del dolor tenemos mágicos ensueños, rosados como las auroras, y balsámicos como las brisas en las alboradas de abril!

¿Pero se sueña solamente cuando estan los ojos cerrados y sin ejercicio los sentidos? ¿No soñamos tambien despiertos al aire libre y á la luz? Si; momentos hay de desvarío en los que el hombre olvida sus males, y se forja un porvenir risueño, rico en ventura y esperanzas. Momentos hay, dulces momentos en los que la imaginacion es todo, porque la razon es casi nada. Momentos hay que son la historia de la vida del corazon, porque por sentimiento obramos, y por instinto no mas sentimos: momentos que si fueran dias multiplicarian la existencia, la felicidad y el dolor.

Fernando, el triste Fernando, el poeta que no podia cantar con Anacreonte las dulzuras de una vida sencilla y facil, ni con Lamartine las bellezas de una religion toda poesia: Fernando, jóven y viejo á un tiempo mismo, incrédulo y supersticioso á la vez, soñaba tambien; y sus ensueños eran mágicos

y brillantes como los palacios de las Hadas. En ellos daba libre vuelo á su imaginacion de poeta, y fogosa como un caballo que ha roto el freno y se ve libre del ferreo yugo del ginete, corria por espacios sin fin dejando atrás mundos y estrellas para lanzarse en otros mundos, y admirar la luz de otros astros. El poeta en medio de su ensueño.

«Luisa no ama á Céspedes, decia: es imposible que le ame: tan imposible como unir la luz del sol y las tinieblas. Céspedes es amigo de Vargas, y su esposa le considera: Céspedes es omnipotente, y Luisa se envanece quizás de ver al ministro á sus pies. Pero amarle, no; es imposible. Luisa es pura como las fuentes en sus lechos de frescas ramas, candorosa como las tórtolas entre los rosales silvestres, y tan altiva como el águila que clava su vista en el Sol. Luisa me amó cuando era niña, cuando adolescente, y cuando jóven; Luisa me adora todavía, y con todo ama sus deberes mas que nuestra felicidad. Luisa no puede ser infiel. ¿Y qué tiene Céspedes, por ventura, para que lo prefiera á mí? Nada. Céspedes es ministro. En un tiempo esta dignidad deslumbraba por su elevacion y permanencia; pero hoy es muy poco envidiable, y dura lo mas medio año. Antes para llegar á serlo era indispensable haber

prestado largos y eminentes servicios á la Corona y al país; hoy basta con ser declamador en la tribuna y en los clubs, con tener unos cuantos amigos que griten, y unos cuantos hombres de bien que callen. El ser ministro en otro tiempo probaba instruccion por lo menos; hoy no prueba siquiera el hábito de manejar una oficina. ¿Qué tiene Céspedes mas que yo? Yo soy jóven y soy poeta; tengo presente y esperanzas. Mi imaginacion es creadora, y traza á su placer nuevos mundos. Ella los puebla de gigantes, de sílfides y de pigmeos; en ellos hay lagos y hay hidras: Nayades, Sátiros y Meuzas. Mias son las hazañas de Aquiles y los héroes de la Odisea; míos los trabajos del Troyano y el amor ardiente de Dido: míos los furores de Medea, el fatal incesto de Jocasta y el trágico fin de sus hijos. Mia es la castidad de Lucrecia, la severa virtud de Caton y ardiente el amor pátrio de Bruto. ¿No he embellecido yo estos objetos? ¿No les he dado nueva vida? Homero, Pindaro y Corina son mis hermanos; mis hermanos Ovidio, Virgilio y Horacio; mis hermanos son Dante, Petrarca y Ariosto; mis hermanos Herrera, Calderon y Rioja; mis hermanos Milton, Shaspeare y Byron; mis hermanos Schiller y Camoens, Racine, Corneille y Victor Hugo; mis hermanos todos aquellos que han

hecho resonar la lira sobre la cumbre del Olimpo ó en las alturas del Tabor. Yo puedo marchar con planta firme hasta el sagrado Capitolio, y ceñirme en el las coronas que Tasso y Petrarca ciñeron. Yo puedo tener un Mecenas como el del cantor Venucino, y llamarme amigo de Augusto. Yo puedo tener una Laura, una Beatriz, una Eleonora. Yo puedo ser rico como Lope, y como Calderon respetado. Me temerán como á Quevedo, y seré mordaz como Tirso. ¿Hace tanto tiempo que murió Larra? ¿Su ingenio no era una palanca que encontrando el punto de apoyo volcaría antiguas sociedades para edificar otras nuevas? ¡Larra, Larra, tú eras poeta! yo tambien lo soy: ¿qué vale Céspedes comparado con los que recibimos este don?

Asi deliraba Fernando desde el coliseo hasta su casa; asi deliraba, repito, porque las glorias del poeta son como las glorias de los mártires, glorias de sangre y de dolor. Sus glorias son una corona del laurel que no hierre el rayo, pero que marchita el huracan. Muy pocos le atacan de frente, si está elevado á grande altura; pero si socavan el cimiento, y el edificio se desploma.

Quando entró Fernando en su casa bajó del mundo de los sueños al mundo de la realidad, y no lo encontró tan hermoso. Salió

á recibirlo su criado, y con una bujía en la mano le condujo hasta su aposento. El jóven se sentó en una silla, y le preguntó.

—Dime, Julian, ¿has ejecutado mi encargo?

—Señor, como siempre acostumbro.

—¿Y qué te ha dicho nuestro hombre?

—Que no tiene dificultad en dar á V. los tres mil reales por el corto plazo de un mes.

—Los satisfaceré en ese tiempo. Voy á darte el recibo.

—Pero impone una condicion.

—¿Cuál?

—Que el recibo sea de cuatro mil por el capital y los intereses.

—Algo crecidos son, Julian. El treinta y tres por ciento en un mes equivale al trescientos noventa y seis al año, es una ganancia moderada. Pero como yo no soy banquero, y mi firma vale mas al frente de una obra que en un recibo ó pagaré, no es extraño que se prevalga, y que compense lo que espone con lo que puede realizar.

—Voy á darte, pues, mi recibo.

Fernando escribió su recibo, y despues lo entregó al criado con imperturbable sangre fria.

—Puedes retirarte, Julian.

—Antes de hacerlo, señorito, quisiera que hablásemos un poco.

—Puedes empezar cuando gustes.

—¿Recuerda V. cuantos años hace que le estoy sirviendo.

—Veintiseis. Es mi edad, y estabas en casa cuando yo nací.

—Bien me acuerdo. Un hombre que ha servido á otro desde que nació, es regular que le quiera como á su hijo.

—Así me quieres tú, Julian.

—¿Y se ofenderá V. si le hablo como pudiera hacerlo un padre?

—No, Julian: dime cuanto quieras.

—Cuatro años llevamos, señor, de vivir solos en la corte, y no he recibido un sentimiento del que V. haya sido causa. Pensando siempre en su trabajo ha observado buena conducta, y ha tenido siempre sus negocios en el mejor estado posible. Nunca me han faltado, señor, cien duros para aquellos gastos que V. me tiene confiados, y yo daba gracias á Dios, que prosperaba su fortuna. Pero de tres meses á esta parte todo ha cambiado, señorito. Con poca afición al trabajo, ha vendido V. sus halajas por la mitad de su valor, y no bastando con ellas, empieza á hacer préstamos ruinosos, que quizá no podrá pagar á su tiempo,

—Trabajaré para pagarlos.

—Cuando se tira en una hora lo que cues-

ta un año de afanes, se pierde la afición al trabajo, porque no da lo necesario para tan ruinoso dispendio. ¿En qué gasta V. tanto oro?

—En jugar, Julian, en jugar.

—Ya lo sospechaba, señor. ¿Y por qué juega V. ahora no habiéndolo hecho en otros tiempos, mas que por pura distracción?

—Juego, Julian, porque deseo aglomerar grandes riquezas.

—V. avaro.

—Avaro no: pero tengo un vivo deseo de tirar oro á manos llenas.

—¿No es bastante la medianía?

—En muchas ocasiones no. Cuando tu sales á la calle, encontrarás á cada paso una elegante carretela ó una charolada berlina; sus dueños son hombres, Julian, que valen lo mismo que yo, pero me salpican de lodo, y la sociedad los recibe con mas agasajo que á mi. Si se acercan á una muger, los recibe con rostro afable, y nos quitan nuestros amores, por amor de una carretela. Yo juego para hacerme rico; para tener trenes brillantes; para que no me manchen de lodo esos que solo están mas altos, porque van sobre cuatro ruedas.

—Pero si la fortuna es contraria, como lo ha sido hasta el momento, en vez de adquirir lo supérfluo, carecerá V. de lo preciso.

—La fortuna es muy inconstante, y se cansará alguna vez.

—¿Y si continúa?

—Si continúa no sé lo que sucederá porque necesito mucho oro, y no se gana haciendo letras.

—Mañana llevo este recibo?..

—Mañana temprano, Julian. Yo no sé vivir sin dinero, y todo mi caudal es un duro.

Julian salió del aposento, y Fernando quedó entregado á reflexiones bien amargas. La hermosa fantasmagoría se habia disipado poco á poco, y la luz de la linterna mágica quedó apagada de repente.

Alumbrado por una antorcha menos ilusoria y fantástica, miró el mundo como es en sí, y penetró dentro de sí mismo. A los resplandores de esta luz vió al ministro todopoderoso, con regios trenes y en palacio, y vió por otra parte al poeta contrayendo deudas y mas deudas para brillar un solo instante sin que le eclipsase aquel sol. Con todo tenia algun recuerdo que lisongeaba su orgullo, y entonces se envanecía mas de estar poseyendo por entero un alma, un alma tan encantadora, y se callaban los sentidos ante el amor espiritual que estaba sintiendo por Luisa. Asi se durmió el jóven poeta para despertar el dia siguiente, y ver amargas realidades tras los mas apacibles sueños.

Tambien la muger del banquero tuvo sus ensueños de oro, y bien necesitaba soñar para disipar sus inquietudes y acallar sus remordimientos. Luisa, como toda muger, recibia con gusto adoraciones; pero las pagaba de un modo tan estrictamente social que callaba la maledicencia, y sus apasionados sentian tanto respeto como amor. Las relaciones mas formales que habia tenido eran sin duda las de su antiguo amante Fernando, y estas, como saben bien los lectores, no pasaban de un mútuo afecto. Al recibir los homenajes que la tributaba el ministro pensó colocarlo á la distancia que colocaba á los demas; pero fatales incidentes la llevaban á un precipicio, y la cita de aquella noche la habia colocado en el borde. Para ocultar estos escrúpulos necesitaba algun motivo, y lo buscó en hermosos sueños.

»El amor de Fernando, decia, es ardiente como los volcanes; pero el destino de un poeta es amar y cantar sus amores. El amor de Céspedes tiene mas novedad, no hay que dudarle. Es un ministro omnipotente que ha personificado en sí una situacion complicada; sus compañeros no se atreven á contradecirle en un punto; los representantes del pais ceden á su voz imperiosa, y con el favor y la amenaza domina como dictador. Este po-

der extraordinario se doblegará á mi capricho, y yo mandaré mas en el pais que la misma reina de España. El hombre que todos respetan doblará la rodilla ante mí, y tomará la direccion que le señalen mis miradas. Una muger tan poderosa ; qué envidia dará á las mugeres, y cómo se arrastrarán los hombres para conseguir su favor! Será una altiva soberana con su corte y con sus audiencias; nada habrá que se le resista, y apenas puede el pensamiento discurrir mas felicidad.»

Aqui acababa el sueño de Luisa , pero la realidad aparecia y cambiaba todo de aspecto. El ministro podia cansarse de los favores de la hermosa, y pagarla con menosprecio el sacrificio de su honor; tambien era bastante posible que lo arrojasen del poder por los mismos medios que habia usado para llegar hasta la cumbre , y entonces los ensueños de Luisa se desvanecian como el humo , y no le quedaba el oropel que debia dorar su deshonra. Esta realidad era amarga ; pero por mas que queria cambiarla en deslumbradora mentira la verdad alzaba su frente y descollaba mas y mas.

Tambien se durmió Luisa agitada , y veia á Fernando, triste é irritado á la vez, provocando siempre al ministro y mirándola con desprecio.

Céspedes, como hombre positivo y poderoso hasta lo sumo, no se entretuvo con ensueños, pues la realidad superaba sus mas ambiciosos deseos. Siguiendo las costumbres de la época, se fué á las doce de la noche á la secretaría del despacho, en la que le esperaban personas de la mas alta gerarquía. Ocupaban el primer lugar algunos hombres acaudalados que iban á proponer contratas onerosas para el pais, pero que desahogaban por el pronto y cubrían en alguna manera las atenciones del estado. En segundo lugar estaban los diputados y senadores que sancionaban con sus votos la conducta del ministerio, y que en pago de ellos exigian empleos y condecoraciones. Estaban en tercer lugar los pretendientes de alto coturno, que querian activar sus negocios haciendo la corte al ministro.

Todos ellos se levantaron á la aparicion del Mecenas, y se deshicieron en cumplidos, en parabienes y alabanzas.

Entre los defectos de Céspedes habia una buena cualidad, y era el profundísimo desprecio con que miraba á los reptiles que se arrastraban á sus pies. Saludó brevemente á todos, hizo seña á uno con la mano y se entró con él en su despacho: este personaje preferido era el director de un periódico por el gobierno asalariado. Asi que se quedaron so-

los sacó el periodista unos papeles, los colocó sobre la mesa y empezó á leer en alta voz. El ministro era todo oídos, manifestaba su asentimiento con una inclinacion de cabeza, y cuando concluyó la lectura apretó la mano al lector. El documento que habia leído era el discurso pronunciado por el ministro en aquel dia y en una sesion del congreso, corregido, pulido y aumentado segun al intento convenia; pues no es lo bastante ser ministro para producirse en castellano, y decir ideas que á lo menos no les falte sentido comun.

Tomó el periodista un esponjado, se bebió un gran vaso de agua, sacó otro papel del bolsillo, y prosiguió con la lectura. Céspedes aprobó, lo mismo que habia aprobado su discurso, el espíritu de la sesion.

Al espíritu de la sesion se siguió un artículo de fondo, lleno de frases laudatorias á tan beneméritos ministros, queriendo probar que el pais estaba próspero y satisfecho, que los impuestos eran nada en comparacion de los productos; que la prensa de la oposicion patrocinaba la anarquía, y otro gran número de lindezas que no creen los que las escriben, pero que suelen encontrar eco en espíritus asustadizos, y conjurar recias

tormentas que sobre las frentes ministeriales en prolongados truenos braman.

Acabado que fué este discurso sacó el ministro la petaca, alargó un puro al periodista, encendió otro, y arrellanándose en su sillón preguntó.

—¿La correspondencia de las provincias qué nos dice?

—¿Hablo como habla mi periódico, ó como un secreto entre los dos?

—Como un secreto.

—Pues, entonces los corresponsales nos dicen que cunde el disgusto por do quiera, y que si saben explotarlo los perturbadores del orden tendremos jarana muy pronto.

—Muy quejumbrosos son ¡por Dios! los señores corresponsales; y los perturbadores del orden se irán con un poquito tiento, si no quieren oler la pólvora, ni sentir el plomo en sus cabezas.

—Pero ese disgusto general.

—Se quitará pronto con sangre, con prisiones y con destierros. ¿Tiene V. algo que decirme?

—Nada mas ocurre por hoy.

—Pues voy á seguir recibiendo.

Salió el periodista del despacho, y los señores diputados y respetables senadores fueron entrando lentamente á presentar sus peti-

ciones ó á recordar sus buenos oficios; el ministro contestó á todos con promesas siempre halagüeñas, pero que se cumplen pocas veces, convidó á algunos á comer, y los despidió sin ceremonia.

Los señores capitalistas tuvieron entrada á su vez, y esta conferencia duró mas, y fué tambien mas importante.

La necesidad y el interés, la una con su cara de perro y el otro con vista de águila, se disputaron el terreno como Napoleon y Lord Welinton en la batalla Waterlloo. El ministro se enfurecia al escuchar las exigencias de los señores prestamistas, y daba gritos y puñadas; pero asomaba entre cortinas la necesidad su largo hocico, y el señor ministro se amansaba ante enemigo tan terrible. Se resentian los prestamistas de las insolencias de Céspedes, y juraban y perjuraban que no le darian un ochavo; pero el interés abria los ojos, y modificaban sus condiciones, contentándose con quinientos por ciento en vez del mil que pretendian.

Terminada la discusion se convinieron en las bases, y quedó cerrado un contrato, tan ventajoso para el pais como todos los que se han hecho durante un muy largo periodo. La nacion pagaria seis veces lo que le adelantaban una, los prestamistas se harian poderosos,

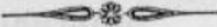
y el pueblo seguiria siendo pueblo ó mejor dicho miserable, escarnecido y desdeñado.

Se marcharon los contratistas, y Céspedes se fué á dormir, pensando en el nuevo contrato que debia ajustar al dia siguiente.



---

## CAPITULO XVI.



### La madrugada.

Amaneció el día 24: día codiciado por muchísimos pero muy temido por otros. Toda la villa de Madrid, ó para hablar con propiedad todos los habitantes de la villa, estaba puesta en movimiento, y no en un movimiento político, que cuesta sangre y trae trastornos, sino en un movimiento bucólico, pacífico y estomacal.

Los portales de Santa Cruz, la plaza mayor y los mercados, servían de liza y de palenque á un vecindario decidido á llevar cual ricos trofeos, el rico besugo escabeche, los huebos frescos, los capones, las redondas cajas de jalea, las cuadrilongas de turrón

de Alicante , el apetitoso mazapan , amen del cardo y la escarola , con otras verzas y manjares , y las almendras necesarias para la sopa de costumbre.

Aumentaba este movimiento el gran número de regalos que en todas direcciones iban. Por aquí dos robustos gallegos conducian en andas , como á santo , un magnífico ramillete, obra maestra elaborada en la calle de Majaderitos ; por allí un mozo de cordel conducia una caja clavada con una anguila , ó mas bien sierpe , del rico mazapan de Toledo. Una alcarreña agradecida lleva un cantarillo de miel á la casa de su padrino , otra conduce uno de leche de Miraflores de la Sierra : lleva un ciudadano español , muy honrado segun lo pobre, dos pavos de buena estatura , y por la robustez apopléticos , como muestra de gratitud al administrador de un título , que le dejó labrar la hacienda que cultivaron sus abuelos. Lleva una beata entre su toca una libra de chocolate , que regala á su confesor ; y las fuentes de huevos hilados semejan una lluvia de oro segun pululan por todas partes.

¡Qué magnífica es una ciudad entregada al placer purísimo de aderezar buenas viandas ! ¡Ay! cómo se olvida de repente el « *¡O auri, auri, sacra fames!* » del poeta , y se celebra el hambre popular , universal y humana de pavipo-

llos y capones! El medio racional y seguro de que los pueblos estén en calma, es facilitarles los medios de que tengan pan abundante con un trabajo moderado. Los alimentos nutritivos embotan un tanto la bilis, mientras que el hambre la despierta de una manera singular.

Dieron las diez de la mañana, y la linda esposa del banquero hizo sonar la campanilla con mas violencia que otras veces. Una doncella bonita, jóven y sobre manera aseada, entró en la alcoba de la bella, con esa sonrisa servil, que suelen usar los criados en la presencia de sus dueños.

—Señorita, dijo al entrar, le traigo á V. el chocolate.

—No, Pepa; no lo tomo hoy: quiero levantarme cuanto antes.

—Si es muy temprano, señorita.

—¿Qué hora?

—Las diez.

—Mas bien es tarde.

—Y hace una mañana tan fria. Si V. se levanta de seguro que va á coger un costipado.

—No importa. Date prisa á vestirme.

La doncella se hacia mil cruces con la madrugada de su ama, porque segun el órden regular no debia haberse levantado en una hora larga lo menos. Vistió á su señora con premura; pero creció su admiracion cuando

se puso al tocador y la mandó que la peinase, operacion que jamás se habia hecho hasta despues del desayuno.

—Pepa , por Dios que me lastimas.

—¿Señorita...

—¿Qué tienes hoy que me tiras tanto del cabello.

—Tengo las manos enteramente entumecidas.

—Podias habértelas calentado , como de costumbre.

—Señorita , no creí que V. se levantase tan temprano , y como no se ha peinado nunca hasta despues del desayuno.

—¿No puedo peinarme cuando quiera?

—Si , señorita ; pero yo...

—Has hecho esa trenza muy mal.

—Me parece...

—¿Qué te parece?

—Que no está muy mal.

—En tu vida has hecho una trenza peor.

—¿Si quiere V. que la deshaga?

—No , se pierde el tiempo. Sigue , sigue.

—Está esta mejor.

—Bien está.

—¿Y el canasto?

—Pésimamente.

—¿Lo volveré á hacer?

—No , sigue , sigue , ¡Jesus como está este

cabello! ¿No ves que mal viene á la cara, que poco sentado? ¡Por Dios, Pepa, que te vas poniendo incapaz.

—Lo pondré de nuevo.

—Sí ponlo. Pero date prisa, date prisa.

—¿Ha quedado bien?

—No del todo. Al otro lado, al otro lado.

—Y este está á su gusto de V.?

—Menos que el otro; desigual, mal alisado.

¡Por Dios, Pepa, que ya no te puedo sufrir!

—Los haré de nuevo.

—No, no. Trae un vestido de seda.

—¿Cuál?

—El que te parezca mejor.

—¿De calle ó de casa?

—De casa. Pero date prisa, date prisa.

—¿Le gusta á V. este?

—El mas feo; el que me cae peor.

—Señorita, todos le estan á V. muy bien; pero si quiere V. que traiga otro.

—No, pónmelo pronto; son las once y nos servirán el desayuno.

—¿Qué mas quiere V.?

—Un abrigo.

—¿Pero cuál?

—Una manteleta con pieles, un chal de abrigo, cualquier cosa.

La doncella le trajo un chal, y Luisa se fué al comedor sin esperar que la llamasen.

No encontrando ningun criado entró ella misma en la cocina, y la cocinera asustada al ver entrar á la señora, lo que sucedia de cien en cien años, como los juegos seculares; y se podia anunciar diciendo: *»prepárese la cocinera para ver lo que jamás ha visto, ni verá por mucho que habite, guise y coma en esta misma casa»* derramó lo que estaba haciendo, con detrimento de la ornilla y retraso del desayuno. Luisa regañó, como una muger que no sabe porque regaña, sin razon; pero al cabo de pocos minutos logró tener pronto el desayuno y hallarse sentada á la mesa.

Fué un lacayo á llamar á Vargas, y el banquero que estaba haciendo un cálculo sobre la jugada de bolsa que debia verificar aquel dia, y que no estaba acostumbrado á que su esposa lo esperase, se entretuvo cinco minutos que parecieron cinco años á la impacientísima Luisa.

Quando vió Vargas á su esposa tan peinada y tan compuesta, sacó el reloj apresurado, lo miró, se estregó los ojos, y despues de dar un suspiro, como el hombre que se ve libre de un grave peso que le abrumba, dijo.

—Me has dado Luisa un susto lo mas grande que puede darse.

—¿Por qué, Vargas?

—Porque creí que eran las cuatro de la tarde.

—¿Y en qué te fundabas?

—En verte tan peinadita y tan compuesta.

—Me he levantado hoy mas temprano.

—¿Has estado mala esta noche?

—No; pero como hoy es dia ocupado.

—Sí; hoy se cambian las golosinas entre los amigos y parientes.

—Por eso juzgué muy á propósito estar vestida muy temprano.

—Yo me alegró mucho de ello, Luisa. ¡Y que bien te asienta el madrugar! Tienes hermosísimos colores, el rostro fresco y animado; estás muy linda, esposa mia.

—¿Te sirvo un poco de ternera?

—Sí, un pedacito. Me parece que no ha de estar mala del todo.

—Está muy buena. Y las patatas muy doraditas y muy tiernas.

—Tienes razon, hermosa Luisa; comer plato tambien dispuesto y en tan agradable compañía se puede llamar miel sobre ojuelas.

—¿Un pedacito de tortilla?

—No hay inconveniente. ¿Pero tú no comes nada?

—Si me he comido un gran pedazo de ternera.

—Vaya, este pedazito y no mas.

—¿Tú tomarás este pastel?  
 —Todo entero, no: la mitad. Partámoslo como hermanitos.

—Voy á servirte el té con leche.

—Y yo á disponerte la tostada. Buena manteca, me la traen desde Flandes directamente, y no se da nada mejor.

—A la verdad que está muy buena. ¿Te vas á la bolsa ahora mismo?

—Son las once y media nada mas, y puedo fumar un cigarro en tan amable compañía. Tienes una cara, Luisa, hoy, que si no fuera ya tu esposo daría cincuenta millones de treses por conducirte al pie del ara.

—Cuanto tengo que hacer, ¡Dios mio! Voy á preparar....

—Luisa, espérate. ¿No quieres que me fume á gusto este cigarro?

—Como tengo que atender....

—Mucho tiempo estoy separado de tí, y entonces puedes hacer lo que te place; conságrame, pues, unos momentos, y vuelve á sentarte junto á mí.

El banquero acercó la silla en que habia estado sentada Luisa, y se la presentó á su esposa, agarrándola de la mano para que mas pronto se sentase. Asi que lo hubo ejecutado la miró con una ternura, extraordinaria para

un hombre que solo pensaba en los negocios; y la dijo.

—Veinte y ocho meses hace, Luisa, que nos casamos, y he disfrutado en todos ellos envidiable felicidad. No nos ha faltado salud, he triplicado mi fortuna, y si nos hubiera dado el cielo un hijo, hermoso como tú, estarían llenos mis deseos mas allá de mis esperanzas. ¿Es verdad, Luisa mia, que un hijo sería un tesoro inestimable?

—Si.

—Me contestas, Luisa mia, sería. ¿Crees que anhelo tener un hijo porque no me basta tu amor? te engañas, Luisa mia, te engañas.

—Ya sé que me quieres mucho, mucho.

—¿Y tú me quieres?

—¿Tienes queja?

—Yo tener queja, ni un momento. Tengo mucha fé en tu cariño, y no cambiaria el que me tienes por la corona de un monarca.

—Eres muy bueno para mí.

—Siento no ser, esposa mia, todo lo que tú te mereces.

Un reloj de sobre mesa dió las doce, y el banquero se levantó.

—Maldito reloj, exclamó luego, viene á recordarme que es preciso acudir á mis intere-

ses. Y despues preguntó á un lacayo. ¿Está pronta mi carretela?

—Hace media hora que lo está.

—Adios, Luisa, acuérdate de mí.

—¿A qué hora vendrás?

—A las cuatro. ¿Piensas salir?

—No.

—Pues, entonces tendré el gusto de darte un abrazo.

El banquero bajó la escalera para tomar su carruaje, y Luisa entro en su gabinete.



---

## CAPITULO XVII.



### La cita.

Entró Luisa en el gabinete, miró el reloj de la chimenea, y los cinco minutos que habian pasado desde que señaló el minuterero las doce, la causaron una impaciencia que puede esplicarse solamente por la vanidad de una muger. Puesta delante del espejo se examinó minuciosamente, sacando en claro del examen, que una muger de su hermosura no debe esperar cinco minutos al hombre que quiere agradarla. A pesar de su aburrimiento se ocupó un instante en su adorno, coquetismo que en vez de un defecto es una gracia en la muger.

Nada hay mas ridiculo y chocante que

la nimiedad del adorno en el hombre; consiste su mayor elegancia en un esmerado abandono, que no rechazando el aseo ni el mas esquisito buen gusto, cuide poco de esos detalles que pueden llamarse pueriles. Sucede á la muger lo contrario: separada de los asuntos que llaman la atencion del hombre, mas seductora y menos grave no es perdido el tiempo que invierte en un minucioso atavío que dé nuevo brillo á su hermosura, y aumente mas y mas sus gracias.

Luisa se arregló ante el espejo haciendo un segundo tocador, mientras discurría el minuterero, y añadía cinco minutos mas que ajaban el orgullo de Luisa.

¿Pero la impaciencia y el esmero con que se componía y esperaba la linda esposa del banquero eran efectos de su amor? Investiguémoslo de ella misma.

—Qué fastidio, decía, qué fastidio. Diez minutos hace que espero, y no ha venido todavía. ¿Por qué arrancarme á viva fuerza una cita, si no la pensaba cumplir? ¿Qué tendría ese hombre que decirme? ¿Se habrán aumentado sus celos, y se aprestará á la venganza en vez de pedirme esplicaciones? ¿Y por qué estoy tan impaciente? ¿Le amo yo por ventura? No, no. Yo amé á Fernando en otro tiempo, y cuando tardaba no sentía tanta impaciencia

como ahora. Tendrá el ministro sus quehaceres, y le habrán impedido quizás.... Las doce y cuarto. ¡Es insufrible esperar por un cuarto de hora! Una carretela. No es la suya. ¿Se dedicará á otra muger para que digan en la corte: «Céspedes se ha cansado de Luisa, y la ha dejado por fulana.» Esto es imposible, es imposible. Pero tambien es muy seguro que todo el mundo se ocupa ya de sus obsequios hácia mí, que todo el mundo nos contempla, queriendo leer en nuestros ojos lo que en nuestros corazones pasa. Si yo pudiera probar al mundo que habia pagado sus obsequios con la frialdad, con el desden; pero el mundo cree en las apariencias, y es difícil desengañarlo. Son las doce y veinte minutos. Voy á llamar á mis criados y á decirles que no recibo; despues me pondré á los cristales para que vea que estoy en casa, y que no he querido.... pero no; este desaire lo veria él, él no mas, y podria vengarse haciéndome desaires públicos. ¿Por qué me persigue ese hombre? ¿Por qué conoció á mi marido? Ya van á dar las doce y media, acontezca lo que acontezca voy á negarme, sí, á negarme para que se baje su orgullo. Voy á llamar.... Un carruage se dirige hácia aqui: es el suyo y ya está parado á la puerta. Voy á retirarme al tocador para que tenga que esperarme.

Luisa se salió del gabinete, Céspedes subió la escalera, llamó, preguntó por la señora, el lacayo le hizo esperar para saber si estaba en casa, fórmula que consagra el uso, y que equivale á que dijese: «voy á ver si quiere la señora recibir visitas ó no.»

El lacayo volvió al poco tiempo con la respuesta favorable, y el ministro pasó al estrado. Con estrañeza se halló solo, entreabrió la puerta del gabinete, y vió en el reloj las doce y media.

—Vaya, se dijo sonriyendo, el que ha hecho esperar media hora bien puede esperar cinco minutos. ¡Qué vengativas son las mugeres! Necesitaré media hora mas por la media que me ha esperado.

Se volvió á la sala el ministro, tomó asiento en un gran sillón, y se entretuvo en coordinar su plan de sitio, hasta que turbó sus meditaciones un ligero ruido de pasos, unido al crujir de la seda, que anunció á la esposa de Vargas.

—Perdone V. señor de Céspedes, me estaba acabando de vestir; porque me levanto tan tarde.

—No se la puede á V. tachar hoy de poco madrugadora.

—¿No?

—Me ha dicho Vargas hace poco: amigo

tenemos novedades; Luisa se ha levantado hoy de madrugada, no hay remedio, pues cuando nos desayunamos estaba peinada y vestida.

El rostro de Luisa tomó el vivo matiz de la amapola, y bajó los ojos al suelo enteramente confundida.

—Yo agradezco á V. mucho, Luisa, prosiguió Céspedes, el mal rato que habrá sufrido por mi causa.

—¿Por causa de V?

—Sí, hermosa Luisa; anoche tuve la imprudencia de pedirla una cita temprano, y V. la bondad inestimable de concedérmela.

—Es muy cierto.

—Pues, para no hacerme esperar ha tenido V. que violentarse. De nuevo doy á V. las gracias y presento como disculpa el motivo que me trae á ella.

—Me dió V. un susto anoche, Céspedes.

—Lo siento en el alma, señora; pero hay momentos en que el hombre no sabe medir sus palabras ni dar inflexion á su voz.

—Si Vargas hubiera oído que.....

—Hubiera sido una desgracia, y por eso me apresuré á pedir á V. esta cita.

—¿Qué tiene V. que preguntarme?

—Mucho señora, mucho, mucho, ó por mejor decir que decirla. Yo soy un hombre de-

dicado á los negocios, es verdad, pero tengo aqui un corazon entusiasta por la hermosura.

La casualidad, hermosa Luisa, me hizo conocer á una muger con todas las gracias de su sexo, y con el talento del nuestro. Sentí por ella en un principio esa poderosa simpatía que nos acerca á los sugetos y nos hace imposible huirlos, aunque temamos graves daños de proseguir en su amistad. Despues se cambió mi simpatía en una aficion poderosa, tras la aficion vino el amor....

—Céspedes.

—Perdone V., Luisa, y permítame que continúe.

—Pero Céspedes.

—Este amor, al principio apacible y dulce, se hizo, Luisa, amargo y violento: me costó inquietudes horrorosas, y muy pocos dias despues celos.

—¡Celos! ¿De quien?

—De ese poeta, que fué amigo de V. en la infancia y ahora.....

—Es mi amigo no mas.

—Podrá serlo, pero yo dudo.....

¿Señor ministro?

—Que quiere V., Luisa: cuando un hombre tiene, como he dicho antes, celos, duda de todo: cuando un hombre entre los cuidados del gobierno ve de continuo á una

muger: cuando un hombre manda como un déspota á doce millones de hombres y solo obedece á una dama: cuando la prefiere á los honores, á las riquezas y al poder, no ha de tener, hermosa Luisa, el triste derecho de quejarse y de decir que tiene celos?

—¿Y qué hombre se ve en este caso?

—Yo Luisa; yo. Yo soy el hombre que he logrado personificar una situacion espionosa: yo el que mando á mis compañeros como si fueran mis lacayos, y al pueblo español como á ilotas: yo soy el que prefiero á los honores, á las riquezas y al poder una sola de sus sonrisas: yo soy el hombre omnipotente ante quien se humillan mil y mil, y me prosterno como esclavo á los pies de V., hermosa Luisa: yo soy en fin, el que me quejo, y el que tengo celos, señora.

—¿Pero no le basta á V. mi palabra de que Fernando es un amigo?

—Perdóneme V., por Dios, Luisa: pero no me basta esa palabra.

—¿Pues qué prueba quiere V.?

—¿Qué prueba? Una que manifieste amor hácia quién ama á V. rendido.

—Es imposible.

—Es imposible; porque entre V. y yo se levanta un rival, un rival, Fernando; yo hablé bien anoche, señora; mis palabras la

dieron miedo porque revelaban la verdad...

—Lo juro á V. Céspedes....

—Señora, el juramento es una palabra, y las palabras no las creo. He sido, señora, el juguete de un presumido literato: yo sabré tomar mi venganza.

—Pero señor....

—Hermosa Luisa, Madrid entero ha visto á Céspedes prosternado ante una belleza; Madrid entero le verá....

—¿Pero qué prueba exige V?

—¿Tiene V. amor á Fernando?

—No señor.

—¿Me tiene V. odio?

—No señor.

—¿Es V. mi amiga Luisa?

—Sí.

—¿Me profesa V. algun afecto?

—Sí.

—¿Ese afecto no puede llamarse una preferencia siquiera?

—V. sabe que le recibo con muestras de grande confianza.

—¿Ofenden á V. mis obsequios?

—Ofenderme, por el contrario.

—Pues entonces, hermosa Luisa, permítame V. que pretenda la recompensa de mi amor.

—Céspedes.

—Sí, muger hermosa; imperando sobre mi alma impera V. en la monarquía, y no habrá frente que no se humille ante la muger que idolatro. V. será la soberana: V. sancionará las leyes, y yo firmaré los decretos que estén aprobados por V!

—¿Todo eso haré?

—Todo eso Luisa: yo seguiré siempre sus mandatos, elevaré al que V. proteja, abatiré al que la incomode. Repito que será V. reina.

—¡Céspedes!

—¿Ama V. á Fernando?

—No.

—¿Me dará V. la prueba?

—Céspedes.

—La prueba, señora.

—Si.

—Señor, dijo un lacayo entrando: ahí está el cazador de V. E. que desea hablarle en el momento.

—Díle que se baje al instante respondió el ministro muy irritado.

El cazador entró en la sala y dirigiéndose al ministro.

—V. E. me ha de perdonar: pero he tenido que subir porque acabó de ver.

—¿Que has visto?

—Un gran grupo de amotinados.

—¿De amotinados?

—¡O Dios mio! exclamó la esposa del banquero.

—¿De amotinados? repitió el ministro.

—Sí señor; que atravesaban....

En el instante se oyeron tiros á lo lejos y un lacayo de Vargas entró anunciando que habia motin; pero que no se asustase la señora porque estaba en seguridad su marido.

Céspedes no sabia que hacerse; Luisa se asomó á los cristales y la carretela del ministro la recordó el riesgo gravísimo que corria si alguno de los pronunciados inferian que estaba en su casa el ministro.

—Que se lleven esa carretela dijo casi desfallecida.

—V. E. tendrá que marchar á palacio: dijo el cazador, y el ministro como despertando de un sueño, repitió.

—A palacio, á palacio.

—¿Se va V. Céspedes?

—Es preciso. Hasta la noche, hermosa Luisa.

—Hasta la noche, hasta la noche.

Céspedes salió del salon y Luisa se echó en un sofá, desfallecida y sollozando.

---

---

## CAPITULO XVIII.

---

### En segunda cena.

Es muy triste para un autor tener que repetir los cuadros, particularmente si son cuadros en los que no corre el pincel; pero la verdad histórica lo pide, y ante la verdad no hay mas remedio que doblar humildes las rodillas, y hacer acopio de paciencia.

Cenaban en el primer capítulo una docena de botarates, con mas deudas que la nación y menos juicio que dinero; y ahora va á cenar la familia del señor marqués de Bella Flor, con media docena de amigos juiciosos y hombres de dinero: el dia y el motivo son idénticos, los accesorios desiguales.

Fué la primera cena una orgía, reinaba en

la segunda el órden, la compostura y el buen tono: los comensales de la primera eran hombres de escasas fortunas; los de la segunda serán ricos banqueros, senadores y el mas influyente ministro. Asistieron á la primera unas jóvenes sin pudor, decidoras y casquivanas; asistirán á la segunda unas jóvenes educadas con el mas esquisito esmero, y puras, como las azucenas en lo mas oculto de un verjel.

Un solo personage reúne á sociedades tan distantes; este personage es Fernando, que tiene lugar en las dos.

En el gabinete de la marquesa, y al amor de una buena lumbre, estan el marqués, su yerno Vargas, tres senadores y un banquero. El marqués toma la palabra, como sempiterno hablador; y dice.

—Señores, es indispensable poner coto á esas interpelaciones diarias; pues de lo contrario cada dia se irán haciendo mas violentas, y tendremos nuevos motines, como lo hemos tenido hoy.

—¿Y cómo ponerlas un freno, dijo Vargas? Bien se me alcanza que pongan freno á los motines con cargas de caballería, y con disparar de cañon; pero ahogar la voz de un diputado es difícil, señor marqués.

—No callamos nosotros siempre: dijo un anciano senador.

—Es que Vds. tienen la sangre menos ardiente.

—Y lo que dice el señor marqués es tanto mas indispensable, interrumpió un banquero anciano, cuanto que ha bajado la bolsa, y se comprometen las fortunas de muchos hombres respetables.

—En eso lleva V. razon, dijo Vargas, y en cuanto se presente el ministro...

—Aquí lo tienes, dijo el marqués. Adelante, señor ministro: siéntese V. en mi butaca que no deberá traer calor.

—Tiene V. razon, señor marqués: llueve y nieva que es un prodigio y no me vendrá mal la lumbre. Acepto por tanto la butaca, y doy á V. todas las gracias que merece la buena obra.

Céspedes dejó su sombrero, y se arrellanó en la butaca con la fatuidad que le era propia, y que no ocultaba en ningun caso.

—Amigo Céspedes, dijo Vargas, hablábamos en este momento del pronunciamiento de hoy.

—Planes que forman unos hombres sin fortunas y sin prestigio, que abortan, como es natural, en oponiéndoles la fuerza.

—V. que estará bien enterado, preguntó el viejo senador, quiere decirnos lo que ha sido.

—Nada, amigo, menos que nada. Se presentaron unos grupos dando vivas y dando mueras, acudieron las autoridades y la guardia tomó las armas. A la primera intimación contestaron con nuevos vivas, la infantería les hizo fuego y la caballería los lanceó. Hubo carreras, hubo voces, y cada cual se fué á su casa.

—¿Y han resultado muchos muertos?

—Pocos.

—¿De los amotinados?

—No señor; personas pacíficas que se retiraban á sus casas, y algunas que estaban dentro de ellas.

—¿Pero si estaban dentro cómo?

—Supóngase V. que ahora tiran en esta calle, y una bala rompe ese tablero. ¿No es posible que lo deje á V. en el sitio?

El senador se levantó y buscó un sitio resguardado por el lienzo de la pared. Precaución que no está demas, cuando cada lunes y cada jueves tenemos un día dos de mayo.

Decía mi amigo y señor ministro, prosiguió diciendo el marqués, que para poner pronto freno á las interpelaciones diarias me parecían muy convenientes unas palabritas de V., unas remociones y unas cruces.

—Hablaré, replicó el ministro, y saben Vds.

que mis discursos hacen muy profunda impresion.

Es muy cierto, replicó el marqués. ¡Y á propósito de política! ¿Han visto Vds. un discurso que trae el..

—Le he visto al mediodia: dijo Céspedes amostazado.

—Aqui está el periódico señores, y si á Vds, no les incomoda voy á leer un trozo.

—Lea V. dijo el anciano senador.

El marqués empezó su lectura, y mientras la concluye iremos al tocador de la marquesa.

En el tocador de la marquesa estan sus tres hijas y Fernando. Luisa, pálida y pensativa, hojea un libro con distraccion. Adela, impasible y hermosa, pone papel picado á unas bujías, y Carlota, fresca y vivaracha, juguetea con su buen amigo Fernando, que manifiesta buen humor.

—Dejeme V., señor poeta, dice la traviesa Carlota, no me sujete V. las manos, que soy de manteca, y sus dedos se grabarán en mis muñecas.

—No sea V. traviesa, Carlota, y respete V. estos mostachos, que si no han estado en Austerlitz, como los de Estanislao el granadero, se han ennegrecido con pólvora en una ocasion importante.

—¿Y querrá V., señor poeta ser mas fiero, menos amable que el granadero de Austerlitz? Convénzase V., amigo mio, y ponga en mis manos sus mostachos, que yo le prometo recortarlos mejor que todos los barberos.

—Pero Carlota de mi alma, ¿estamos en estado de sitio? ¿se ha dado algun bando contra ellos? ¿V. quiere ensayar conmigo el despotismo militar? ¿Han tenido parte por ventura en el motin de esta mañana?

—No hay remedio: si V. no se entrega tomo la plaza por asalto y no deajo defensor á vida. Capítule V.; soy generosa y concederé á sus mostachos todos los honores militares, que un general con buen ejército puede conceder á una guarnicion.

—¿Está V. inflexible?

—Inflexible.

—Venga V. en mi socorro, Adela: Carlota quiere degollarme.....

—No le des socorro.

—Fernando, repuso Adela sonriyendo: entre dos potencias amigas debo permanecer neutral.

—Pero será V. tan ingrata que no me muestre simpatías, ya que no se atreva á concederme una legion auxiliar siquiera.

—Eso seria mucha ingratitud, y desde el momento cuente V. con mis mayores simpatías.

—Se va á empezar el bombardeo, interrumpió Carlota ajitando en su diestra mano las tijeras.

—Si no se está V. quieta, Carlota, presento una queja al ministro.

Luisa cerró el libro de repente, y preguntó sobresaltada.

—¿Habla V. conmigo, Fernando?

—Con todo el mundo hablo, señora. Carlota quiere mutilar estos respetables vigotes, y yo pido cooperacion, intervencion, cualquiera cosa para escapar de sus tijeras.

—Déjalo, Carlota; dijo Luisa.

—No puede ser, hermana mia; se han roto las hostilidades y ha de quedar mi pabellon flotante sobre las almenas.

Carlota se separó un poco, Fernando abandonó su asiento, y desde la puerta del tocador dijo á la niña.

—General, he logrado forzar las líneas, y estoy fuera de vuestro alcance.

—Mis guerrillas ós cojerán.

—Por esta noche es imposible.

Carlota corria hácia el poeta, y Fernando se entró en la sala y no paró hasta el gabinete. Cuando Fernando entró leia el marqués.

«El orgullo de los que mandan, sin otro título para ello que una vanidad desmedida, irrita á cuantos hombres piensan, á cuantos

han nacido esclavos de las leyes de un país, pero libres para oponerse al despotismo de los hombres. El pueblo ve que se le agovia con impuestos y mas impuestos, que la seguridad individual carece de toda garantía, que da para tener pan y le quitan el pan de las manos; que se afana para vestirse y está enteramente desnudo, que corre la sangre de sus hijos en nuestras civiles discordias sin provecho alguno del país; que muchos hombres se levantan sobre pedestales de oro para escarnecer su pobreza: el pueblo ve que muchos visten hermosos mantos de oropeles para insultar su desnudez: el pueblo ve altanero el crimen y encadenada la virtud.»

—¿Qué les parece á Vds., señores, el parafito del periódico? dijo el marqués al acabar.

—Es una diatriva calumniosa, replicó Céspedes irritado, escrita con poco talento, y hasta sin convicción quizás.

—Algun enemigo encubierto, dijo Vargas...

—Eso no, interrumpió Fernando. Tú sabes Vargas, que yo soy un enemigo muy leal para tener el rostro oculto: el artículo que V. ha leído me pertenece todo entero.

Se miraron unos á otros, y todos á Céspedes, que estaba tan pálido como un cadáver.

—¿Es V. periodista, Fernando? preguntó el marqués.

—Si señor. Hoy he dado el primer artículo, y no es extraño que esté escrito sin convicción y sin talento.

—Y te ensañas contra nosotros; dijo Vargas.

—No lo pienses.

—Es contra mí no mas, señores: dijo Céspedes con sarcasmo. Esten Vds. muy tranquilos, porque la hiel del periodista se derramará solamente contra el hombre que le disgusta, ó quizá contra el hombre á quien teme.

—Señor ministro, á nadie temo, y los resentimientos personales sé vengarlos personalmente. Al dedicarme al periodismo he medido los compromisos, mi resolución y mis fuerzas: soy hombre que no retrocedo, y marcharé firme adelante. Marcharé adelante á toda costa; pero puede V. persuadirse, que no me acordaré del hombre cuando critique al funcionario, y que solo miraré al hacerlo, lo que convenga á mi país.

—Me parece, señor periodista, replicó Céspedes irritado, que va V. alzando mucho el vuelo.

—Así podrá ser, señor ministro; pero no he hallado todavía quien quiera cortarme las alas.

La marquesa entró en el gabinete acompañada de sus tres hijas, y momentos despues un criado anunciando que estaba la cena.

Céspedes dió el brazo á la marquesa, á Luisa lo dió un senador; Adela se asió del de Vargas, y Carlota tomó el de Fernando, diciéndole:

—Ya cojí al prófugo, y ahora sufrirá doble pena.

—¡Pero Carlota!..  
 —No hay remedio: estan preparadas las tifeas, y antes de cenar los bigotes rodarán, Fernando.

—¡Qué horror!

—Resígnese V.

—Favor, marquesa.

—¿Qué tiene V. Fernando?

—Carlota ha puesto sitio á mis bigotes y va á comenzar el asalto.

La marquesa se echó á reir, y dijo al ministro.

—Es mi Carlota la mas seductora loquilla que puede encontrarse en el mundo: Fernando la quiere como á hija, y ella le da algunos malos ratos, que no sé como tiene paciencia.

—Es muy bella, replicó Céspedes.

La comitiva habia llegado al comedor, y era la ocasion de sentarse, el ministro

Céspedes ocupó la derecha de la marquesa, Luisa la derecha de Céspedes, y los demas se colocaron segun creyeron oportuno; quedando Fernando frente á Luisa, y á la derecha de Carlota.

Siento mucho no poder dar un buen banquete á los gastrónomos; pero soy poco aficionado á describir largas comidas, sin duda porque yo no gozo de los placeres de la mesa. Diré, sí, que estaba abundante, bien sazonada, y bien servida; pero diré tambien que Fernando, tan poco gastrónomo como yo, apenas probó los manjares; pero bebió, contra su costumbre, repetidas copas de vino, elijiendo generalmente los que mas podian emborrachar.

Desde el momento que vió á Luisa sentada al lado del ministro, se disipó toda su alegría, y anchas arrugas se marcaron sobre su frente despejada. Las picantes chanzas de Carlota aumentaban su mal humor, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantenerse galante con su lindísima pareja.

Céspedes, que seguia en silencio todas las acciones de Fernando, notaba en los ojos del poeta un esplendor extraordinario, y calculando, con razon, que seria la llama de los celos, se apresuraba á fomentarlos. Valiéndose de su vecindad á la bella esposa de Var-

gas la habló á media voz algunas veces, y cada palabra perdida era un puñal para Fernando.

Luisa, con el rostro encendido y los ojos tristes y bajos, no se atrevia á responder palabra á las que Céspedes la dirigia, queriendo contemporizar, como habia sucedido hasta entonces: pero Céspedes estaba resuelto á jugar el todo por el todo, y acercándose mas á Luisa la dijo:

—Si desatiende V. mis palabras, creeré que está V. enamorado de mi antagonista el poeta, y en su consecuencia obraré.

—Pero Céspedes.

—Nada Luisa: debemos proseguir hablando con jovialidad y á media voz.

Luisa sonrió dulcemente, y Fernando soltó el cuchillo, quedándose como estasiado.

—¿No come V? le dijo Carlota.

—Tengo poca gana esta noche, y si como mas me hará daño.

—Los poetas, interrumpió el ministro, son muy pocos en la comida.

—Los poetas, replicó Fernando brotando llamas por los ojos, los poetas son algunas veces.... Fernando se detuvo de pronto, porque sus ojos se encontraron con los de la marquesa, que le suplicaban no acabase el periodo

que habia empezado , y continuó con amargura. Los poetas son algunas veces , señor ministro, muy gastrónomos.

Yo creia que se alimentaban con sus brillantes ilusiones , y que idólatras de lo imaginario no se cuidaban de lo real.

—Está V. muy equivocado. Los poetas viven en la tierra como los ministros , señor Céspedes ; y si alguna vez se remontan hasta la region de los espíritus, es para librarse del lodo con que los salpican los hombres.

—Qué mal nos tratas , dijo Vargas.

—Hablo , amigo , como poeta.

Empezaron á servir los postres, y Fernando continuó sufriendo todos los tormentos que puede sufrir un mortal.

Cada vez que fijaba Céspedes sus ardientes ojos en Luisa; cada vez que la decia en secreto una palabra ó una sílaba, saltaba en su silla el poeta y se mesaba los cabellos sin poderse contener mas.

En medio de sus convulsiones, le dijo Carlota.

—Amigo mio , no permito que V. se vaya sin mutilarle los bigotes.

—Córtelos V. , replicó con un acento inesplicable : corte V. tambien el cabello : se lo agradeceré, Carlota , porque me está estorbando todo.

El senador anciano lo oyó, y dijo á Adela.

—Señorita, me parece que el jóven poeta ha desocupado muchas copas, y que su cabeza no está en caja.

—Podrá ser, le respondió Adela, que conocia muy bien la causa de la agitacion de Fernando.

La cena acabó demasiado tarde para la impaciencia de Fernando, aunque quizás demasiado pronto para algun comedor sempiterno.

Al ir á pasar al salon se acercó Céspedes á Luisa y la dijo:

—Estamos convenidos, Luisa, mañana á las doce.

—A las doce, repitió la esposa de Vargas sin reparar en el poeta, que de muy cerca los seguia, y habia escuchado sus palabras.

Las masas de nubes que se agrupan para preparar la tormenta; las olas del mar que se levantan en el furor de la borrasca; la electricidad que se choca para que los rayos estallen, y los betunes que se inflaman en las entrañas de la tierra para producir los volcanes, no tienen choques tan violentos como las pasiones que combatian en el corazon de Fernando.

Fernando, el amante de Luisa, habia tenido sueños de oro: pocas horas antes se habia contentado con el cariño espiritual de una muger pura, segun sus ilusiones, como

los ensueños de un niño; y esta muger se hundia de pronto en una laguna negra y sucia como las aguas del mar muerto.

¡Qué quedaba para Fernando!

La muger de sus ilusiones era menos que una muger: dos veces la habia idolatrado; dos veces habia visto en ella la imagen de la felicidad con sus mas brillantes colores: y dos veces esta muger le habia sacrificado vilmente á la codicia y al orgullo. La primera pudo perdonarla, despues de dos años de odio, porque la vió como una víctima sacrificada en el altar. ¿Pero la segunda? La segunda era la muger degradada; la muger que prefiere al hombre el deslumbrador oropel; la muger que opone al amor sus deberes, y sacrifica la virtud á su vanidad, á su orgullo. ¡Oh! ¡qué miserable, qué pequeña habia quedado en un momento!

No sentia el poeta que Luisa amase á su rival afortunado; sentia que él la amaba todavía, que se habia llevado su última, su mas linsojera ilusion.

Fernando que tanto habia sufrido; Fernando que por diez y seis meses no habia concebido siquiera la posibilidad de amar; Fernando que habia resistido tenazmente á la tentacion de ver á Luisa, y que cediendo solamente á sus reiteradas instancias habia abierto

su corazón, perdía de repente un paraíso para sepultarse en un infierno.

¿Qué guardaba á Fernando la vida? Memorias de su bien pasado, recuerdos tristes nada más. Si una muger se sonreía, veía en su sonrisa el engaño, y encontraría en cada muger el retrato de la que amó con el manto de una azucena y la astucia de una serpiente.

Fernando no podía vivir. Perdidas ya sus ilusiones, el mundo sería un mausoleo poblado de negras fantasmas, ó un desierto sin fuente amiga, sin frescas flores y sin sombra. Fernando tomó su partido, y se decidió á suicidarse. No quería malgastar el tiempo en inútiles reflexiones; cojió el sombrero de improviso, se despidió de la marquesa que le contemplaba admirada, llegó sus labios encendidos al oído de Luisa y la dijo:

—La cita á las doce, señora, no es un secreto para mí.

Después salió del aposento como un caballo desbocado, bajó lo mismo la escalera, y corrió á la calle como un loco, sin hacer caso de la nieve que copiosamente caía.

A los pocos pasos encontró á una muchacha pordiosera, que le pidió con voz doliente.

—Por amor de Dios, una limosna.

El jóven la empujó irritado, mas la pordiosera repitió.

—Don Fernando, pido á V. limosna por amor de Dios y por su madre.

Al oirse nombrar el poeta, se detuvo maquinalmente y se acercó á la pordiosera.

—¿Quién eres? preguntó Fernando.

—Julia.

—¿Qué dices?

—Que soy Julia, la que hace un año.....

—Sí, hace un año que te encontré en otro lugar. ¿Y qué te ha reducido, Julia, á este estado tan miserable?

—Las palabras que V. me dijo con voz solemne aquella noche.

—Toma, Julia, toma cuanto tengo. Y Fernando dió su bolsillo á la pordiosera en el instante.

—Dios se lo premie á V., señor. Mi pobre madre, mi enferma madre no perecerá de hambre hoy.

Fernando se apartó de Julia, é iba murmurando entre dientes.

—El cielo ha traído á esta muchacha para que me sirva de heredero.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



LAS TIEN

NAVIDADES.

NOVELA ORIGINAL

LA NOVELA

**NACIONAL.**

TOMO II.



BRID:--1816

de Hortelano y Compañía

de San José, calle 2

—Don Fernando, pido á V. limosna por amor de Dios y por su madre.

Al oírse nombrar el poeta, se detuvo inquisitivamente y se acercó á la portinera.

—¿Quién es? preguntó Fernando.

—Julia es el nombre.

—¿Qué dice?

—Que soy Julia, lo que hace un año.

—Si, hace un año que te encontré en otro lugar. ¿Y qué te ha sucedido, Julia, á este punto tan triste?

—Las palabras que me dijo con voz dulce y con ojos que me miraban como si quisieran decirme algo.

—Toma, Julia, toma cuanto tengas. Y Fernando se volvió á ir.

—¿Qué se le preña á V., señor. Mi pobre madre no quedará en paz si yo no me casó con un hombre rico.

—¿Y qué te ha sucedido, Julia, á este punto tan triste?

—Las palabras que me dijo con voz dulce y con ojos que me miraban como si quisieran decirme algo.

—Toma, Julia, toma cuanto tengas. Y Fernando se volvió á ir.

—¿Qué se le preña á V., señor. Mi pobre madre no quedará en paz si yo no me casó con un hombre rico.



**LAS TRES**

# **NAVIDADES.**

NOVELA ORIGINAL

Por D. Juan de Ariza.

— — —  
**TOMO II.**  
— — —



MADRID:—1846.

**Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía.**

Pasadizo de San Ginés, número 5.

LAS TRES

# NAVIGANTES.

NOVELA ORIGINAL

Por D. Juan de Alarcón

— — — — —  
TOMO II.  
— — — — —



MADRID:—1846.

Imprenta de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Partida de San Gines, número 7.

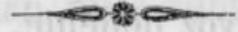
---

---

## LAS TRES NAVIDADES.



### CAPITULO PRIMERO.



#### La buhardilla.

Eran las doce de la noche del veinte y cuatro de diciembre, y en tanto que Fernando daba su bolso á la pobre mendiga, en una buhardilla miserable y en un lecho roto y mugriento estaba una muger enferma, sufriendo con los males físicos mil padecimientos morales. Un anciano vestido de negro estaba sentado en un sillón, y á la pálida luz que lanzaba una vela pronta á extinguirse leía en un descuadernado breviario las horas del oficio divino. Una arca pintada de negro, una mala

mesa de pino y cuatro sillas sin respaldo formaban el rico amueblage de esta lúgubre habitación. Sobre la mesa estaba un plato, una taza y una botella, junto á la ventana se descubria un mal hornillo y un puchero, pero el uno estaba sin lumbre y sin alimentos el otro. La bela seguia consumiéndose, el anciano se levantó, tomó la botella, vertió en la taza una corta porcion de líquido, y se la presentó á la enferma.

—¿Qué me traes, Joaquin, qué me traes? le preguntó con voz doliente.

—Una toma de la bebida.

—Aparta, hermano, aparta, aparta. Lo que necesito es alimento.

—No puedo dártelo, Teodora. No hay un sorbo de caldo siquiera.

—Dame una corteza de pan.

—No hay un bocado.

—Joaquin, Joaquin, me voy á morir pronto de hambre.

—No lo querrá Dios.

—Dios, Joaquin, no se acuerda ya de nosotros.

—Calla, calla, dijo el anciano cobrando energía de repente. Dios se acuerda de los insectos, de los reptiles y de las plantas. Dios no abandona á sus criaturas, y no nos abandonará, Teodora.

—¿Tienes fé todavía?

—La tengo. A medida que la desgracia mas fieramente me persigue, que la edad me abrumba y me consume la miseria, crece mi fé en el Ser Supremo y mi esperanza en su piedad. ¿Qué es este mundo? Es un desierto por el que erramos peregrinos, entre huracanes y borrascas. Unos reposan en palacios labrados con mármol y cedro, otros en rústicas cabañas; caminan unos en carrozas tiradas por briosos corceles, marchan otros á pie descalzo; dan unos suntuosos banquetes, como los del rey Baltasar, otros ayunan noche y dia; pero todos ven una mano que escribe sobre el regio muro con rojos caracteres de fuego la fatal sentencia de muerte, y todos se acercan á su fin, como la tortuga ó como el gamo.

—¿Y despues de ese fin?

—Teodora, despues de ese fin está el premio, pero está tambien el castigo. El que reposó en el palacio dormirá por siempre en la cabaña, y el que caminó á pie descalzo tomará asiento en la carroza y en el banquete comerá.

—¿Y mientras llega el fin?

—Paciencia.

La bela acabó de extinguirse, y quedó la triste buhardilla en espantosa oscuridad.

—¡Esto me faltaba , Dios mio! dijo la enferma suspirando. No tengo luz.

—Calla , Teodora. Mañana verás con mas gusto el primer albor de la aurora , y la saludarás cantando , como las aves de los bosques.

—Mañana habré muerto de hambre. Respondió Teodora á su hermano , con voz solemne y sepulcral,

El anciano se enjugo una lágrima , cayó de rodillas en el suelo , y desde el fondo de su alma envió al Hacedor sus plegarias con el corazon limpio y puro , que el rey profeta deseaba.

—¿En dónde estás , Joaquin?

—Aqui estoy.

—¿Y mi pobre Julia?

—No ha vuelto.

—¿Ya será muy tarde?

—Sí , muy tarde. Los serenos cantan las doce.

—¿Y está lloviendo?

—Llueve y nieva.

—¡Pobre hija mia , pobre hija mia!

La enferma se quedó en silencio como para coordinar sus memorias ; derramó lágrimas amargas y repitió.

—¡Pobre hija mia! Hoy hambrienta y llena de harapos , en otro tiempo tan gallarda , tan llena de salud , tan limpia.

—Cuando era niña.

—No, Joaquin. Hace seis meses...

—Calla, calla; has blasfemado, has blasfemado y bien mereces tu desgracia. Hoy es Julia la Magdalena, pecadora pero arrepentida, y entonces, entonces...

El anciano se llevó sus manos á los ojos, y no pudo continuar. Gruesas lágrimas se desprendieron por sus angulosas mejillas, hondos suspiros se exhalaban de las cavidades de su pecho, y dirigió á Dios esta plegaria con toda la fé de un cristiano y la resignacion de un martir.

—Si Julia ha de volver, Dios mio, á la senda de la perdicion, llevárosela y á su madre y á mí tambien: pero si ha de continuar arrepentida, danos, señor, nuevas miserias, nuevas penas y nuevos males que los sufriremos con gusto y llevaremos con valor.

—¿Qué rezas, Joaquin?

—Pido, Teodora, al que da la vida y la muerte que si ha de volver Julia al pecado la llame á sí.

—¡Joaquin!

—Y á nosotros dos, hermana, mia.

Algunos truenos, resonaron como confirmando las palabras que habia pronunciado el anciano, y la cárdena luz de los relámpagos iluminaba por intervalos el interior de la

buhardilla. La enferma se incorporó un poco, buscó entre las sombras la descarnada mano de don Joaquin, que permanecía arrodillado, y la colocó sobre su pecho con visibles muestras de terror.

—¿Qué tienes, Teodora? preguntó el anciano.

—Tengo inquietud por lo mucho que tarda Julia. ¿No oyes el bramar de los truenos?

—Si, Teodora; pero ese trueno que anuncia al réprobo un castigo poniéndole de manifiesto la omnipotencia de su juez; ese trueno promete al justo inestimables recompensas. Ese trueno es la voz de Dios que habla severa á los malvados, pero dulce á los inocentes.

Un nuevo trueno resonó antecedido de un relámpago que iluminó toda la estancia; á su luz descubrió el anciano las facciones pálidas de Teodora, y se estremeció viendo sus ojos casi inmóviles y vidriados.

—¡Pobre hija mia, pobre hija mia! siguió repitiendo la enferma, qué desgraciada es tu familia. En esta noche todos cenan, todos tienen una buena lumbre, todos estan reunidos al hogar, y nosotros perecemos de hambre, no tenemos fuego ni luz, no estamos reunidos siquiera. A tí te quitaron, Joaquin, tu paz, tu comida y tu albergue; á mí me

quitan mi sustento, y mi Julia pide limosna á la puerta de los que cenan, de los que tienen lumbre y luz. Quizás algun brutal lacayo la arroja del dintel con ira, y quizás estampa en su rostro la diestra cruel.....

—Mamá, mamá.

La voz de Julia resonó á la puerta de la buhardilla, la enferma reprimió el aliento entre el temor y la esperanza, y el anciano abrió presuroso á su desgraciada sobrina.

Julia penetró en el aposento con una lamparilla en la mano izquierda y en la derecha un par de panes que agitaba como un trofeo; dejó ambas cosas sobre la mesa, y besó la mano de su madre despues de haberse arrodillado. Todas las facciones de Julia manifestaban la alegría que su corazón rebosaba, y su rostro pálido y flaco parecía ceñido de aureolas. Los ojos de la pobre enferma estaban fijos en los panes, y el anciano daba á Dios gracias por tan señalado favor. Julia interrumpió aquel silencio diciendo á Teodora.

—Madre mia, ¿tiene V. muchísima hambre?

—Si, Julia; y sin ese pan que distingo no hubiera salido de la noche.

—Ves, Teodora, dijo el anciano, como Dios se acuerda de todos.

—Gracias á Dios, gracias á Dios, her-

mano mio. Julia, dame un poco de pan.

La enferma se sentó en el lecho con el auxilio de una silla que la pusieron á la espalda, aproximaron á él la mesa, y empezaron su colacion despues de haberla bendecido con rostro sereno el anciano. Aquellas tres personas comian con notable apetito el pan, y se olvidaban de los manjares que cubrian en aquel momento la mesa de los poderosos. Julia animaba á su enferma madre, que á pesar de su grave dolencia hacia los honores del festin, y al anciano, que repetia sus acciones de gracias á Dios.

Si los que causaban la miseria de aquella familia desgraciada la hubieran contemplado reunida alrededor de una pobre mesa sin manteles y sin bajilla y comiendo un poco de pan, hubieran tenido remordimientos por las huérfanas y las viudas que tan friamente asesinaban.

Terminada la colacion dieron gracias al ser supremo por un tan grande beneficio, y Julia se envolvió en una manta á fin de esjugar sus vestidos que estaban mojados todavia. La enferma contempló á su hija con los ojos llenos de lágrimas, y la preguntó.

—¿Quién te ha hecho esta caridad?

—Don Fernando.

—¿Y cómo le has pedido, Julia, cuando te

lo he dicho tantas veces, y jamás has querido?

—Mamá, eran las doce de la noche, todos me habian dicho que perdonase, y V. estaba enferma y con hambre. Además no le conocí hasta haberle pedido limosna.

—¿No le conociste?

—No, mamá. La nieve caía en gruesos copos, y los relámpagos brillaban seguidos de espantosos truenos; yo me había guarecido en un dintel temblando de miedo y de frío, cuando vi á un jóven que cruzaba con rápidos pasos la calle. Traía el paletó desabrochado á pesar del intenso frío, y su paraguas en la mano que no se acordaba de abrir. La nieve azotaba su rostro sin que demostrase notarlo, y estoy segura que no oía el ronco crugir de los truenos. Su aspecto me causó terror sin poder explicarme la causa, y mas que á pedirle limosna me inclinaba á evitar su encuentro; pero me acordé de mi madre que estaba hambrienta y moribunda, y cobré de nuevo valor. La dirección que había tomado el jóven le obligaba á rozar sus vestidos con mis harapos, y yo me coloqué en la acera para llamarle la atención. Al rozar conmigo le pedí una limosnita por Dios....

—¿Y te la dió al punto?

—No, mamá; me alejó de sí con violencia, y prosiguió su marcha rápida.

—¿No era Fernando?

—Sí, era, era; yo acababa de conocerlo. Dudé, madre mia, en reclamarle una limosna nuevamente; pero no tenia otra esperanza de dar á V. pan esta noche, y me determiné á nombrarlo. Apenas escuchó mi voz, detuvo su veloz carrera, y se fué acercando hácia mí como el indio hácia la serpiente que ha de devorarlo en sus fauces. Un relámpago destelló al punto de llegar Fernando, y á su luz pude ver un rostro tan lívido y desencajado como el de un loco ó un cadáver. El me contempló atentamente, y con voz breve y gutural me preguntó.—¿Quién eres? — Soy Julia.—¿Qué dices?—Soy Julia, la que hace un año...—Sí: hace un año que te encontré en otro lugar. ¿Y qué te ha reducido, Julia, á un estado tan miserable?—Las palabras que V. me dijo con voz solemne aquella noche.

—Toma, Julia, toma cuanto tengo. Fernando me dió su bolsillo, y se alejó murmurando entre dientes palabras que no pude oír.

—¿Y qué contenia ese bolsillo?

—Ahora lo veremos, madre mia.

Julia sacó del pecho un bolsillo tejido de púrpura y oro con cierre del mismo metal, y lo colocó sobre la mesa; el anciano lo contempló con las lágrimas en los ojos, y dijo á su sobrina.

—Abre ese bolsillo.

—Yo no. V. debe abrirlo.

El anciano empujó al muelle en el momento, y cayeron sobre la mesa buen número de monedas de oro, produciendo un sonido agradable que no había repetido jamás el eco de aquella buhardilla. Al sonido alargó la enferma el cuello cuanto le fué dable, y quedaron sus ojos fijos en aquel monton de monedas que le parecían un caudal; el anciano enjugó otra lágrima, y Julia se quedó tranquila como si hubiera sabido anteriormente la cantidad que contenía.

—Cuenta V., buen tío, esas monedas, dijo Julia con sencillez; y el anciano siguió su orden, la que tuvo por resultado saber que el bolso contenía ciento veinte y cinco duros en oro.

Todos quedaron en silencio hasta que lo interrumpió D. Joaquin dirigiéndose á su sobrina.

—Julia, la dijo, este dinero escude con mucho los límites de una limosna, y ó ha sido entregado con mala idea ó se ha equivocado don Fernando.

Julia se puso como la amapola, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus pupilas de azabache; el buen anciano conoció todo el mal que había hecho á la jóven, y se apresuró á remediarlo.

—Yo sé muy bien, continuó, que todas las riquezas del mundo no quebrantarán tu propósito, y estoy tranquilo y satisfecho; pero si te han dado ese oro con una dañada intención, no debemos aprovecharnos.....

—V. no conoce, tío mio, dijo Julia con exaltación, el alma noble de un poeta.

—Julia.

—Yo sé bien que Fernando al entregarme este bolsillo quiso regalarme un tesoro, y lo prueban estas palabras: *Toma, Julia, toma cuanto tengo*: pero sé que no entró en su mente ningún pensamiento criminal.

Se interrumpió por un breve instante, y prosiguió con mas firmeza.

—Yo descubrí anoche en Fernando alguna cosa extraordinaria; sus ojos fuera de las órbitas lanzaban una luz siniestra, y estaban heridos sus labios de haberlos mordido sin duda.

La rapidez de sus movimientos nacía de rudas convulsiones, y hasta el sonido de su voz era sepulcral y fatídico. Hervía su pecho como hierve el de un moribundo, madre mía, y creí leer en su semblante una resolución terrible, un pensamiento sanguinario.

—¿Qué pensamiento? preguntó llena de zozobra la enferma.

—¿Qué pensamiento, madre mía? no tengo duda, el del suicidio.

De las manos del buen anciano se escaparon algunas monedas, y se quedó sin movimiento, como si le hubiera herido un rayo: la enferma lanzó tristes gemidos, y los ojos de Julia inmóviles derramaban ardientes lágrimas, como si conociera entonces la profundidad del abismo que á los pies del jóven se abria. Tres personas estaban sintiendo el trájico fin de Fernando, que ya contemplaban posible y ya realizado veian; tres personas hacian el duelo por el malogrado poeta, y de las tres personas solo una habia conversado con él por cortos espacios de tiempo. Algunas de ellas no conocian mas que el nombre del bienhechor, pero recordando el beneficio pagaban el oro con lágrimas, y levantaban al Ser Supremo los corazones y las manos para que guardase la vida del que amaban sin conocer.

Cuando se ven almas infames que pagan con ingratitudes los mas señalados favores, es consolador ver tambien almas puras y agradecidas que no los olvidan jamás, y que recompensan el buen hecho con un entrañable cariño.

Pasados los primeros momentos de agudo dolor y de sorpresa, miró el anciano á su sobrina, y con severidad impropia de su caracter dulce y bueno, la dijo:

—Te has portado , Julia , de la manera mas infame con el bienhechor de tu familia.

Julia se estremeció á esta voz que severamente la acusaba , y preguntó llena de espanto.

—¿Qué he podido hacer?

—¿Qué has podido? No abandonarle en su desgracia , seguirle á manera de sombra , y cuando fuera á descargar sobre su corazon el golpe detenerle el brazo y decirle. «No debe V. morir , Fernando : su vida pertenece á Dios.»

La jóven se hincó de rodillas , levantó las manos al cielo y con acento entrecortado por las lágrimas y los sollozos

—Señor , dijo , que das la vida , guarda la del jóven poeta y recibe en cambio la mia , que humildemente te presento. Yo soy responsable ante tí....

—No eres responsable , no , Julia , dijo el anciano levantándose y dando su mano á la jóven. Mi corazon nunca me engaña , y me dice que don Fernando está en el mundo todavia.

—No llores , añadió la madre ; él que te ha dado tanto oro , no puede sufrir una desgracia que le precipite á la tumba.

—No me anima esa confianza , dijo la jóven suspirando. Son las pasiones del poeta como

las olas de los mares, que al mas leve soplo de viento se embravecen, chocan y se estrellan. Con un corazon bueno y noble tiene momentos de delirio que podrian llevarle hasta el crimen, y quizá se cree único dueño de sus acciones y de su vida.

—Esas pasiones de Fernando, tan irascibles y tan bravas, quedarian mansas como un lago si la religion las domase. Cuando un jóven tiende la vista por este mundo que habitamos, y solo encuentra en él miserias, desengaños é ingraticudes, si no la levanta pronto al cielo pierde la fé que nos reanima, la caridad que nos hermana, y la esperanza que nos consuela. Envuelto en el lodo del mundo no espera la bienaventuranza que Dios concede al hombre justo y al pecador arrepentido; pierde el timon, pierde la brújula, y vaga á merced de las olas, que ya lo encallan en la arena, y ya en las rocas lo quebrantan. ¡ Sin fé, exclamó el anciano exaltándose y dando una puñada en la mesa! ¡ Sin fé no se puede vivir!

A la puñada del anciano saltaron algunas monedas, cuyo ruido semejó entonces el triste doblar de las campanas: pero llamó la atencion tambien de la familia de Teodora hácia diferentes objetos.

—¿Cree V., dijo Julia á su tio, que vive Fernando?

—Sí, Julia, y no podemos apropiarnos esa cantidad de dinero.

—En lo mismo pensaba yo. Estoy convencida que al dármele me entregó toda su fortuna, y amanecerá sin un duro de que disponer, madre mia. Es indispensable devolvérselo.

—¿Sabes en dónde habita, Julia? preguntó el anciano.

—No, tio; pero puede V. averiguarlo.

—¿De qué manera?

—Fácilmente. Hay en Madrid un edificio en cuyos salones se reúnen muchos distinguidos literatos; este edificio es el *Liceo*: hay tambien unos ricos salones, en los que se reúnen muchas gentes, y á los que llaman el *Casino*; en cualquiera de las dos partes que pregunte V. por Fernando le señalarán su habitacion.

—Has discurrido muy bien, Julia:

—Y mañana, dijo la enferma, ¿tendremos el hambre que hoy?

—Dios proveerá, dijo el anciano.

—Mañana, madre, añadió Julia tendremos tambien alimentos. Me dió Fernando un gran bolsillo, y no tomará á mal que me guarde una

pequeña cantidad. Para preparar nuestra cena he tomado un duro, madre mia; ahora tomo dos; y lo demas le será devuelto mañana.

Julia separó los dos duros, y fué metiendo en el bolsillo todo el oro que habia quedado. La enferma seguia con los ojos los movimientos de su hija, y á cada moneda que aquella en el bolsillo introducía, ahogaba un amargo suspiro. La jóven miraba á su madre, conocia todas las angustias que estaba sufriendo la enferma, pero invariable en su propósito metió hasta la última moneda, y entregó el dinero á su tío. Despues de haberlo ejecutado, se acercó Julia á la lucerna que daba luz á la buhardilla, escuchó un rato atentamente, hasta que un sereno vecino anunció á los que no dormían que eran las tres de la mañana.

—Mamá, dijo Julia llegando al pobre lecho de Teodora, está V. muy débil y es tarde: procure V. dormir un poco.

—No puedo dormir, hija mia, porque las mantas están rotas, y el frio me penetra los huesos.

Al proferir estas palabras echó una mirada la enferma al rico bolsillo de Fernando y dió un tristísimo suspiro. Julia comprendió en el momento el triste suspiro y la mirada; mas desentendiéndose de ellos dijo á su madre.

—Me echaré á los pies de V., como otras veces, y la abrigaré con mi cuerpo.

Teodora no replicó á su hija; se envolvió lo mejor que pudo en las rotas mantas del lecho. Julia se acostó á sus pies vestida, y el anciano envuelto en una capa bastante buena á la verdad, pues era dádiva de un jóven caritativo y elegante, se colocó bien en su sillón, y procuró dormir algunas horas hasta que despuntase el día.

---

---

## CAPITULO II.

### La niñera.

Amaneció el primer día de pascua, alegre para los que estrenan, para los que piden aguinaldo, para los pobres de las cárceles, que comen en mayor porcion y manjares mejor dispuestos, para los labradores y artesanos, que comen como los de las cárceles y no trabajan en cuatro días, bien precioso para españoles siempre aficionados á holgar. En estos dias de *gaudeamus* todo el mundo tiene vacaciones, desde el muchacho de la escuela hasta el respetable magistrado de los supremos tribunales, si los letrados se convienen en llamar supremo al de GUERRA, y no reservan este nombre para el respetable de JUSTICIA. No descansan solo los hombres en las alegres navidades, los irracionales tambien descansan, y si fuera legislador, prohibi-

ria con pena de muerte que anduviesen coches por las calles; pues cuando descansan las mulas de muchísimos carreteros, justo es que descansen también los caballos de los señores.

Amaneció, pues, el fausto día que, aunque no da vida á las flores, como el veinte y uno de marzo, reanima muchísimos estómagos con las suculentas viandas y los confortantes licores. Amaneció, pues, el fausto día, y el anciano de la buhardilla se encasquetó un gorro de seda, que en sus tiempos fué negro, y como la flor de la vida había cambiado de colores hasta convertirse en amarillo, merced á la grasa y al polvo, se caló sobre él un sombrero que había sufrido los mismos cambios: sacudió su capa con esmero para quitarla las arrugas, y bajó ciento y cuatro escalones, que lo separaban de la calle y aproximaban á las nubes.

La mañana estaba lluviosa, y las calles y los tejados con una gran capa de nieve. El anciano no estaba al corriente de las novedades de Madrid, y ocupado en sus devociones y en sobrellevar su miseria con la resignación de un santo, no se ocupaba en averiguar lo que en ningún modo le atañía. Por esta razón ignoraba en qué calle estaba el Casino; pero creyendo debía estar en punto céntrico de la corte, se dirigió hácia el Buen Suceso, con ánimo de preguntar al primero que se encontrase.

A las ocho de la mañana, y á veinte y cinco de diciembre, no ofrece la Puerta del Sol ese variado panorama que en las demas horas del dia. En Madrid se vive de noche, ó dicho con propiedad se vela: y por compensacion lejitima se duerme toda la mañana, ó no se vive, ó se reposa, como le venga mas á cuento á mis carisimos lectores. Un viajero que llega á Madrid entre dos y tres de la tarde, que cruza la calle de Carretas, la de la Montera y Puerta del Sol, al ver tanta gente reunida ó en precipitado movimiento, creerá que ha llegado á una ciudad, cuyos habitantes viven siempre en las plazuelas y en las calles: pero entrando de madrugada saludará á Madrid con respeto, como á un soberbio mausoleo que solo cobija cadáveres. Ese silencio sepulcral que reina en los pueblos á veces; ese periódico silencio que todas las noches se renueva y desaparece cada dia, hace pensar si vive el mundo con una existencia prestada, que se suspende y se renueva en un corto espacio de tiempo, en breves veinte y cuatro horas.

Llegó al Buen Suceso el anciano, y tan constante en su propósito como Hernan Cortés en el suyo, al primero que se encontró le preguntó por el Casino.

El interpelado era un hombre, paisano del rey don Pelayo, mas noble que la reina Ege-

lona, que el conde don Julian y don Opas, pero de ejercicio aguador. Este vástago de los godos por descendencia y por aficion de las vides conocia por práctica el barrio que refrescaba con sus cubas, sin saber el nombre de las calles ni aun el número de las casas que visitaba cada dia para que le pagasen cada mes. Un hombre con tales noticias no podia trasmitirlas claras, y despues de haberse encojido por dos ó tres veces de hombros, respondió al anciano.

—Señor, si me pregunta su merced por la fuente de los Galápagos, le diré cuantos caños tiene, y las cubas que sacan de ella mis compatriotas cada dia: si quiere saber su merced todas las tabernas de la córte, yo le llevaré por la mano, le diré la que mas despacha, la que tiene mejor medida, y en la que se bebe mejor vino: pero tocan á ese señor por quien su merced me pregunta, no puedo decirle una palabra.

El asturiano saludó, y prosiguió su lenta marcha, haciendo mas ruido que un coche. A propósito de este ruido. ¿No se evitarian muchas desgracias si marchasen los carruajes al paso de los aguadores? ¿No se beberia el agua mas fresca si caminasen los aguadores como marchan los carruajes? Mediten estas pocas líneas el excelentísimo ayuntamiento, los agua-

dores y cocheros: medítenlas detenidamente, y confórmense con su espíritu si les parecen oportunas.

La primer pregunta del anciano no habia tenido el menor éxito, y era indispensable repetirla. Vió á un centinela, paseando en las anchas losas de correos, y como don Joaquin no sabia la consigna del centinela, creyó que el soldado podria satisfacerle su deseo. Se encaminó, pues, hácia él, y para evitar el mucho lodo que habia producido la nieve, entró, como era natural, por la baldosa. El centinela, que venia de frente hácia el anciano, apresuró el paso cuanto pudo, y mientras preguntaba don Joaquin, llevándose la mano al sombrero, por el Casino, el militar le gritaba con voz airada.

—Paisano, atrás.

El pobre viejo no comprendió la intimacion, y al ir á repetir su pregunta recibió un fuerte culatazo que lo echó por tierra al momento. Se levantó con gran trabajo, sufriendo por Dios el insulto que acababa de recibir, y el dolor que le habia causado. Limpió con humildad el lodo que salpicaba sus vestidos, bastante mal parados ya, y no comprendió la razon, ni la necesidad tampoco de que tratasen brutalmente á un hombre pacífico y anciano, inofensivo é indefenso.

Muy caro costaba á don Joaquin el deseo de hallar el Casino; pero era tan justa la causa, que no desistió de él un punto. Tornó triste, sucio y cansado á la carrera de San Gerónimo, y á los pocos pasos encontró una de esas lindas niñeras limpias y frescas como flores, y que ponen á uno en deseos de volver á la dulce infancia. El anciano la contempló con paternal solicitud, y se decidió á preguntarla en qué calle estaba el Casino.

—¿No lo sabe V., buen anciano? replicó la jóven riendo.

—No lo sé, en verdad, hija mia.

—Pues es cosa estraña. El Casino se encuentra muy cerca de aqui, y casi no puedo persuadirme de que V. ignora en donde está. ¿Quiere V., señor, divertirse á costa de una pobre muchacha?

—Mi edad y mi estado, hija mia, no son á propósito por cierto para entretenerme en esas bromas. Mira las arrugas de mi rostro; contempla mis blancos cabellos, y te conven-  
cerás...

—Señor, jamás he pensado ofenderle. ¿Sabe V. á la calle del Príncipe?

—Sí.

—Pues en ella está.

—¿Quieres decirme en qué número?

—No me acuerdo: pero voy á darle las se-

ñas. Entra V., señor, en la calle, y va mirando á la derecha, hasta que encuentre un portal grande, con buenas luces y algo limpio. En el portal hay unos bancos, para que se sienten los lacayos cuando esperan á sus señores, que regularmente es hasta el día. Entra V.; á la mano izquierda hay una escalera decente; sube V. al cuarto principal, y pregunta.

—Dios te lo pague.

—¿Qué ha de pagarme Dios, anciano?

—El favor que acabas de hacerme.

—Muy poca cosa será el pago si se iguala con el favor.

—Dios da siempre ciento por uno.

—A pesar de ello, buen anciano.....Pero quiero hacer algo mas. Acompañaré á V. hasta allí.

La niña se puso delante, y triscando como una corza llegó á la puerta del Casino. Daba mucho que meditar aquella pareja interesante, aunque por distintos conceptos: brillaba en la niña la hermosura, la juventud, la robustez: en el anciano se veían las profundas huellas de los años, y sus miembros débiles y helados apenas guardaban vigor para sostener el flaco tronco muy próximo ya á desplomarse. Era la primera una rosa fresca y fragante á medio abrir en una mañana de mayo: era el segundo un triste lirio, perdido entre zarzas silvestres, y

deshojado por las lluvias inclementes de un crudo otoño.

Llegó la niñera al Casino: subió en dos saltos la escalera, sacudió con robusta mano el cordón de la campanilla, y cuando llegó don Joaquin llevaba bastantes minutos de conversar con un lacayo. Quiero contar á mis lectores la conversacion que tuvieron, ofreciéndoles ser muy breve.

—¿Qué buscas por aquí, María? preguntó el lacayo.

—Busco..... busco..... Cualquier cosa mejor que tú.

—¡Ola! ¿Te has echado algun novio marqués, banquero, periodista, senador del reino ó diputado?

—Quién sabe.

—¿De veras?

—De veras.

—Pero has venido á mala hora para encontrar á esos señores. Se retiran de madrugada, y hasta las doce están durmiendo. Tendrás que esperar muchas horas si no te contentas conmigo.

—Esperaré si me acomoda.

—¿Quieres calentarte al brasero?

—No.

—Que esquivilla te encuentre hoy.

—¿Me has visto amable alguna vez?

—No todo lo que yo quisiera, pero algun tanto.....

—Calla, calla.

Habia llegado don Joaquin, y María le presentó al lacayo con cierto tono magistral diciendo:

—Este caballero pregunta... ¿Por quién?

—Por el señor don Fernando de Isara.

—Caballero, respondió el lacayo, con la desvergüenza que les es propia, y remedando el grave tono que habia tomado la niñera, el señor don Fernando de Isara no viene aquí á limpiar los muebles: y como hacemos á esta hora esa operacion, se está en cama para no cojer constipados ni quedar baldado de reuma.

Ya creo, le replicó el anciano, que no habrá venido todavia: mas lo que yo quiero saber es el número de su casa.

—¿Vá V. á llevarle el aguinaldo?

—Tengo con precision que verlo.

—¿No pudiera V. esperar unas tres horas á lo menos.

—Contesta á lo que te pregunta, interrumpió María enfadada.

—Se me olvidó que tenias prisa. El señor don Fernando de Isara vive en la calle de... número siete, cuarto principal de la izquierda.

—Muchas gracias, dijo María: y sin dar

lugar al anciano á que las diese por su parte le hizo bajar las escaleras con muchísima mas rapidez que las habia subido poco antes.

Quando estuvieron en la calle dijo la niñera.

—Señor, son tan insolentes estos tunos, que no tienen respeto á las personas mas formales. Si yo no le enseño los dientes hubiera estado media hora con chistes y bellaqueñas, hasta que hubiera V. perdido un tiempo precioso y la paciencia.

—Dios te lo pague, jóven María. ¡Qué nombre tan hermoso tienes!

—Asi se llamaba mi madre.

—¿Y la perdiste?

—Sí señor. Por eso soy niñera ahora. Si hubiera vivido mi madre no me hallára en este lugar espuesta, señor... ¡Madre mia!

María se enjugó algunas lágrimas con un pico del delantal, y prosiguió despues.

—¿Sabe V. la calle en donde vive el señor don Fernando de Isara?

—Sí, buena María, sí la sé.

—Pues entonces no le detengo. Vaya V. con Dios, y el Señor quiera que todo le salga muy bien.

—Dios te proteja, hermosa niña.

—Amen, respondió la niñera, y desapareció como un ave.

—Al alejarse el buen anciano, se asomó el lacayo á un balcon y le dijo.

—Anoche no vino el señor don Fernando de Isara, probablemente estará enfermo.



---

### CAPITULO III.

---

**Fernando.**

*El pensamiento tiene alas* repetimos algunas veces, y esta metáfora atrevida suele convertirse en realidad. Al dar alas al pensamiento queremos decir, que tan pronto pasa de un paraje á otro como puede hacerlo una paloma: que se remonta hácia los cielos como la reina de las aves: y que cruza de polo á polo con la rapidez de un cometa. Esto queremos expresar con las alas del pensamiento; mas puede añadirse tambien, que da fuerzas á nuestros músculos y nos empuja en la carrera.

¿Que hacia volar al joven Fernando desde la casa de la marquesa á su propia casa? El pen-

samiento. Agitado por las ideas que volcanizaban su mente, era una bala despedida por el impulso de la pólvora, que debia estrellarse en el blanco, ó recorrer largos espacios hasta que le faltase el movimiento.

Cruzó las calles de la córte, mas que por reflexion por hábito; subió la escalera de su casa, sin tomar ni una vez aliento, y sacudió la campanilla de una manera tan violenta, que se partió en dos la cadena, y quedó vibrando el metal por un largo espacio de tiempo. El criado se apresuró á abrirle, y al verle de un modo tan extraño osó preguntarle.

—Señorito, ¿qué trae V?

—Son copos de nieve, contestó Fernando interrumpiéndole, que me han matizado el paletó. Julian una luz á mi cuarto.

El criado obedeció al momento, y puso en la mesa un candelero. Fernando se entró en su despacho, tiró el sombrero sobre una silla, sin reparar en el criado que estaba pronto á recibirlo; arrojó en seguida el paraguas y se echó sobre un confidente, estrechándose la cabeza, como si temiera estallarse. Su pensamiento no volaba, estaba fijo en una idea, y aunque la prestaba mil formas, siempre era la misma, siempre unas

Por un movimiento maquinal ponía sus dedos en las sienes, para percibir los latido

de sus arterias inflamadas, y eran tan violentos y rápidos, que le costaba gran trabajo poderlos distinguir siquiera. Sobre su cerebro pesaba una gruesa plancha de plomo, que comprimía su pensamiento, y sentía sus sesos hervir, como una profunda catarata. A veces reprimía el aliento, como para manifestar al mundo que habitaba en el un Fernando, pronto á abandonar sus miserias, pero lleno de vida aun.

En medio de este parasismo sintió una contraccion violenta, y abriendo de improviso los ojos llamó su atencion la bujía que estaba ardiendo en el bufete. La luz lastimó sus pupilas, como si le hubiesen batido unas antiguas cataratas; pero mirándola de nuevo logró soportar sus resplandores, y midió el cabo de la vela, que debía extinguirse muy pronto.

A su vista tiró del cordon de la campanilla, y Julian, que no habia salido del aposento, le dijo.

—¿Qué necesita V., señor?

—Una lámpara.

—¿Y esa bujía?

—¿No la ves? se está consumiendo.

—Pero como son las tres de la mañana.

—¿Y qué importa, Julian, que sean? ¿Hay alguna pared que divida el dia de la noche?

—No señor.

—Pues entonces tráeme la lámpara.

—Yo desearia que V. durmiese.

—Yo desearia, tambien dormir. Pronunció estas palabras Fernando con una risa tan sardónica, que hizo estremecer á su criado. Despues tomó un tono mas sério y tranquilo en las esperiencias y continuó.

—Trae la lámpara. Tengo que escribir esta noche, y es algo tarde, segun dices.

Julian salió del aposento, y á poco rato volvió á entrar, trayendo una lámpara de bronce: la colocó sobre el bufete, y llevándose la bujía cerró la puerta del despacho, dejando en él solo al poeta.

Fernando dejó el confidente con una impasibilidad siniestra, se sentó á la mesa de escribir, y abrió el pupitre lentamente: tomó unos pliegos de papel, colocó uno de ellos sobre el pupitre, y con la pluma en una mano y la frente sobre la otra, meditó por unos momentos. Despues de la meditacion mojó la pluma en el tintero, y escribió con mano vacilante.

»Por siempre amada madre mia: sentir las penas de los que amamos, es querer buscarlas consuelo: unas lo tienen en la vida otras en la muerte no mas. Cuando niño V. me dormia, para que olvidase mis

dolores ; entre sus brazos maternos cuando hombre la tumba me llama , para que olvide mis tormentos entre los pliegues del sudario. Una madre nunca maldice , y V. bendecirá mi sombra cuando se prosterne á sus pies. ¡ Si me fuera dado pedirla su bendicion sobre la tierra ! ¡ Si me fuera dado abrazar lleno de afecto sus rodillas ! ¡ Si me fuera dado confundir mis lágrimas con las de mi madre ! ¡ Entonces : entonces !... Pero no: el destino es inexorable , y lo ha dispuesto de otro modo. Una lágrima sobre mi tumba : una lágrima , madre mia , y vuestra bendicion sobre mí.

FERNANDO.

El poeta dobló bien la carta , la selló con un lacre negro , y puso el sobre enternecido. Una lágrima se desprendió de sus pupilas y humedeció un poco el papel: Fernando la enjugó cuidadoso , y grabó sus labios sobre el sello.

Ya habia despachado Fernando la parte para él mas sensible de su despedida del mundo ; el adios postrero á una madre no se da sin sentir el pecho desgarrarse por el dolor: y este vínculo que se contrajo nueve meses antes de nacer , se rompe rasgando las carnes como una copa de cristal entre los labios de

un enfermo. Después de este esfuerzo terrible sacó de su pupitre el poeta algunas hojas de papel, que contenian apuntaciones; las fué anotando una por una, y después de haberlas reunido y colocado en muy buen orden, tomó un nuevo pliego de papel, y escribió.

Madrid 25 de enero de 184...

Son las seis de la madrugada, y estoy muy próximo á un viaje que debe durar largo tiempo: tú has sido siempre, amado Enrique, el mejor de todos mis amigos, en quien he puesto mi cariño y tenido mi confianza. Los mas ocultos pensamientos, los secretos que no se confían porque pertenecen á dos, el corazón que no se abre por temor de que lo sondeen, han estado de manifiesto en todo lugar y á todas horas para el amigo que mas amo; justo es que pagues algun dia mi predilección con pesares, justo es que sirvas de albacea al que te quiere hasta morir.

Me has oido hablar cien y cien veces con cierto temor del suicidio; por mas que lo vieses como el término de una existencia combatida por un infortunio terrible; pero hoy ha llegado el momento en que la sangre del corazón se agolpa de pronto al cerebro, y en el que una bala de plomo abra ancho cauce á ese torrente que pugna por salir de madre.

Quiero hablarte, en primer lugar, de mis negocios, fiel Enrique. Yo he tenido algunos momentos en los que he anhelado ser rico, y en esos momentos jugué para adquirir rápidamente una fortuna algo envidiable. La suerte me volvió la espalda; he perdido cuanto poseía y algunas sumas además. Adjuntos hallarás los nombres de mis acreedores, y adjuntas las cantidades que les debo. Al pie de los débitos están algunos trabajos literarios que me deben los editores, y con lo que puedes pagar las sumas antes enunciadas. Esta operación será lenta y embarazosa para tí; pero en circunstancias tan solemnes todo lo disculpa la amistad, y todo lo cumple fielmente.

Para que me den sepultura será indispensable hacer gastos, y yo no tengo un solo duro: vende mi reloj, mi cadena, y una sortija de brillantes que encontrarás en mi bufete: son alhajas de algun valor, y me proporcionarán un nicho, si la iglesia me lo concede.

Nada mas tengo que encargarte; filosofemos ahora un poco.

¡Qué triste será dejar la vida á un grave padre de familia que deja á sus hijos inocentes en la miseria y la orfandad! ¡Qué triste al que ansioso de honores ha visto su sed satisfecha! ¡Qué triste al avaro que deja en manos estrañas sus tesoros! ¡Qué triste, qué triste al que aban-

dona una muger idolatrada! ¡Una muger que le sonrie con esa sonrisa inefable, hija solo de un puro amor! ¡Una muger que se estremece al contacto de su labio amante como al de una máquina eléctrica! ¡Una muger que le ama vivo, pero que le olvidará despues de muerto; porque son muy pocos los amores que van mas allá del sepulcro; que prodigará sus caricias á otro amante, y le estrechará con los mismos brazos y sobre el mismo seno, Enrique!

Si los muertos pueden pensar, si conservan alli memoria de cuanto dejaron en el mundo, si tienen fecultad de sentir, y conciben celos, Enrique, ¿cuánto deberán padecer, cuanto!

Pero, ¿por qué discurro yo sobre los motivos que hacen sensible perder la existencia? ¿Qué tengo de comun con el padre, con el ambicioso y el avaro? ¿En qué me asemejo al amante? En nada. No dejo huérfanos; mis hijos son mis producciones literarias, y ellas vivirán bien sin mí. No tengo honores que dejar; soy pobre, y ya sabes, Enrique, qué habrás de vender mis alhajas para subvenir á mi entiero; por tanto no dejo riquezas. ¿Y amor? ¿y amor dejo en el mundo? ¡Amor! Un odio inestiguible contra la muger y su falsía; una maldicion sobre el sexo que pase de madres á hijas como el pecado original.

La que yo adoraba en mis sueños, la que amaba loco, perdido, me vendió, Enrique, me vendió con una infame alevosía. Bajo máscara de virtud cubrió el rostro cárdeno del vicio, y al levantarse la careta me dejó frio y mudo de espanto. ¿Quién habrá dado á las mugeres el arte de fingir? El mismo que ha dado el canto á las sirenas y las alas á los vampiros.

Ya ves, amigo, que no dejo nada interesante en el mundo; ya ves que me despido de él sin derramar una sola lágrima; ya ves que me acerco á la muerte con la faz serena de Sócrates, con el estoicismo de Caton. Quisiera tener como este último, al sábio maestro de Aristóteles, para leer en sus discursos sobre la inmortalidad del alma; pero solo encuentro á la mano historias de pueblos y de principes, amores de reinas y de esclavas.

Si yo pudiera al despedirme de este mundo decir al menos con Petrarca:

«¡Felice sasso che 'l bel viso serra!

»Che poi ch'avrá ripreso il suo bel velo.

«Si fu beato chi la vide in terra

»Orehe fia dunque á rivederla in cielo.»

seria el mas feliz de los mortales.

Adios, amigo, el tiempo vuela y es in-

dispensable acabar; dentro de una hora no podrá repetirte que te quiere mucho

FERNANDO.

El poeta terminó esta carta sin derramar una sola lágrima; es muy diferente despedirse de un tierno amigo y de una madre. La dobló cuidadosamente, unió á ella las apuntes que habia cuidado de anotar, y la selló con lacre negro, como habia ejecutado con la otra.

Terminada esta operacion miró su reloj, y vió con cierta especie de placer que eran las ocho y algo mas. Tiró entonces de la campanilla, y Julian entró en el momento.

—¿Qué me mandaba V., señor?

—Abre los balcones, Julian, y apaga esa lámpara.

—Voy.

Julian abrió al punto las maderas, y Fernando vió en los cristales algunos carámbanos de nieve. El criado se acercó al bufete, cogió la lámpara, y se dispuso para salir del aposento.

—Julian, en dejando esa lámpara vuelve que necesito hablarte.

El criado salió, y al poco tiempo estuvo en la presencia del jóven. Fernando le miró unos instantes, como recordando para que

le habia mandado entrar de nuevo , y organizando sus ideas le preguntó:

—Dime, Julian, ¿tenemos pagada la casa?

—Hasta el último dia del mes.

—¿Te debo algun salario?

—No señor. Y aun tengo en mi poder dinero que pertenece á V.

—Me alegro.

Fernando bajó la cabeza , y meditó algun tiempo.

—Señor , le interrumpió Julian : ¿ está V. cansado de mí?

—No.

—¿Va V. á emprender algun viaje?

—Tampoco.

—Como me ha hecho V. unas preguntas...

—Unas preguntas muy sencillas. Mas hablemos ya de otra cosa. ¿Qué hora ha dado?

—Las ocho y media.

—A las nueve descansaré, dijo para sí , y añadió. Toma, Julian, estas dos cartas.

—¿Las llevo al correo?

—Todavía no. A las diez llevarás la mas gruesa á casa de mi amigo Enrique. Si te dicen que está durmiendo, haz que lo despierten, Julian, y no vuelvas sin entregársela. Cuando hayas entregado esta á Enrique pondrás en el correo la otra.

—Asi lo haré, señor.

—Julian, por ningun motivo ni razon dejes de hacer lo que te he dicho.

—Asi lo haré.

—Déjame solo.

Julian salió del aposento; Fernando se acercó á un armario, y sacó de él una caja negra que colocó sobre el bufete. Volvió á sentarse en su sillón, abrió la caja lentamente, y sacó de ella dos pistolas que habia comprado en su viaje. Las limpió cuidadosamente, tomó dos medidas de pólvora, y puso á cada una de ellas una bala introduciéndola á golpes de mazo, despues las puso fulminantes, y las dejó sobre el bufete.

Cargadas las armas fatales y sus negocios arreglados, solo le faltaba elegir el parage mas á propósito para consumar el suicidio; esta eleccion no era dudosa, y Fernando apoyó un cañon sobre su sien derecha; pero al ir á disparar sintió como una especie de disgusto, y separando la pistola dijo para sí;

—Despues de muerto vendrán á verme mis amigos, y muchos curiosos tambien; si me rompo el cráneo, mi semblante se quedará desfigurado, y apenas podrán reconocerme; ademas mi mal tiene su origen en el corazon, y es muy justo aplicar á él la medicina.

El cañon descansó de nuevo sobre el co-

razon del poeta; contó Fernando sus latidos para ver si se apresuraba con la cercanía de la muerte, y tuvo el gusto de encontrarlos acompasados y serenos. Su cabeza, que habia estado ardiente durante la noche, de improviso se puso fresca y despejada, vió con claridad los objetos, y brilló en su rostro tranquilo una ráfaga de alegría. Como estasiado con su gozo no osaba apresurar la muerte por el temor de hallarle término, y aquella desesperacion solemne y fria se acercaba mucho al placer.

En medio de este arrebatamiento recordó que no habia llenado una formalidad precisa; la declaracion de que nadie habia atentado á su existencia. Fernando dejó la pistola, tomó la pluma y escribió.

«La vida me era muy pesada, y por ello me doy la muerte; yo soy responsable ante Dios; ante los hombres no lo es nadie.»

FERNANDO.

---

## CAPITULO IV.

### El esclaustrado.

Dos campanillazos sonaron ; Julian abrió la ventanilla, y vió á un anciano respetable que le preguntó con voz dulce.

—¿Vive aquí don Fernando de Isara?

—Sí señor, respondió Julian.

—¿Se le puede hablar?

—A toda hora. Mi señor no se niega nunca; lo mismo recibe á un pordiosero que á un duque, y muestra mayor altivez con los poderosos que con los pobres miserables.

—¿Tiene V. la bondad de anunciarme?

—Es inútil. V. mismo se anunciará.

D. Julian precedió al buen anciano hasta

el aposento del poeta, empujó la puerta de pronto, y le hizo entrar.

—¡Por Dios del cielo! exclamó don Joaquin entrando, y una detonacion terrible se siguió á sus cortas palabras.

Habia terminado Fernando su último billete cuando entró el buen anciano en su aposento; tenia apoyada una pistola sobre su corazon, y al punto que oyó una voz movió su dedo, y el arma fatal estalló. Mas por un movimiento rápido habia logrado don Joaquin arrojar sobre la pistola, y soslayándola cuanto pudo pasó la bala raspando el pecho, y la pólvora quemó el frac y camisa de Fernando; pero estaba en salvo su vida.

Imposible seria explicar las sensaciones del poeta: veia burlada por una parte su única, su hermosa esperanza, y no sabia explicarse por otra, por que rara casualidad habia entrado alli aquel anciano en ocasion tan importuna. Procuraba reconocerlo, y aun tenia la seguridad de haberlo visto alguna vez; pero no le ayudaba su memoria, y eran sus esfuerzos inútiles. Despues de mirarlo muchas veces, con aquella mirada profunda que es un síntoma de delirio, le preguntó con voz breve y ronca.

—¿Quién es V.?

—Un esclaustrado.

- ¿Un esclaustrado?
- Sí, don Fernando. Un esclaustrado á quien ha hecho V. beneficios.
- ¿Yo beneficios?
- Sí señor. ¿Reconoce V. esta capa?
- Se parece á una que yo tuve.
- Y que dió V. á un esclaustrado.
- Puede ser.
- Pues ese esclaustrado soy yo.
- ¿Y me paga V. los beneficios con el mayor daño posible?
- ¿Yo con daño?
- Sí. ¿Quién desvió el cañon de aquesa pistola?
- ¿Está V. loco?
- No; estoy cuerdo, y mi razon serena y fria.
- ¿Un hombre en razon suicidarse!
- Ahí tiene V. la mejor prueba.
- ¿Atentar á su propia vida!
- Sacerdote, cuando nos persigue la desgracia, y cada dia nos manifiesta una faz mas torva y adusta, ¿no aconseja la razon morir?
- No.
- V. no ha padecido.
- Yo no he padecido, don Fernando. En una palabra, en una palabra está compendia- da mi historia. Soy un esclaustrado.
- Un esclaustrado.

—Esta palabra quiere decir que fui un hombre consagrado al culto de Dios y al servicio de los cristianos; que en la soledad de mi celda, en el coro y en el altar rogaba á Dios, leía y meditaba; que entre piadosos ejercicios veía pasar los años sin afanes, porque me daban un sayal para cubrir mi frágil cuerpo, una habitacion para recogerme, y el alimento necesario para sobrellevar la vida. Asi la pasé, don Fernando, por espacio de cuarenta y seis años, y asi hubiera debido acabarla, si los altos juicios de Dios no hubieran dispuesto otra cosa. Mandó el gobierno que dejase mi pobre y apartado albergue, y obedecí sin murmurar. Dijo que me daría cinco reales para el necesario alimento; los esperé, no me los dieron, y tuve que pedir limosna. La caridad de los españoles fué mi tesoro, don Fernando, y el de mil y mil sacerdotes; pero la riqueza disminuye, y muchos de los que nos daban estan en el caso de pedir. He pasado los dias enteros en ayunas, y muchas noches he cenado con las limosnas que V. daba al religioso pordiosero. ¿Le parece á V., don Fernando, si habré padecido?

—Sacerdote, todos esos padecimientos son grandes; pero á cierta edad las pasiones estan calladas, estan frias y no luchan en el corazon. ¿Tienen comparacion, anciano, los

mayores dolores físicos con los sufrimientos morales? ¿Puede compararse la pérdida de las riquezas, de los honores con la pérdida de una ilusión, con la pérdida de la esperanza?

—¿Y qué cristiano no la tiene?

—Yo.

—¡Don Fernando!

—Yo no la tengo. He sido niño, sacerdote, y tuve místicos ensueños: mi madre, mi querida madre fué el objeto de mis amores, y para seguir mis estudios tuve que llorar lejos de ella. Crecí, y en juveniles años sentí ese amor casi tan puro como el que á las madres tenemos; ese dulce amor que nos une con fragantes lazos de flores: pues bien ví las flores marchitas, y rotos de espinas los lazos. ¡Cuánto dolor sentí al principio! después se calmó mi dolor, y abrumado por continuo hastío quise disiparlo en la orgía, y me entregué al vicio sin placer. He visto su faz asquerosa, bajo cien distintos aspectos, sin lograr siquiera codiciarlo, sin entretenerme un instante. En medio de tanto cinismo volví al amor de mis tiernos años con todo su santo embeleso, con toda su sin par poesía. Amé, como los querubines, con entusiasmo y con respeto; me juzgué amado, religioso; pero la venda se rompió, y con ella quedaron rotas mis mas queridas esperanzas.

:

—¿Y la esperanza en Dios?

—En Dios. ¡Oh! veo medrar sobre la tierra al crimen y escarnecida la virtud. Si la Providencia dirige los destinos de los mortales, y el criminal alza la frente sobre la cabeza del justo, ¿tendre yo fé en la Providencia?

—¡Blasfemo!

—Tendrá V. necesidad, anciano, de algunos socorros. Julian, da un duro á este buen sacerdote.

Julian llevó la mano á su bolsillo para ejecutar el mandato, pero el sacerdote le detuvo, y dijo al poeta.

—Don Fernando, no vengo á pedir á V. limosna, ni conseguirá de aquí alejarme, mientras vea brillar en sus ojos esa resolución funesta que á su perdicion le conduce. Por mi edad puedo ser su abuelo, y por mi dignidad de sacerdote puedo hablarle en nombre de Dios. Como sacerdote y como anciano, en nombre de Dios y de sus padres le prohibo que atente á su vida, y en nombre del honor mundano le recuerdo que el que se suicida lo hace por falta de valor.

—¿Por falta de valor?

—Sí, caballero. Se necesita menos valor para darse una pronta muerte, que para hacer frente á la desgracia. Cualquier loco se precipita; no todos los cuerdos resisten la des-

gracia con faz serena. No conozco por mí el amor: el sayal que vestí desde niño me puso á cubierto de sus tiros; pero en el tribunal de la penitencia he visto muchos corazones volcanizados por el amor, y debo confesar, don Fernando, que los mas han sido de mugeres. ¡Cuánta ternura, cuánto amor he visto en ellas, hijo mio! ¡qué puros, qué hermosos algunos! He oido decir á una muger: «Padre, lo inmenso de mi amor me espanta; conozco que peco, que es un crimen; pero no me siento con fuerzas para renunciar á mi amor.» Y los ojos de esta mujer derramaban llanto á raudales, y sus inflamados suspiros quemaban la piel de mi rostro. Tambien me han dicho algunas mugeres: «Padre, amo á un hombre locamente; me deja por otra muger, pero yo no puedo olvidarle.» Me han contado algunas sus historias en confesiones generales, y me han dicho: «Un hombre á quien amaba me hizo dar los primeros pasos en la senda del deshonor; por él he sufrido privaciones, afa-nes, desprecios, la infamia; y á pesar de todo, padre mio, jamás maldigo su memoria.»

—¿Es eso verdad?

—Sí, don Fernando. Es cierto que el vicio se eleva sobre la virtud escarnecida, pero el imperio del vicio es corto, y el de la virtud dura siempre. Aun cuando no tuviera el vicio

que sufrir castigos eternos, y la virtud eternos goces, todos aman á la segunda, y aborrecen todos al primero. Los mismos criminales respetan la virtud de que están tan lejos, y aborrecen los criminales aun los vicios que los subyugan. La fé en Dios es un gran consuelo, y con ella siempre hay esperanza.

—Padre, padre, dijo Fernando con los ojos turbios de lágrimas: las palabras de V. son tan dulces como las de una madre cariñosa, y Dios mismo habla por sus labios. En este instante tengo fé, y siento renacer la esperanza; perdóneme V., padre mio, para que Dios tambien me perdone; bendígame V. en la tierra para que el Supremo Hacedor me bendiga tambien desde el cielo.

Fernando se hincó de rodillas con el rostro bañado en lágrimas, Julian le imitó dando suspiros, y el sacerdote alzó su mano y bendijo al jóven poeta en nombre de la trinidad, símbolo de tan gran misterio.

Cuando se levantó Fernando estaban sus mejillas blancas como la nieve de las sierras, y sus ojos habian perdido aquel brillo fascinador: algunas lágrimas pendian de sus larguísimas pestañas, y estaban sin luz sus pupilas, pero dulces y resignadas.

Se dejó caer en su sillón, apoyó sus codos en la mesa, sostuvo la frente entre las manos,

y se entregó á meditaciones dulces y amargas á la vez, como el cáliz de algunas flores, que presta miel y presta acibar. Cuando levantó la cabeza miró fijamente al sacerdote, y le dijo con voz solemne:

—Padre mio, si yo tuviera una corona la pondria á los pies del que me ha hecho tan inestimable favor: V. ha salvado mi alma y ha dulcificado mis heridas. Dios se lo premiará en el cielo. Julian, entrega cuanto tengas á este sacerdote...

—¡Don Fernando!

—Será muy poca cantidad; pero es todo lo que poseo.

—Ya he dicho una vez, don Fernando, que no vengo á pedir limosna, y aqui tiene V. una prueba.

El anciano sacó el bolsillo que habia dado Fernando á Julia, y lo puso sobre el bufete. Fernando fijó en él la vista, y no acababa de persuadirse por que causa estaria su bolsillo en manos de aquel sacerdote, y hasta dudaba si era el mismo que á la pordiosera habia entregado. El anciano conoció bien toda la lucha del poeta, y se apresuró á terminarla.

—Don Fernando, dijo con voz dulce, anoche dió V. ese bolsillo á una pobre jóven, y es mucha cantidad, señor, para una limosna improvisada. El desórden en que V. venia, la

agitacion de su cerebro y la resolucion terrible que habia V. tomado sin duda , no le permitieron calcular toda la estension de un sacrificio superior á sus facultades; la pordiosera tomó el bolsillo sin saber lo que contenia; mas despues de haberle examinado , conoció que no debia apropiarse una suma considerable, y se apresura á devolverla.

—¿Y su madre que estaba enferma y desfallecida de hambre?

—Su madre queda socorrida. Julia conoció, don Fernando, su generosidad de V. , y no temió tomar tres duros de lo que V. la habia entregado : con ellos comerá ocho dias una familia desgraciada.

Cuanto mas hablaba el sacerdote mas confuso estaba el poeta; y Julian, que mudo testigo habia presenciado la escena, mostraba su enternecimiento con copia abundante de lágrimas. Apenas comprendia Fernando la estremada delicadeza de una muchacha que habia conocido entre mugeres disolutas, y le admiraba el desprendimiento de una familia miserable. Esta conducta generosa le reconciliaba en cierto modo con la humanidad corrompida, y conocia que la virtud está en la tierra, y que habita en el hogar de la indigencia, y alguna vez próxima al vicio. Esta idea fué para Fernando mas consoladora mil

veces que las palabras del sacerdote, y su corazón se dilató como si le quitaran un peso. Reflexionó por un momento, y cojiendo el bolsillo de la mesa, dijo al sacerdote:

—Padre mio, no soy rico verdaderamente, pero puedo vivir desprendiéndome de esta pequeña cantidad. Unos cuantos meses de economía y unas horas mas de trabajo restablecerán mis negocios; y si Dios no aparta de mí la gracia que en este momento liberalmente me concede, disfrutaré una medianía, y tendré la mayor riqueza, una verdadera paz de alma.

—Dios es todo misericordia, y da su gracia á quien la pide con un corazón bien dispuesto. Tenga V. su esperanza en Dios, y él le dará calma.

—Así lo espero. ¿Quiere V. decirme, padre mio, la situación de la pobre Julia y de su enferma madre?

—Señor, habitan una estrecha buhardilla, que apenas las resguarda del viento, de las lluvias y de las nieves; se acuestan en un mismo lecho, compuesto de un jergon, sin sábanas, y con una manta raída por todo abrigo, y se mantienen con las limosnas que de noche recoge mi pobre sobrina.

—¿Julia es su sobrina de V?

—Sí, don Fernando: yo soy el hermano de

su madre, y parto con ellas la miseria. Las limosnas que V. me ha hecho, las han disfrutado como yo; y Julia bendecía en silencio á su bienhechor desconocido.

—¿Y en una situación tan triste han rechazado este poco oro que podía haberla mejorado por algunos meses?

—Sí, señor.

—¡Mucha virtud encierra esa familia!

—¡Temen á Dios!

—Tome V., anciano. Este dinero no es ya mio, y yo no puedo recibirlo. Dios me ha recompensado largamente mi limosna, y V. me ha salvado la vida. Tome V., anciano, este bolsillo, y désele á Julia de mi parte.

—Es imposible, don Fernando.

—¿Es imposible?

—Sí, imposible.

—¿Por qué razón?

—Debo callarla.

—¡Sacerdote!

—Permítame V., don Fernando, que no abuse, como pudiera, de un corazón tan generoso.

—Mire V., anciano, mire V. Mi aposento está bien cerrado con puertas, mamparas y cristales: una chimenea lo calienta, y cómodos muebles lo adornan. Mi lecho tiene dos colchones, dobles mantas y cogalduras. Julian

me dará de comer por espacio de algunos dias, y yo tengo un tesoro en mi frente que producirá en lo sucesivo. Ya ve V. que no tengo apuros, que me sobran comodidades, que puedo vivir sin ese oro. Lléveselo, V. sacerdote, y ruegue á Dios que me de paz.

—No puede llevármelo.

—Pero, anciano, ¿no convencen á V. mis razones?

—Sí, me convencen, don Fernando; pero ademas de los apuros que sufrirá V. por nuestra causa, hay otra razon poderosa.

—¿Cuál es, religioso, cuál es?

—Permitame V. que la calle.

—Es preciso que yo lo sepa.

—¿Cómo ha conocido V. á Julia?

Basta, sacerdote, basta, basta. Siento que mi sangre se enciende, y los colores de mi rostro están publicando mi vergüenza. ¿Cuándo he dado yo á V. motivo para que me juzgue capaz de cometer tan grande infamia? Mi conducta, desde que nací, contradice tan vil sospecha: y si no fuera V. un anciano, si no fuera V. un sacerdote, lavaria con sangre el borron que ha querido estampar en mi frente.

—Perdon, don Fernando.

—Mis palabras, anciano sacerdote, mis palabras la llevaron á la virtud.

—Perdon, don Fernando, perdon.

—Es muy triste que hasta en las acciones, á primera vista sublimes, se descubra un fondo de interés y una engañosa hipocresía.

—No, don Fernando, no es verdad. En la imaginacion de Julia no ha tenido lugar la idea que á mil repetidas instancias tuve la osadía de indicar. En la accion de Julia la mendiga no ha habido fondo de interés. El sacerdote que contempla con espanto todo peligro que amenaza á su Magdalena, no ha pensado en otro interés que en apartarla del pecado, y en presentarla á Dios, sino pura, arrepentida por lo menos. El sacerdote no ha tenido otro interés que el de la virtud. Por lo demas si osó mi labio proferir alguna palabra con que haya podido ofenderle, yo daré gustoso mi sangre para borrarla, don Fernando; pues no quiero ofender al prójimo, porque mi Dios me lo prohíbe, y no quiero ofender á V. porque sé mostrar gratitud.

Fernando escuchó al sacerdote, y á medida que las palabras del anciano iban penetrando en su oído, se iba serenando su rostro. Cuando el sacerdote acabó, le cojió la mano el poeta y le dijo:

—Soy jóven, padre, y no puedo contener mis ímpetus: pido á V. perdon por mis palabras. Mas si no ha sido su idea ofenderme, aceptará V. el bolsillo

—Señor.

—No admito réplicas , padre mio.

—Lo acepto.

—Y el mismo dia del mes de enero nos veremos tambien.

—Lo prometo , señor don Fernando.

El religioso y el poeta se despidieron cordialmente.

En crónicas escandinavas.

El estandarte se marchó, y Fernando  
 mucho más trágica en la vida con  
 tristes, pero se decidió a vivir. El lastiman-  
 to que había hecho quedaba inútil por lo tan-  
 to: pidió las cartas a Julian, y pidiéndole una  
 carta redujo á cenizas sin leerla la que había  
 dirigido á Enrique. Tomó después la de su  
 madre, la abrió con extraño empuje, y des-  
 pues de haber considerado cuántas heridas  
 habrían hecho aquellas punzantes palabras en  
 el corazón de una madre, la quemó tambien  
 con mano trémula, así como el corto billete  
 en que contaba el suicidio.  
 Destruídas las pruebas de un crimen que

CAPITULO V.



La crónica escandalosa.

El esclaustrado se marchó, y Fernando mucho mas tranquilo pensó en la vida con tristeza, pero se decidió á vivir. El testamento que habia hecho quedaba inútil por lo tanto: pidió las cartas á Julian, y pidiéndole una bugía redujo á cenizas sin leerla la que habia dirigido á Enrique. Tomó despues la de su madre, la abrió con estraña emocion, y despues de haber considerado cuántas heridas habrian hecho aquellas punzantes palabras en el corazon de una madre, la quemó tambien con mano trémula, asi como el corto billete en que confesaba el suicidio.

Destruidas las pruebas de un crimen que

castiga la sociedad con la pena que el individuo iba á imponerse por su mano ; lógica extraña á la verdad que á nombre de la ley se diga : «Tú que has querido morir muere» cogió Fernando sus manuscritos , y tomó los primeros pliegos de una novela que habia empezado meses antes , y no habia continuado á causa de su momentáneo desarreglo. Leyó los últimos renglones , y tomando la pluma con afán , siguió el trabajo comenzado con inspiración y prontitud.

Julian permanecía de pie , y contemplaba con asombro el cambio del jóven poeta , cuyas pasiones eran olas que airado huracan embravece y que se amansan con la brisa. Cojió el solícito criado las pistolas que permanecian arrojadas sobre el bufete sin que lo notase Fernando , y las colocó en el armario ; despues volvió á ocupar su puesto á espaldas de su jóven amo.

Fernando no alzó la cabeza por el espacio de dos horas , y su pluma trazaba letras con celeridad estremada. La irritación que habia dado fuerzas á su imaginación delirante no estaba estinguida del todo , y al dar nuevo rumbo al pensamiento lo arrastraba como el vapor arrastra á los mas pesados fagones por medio del ferro-carril. Los colores de su paleta eran estremedamente vivos ; pero sólo podia retra-

tar á grandes rasgos de pincel. Dando una expresion á las figuras tan enérgica y apasionada como el célebre Miguel Angel, descuidaba los pormenores, y quizás nunca sus manuscritos necesitaron de mas lima.

Despues de una noche de vigilia suele funcionar el cerebro por un exceso de calor; pero la combustion parada se encuentra débil é infecunda. A las dos horas de trabajo estaba rendido el poeta, y suprimia mas de una sílaba en las palabras que escribia. Abrumado por el cansancio, tiró la pluma en el tintero, y se oprimió con ambas manos su calenturienta cabeza. Julian seguia con atencion todos los movimientos del jóven, y como no queria darle tiempo para que de nuevo se entregase á meditaciones amargas, le tocó en el hombro suavemente, y le dijo:

—Ya es hora, señor, de que tome V. el desayuno.

Fernando levantó la cabeza, miró á Julian enternecido: y le dijo.

—Me siento malo.

—Pero algo debe V. tomar.

—Tengo fiebre.

—Un caldo, señor.

—Haz que me dispongan un caldo.

—Tambien es preciso, señor, que se quite V. esa ropa.

—¿Qué tiene esta ropa, Julian?

—El frac, el chaleco y la camisa están quemados.

—Sí, Julian; pero quedó salvo el corazón.

—¡Señor!

—No te alarmes por mis palabras; hace tres horas tenía fuerzas para consumir el sacrificio, ahora estoy débil, estoy enfermo; entonces ansiaba suicidarme, ahora no sentiría morir.

—¿Pero no se quita V. esa ropa?

—Sí; voy á meterme ya en el lecho.

Fernando dejó su sillón, pudiendo apenas sostenerse, y se acostó como lo había dicho á Julian. Cuando volvió éste con el caldo, la calentura del enfermo era violenta, y las arterias de sus sienes con trabajo podían contener la mucha sangre que las hinchaba. Después de haber tomado el alimento empezó á delirar el poeta; pero al poco rato de delirio se durmió, no con el dulce sueño que pronto repara las fuerzas, sino con el sopor letárgico que entorpece, que debilita.

Cuando el enfermo despertó, Julian estaba junto al lecho, y la misma lámpara de bronce que alumbraba la noche antes ardía sobre un velador de caoba. La primera palabra de Fernando fué pedir un vaso de agua, y el criado que, con tierno afecto previa cuanto

interesaba á su señor, le entró un vaso de agua de naranja que habia dispuesto de antemano. El poeta lo bebió con ansia, y fijando sus ojos en la luz, preguntó á Julian.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la noche, Señor.

—Entonces he dormido.....

—Seis horas. ¿Está V. mejor?

—Sí, Julian. No me pesa tanto la cabeza.

—Pero siempre será conveniente que busque al médico.

—No, amigo mio. La indisposicion pasará sin necesidad de que el médico tenga que ver nada conmigo.

—¿Pero y si se agrava?

—En ese caso le llamarás.

—Seria mejor.....

—Me duele bastante la cabeza, y el hablar me hace mucho daño.

—Callaré, señor, callaré.

—¿Han venido á buscarme?

—Sí señor.

—¿Y quién?

—Los repartidores de periódicos, el cartero y algunos otros que venian por el aguinaldo.

—¿Los has despachado?

—Sí señor; todos han llevado sus propinas.

—¿Y no ha venido nadie mas?

—El anciano de esta mañana,

- ¿Qué quería el anciano?  
 —Solamente saber si V. estaba mejor.  
 —Dale las gracias de mi parte.  
 —Tambien ha venido un lacayo.  
 —¿De parte de quién?  
 —De la marquesa de Bella Flor.  
 —¿Y qué te ha dicho?  
 —Que su señora lo enviaba para que tuviese V. la bondad de acompañarla hoy á comer. Yo le contesté que era imposible por hallarse V. muy enfermo.

—La marquesa se acuerda de mi; es muy amable la marquesa; pero comer en su casa nunca. Allí comerá tambien Céspedes: allí comerá Luisa. ¡Oh rabia! Si, quiero asistir á la comida, quiero turbarles el contento; quiero escribir con mano trémula; *deshonra, muerte*; y que sea mi mano la mano que vió el poderoso Baltasar. Dame mi ropa, Julian, mi ropa.

—Otra vez le ha vuelto el delirio. Es muy tarde, señor, es muy tarde.

—¿Qué hora es, Julian?

—Las nueve y media.

—Tienes razon, tienes razon: se habrá terminado el banquete.

Fernando se volvió hácia la pared: suspiró repetidas veces, lanzando entre cortados ayes, y volvió á sumirse en el sopor que le

aletargó toda la tarde. Julian veló á la cabecera, cuidando el dar al enfermo algunas pociones calmantes, y á favor de ellas el poeta se despertó mas aliviado.

A la viva luz de la lámpara habia sucedido la luz opaca que por las persianas penetra; pero Julian, firme en su puesto, no habia abandonado á su señor un solo segundo siquiera. Fernando lo vió al despertarse pálido por las malas noches, y le dijo con blando acento.

—Tú estas pagando, amigo mio, una parte de mis locuras, y mientras descanso tú velas.

—No piense V. en mí, señor, y procure ponerse bueno: ¿cómo se siente V.?

—Mejor; y estoy dispuesto á levantarme.

—Si quiere V. pagarme el cariño que durante veinte y seis años le he profesado como á un hijo, no se levantará V. hoy.

—¿Por qué, Julian?

—Porque la fiebre no se ha quitado todavía, y necesita V. quietud. Además, ¿qué hará V. despues de levantado?

—Escribir.

—Nó es mala ocurrencia. Si no hubiera V. ayer escrito, estaria mejor.

—Puede ser; pero si no escribo, Julian, ¿con qué satisfaré mis deudas, y atenderé á una obligacion que me he impuesto y es muy sagrada?

—Si yo fuera rico.

—Pero eres mas pobre que yo.

—Ya lo creo. En hacienda allá nos andamos; pero V. tiene gran talento y yo soy tonto rematado. V. gana para que yo coma; porque sin el trabajo de V., yo tendria que ir á San Bernardino; pues á un hombre de cierta edad no le salen muchas proporciones, ni lo solicitan muchos amos.

—No hablemos mas de eso, Julian.

—No hablaremos mas; pero V. se estará en la cama todo el dia.

—Con una condicion convengo.

—¿Y cuál es esa condicion?

—Que te has de acostar al instante.

—Déjeme V., señor, que vele. Los viejos dormimos muy poco, y yo he dormido algunos ratos en este sillón.

—Si no te acuestas, retiro, Julian, mi palabra.

—¿Pero, y si necesita V. alguna cosa?

—En ese caso tiraré de la campanilla, y me la traerá la criada.

—¿Quién sirve á V. hace seis años?

—Tú, Julian.

—Pues á nadie cedo los derechos que tengo adquiridos tiempo hace.

—¿A quién obedeces hace seis años?

—A V.

—Pues á nadie cedo los derechos que tengo adquiridos tiempo hace.

—Pero, señor...

Voy á proponerte una transaccion ventajosa. Acuéstate en aquel sofá, y si necesito alguna cosa, tendré cuidado de llamarte.

Julian no tuvo mas remedio que encaminarse hácia el sofá, pero con el firme propósito de no dormir un solo instante. A pesar de sus buenos deseos, y de haberse acostado mal, á los diez minutos dormia, y á los quince minutos roncaba como los cañones de un órgano. Fernando le envidiaba un sueño, segun la apariencia, tranquilo, y se acordaba de los suyos interrumpidos y agitados.

En tanto que Julian dormia, escuchaba Fernando una voz que le gritaba: «*piensa, piensa,*» y tomaba incremento su fiebre, porque no podia trabajar, y una necesidad imperiosa le recordaba que lo hiciese.

Quince dias estuvo el poeta sin poder salir de su casa: sufría algunas horas de fiebre, generalmente producidas por su aplicacion al trabajo; y cuando dejaba la pluma, se le aumentaba de ordinario por la vivísima impaciencia de no poder trabajar mas.

La mayor parte de sus amigos lo echaban menos en los teatros, en los cafés y en los paseos; pero se contentaban con decir: Fernan-

do estará de viaje, ó tendrá algunos amercillos que le ocupen las horas muertas. Un solo hombre preguntaba por el poeta diariamente; este hombre era el esclaustrado que le habia salvado la vida.

Se repite cien y cien veces: «qué hermoso es vivir en Madrid: en las capitales de provincia se fiscaliza la conducta de toda persona notable, y para mover un pié es preciso llevar la cara vuelta atrás: pero aqui en la córte se vive con absoluta independenciam, y nadie se cuida de nadie.» Esta independenciam aparente es muy buena cuando gozamos; pero en las penas nos abruma; porque entre millares de hombres nos hablamos solos aislados. En las provincias hay amistades, en la córte conocimientos: puede contar uno en las primeras con el favor de sus amigos para conservar en la segunda los superficiales conocimientos; es preciso no pedir favores por ningun motivo, en ningun caso.

Se fué mejorando el poeta; porque á veinte y seis años es difícil morir de dolor solamente; y empezó á frecuentar, como antes, los parajes en que solia encontrarse con sus amigos. Llovieron sobre él las preguntas; di, ¿qué perdido estás? ¿tienes amores? ¿has estado fuera? A las que respondia Fernando:

—He pasado en cama quince dias.

—¿Qué has tenido?

—Calenturas nerviosas.

—Te se conocen. Estás muy pálido. He sentido mucho no saberlo. ¿Quieres alguna cosa?

Gracias, gracias.

La primera noche que Fernando asistió al teatro, sus amigos le llevaron, cual de costumbre, á un cafetin ó mas bien taberna, á juzgar por lo mal parado que en adorno y servicio se hallaba. Muchos jóvenes sin ejercicio, y enteramente dedicados á averiguar vidas ajenas, estaban formando un gran circo, para escuchar bien lo que llamaban lances de crónica escandalosa. El poeta los conocia á todos, pero no juzgó conveniente tomar parte en la discusión y se sentó fuera del circo.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó un joven con ojos vivos y redondos y una risita impertinente.

—Algo puedo contar de nuevo, respondió un solteron buen mozo; y á fé que el cuento tiene lance.

Crónica, crónica, gritaron á la vez diez ó doce, y todos pusieron atención.

—Es el caso, señores míos, que una muger incorruptible, hermosa, rica, joven y casada, va de doce á dos de la mañana á una casa deshabitada en la que la espera un galan.

—Los nombres, los nombres.

—Poco, á poco: es asunto muy delicado, y no puedo decir los nombres.

—El de ella, al menos, el de ella: el hombre tiene que perder.

—Es en valde que Vds. insten.

—Entonces no haber dicho nada.

—Daré algunas esplicaciones. El marido de la señora es un banquero.

—Muchos hay.

—Paciencia, señores, paciencia. Es un banquero amigo mio y de muchos de Vds. tambien.

Fernando se mordió los labios, y acercó un poco mas la silla: el buen mozo continuó.

—La señora se hace notar por su refinada elegancia, por sus preciosos carruajes y por su esquizvez.

—¿Margarita?

—No es Margarita.

—¿Mariana A..?

—¿No es Mariana A..?

—¿Josefina A..?

—Tampoco es esa.

—Para qué escamarse, señores, dijo el de los ojos redondos: si nuestro amigo se reserva, yo diré á Vds. lo bastante para que no tengan que dudar.

—Puede V. decir lo que guste.

—Dilo, dilo, gritaron todos.

Fernando se puso de pié; apoyó sus manos en la silla del interlocutor, y en sus ojos algo apagados brilló una llama de repente.

El jóven de la eterna sonrisa prosiguió.

—Supuesto que Vds. desean conocer á fondo esta intriga, voy á referirla por menor. La casita deshabitada está en la calle de la B...  
¿No es verdad? señor reservado.

—Verdad.

—¿Tiene el número diez?

—Es cierto.

—¿Y sabes al cuarto segundo?

—Justamente.

—¿La señora se llama Luisa?

—No puedo asegurarlo.

—Señores, está cumplida mi palabra.

—¿Pero Luisa de qué?

—Eso es mucho.

—Que diga el nombre del marido.

—Señores.....

—No hay remedio.

—Voy á decirlo. El marido es Pedro de Vargas.

—Famosa aventura: ¡vive Dios! exclamaron todos aun tiempo.

Fernando que habia padecido todos los tormentos imaginables y que habia mudado de color varias veces, dió una palmada sobre el hombro del que habia contado la aventura y le dijo:

—Exijo de V., ya que ha estado tan complaciente en referirnos esa historia, que lleve su amabilidad hasta el extremo de decirme quién es el dichoso mortal que ha conseguido los favores de una muger tan seductora.

—Siento no poder complacerle.

—¿Por qué?

—Porque está permitido nombrar á la muger, pero no hacer lo mismo con el hombre.

—Quebrante V. la regla ahora.

—Quebrántala, gritaron todos.

—Siendo la votacion unánime voy a quebrantarla. El caballero que entra en la casa número diez es todo un ministro, señores: es D. Blas de Céspedes en persona.

Todos aplaudieron, y Fernando lanzó una grande carcajada.

—¿De qué se rie V? preguntó el jóven de la impertinente sonrisa.

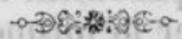
—Me rio del descaro indecible que tiene V. para mentir.

—Caballero.

—Ese mentir nos ofende á los dos, añadió el buen mozo irritado.

Fernando sacó su cartera, tomó dos tarjetas, escribió las señas de su casa, y despues de haberlas entregado á los dos jóvenes ofendidos, se salió del café con calma.

CAPITULO XVII.



El veinte y cinco de enero.

A las once de la mañana del dia veinte y cinco de enero estaban en su pobre buhardilla la mendiga Julia y su madre: pero el aposento y las mugeres, á pesar de ser las que vimos en la velada de Nochebuena, habian variado notablemente en el corto espacio de un mes. El lecho tenia una buena manta, dos sábanas blancas y limpias, una buena almohada con funda de percal, y un jergon bastante relleno: la mesa no necesitaba el arri-mo de algun pilar para sostenerse, las sillas tenian cuatro pies, y se habia aumentado algun tanto el pobre menaje de cocina. La

ventana estaba cerrada por un postigo de cristales, y ardia un brasero bien provisto, y muy apetitoso en verdad para un frio bajo de cero.

Calentándose á esta buena lumbre estaban dos mugeres vestidas con dos vestidos de percal, y envueltas en dos pañolones, que si no á proposito para lujo, eran de un valor inestimable para resguardarse del frio. La enferma habia cobrado fuerzas, merced á los sanos alimentos que habia tomado algunos dias; y Julia estaba menos pálida, mas animada y mas nutrida.

—Tiene mucha razon mi hermano, dijo Teodora sonriendo; Dios acude á las necesidades, y asi como alimenta á los gusanos, cuida de proporcionar algun sustento al pobre que lo necesita.

—Mi tio es un santo, añadió Julia, y cuanto dice es la verdad. Dios que nos ha dado la vida, vela sin descanso sobre ella; Dios es el padre universal, y nos mira á todos como hijos. Cuando oigo decir á mi tio. «La bienaventuranza en la tierra consiste en tener una fé viva:» madre mia, yo siento elevarse mi alma, y tengo unos sueños tan hermosos, como la luz del sol naciente.

—Tambien tú dices la verdad. La noche buena, Julia mia, dudaba yo de esa bon-

dad con que Dios mira á sus criaturas: doliente, hambrienta y sin abrigo murmuraba de la Providencia que entre tanto se estaba ocupando de mí.

—Yo estaba cubierta de nieve: no habia comido en todo el dia, y la fiebre me devoraba: con todo, madre, tuve fé, y se realizó mi esperanza.

—Cuánto he rogado á Dios, hija mia, por la salud de D. Fernando. Cuando supe que estaba enfermo, sentí una congoja mortal, y hasta que me ha dicho mi hermano que está restablecido, no he tenido instante de sosiego. ¿Rogabas tú mucho á Dios por él?

—Mucho rogaba, madre mia.

Julia pronunció estas palabras con un acento apasionado, y se limpió dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Sentía la jóven oprimirse su corazon puro y sencillo, y la sangre que de él subia sobrecargaba su cerebro.

—Julia, prosiguió diciendo Teodora, ¿qué dinero nos queda aun del que dió á tu tío don Fernando?

—Cuatrocientos reales, madre mia.

—Mucho hemos gastado en un mes.

—La compostura de los muebles, el alquiler de la buhardilla, y algunas compras indispensables, nos han hecho gastar

en un mes cantidad bastante para cuatro.

—Es preciso que observemos, Julia, una extraordinaria economía. Veinte duros se gastan muy pronto, y en acabándose el último real sufriremos hambres, Julia, y frios. —

—Este dinero ha de acabarse, y yo tengo un proyecto.

—¿Cuál es?

—Meterme á servir, madre mia.

—¿Tú á servir, Julia?

—Y qué remedio.

—Tu constitucion delicada.

—Procuraré entrar de doncella.

—¿Y si no encuentras?

—De cualquier cosa. Podré morirme, madre mia; pero el matarse trabajando no es un verdadero suicidio, y con él no se ofende á Dios.

—¿Qué quieres hacer, pobre Julia?

—Hoy pongo en planta mi proyecto.

—Consúltalo antes con mi hermano.

—Lo consultaré, madre mia; y estoy segura, muy segura que tendrá mi misma opinion. Yo daré á V. todo mi salario, y separaré de mi comida la mitad, para entregársela á V. tambien.

—Dios quiera que ese pensamiento sea para tu bien, amada Julia.

—Sí lo será, sí lo será; porque yo no quie-

ro, madre mia, pedir por mas tiempo limosna. No temo pedirla por orgullo; pero escucho una y muchas veces palabras que sacan al rostro los matices de la vergüenza.

—¡Ay Julia! tambien esas palabras te perseguirán cuando sirvas, y si hay jóvenes en la casa te acecharán continuamente y tratarán de seducirte.

Julia se quedó pensativa, y un tropel de tristes ideas fueron cruzando por su mente, como las nubes que se apiñan para formar la tempestad. Su madre prosiguió diciendo.

—Mucho tarda, Julia, tu tio.

—Hoy es veinte y cinco de enero y habrá ido á ver á D. Fernando.

—Tienes razon; le citó el primer dia de pascua para el veinte y cinco de enero, y hoy se cumple el plazo prescrito. ¿Qué tendrá que decirle, Julia? ¿No calculas tú con qué idea lo habrá citado?

—Madre mia, no puedo adivinar el pensamiento del poeta; pero será noble sin duda.

—Estoy en extremo impaciente porque vuelva Joaquin.

—Yo madre tengo muchísima fé en Dios.

Julia volvió á guardar silencio, y al poco tiempo exclamó con júbilo.

—Buena noticia, buena, buena.

—¿Qué dices, muchacha?

—¿No vé V?..

—¿Qué quieres que vea?

—Un abezorro.

—¿En dónde está?

—Mirele V.

—Ya lo veo, Julia, ya lo veo.

—Da vueltas á mi alrededor, y zumba mucho, madre mia.

—¿Y si trajese malas nuevas?

—Si fuera negro las traeria, pero es por fortuna pintado.

—¿De quién esperas, hija mia, que traiga nuevas agradables?

—De nuestro bienhechor quizás.

La aparicion del pequeño insecto trastornó los planes de Julia, y se olvidó completamente de sus anteriores propósitos. Si preguntamos á los hombres por qué siguen los desengaños á las mas dulces esperanzas, se esforzarán en dar razones de mayor ó menor valía; pero no recordarán acaso, que fundando la felicidad en frágiles cimientos de arena, es muy natural se derrumbe al primer huracan que brame. Julia habia fundado la suya en los matices de un insecto: ¿pasará como el vuelo de este? El árbitro de los destinos nos puede contestar; otro no.

Apenas habian interrumpido su conver-

sacion madre é hija, cuando llamaron á la puerta con golpes un poco mas fuertes que los que generalmente daba el respetable sacerdote. En la monotonía de la vida que llevaban estas tres personas, el incidente mas lijero les causaba grande impresion, y la visita de un extraño era un grave acontecimiento. Julia se estremeció al oírlos, pero Teodora, mas tranquila, preguntó con voz firme.

—¿Quién es?

—Abre: contestó el sacerdote.

Al escuchar la voz de su tío se desvaneció la inquietud que habia experimentado Julia; y pronta, como una saeta, descorrió el pequeño cerrojo que á la frágil puerta aseguraba.

—Pase V., pase V., señor, oyó decir al esclaustrado; y en el momento vió á Fernando que atravesaba el pobre umbral.

Julia dió un grito al contemplarlo, y se quedó pálida y muda como la estatua de un sepulcro. Teodora volvió la cabeza, y fijó sus ojos en un jóven alto, delgado, con cabellos largos y negros, con ojos dulces y rasgados, con maneras sueltas y elegantes, y una serenidad en el rostro aumentada por la palidez que en aquel momento le cubria.

Teodora miraba á todas partes, como buscando quien le esplicase aquella aparicion es-

traña ; pero solo encontraba en Julia la confusa mezcla del placer , del reconocimiento y la vergüenza , y en la mirada de Fernando la tranquilidad mas perfecta y un vislumbre de compasion.

Para fortuna de Teodora , que se devanaba los sesos y no comprendia una palabra de aquella escena muda y solemne , entró el sacerdote en la buhardilla , y cogiendo al jóven de la mano , lo condujo al lado de Teodora , y dijo á la enferma.

—Hermana mia, este caballero que te presento es D. Fernando.

—¡D. Fernando ! exclamó Teodora admirada ; y cogiendo la mano del jóven , que le presentó el esclaustrado , la besó repetidas veces y se deslizó de rodillas ante Fernando enternecido.

—Por Dios , señora , dijo el jóven esforzándose á levantarla ; que deje V. esa postura.

—D. Fernando , toda mi familia debe estar como estoy yo.

—Si , hermana mia , dijo el sacerdote arrojándose : todos debemos prosternarnos ante nuestro ángel tutelar. Si tú supieras.....

—D. Joaquin , le dijo el poeta.

—Bien , señor , llevaré á cabo mi palabra.

Julia se habia hincado de rodillas á cor-

ta distancia de su madre, con los ojos fijos en el suelo, y sin proferir una palabra; Fernando derramaba lágrimas al contemplar aquellas cabezas: la una blanca por los ayunos, las penitencias y los años, con hondas arrugas en la frente y los ojos sin esplendor: otra con algunas hebras de plata entre una madeja de azabache: con arrugas apenas marcadas por la mano de la miseria y con ojos negros y meláncolicos: y la tercera toda de ébano, con una frente tersa y pura, unos ojos vivos y negros, y unos labios como las rosas en las alboradas de abril.

Su emocion le hizo estar inmóvil entre la familia prosternada; mas así que logró vencerla, levantó á Teodora con cariño, y dijo con voz mas segura.

—Suplico á Vds. me perdonen el haber permitido estén por tanto tiempo prosternados; pero la emocion que ha humedecido mis párpados, que jamás lloran, me ha impedido el uso de la voz, y me ha privado de mis fuerzas. Levántese V., sacerdote: levántate, Julia, levántate. Perdon: no sé lo que me he dicho.

El sacerdote se levantó, y Julia tambien ruborizada. Fernando la llamó de tú: y este tratamiento familiar trajo á la memoria de Julia una gran parte de su historia. El poe-

ta conoció al instante todo el daño que la habia hecho; y despues de haberse sentado con el sacerdote y Teodora, dijo á la niña.

—Hermosa Julia, ¿no quiere V. tomar asiento entre su familia y un amigo?

La jóven aproximó una silla, y pagó á Fernando su cortesía con una graciosa sonrisa.

—Hermana, dijo el sacerdote: el señor don Fernando ansiaba honrar á sus favorecidas...

—Señora, interrumpió el poeta: sabia que estaba V. enferma, triste y generalmente sola, y he solicitado visitarla. Su señor hermano de V. ha querido proporcionarme esta satisfaccion cuanto antes, y sin preceder el anuncio han recibido mi visita. Le agradezco con toda el alma su condescendencia hácia mí; y pido á Julia mil perdones por la sorpresa que la he dado.

—Señor, le contestó Teodora; no podia esperar mi amada Julia una visita tan honrosa y tan agradable al mismo tiempo para una familia agradecida. Yo estoy segura, D. Fernando, que solo produjo su sorpresa una gratitud semejante á los beneficios.....

—Señora, ¿está V. mejor de sus dolencias?

Teodora queria proseguir manifestando su agradecimiento; pero el sacerdote la indicó,

con una mirada espresiva, que solo lograria con ello mortificar terriblemente á su generoso bienhechor. Teodora se aprovechó de la advertencia, y contestó al jóven,

—Hace un mes que me voy aliviando por horas, y en cuanto disminuya el frio podré dar algunos paseos.

—Debe V. cuidarse con esmero, tener siempre lumbre encendida y bastante abrigo en la cama.

—El abrigo me hace mucho bien, y desde que puedo usar alguno.....

Fernando conoció que era difícil impedir que aquella familia le manifestase á cada instante su extraordinaria gratitud, y creyó oportuno alejarse. Se levantó, pues, de improviso, y dijo á Teodora.

—Recomiendo á V. que se cuide bastante. Padre, el veinte y cinco de febrero tendrá V. la bondad de verme.

—¿No volverá V. á visitarnos antes de esa fecha, preguntó Teodora con cierta inquietud.

—Puede ser.

—Tendremos tanto gusto.

—Yo tambien lo tendré muy grande. Padre, hasta el veinte y cinco de febrero; cuídese V. mucho, señora; estoy á los pies de V., Julia.

—Vaya V. con Dios, don Fernando.

El sacerdote acompañó al jóven hasta la escalera, y Julia se precipitó derramando abundantes lágrimas entre los brazos de su madre.

—¿Por qué lloras, Julia, por qué lloras?

—¿Lo sé yo acaso, madre mia?

—Ésas lágrimas.....

—Me hacen mucho bien, sin ellas no podría respirar, me ahogaria quizás, me ahogaria.

—¿Pero qué sientes?

—Una angustia, cuyo motivo desconozco; sufro lo que debe sufrir el que concibe una esperanza y se la matan al nacer. Déme V. la mano, madre mia, póngala V. sobre mi pecho. Aquí, aquí. ¿Siente V. los latidos de mi corazón?

—Sí.

—Pues late como no ha latido jamás. Alguna cosa extraordinaria le conmueve; yo no sé si está en el presente, ó si le espanta el porvenir.

—¿Estás loca?

—No, madre mia. Pero el oráculo mas cierto es el latir del corazón. He leído, no recuerdo en dónde, que los antiguos creían leer en las entrañas de las victimas los misterios del porvenir: mucho debieron engañarse, hubieran acertado mas buscándolos en sus corazones.

—¿No sé qué encuentro en tus miradas?

—La exaltacion de mi cerebro. Siento una cosa semejante á la que debe sentir un poeta cuando se desprende del mundo y cruza el eter, y se asienta al pie del trono del Altísimo. En este instante, madre mia, miraria yo al sol como el águila sin que me ofendieran sus rayos.

—¡Julia!

—Tengo el agua en los ojos, pero dentro del cráneo fuego. Déjeme V. llorar por Dios; porque sino me vuelvo loca.

Julia siguió vertiendo lágrimas todo el tiempo que el sacerdote estuvo despidiendo á Fernando; mas cuando el anciano volvió ya tenia los ojos enjutos y mas apacible el semblante.

Teodora tenia grandes deseos de saber lo que habian hablado el sacerdote y el poeta. Al punto que volvió su hermano, le preguntó.

—Dime, Joaquin, ¿qué te ha dicho nuestro bienhechor?

—Nuestro bienhechor es un ángel.

—¿Pero cuándo fuiste á su casa?

—Me recibió como á un amigo, ó mejor diré como á un padre.

—¿Y para qué te dió la cita?

—Para colmarme de favores.

—¿Y qué te preguntó?

—Por tí, por el estado de tu dolencia, por la salud de mi sobrina.

—¡Cuánto se interesa por nosotros!

—De una manera extraordinaria.

—¿Y despues?

—Despues me dijo: padre mio, voy á exigir de V. un favor: pero antes me ha de dar palabra de no violentarse para hacerlo. Si V. juzga que no debe hacerlo, me lo niega, y yo me resigno.»

—¿Y qué le respondiste, hermano?

—Le empeño á V. formal palabra de manifestarle francamente si me causa violencia ó no.

—¿Eso le dijiste?

—Eso le dije.

—¿A un hombre á quien tanto debemos?

—Con el hombre que nos favorece debemos usar mas franqueza, y aunque nos pidiese la mentira, darle la verdad sin rodeos.

—Prosigue.

—Dada mi palabra, prosiguió diciendo: «padre mio, desearia que V. me presentase á su señora hermana.»

—¿Eso dijo?

—Sí, Teodora, ni mas ni menos.

—¿Y qué le respondiste?

—Callé, lo estuve pensando largo rato, y el jóven respetó mi silencio hasta que lo interrumpí yo mismo.

—¿Y le respondiste tú, hermano?

—No le respondí, le pregunté.

—¿Qué le preguntaste?

—Don Fernando, me da V. palabra de honor de decirme por qué desea ser presentado á mi familia. «Sí, anciano, me contestó al punto.» Puede V. hablar, le repliqué. «Deseo, me dijo entonces el poeta, visitar á su hermana de V., porque siento una antipatía hácia las personas opulentas, y quiero ver si me reconcilio con la especie tratando á los que nó lo son; porque mi paso se detiene al pisar bordadas alfombras, y quiero ver si corre libre sobre una estera mal tejida ó sobre los húmedos ladrillos; porque se me seca el corazon al escuchar mentidas protestas de amistad, de amor y de cariño bajo dorados artesones al calor de ricas chimeneas, y quiero escuchar una voz verdaderamente mi amiga bajo el techo de una buhardilla y junto á un brasero de barro. Mi alma ha estado siempre, padre mio, llena de ternura hácia los hombres; conozco que los desengaños, las traiciones y las perfidias van agotando el manantial; y antes que se agote pretendo buscar raudales que le den el puro fuego que ha perdido. Si no busco á quien amar, padre, se llenará mi alma de odio y será tan inestinguible como la luz de las estrellas. ¿No nos manda Dios que nos amemos

que tengamos tanto amor al prójimo como á nuestras mismas personas? Este precepto manda, padre, que amemos á los que nos dañan; yo tengo bastante valor para perdonar una ofensa, pero no bastante virtud para querer bien la que me ofende. Si cree V. buenas estas razones concédame lo que le pido; si no las juzga valederas me resignaré, lo repito.

—¿Y qué respondiste á don Fernando?

—Volví á preguntarle, Teodora.

—¡Joaquin!

—Paciencia, hermana mía.

—¿Le preguntaste?

—Don Fernando, ¿cuando quiere V. que le presente? «Si puede ser hoy, me contestó, lo agradeceré con toda el alma. Soy muy vehemente en mis deseos, y cuando pretendo una cosa no descanso hasta conseguirla.» En ese caso don Fernando puede V. vestirse cuando quiera, le contesté.

—Eso debias haberle dicho desde el primer instante.

—Teodora, antes de hablar, meditó mucho, y antes de obrar muchísimo, hermana. Las acciones poco meditadas tienen fatales consecuencias que se lloran años y años.

Teodora bajó al suelo los ojos, y la faz de Julia se puso como el pétalo de una amapola. El sacerdote prosiguió.

—Don Fernando me dió las gracias con la misma efusion que un niño á quien regalan un juguete, y procedió á hacer su tocado sin afectacion, mas con esmero. Asi que lo tuvo concluido dijo á su criado que si iban en busca suya lo esperasen, y nos pusimos en camino desde el centro de la poblacion hasta estas calles apartadas.

—¿Qué te dijo por el camino?

—Nada. Cosas indiferentes; y hablamos muy poco por cierto.

—Y cuando subió la escalera ¿le pareció estrecha?

—Nada dijo.

—¿Cuándo entró...

—Se quedó parado como tú lo has visto, Teodora.

Durante el anterior diálogo estuvo Julia como estática, sin hacer una sola pregunta y sin mover sus blancos párpados. Estudiaba todas las palabras con particular atencion, y principalmente las razones que habia tenido el jóven Fernando para pretender la visita. Se paraba en ellas con júbilo, y su corazon oprimido se dilatava por instantes. ¿Qué inferia de ellas? Quizás nada; pero refrescaban su mente, como las brisas de la tarde refrescan á una flor marchita por una siesta del estío.

—¿Has notado, dijo el sacerdote, la estre-

mada delicadeza de nuestro jóven bienhechor?

—Mucho la he notado , hermano mio.

—¡Cómo le has hecho padecer! Cada muestra de gratitud que le dabas era un puñal para su generoso corazon: y estoy seguro que habrá sentido habernos hecho la visita.

—¿No la repetirá quizás?

—Bien puede ser.

—¿Te ha dicho algo cuando fuiste hasta la escalera.

—Nada de particular, Teodora.

—Tardaste tanto.

—Me detuvo para entregarme este papel.

—¿Qué contiene?

—Aun no lo sé, hermana. Voy á abrirlo , y te diré entonces lo que contiene.

—Abrelo, ábrelo.

El religioso rompió el nema , y halló dos papeles doblados ; estaba manuscrito uno de ellos, y leyó para sí.

»Padre mio : he tenido algunos momentos de disipacion y de vicio ; estas cortas horas han puesto en no buen estado mis fondos , y hasta establecer el equilibrio necesito trabajar mucho , y puedo disponer de poco. Adjunta va una cantidad, insignificante ciertamente, pero no posee hoy otra cosa su seguro servidor

FERNANDO.—

El otro papel era un billete; el anciano lo desdobló, y se lo presentó á Teodora.

—¿Qué papel es ese, hermano mio?

—Es un billete de mil reales que me ha entregado don Fernando.

—¿Para nosotros?

—Sí, Teodora.

—Ahí tienes la buena noticia que nos anunciaba el insecto, dijo dirigiéndose á Julia.

—¿Pero qué dice en esa carta? preguntó la jóven á su tío.

—Toma, Julia, tómala y léela.

Julia la tomó, casi temblando, y la leyó dos ó tres veces. Antes de volverla al anciano le preguntó.

—¿Ha leído V., querido tío, su posdata?

—No.

—Dice así.

«El billete es el estipendio que doy á usted para que aplique una misa por mi intencion.»

—Admira, Teodora, admira, admira la delicadeza de ese jóven.

—No debemos temer la miseria desde que nos protege así.

—Lo que no podemos, hermana, es abusar de sus favores.

—Tiene mucha razon mi tío, y yo persisto en mi propósito.

—¿Cuál es tu propósito Julia?

—Buscar una señora honrada que me recibiera de doncella.

—Eso no puede ser, hermano.

—¿Es V. de mi opinion, tio.

—Tu madre está todavia enferma.

—Pero en mejorándose...

—Entonces lo pensaré, querida Julia.



---

---

## CAPITULO VII.

---

### **Sigue el veinte y cinco de Enero.**

Fernando bajó la escalera enteramente preocupado con la visita que habia hecho. Las grandes muestras de gratitud que habia recibido de Teodora no le llamaban la atencion, pues le parecian naturales en una muger que le debia su vida entera y su salud. Es verdad que derramó lágrimas contemplándola arrodillada, pero pasado aquel momento veia con la luz de la razon que pocas mugeres en el caso de la hermana del sacerdote no hubieran obrado lo mismo. Lo que le parecia sublime, lo que le ocupaba por entero, era la conducta de la jóven sencilla é inspirada á la vez.

Iba dividiendo por partes cuanto habia

distinguido en ella. Se presentaba en primer lugar su turbacion al conocerlo, y la inamovilidad grave que se siguió á aquel ¡ay! sentido. La vió de rodillas silenciosa como una estatua sepulcral; y leyó en sus ojos caracteres incomprensibles y confusos, pero que debian servir de prólogo á la historia de un corazon tan virginal como las ojas que nacen con la primavera. Recordó la especie de rubor que se apoderó de la jóven cuando la tuteó desprevenido; aquella especie de vergüenza que la ponía como carmin y la dejaba como alabastro: en fin un tinte de pureza que la hacia aparecer tan cándida como las vírgenes de Murillo bajo las bóvedas de un templo. —

Fernando recordaba á Julia como á un sueño rico en poesía; y olvidaba á la que habia visto en el bullicio de la orgía, para ocuparse solamente de la que acababa de ver.

Aquella muger que una noche acariciaba sus cabellos al compas de báquicas canciones; aquella muger que marchaba sin placer ni remordimientos por la facil senda del vicio; aquella muger que le incitaba con sus miradas y sus besos, habia cambiado de repente, y no osaba mirar al hombre que habia provocado un año antes. —

Sin poderse contener Fernando hizo bajar su pensamiento de la tímida Julia á Luisa, y

vió con placer en la primera á una Magdalena arrepentida, y con dolor en la segunda á una Susana que deshoja la blanca flor de la inocencia.

Combatido por pensamientos tan seductores y tan amargos, llegó á su casa el jóven poeta, y sacudió la campanilla como un viajero que ve su albergue tras muy largos años de ausencia. Salió á recibirle su criado como lo tenia de costumbre, y le dijo:

—¿Dos caballeros esperan á V. en el despacho?

—¿Tú los conoces?

—No señor.

—¿Hace mucho tiempo que estan esperando?

—Un cuarto de hora ó quizá menos.

—¿Vinieron juntos?

—No señor.

—Pues voy á verlos al instante.

El jóven entró en su despacho y encontró en él á dos caballeros conocidos suyos de café, jóvenes, troneras y elegantes.

—He sentido mucho, les dijo, haber salido tan temprano, y que hayan tenido que esperarme algunos minutos.

—Fernando, hemos llegado casi á un tiempo nuestro amigo Rafael y yo; la ausencia de V. ha sido corta, y hemos esperado en-

tretenidos con estos magníficos cigarros, que hemos tomado de la mesa.

—Reprensa V. tamaño hurto á nuestro querido Florencio.

—Le doy las mas cordiales gracias.

—¿Estrañará V. nuestra visita? dijo Florencio.

—No señor: pero si V. quiere decirme el motivo que le conduce á favorecer esta su casa tendré el doble gusto de saberlo y de haberlo encontrado en ella.

—Si pudiéramos hablar á solas.

—Como á V. mejor le parezca; yo no tengo ningun inconveniente en que Rafael esté delante, pero si V. juzga oportuno que sea entre los dos la conferencia, hágase lo que V. desee. ¿Y V. nos dirá ¿Rafael, á que debemos el honor de que haya fumado mis cigarros?

—Tengo que tratar con V. un asunto de consecuencia.

—¿Tambien reservado?

—Reservado.

—Pues en ese caso, señores, convengan Vds. en cual me ha de decir primero su asunto.

—Que empieze Florencio.

—Convenido. Tenga V. la bondad, Florencio, de acompañarme hasta la sala.

—Con mucho gusto.

—Vamos, pues. V. Rafael puede fumar hasta que se acaben los cigarros.

Fueron los dos jóvenes á la sala, tomaron asiento en el sofá y Florencio dijo:

—Amigo mio, siento en el alma haberme encargado de una comision tan funesta; pero V. hubiera hecho lo mismo en mi posicion.

—Regularmente. Puede V. hablarme sin rodeos.

—Voy al instante, amigo mio. ¿Conoce V. esta tarjeta?

—La entregué anoche en el café.

—Pues la persona á quien fué entregada exige una satisfaccion cumplida.

—Anoche entregué dos tarjetas, y si no tiene V. la bondad de decirme quien se la ha dado, estoy espuesto á confundirme.

—Vengó de parte de Quiñones.

—¿El primero que habló del lance, aunque guardando reticencias?

—El mismo.

—Estoy muy dispuesto á dársela como la exige. Ahora tenga V. la bondad de esperarme aqui unos momentos que voy á buscar á Rafael.

Fernando salió de la sala y entró de nuevo en su despacho.

—Qué tales son esos cigarros?

—Admirables amigo mio.

—Me los ha regalado un banquero, á quien se los regala un ministro. Cuando V. quiera participarme.

—Siento mucho tener que hacerlo; pero...

—Suprima V., amigo mio, los cumplidos y las excusas.

—En ese caso continuó. ¿Conoce V. esta tarjeta?

—Se la entregué anoche á Olivares.

—Pues tengo el disgusto de decirle, que pide satisfaccion cumplida de la ofensa que V. le hizo.

—La tendrá como la desea. Ahora, si V. lo tiene á bien, podemos pasar á la sala.

Salieron los jóvenes del despacho en busca de su amigo Florencio.

Al entrar Fernando en la sala arrojó sobre un velador las dos tarjetas, y sentándose dijo á los jóvenes.

—Amigos mios, han sido Vds. encargados de dos comisiones iguales, y han tenido la misma respuesta. ¿Están Vds. muy deprisa?

—Yo dijo, Florencio, estoy despacio.

—Lo mismo: añadió Rafael.

—Pues en ese caso, señores, hablaremos aqui un momento.

Fernando sacudió la campanilla, y Julian se presentó al punto.

—¿Qué me manda V?

—Vé al instante á casa de mi amigo Enrique, y dile que venga al momento.

Julian hizo una reverencia, y se marchó á cumplir su encargo. Fernando sacó la petaca: dió nuevos cigarros á los jóvenes, y encendió uno mientras venia el que debia ser su testigo.

Pocos minutos tardó Enrique, que acostumbrado á no hacer esperar á su amigo, se dió nueva prisa al saber que le esperaban otros dos. Fernando salió á recibirle, y le presentó sin ceremonia á Florencio y á Rafael.

—¿Qué hay de bueno? preguntó Enrique.

—Casi nada, respondió Fernando. Estos dos señores han venido á pedirme satisfaccion á nombre de dos amigos suyos, y yo te he mandado llamar, para que la arregles en mi nombre.

—¿Con que tenemos desafio?

—Asi parece: dijo Rafael.

—Pues en ese caso, señores, me permitirán Vds. que hable unas palabras con Fernando.

—Cuantas V., quiera, amigo Enrique.

Enrique cojió á Fernando del brazo, y se apartó con él un poco.

Despues que se hubieron apartado le preguntó bastante quedo.

—¿Quién ha sido el ofensor, Fernando?

—Yo.

—Tú sabes muy bien que un testigo es un confesor.

—Ya lo sé.

—Pues cuéntame lo que ha pasado.

—Es muy facil, querido Enrique. Esos dos señores que me retan, se estuvieron gozando anoche en deshorrar á una muger: tú sabes mi poca aficion á entretenimientos tan villanos y la irritabilidad continúa que me persigue hace algun tiempo: escuché el cuento hasta su fin, y luego les dije que mentian.

—En ese caso...

—En ese caso he sido, Enrique, el ofensor.

—¿Y qué satisfaccion les piensas dar?

—De palabra ni la mas mínima; de obra cuantas crean convenientes.

—¿De manera que segun eso estas decidido á batirte?

—A todo trance, amigo mio.

—¿A tí te retan, no es verdad?

—Sí.

—Puedes elegir tú las armas; ¿cuales preferies?

—Ellos son dos, y será preciso variar.

—No, la que tú mejor manejes,

—Ya lo diré cuando sea tiempo.

—¿Pero á qué muger defendian?

—Permíteme que no la nombre.

—¿Tienes relaciones con ella?

—No, Enrique: pero la he querido; y un caballero no permite que deshonren á la mujer que en algun tiempo idolatró.

—Tú la idolatras todavia.

—No; la detesto, la detesto. Pero no perdamos el tiempo. Entiéndete con esos señores.

Los dos jóvenes se acercaron á los otros dos que esperaban y Enrique les dijo.

—Señores, cuando Vds. gusten de esplicarse estoy muy pronto á responderles.

—Es tan igual nuestra mision, que en hablando uno de nosotros es como si los dos lo hiciéramos; y si Florencio me permite...

—Habla cuanto gustes, Rafael.

—Nuestro comun amigo Fernando dio anoche en un paraje público un mentís á dos caballeros; la ofensa era grave en verdad y exigen una satisfaccion que borre la ofensa enteramente. Yo desearia que algunas palabras...

—¿Dichas por quién? preguntó Enrique.

—¿Por quién ha de ser? por Fernando.

—En ese caso, amigo mio, tengo el sentimiento de decirle que Fernando no retrocede ante lo que dice una vez. Ningun hombre de corazon recoge la prenda que suelta, y V. hará la justicia, Rafael, de concedérselo á mi amigo.

—Sé que tiene valor, Enrique; pero unas palabras estudiadas...

—Estudiar para dehonrarse seria un tiempo bastante perdido. Dejemos á un lado las palabras, y ocupémonos de las obras.

—Lo siento mucho por mi parte.

—Yo tambien lo siento, Rafael; pero en algunas ocasiones es indispensable renunciar á los mas sagrados afectos, y sacrificar los amigos, como si fueran adversarios.

—¿No hay otro remedio?

—No le hay.

—Pues fijemos sitio, hora y armas.

—El canal es paraje á propósito: hora las seis de la mañana; las armas las dirá Fernando, pues le pertenece la eleccion.

—Es verdad que le pertenece.

—Señores, añadió Fernando; Quiñones ha sido militar, y manejará bien la espada.

—No tira mal, dijo Florencio.

—Olivares es poco diestro en el manejo de las armas.

—Asi es la verdad; replicó Rafael.

—Pues en ese caso, amigos míos, cruzaré con uno el florete y la pistola con el otro.

—¿Es decir, preguntó Florencio, que la pistola con Quiñones?

—¿Y el florete con Olivares? añadió Rafael.

—Se han equivocado Vds., los dos. Quiñones maneja la espada, y nos batiremos con florete; Olivares lo que hace menos mal es tirar á pistola, y por lo tanto con pistolas nos batiremos.

—Convenido, respondió Florencio.

—Convenido, dijo Rafael.

—¿Por qué no has cambiado las armas? preguntó Enrique.

—Amigo mio, los duelos deben ser iguales, y que decida la fortuna.

—Será preciso buscar armas, dijo Rafael.

Tiró Fernando del cordon de la campanilla, y se presentó Julian al instante.

—Entra en mi despacho, Julian, y saca del armario dos floretes que hallaras en él y una caja.

—¿La de las pistolas?

—Sí, Julian.

Julian evacuó su comision, y volvió á poco rato con la caja y los dos floretes en la mano. Los puso sobre un velador y se retiró discretamente.

—Señores, continuó Fernando, examinen Vds. esas armas, y si les parecen á propósito se escusarán de buscar otras.

Los testigos las examinaron, y convinieron en usarlas.

Florencio y Rafael se despidieron hasta la

mañana siguiente; pero antes que saliesen, el poeta llamó de nuevo á su criado y le dijo.  
 —Ponte la capa en el momento, y lleva la caja y los floretes á donde te manden estos señores.

—¿Para qué Fernando? dijo Florencio.

—Porque no me parece justo que se queden en mi poder.

Julian obedeció á su amigo, y se marchó con los dos jóvenes.

—Sabes, Fernando, dijo Enrique, asi que se quedaron solos, que has tenido el mayor capricho que puede tener un calavera.

—¿Qué capricho he tenido, Enrique?

—Elegir para cada adversario el arma que mejor maneja.

—Tú lo juzgarás un capricho; pero á mí me parece, Enrique, el modo de obrar mas arreglado.

—¿Por qué?

—Por dos buenas razones.

—Sepámoslas.

—¿Qué es un desafio?

—Es una prueba de valor.

—¿Y tendrá valor el hombre, Enrique, que se bate con un adversario incapaz de sostener el arma que le entregan para su defensa, y para ofender á su enemigo?

—Ciertamente que no, Fernando.

—Pues por esa razón elijo la espada para el que la maneja, y la pistola para el que al menos hará salir un tiro de ella. La otra razón que quizás llames un inconcebible capricho, es que me gusta correr algún riesgo en los duelos, y cuando son con armas blancas, me gusta tener que aplicarme para vencer á mi enemigo.

—A la verdad que me pareces algo caprichoso, Fernando. ¿Y hace mucho tiempo que no tiras al florete y á la pistola.

—Desde que volví de mi viaje no he roto una sola muñeca, ni dado un solo botonazo.

—¿Hace año y medio que no tiras?

—Diez y siete meses nada mas.

—¿Estarás torpe?

—Puede ser.

—¿Tienes floretes con botones?

—Sí.

—¿Quieres que tiremos un rato?

—No tengo inconveniente. Tú tiras con mucha frecuencia.

—Diariamente.

—Entonces me vas á maltratar.

—Allá veremos; y te advierto que Quiñones tira mas que yo.

—Voy por los floretes, Enrique.

Fernando salió de la sala, y volvió poco después trayendo dos buenos floretes con botones.

—¿Y las caretas? dijo Enrique.

—Dos tiradores como nosotros sabremos respetar las caras. Coje un estoque, amigo mio, y en guardia.

—Empecemos al punto.

Los amigos cruzaron los floretes, y Fernando por algun tiempo se redujo á la defensiva, sin que el estoque de su adversario tocase á su ropa una vez.

—¿No me atacas? le dijo Enrique.

—Voy al momento. Para, Enrique. Voy al segundo ojal del levita.

Enrique quiso parar el golpe; pero la punta del florete dió en el paraje que el poeta habia señalado como blanco.

—Tiras como nunca, Fernando; pero voy á darte respuesta. Al primer ojal.

Tiró Enrique; pero Fernando paró el golpe, dando un botonazo á su amigo en la parte superior del brazo.

—Si hubiera sido sin boton no podrias continuar, Enrique. ¿Te parece que lo dejemos?

—Estoy picado.

—Por lo mismo debemos dejarlo mas pronto.

—¿Temes que me enfade?

—No lo temo: pero por si acaso.

—Amigo mio, no se rompe nuestra amistad con botonazos de florete.

—¿Quieres seguir?

—Unos momentos.

—Para que termine nuestro duelo será preciso desarmarte. Aprieta el florete: aprieta, aprieta.

—Me rompes la muñeca, Fernando.

—Ya estás desarmado.

—¿Qué has hecho?

—Romper el cristal de aquel cuadro. Ya sé que ha dado tu florete en la cara de Marco Antonio, sin respeto al manto imperial que cubre sus hombros, Enrique.

—Mucho siento tal desacato; pero tú has tenido la culpa.

—Por lo mismo pagaré la pena, poniendo un nuevo cristal al retrato del emperador Marco Antonio.

—Confieso, Fernando que eres un tirador de gran provecho: y cuando te fuiste de Madrid no tirabas tanto.

—Es verdad, pero durante mi viaje he progresado mucho, Enrique.

—¿En dónde te has ejercitado?

—En Marsella.

—¿Habrás tirado con los franceses?

—Mucho: y esa es la causa principal de mis adelantos en la esgrima.

—¿Por qué?

—Tú sabes que yo soy muy español, muy

castellano. Para mí no hay paño mejor que el que se fabrica en Tarrasa, ni trigo como el de Castilla. La España, pobre y dividida, es á mis ojos una nacion muy digna de todo respeto, y la quiero como á mi madre. Cuando se trata de extranjeros me decido por los portugueses; porque al fin fueron nuestros hermanos, y podrán serlo algun dia: pero los pirineos y el canal de la Mancha son para mí una misma cosa. Llegué fastidiado á Marsella, con un humor atrabulario, que me hacia reñir con todo el mundo. Adquirí relaciones al instante, y en todas partes oia decir que lo francés era lo bueno, y lo español no valia nada. Se hablaba de tirar á la pistola, y al instante esclamaban todos: «para tirar á la pistola los franceses:» yo decia que los españoles tirábamos medianamente, y para que se convenciesen quité á un marselles la nariz. Si la conversacion era de esgrima, esclamaban del mismo modo: «para manejar el florete es preciso nacer en Francia.» Yo quise probarles lo contrario: me apliqué durante un par de meses; y al cabo de ellos dejé mancos á un parisien y á un provenzal. Con estas lecciones creyeron que fuera de Francia se tiraba del mismo modo que en Paris.

—¿Tanto has adelantado?

—Mucho, merced á mi odio á los franceses.

—Has dejado, amigo, en Marsella la bandera nacional triunfante.

—Como desearia yo que estuviese en todos los ámbitos del mundo.

—Si fueras tu ministro...

—Enrique, no me prosternaria ante nadie. Diria á la faz del mundo: somos pobres, pero no pedimos nada á los países que se han llevado nuestro oro: queremos vivir independientes, y morir siendo españoles nada más.

—Bien pensado.

—En algunos momentos se me ocurren ideas semi-bárbaras, y desearia que como los chinos levantáramos un alto muro para aislarnos de las naciones. Encerrados en su recinto, vestiríamos todos á la española, á la española pensaríamos, y nos llevaríamos como hermanos. ¿Es justo que nos degollemos por instigaciones estrañas? ¿Es justo que ardan nuestras fábricas, y nuestras ciudades se derrumben porque plazca á los estrangeros? ¡Vive Dios! que falta paciencia para ver...

—Fernando, Fernando.

—Tienes razon, me estraviaba. Estábamos hablando de esgrima, y sin saber cómo ni cuando he probado la fruta vedada. —

—Si te parece iremos al tiro y te ejercitarás un poco.

—No lo considero necesario.

—¿Y en qué pasaremos el día?

—Saldremos á dar un paseo.

—No : nos iremos á los toros.

—Estoy á tu disposicion.

—Pues echemos todo el día á perros. ¿Qué hora tienes?

—Las dos y media.

—Pues ahora nos vamos á los toros : despues comeremos en la fonda , y de la fonda á cualquier teatro.

—Convenido.

—La víspera de dos desafios es indispensable entretenerla.

—Y sobre todo divertirse.

—Vamonos, Fernando, á la calle.

Fernando tomó su sombrero y acompañado de su amigo bajó la escalera de su casa encontrando á Julian en la puerta.

—Señorito, dijo el criado : ya despaché mi comision.

—¿Qué comision?

—Llevar los floretes y la caja de las pistolas.

—No me acordaba.

—¿Quiere V. algo?

—Que no me esperes á comer.

---

---

## CAPITULO VIII.



### Los Toros.

Nuestro célebre Jovellanos escribió un folleto noble, cuyo título es: «PAN Y TOROS» el solo título del folleto prueba la grandísima importancia de esta diversion española; puesto que los toros y el pan son las necesidades mas precisas de los descendientes de Pelayo. En busca de toros solamente llegaron Enrique y Fernando á la concurrida puerta del Sol, parage siempre bullicioso; pero mucho mas en un dia consagrado al antiguo Dios Apis, divinidad de los ejercicios y entretenimiento de los iberos, que algo debemos tener de egipcios, como de godos y de alanos.

Estaba la puerta del Sol en el mismo si-

tio que otras veces; pero tambien estaban en ella una porcion de carretelas, de omnibus y de calesines, que generalmente se ponen en el postigo de San Martin ó en la célebre plaza mayor. Los cocheros y caleseros se disputaban con empeño la mercancía de tan gran fiesta, á la que no sé como llamar; pues la calificacion de pasajeros quizá no la venga muy bien. Uno requebraba á una manola de mantilla de terciopelo, para que le tomase el calesin: otro se quitaba el sombrero ante un matrimonio pacífico, que con media docena de hijos se encaminaba á tomar el sol, ofreciéndole una carretela como el cascara de una nuez; y otro saludaba cortesmente á dos señoritos, señalándoles una berlina mas añeja que la capital de la Prusia.

Uno de estos últimos llegó, y dijo á Fernando.

—Mi amo: ¿quiere su merced una berlina recién acabada de hacer...

—¿Qué? le preguntó Fernando sonriendo.

—Pedazos.

—Me gusta la franqueza, y la tomo sin ajustarla, y con la precisa condicion de que ha de ir V. por nosotros.

—Convenido. Y en cuanto al precio no reñiremos, amo mio.

—Y si reñimos...

—No señor; lo que se ha de llevar la justicia, me lo da su merced de propina para gastarlo en la taberna.

—No tengo ningun inconveniente. Pero otra advertencia.

—¿Cuál mi amo?

—Que no pago á V. el alquiler, hasta que nos traiga de vuelta. ¿Acomoda?

—Vamos á la berlina. Tiene su merced buena cara y no habia de engañar á un pobre hombre, que gana su vida con dos vichos mas sutiles que el pensamiento.

—¿Es V. andaluz?

—Si señor: para lo que su merced guste mandar.

Ya lo habia yo conocido.

—¿En qué?

—En ese modito de hablar, y en que es V. mucho mas sutil que los dos vichitos, compadre.

—Que cosas tiene su merced.

—Tambien lo conocí en otra cosa.

—¿En qué? si yo puedo saberlo.

—En que es V. muy confiado.

—Habia yo de desconfiar de un hombre como su merced.

—¿V. me conoce?

—No señor; pero aunque el vestido no hace al monge hay caras que prometen mu-

cho, y la de su merced promete. ¿Vaya que acierto yo otra cosa?

—¿Cuál?

—El ejercicio de su merced.

—¿Cuál es mi ejercicio?

—Literato.

—¿En que lo ha conocido V?

—En lo mucho que su merced observa: y milagro será que yo no salga en alguna novela ó periódico.

Fernando dijo para sí; en la primera novela que necesite hablar de una fiesta de toros, pongo á este cocherito andaluz. Y metiéndose en la berlina, acompañado de su amigo, se dejó llevar á la plaza.

Si me preguntaran á mí, que en donde reside por entero la soberanía nacional, no diría que en los estamentos, en los colegios electorales, ni en ninguna de esas varias ruedas que hacen andar ó estar parada á la máquina del estado. La soberanía nacional reside, pese á Rousseau y á sus parciales, en la ancha plaza de los toros.

¿Qué es un colegio electoral? Unos centenares de hombres en el uso de los derechos que les ha concedido una ley, supeditados por la intriga ó dominados por la fuerza. ¿Qué es un estamento? Una reunion de ciudadanos respetables, si se consideran uno á uno; pe-

ro en globo son el juguete de cábalas bien manejadas, de ambiciones propias ó ajenas. ¿Qué es, pues, una plaza de toros? Es un numeroso concurso en el que están amalgamadas clases, condiciones y fortunas. Ciudadanos y ciudadanas tienen el precioso derecho de aprobar y de reprobar lo que ejecuta la cuadrilla, lo que han dispuesto los empresarios, lo que la misma autoridad manda, y hasta lo que los toros hacen. Esta soberanía nacional se manifiesta con palmadas, con bravos, buenos, y silvidos. Alguna vez se manifiesta con las naranjas que se arrojan, con los empellones que se dan, y las exclamaciones enérgicas, que no podemos repetir; porque aunque dichas en castellano, y muy castellanos de origen, ofenderían castos oídos que las toleran en la plaza, pero que no podrían sufrirlas en las páginas de una novela.

Los aficionados á toros van á la plaza para ver á los chulos y picadores, á los banderilleros y espadas; los que no entendemos de suertes vamos á ver un gran mosaico formado por diez mil cabezas, y á buscar una buena vecina con quien solazarnos un rato. Los primeros tienen segura la diversion que les deleita; solemos llevar los segundos muy solemnes, muy grandes chascos.

La berlina del andaluz dió fondo frente de la plaza, y Jacobo, que así se llamaba el cochero, abrió al momento la portezuela, y antes de bajar el estribo dijo á Fernando.

—Señorito, ¿tiene su merced los asientos?

—No. Pero habrá revendedores, y los tomaremos al instante.—Por eso pregunto á su merced. Los revendedores son unos pillos que debían estar con un grillete, y en encontrando á un caballero le piden un ojo de la cara por un mal asiento.

—Es verdad.

—¿Quiere su merced que yo le busque un par de buenas delanteras?

—Con mucho gusto. Tome V...

—Señor, tengo yo aquí dinero para pagar esos asientos, y cuanto á su merced ocurra. Y cerrando la portezuela se acercó á los revendedores, y chaloneó dos delanteras con toda la sal de un andaluz y la truhanería de un cochero. Llegó muy ufano á su berlina, bajó el estribo en un instante, y ayudó á bajar á Fernando que era ya su mejor amigo.

—Tome su merced los asientos.

—¿Cuánto han costado?

—Señorito, despues ajustaremos cuentas. Aquí estaré cuando Vds. salgan, con que hasta la oracion, señorito.

Se subió el cochero al pescante, y en-

traron los dos amigos en la plaza cuando terminaba el despejo. Vieron presentarse á los alguaciles en sus descarnados rocinantes, á los picadores y chulos precedidos del primer espada, y dar la llave al presidente para que saliese el primer toro.

La corrida era extraordinaria como lo indica la estacion, y los toros debian ser frios como toda tarde de Enero.

Salió el primer vicho á la plaza, y ¡vive Dios! que era un ciudadano en todo el uso de sus derechos, ó mejor diremos un salvage en el ejercicio de sus fuerzas. No diremos la ganadería, porque ha pasado mucho tiempo, y no recordamos el color de los magníficos listones que le servian de fé de bautismo; pero sí diremos que era retinto, bien encornado y brabucon. Salió á la plaza, como sube á la tribuna del Congreso un diputado popular, ó como se presenta en las tablas una bailarina graciosa, con desenfado y con orgullo. Midió la plaza, como mide un buen general el terreno en que va dar una batalla, y acometió al primer caballo que se le presentó delante, como Murat á los cosacos ó Diego Leon á los carlistas. Tan intrépido como ellos, al primer bote de sus astas hizo rodar al picador, y despachó, no sé si al otro mundo, al caballo mas descarnado que ha desvalijado pastelero.

No contento con esta hazaña, y fiero como el elefante con la sangre que habia derramado, y con la pica que le habian puesto, arremetió al otro caballo como Zurbano el guerrillero: pero en vez de arrojarlo en tierra lo sostuvo algun tiempo en alto, como queriendo hacer alarde de su extraordinaria pujanza. Se presentaron otros jacos mas tísicos que los anteriores, y fueron pasando uno á uno á reunirse con sus hermanos hasta completar media docena. El vicho estaba entero todavia: pero mandó la autoridad, teniendo en consideracion sin duda los intereses de la empresa, que se le pusieran rehiletos; pero como no era muy prudente andarse en bromas con el toro, le pusieron dos pares mal puestos, y le despachó de dos medianas un espada que no recuerdo, pero que no fué mal verdugo para los tiempos que alcanzamos.

El segundo vicho salió tan receloso como un ministro á quien la oposicion acosa, y tan tímido como una muchacha en su primer lance de amores. Era el animalito feo como el no que dan á un pretendiente, y por lo tanto cariñoso, cualidad que tienen las feas cuando se trata de mugeres; pero no habia llegado á mi noticia que las mugeres y los toros tuviesen puntos de contacto. Tomó dos varas por cumplir, ó dejó que se las pusieran

por timidez y por desidia; no hizo el menor daño á los rocines; sufrió el fuego, como san Lorenzo, sin decir esta boca es mía: y pasó á mas tranquila vida de tres pinchazos y un volapie; pues no fué la vencida á la tercera como dice el adagio.

A la derecha de Fernando estaba sentado un hombre grueso, alto y encarnado por demas. El hombre alto tenia á su derecha un hombrecillo diminuto; pero que debia haber leído la tauromaquia de Francisco Montes segun sabia la tecnología de la sùtil ciencia de los cuernos. El hombre grueso estaba fumando, y el poeta le pidió la lumbre.

—Con mucho gusto, caballero. ¿Me permite V. que le haga una pregunta?

—Si señor.

—¿No le gustan á V. los toros?

—Voy á contestar francamente. No soy lo que llaman Vds. un aficionado, no señor; mas prefiero ver esta fiesta enteramente nacional en la que toros y lidiadores son castellanos, á ir al teatro para ver baile ejecutado por extranjeros, ópera cantada por extranjeros y malos dramas traducidos.

—Habla V., señor, como un libro.

—Hablo como un buen castellano. ¿Pero V. me permite ahora que le haga una sola pregunta?

—Con mucho gusto, caballero.

—¿De donde infiere V. que no soy muy aficionado á los toros?

—De una cosa bastante sencilla. El primer toro que se ha lidiado era un vicho que hace corrida, y V. no le ha visto siquiera. Sus ojos de V. estaban fijos en un palco, y cuando de él los separaba era para fijarlos en la tierra melancólico y distraído.

—No es V. mal observador.

—Ya está en la plaza el tercer toro.

—¿A quién mirabas? preguntó Enrique.

—Al palco sexto.

—Allí está la familia del señor marqués de Bella Flor.

—Sí.

—Luisa te está mirando con sus lentes.

—No tendrá aficion á los toros.

El tercer vicho habia salido, y era una arrogante figura; pero como todo buen mozo, vano, perdona vidas y fanfarron. Salió á la plaza de estampida, como las muchachas al mundo, y se lanzó al primer caballo, como el niño á la primer muger que le mira con dulces ojos: pero asi que sintió la puya retrocedió lleno de espanto, y asi se acercó mas á los caballos como el muchacho á la muger que destruyó sus ilusiones. Se cansó el respectable público de ver dar vueltas al fantasmón,

como se cansa algunas veces de ver encumbradas á personas que no se perciben en su altura, y pidió á voz en grito «perros.» Conoció la autoridad que el toro los merecia cumplidamente, y mandó que se los echasen: pero asi como hay muchos hombres que no sirven ni para canónigos, hay tambien toros que no sirven ni para que les echen perros. El buen mozo se acobardó de los ladridos como antes se habia acobardado del hierro: entregó sus orejas á los furibundos alanos, y murió como muchos hombres y mugeres acaban, entre prolongados silvidos.

Fernando se volvió al hombre grueso y le dijo:

—No dirá V. ahora que no soy buen aficionado. Desde que salió el tercer vicho no he separado de él la vista.

—Andamos encontrados, amigo. Yo no le he mirado ni una vez.

—¿Cómo es posible?

—Si señor. He contemplado hasta donde llega el descaro de una muger, y la poca prudencia de un hombre.

—¿En dónde acontece esa escena?

—En el palco número seis.

Fernando se levantó de pronto, y vió á Céspedes reclinado sobre el respaldo de la silla que ocupaba la jóven Luisa: y tan unido

rostro y rostro, que si los labios del ministro no tocaban la tez de la esposa, la humedecía al menos su aliento. Luisa estaba alegre y decidora, haciendo alarde de los obsequios que de Céspedes recibía.

—¿Qué le ha dado á V, caballero? preguntó á Fernando su vecino.

—Nada.

—Se ha puesto V. muy pálido.

—Este tabaco me mareo.

—Siéntese V., siéntese V.

—¿Qué tienes? le preguntó Enrique.

—La muger por quien voy á batirme es aquella que ves allí.

—¿Luisa?

—Sí, la esposa de Vargas. Te lo digo, porque mañana hablarán de ello los periódicos; y si no la nombran por su apellido, darán unas señas tan claras, que será imposible desconocerla.

—¿Te bates por Luisa?

—Por sostener que no tiene amores con Céspedes.

—¿Estás loco, Fernando, estás loco? Piensa que va á ser tu desafío un verdadero juicio de Dios, y que no está la justicia de tu parte.

—¿Quieres inspirarme temores?

—No.

—Mira, Enrique, si yo temiera perecer

mañana en el duelo, me presentaria en él temblando despues de lo que estamos viendo.

—¿Quieres que procure evitarlo?

—Tú me lo propones, Enrique.

—Tienes razon, no hay mas remedio. Bá-tete mañana y Dios obre.

Fernando se mordió los labios, y haciendo un esfuerzo sobre sí logró aparecer mas tranquilo, y aun estarlo quizas realmente.

Salió el cuarto toro á la plaza, y aunque no prometia gran cosa probó que *bajo una mala capa se oculta un buen bebedor*. Hizo lo contrario que el tercero; acometió con timidez, pero se creció al hierro el vicho, y remataba siempre en el bulto. Tomó diez varas cen despejo, y dejó en la plaza cuatro momias. Este toro tuvo la suerte de ser degollado á la primera, lo que desacredita al diestro; pero saca de penas al animal, y de su espectacion al público.

El quinto toro fué tan malo como el tercero, y el sexto tan malo como el quinto. La historia no debe ocuparse de tan poco notables seres, y Fernando y Enrique debieron entre empellones y codazos salir á buscar su berlina.

El cochero los esperaba en el parage convenido, y despues de abrir la portezuela dijo á Fernando.

—Señorito ¿se ha divertido su merced?

—Asi, asi.

—¿Qué tal la corrida?

—Dos toros buenos y cuatro malos.

—Entonces no vale gran cosa.

—¿Por qué, Jacobo?

—¿Si V. viera en el ministerio cuatro hombres que no valian nada, y dos medianos, qué diria, señor, qué diria?

—Que no era bueno el ministerio.

—Pues eso digo de los toros. ¿A dónde vamos?

—A Lardy.

La berlina partió al galope, y pocos momentos despues se paró frente de la fonda. Bajaron los amigos y Fernando dijo al buen cochero.

—Jacobo ¿cuánto te costaron los billetes?

—Ocho pesetas, señorito.

—¿Cuánto te debo del carruage?

—Lo que me dé su merced señor.

—¿Quieres por todo cuatro duros?

—Eso es pagarme como un principe.

—¿Tú sabes callar?

—Como un muerto.

—A las cinco de la mañana estarás aqui con tu berlina.

—No faltaré.

—Pues hasta mañana.

---

---

## CAPITULO XI.

### El Duelo.

A las cinco de la mañana estaba Jacobo en el parage que le habia señalado el poeta silvando una cancion andaluza, y echada la barba sobre el lomo de su caballo favorito. Meditaba el jovial cochero sobre el capricho de los jóvenes que se habian propuesto pasear en una madruguda tan fria, y no encontraba consonancia á tan particular locura. Por lo demas estaba seguro de recibir buena propina; y cada vez que se soplaban los dedos yertos por el frio ponía el pensamiento en su bolsa, y esperaba poner en ella otros cuatro duros á lo menos.

Hay encontrados pareceres sobre si los li-

ores dan calor, ó por el contrario contribuyen á la paralización de la sangre: pero todas estas opiniones estan conformes en que el oro es un tónico escelentísimo; y por lo tanto el buen Jacobo cobraba vigor al recordarlo, y no se acordaba del frio.

Cuando estaba mas descuidado sintió una palmada sobre el hombro, y volviendo al punto la cabeza vió á Fernando con el paletó bien abrochado y una bufanda de casimir que le llegaba hasta los ojos; Enrique de la misma manera estaba al lado de su amigo.

—Muy buena mañana, señorito, dijo Jacobo saludando, como de costumbre, al poeta y sin acordarse de su amigo por quien no abrigaba simpatías. Ha elegido su merced una madrugada bastante fresca; pero en cambio tendremos un dia delicioso.

—¿Ha esperado V. mucho, Jacobo?

—No soy aficionado á que me aguarden, y asi que oí las cinco menos cuarto tomé un traguillo de aguardiente, y me vine al lugar que me habia su merced señalado.

—Puede V. abrir la portezuela.

—En el instante, señorito.

Los dos amigos se subieron, y Fernando gritó con voz breve.

—Al canal.

Jacobo se subió al pescante, y puso sus caballos al trote.

—Estoy admirado, dijo Enrique, de la grande tranquilidad con que has dormido toda la noche.

—En cuantos duelos he tenido he pasado noches tranquilas.

—Si no te despierta Julian, estarias todavía durmiendo.

—Regularmente no; acostumbro á despertar á la hora precisa siempre que tengo algo que hacer.

—¿Por qué duerme un jóven tranquilo la vispera de ir á matarse, y no puede cerrar los ojos cuando le atormentan los celos?

—Porque el amor es mas que la vida. En un desafio solo se pierden algunos años de tormento, ó, como diria un buen cristiano, de peregrinacion sobre la tierra; mas teniendo celos se teme perder el objeto que amamos, y la felicidad, querido Enrique, es mas preciosa que la vida.

—Tienes mucha razon, Fernando. Mas á propósito de los celos. ¿Los has tenido alguna vez de una muger tan adorada, que si hubieran visto tus ojos una infidelidad palpable no hubieras sabido que hacerte?

—Sí, Enrique: una vez en mi vida he

amado con tal frenesí, que si hubiera visto yo mismo la infidelidad por mis ojos hubiera sabido únicamente volverme loco ó suicidarme. Hay mugeres, querido Enrique, que no debieran conocerse; mugeres que nos aprisionan para no dejarnos jamás, y que es preciso poseerlas, como es preciso tener aire para respirar y vivir.

Fernando pronunció estas palabras con singular exaltacion; mas de pronto dobló la cabeza, y se quedó como dormido.

—¿Duermes, Fernando?

—No; recuerdo.

—Ayer estabas tan jovial, y hoy tan abatido.

—Los toros me hicieron mucho daño.

—Es verdad. Fué mucho descaro presentarse...

—Si; mucho descaro. Los del café tienen razon. ¡Pero quién les ha dado derecho para destroz ar honras ajenas? No estoy arrepentido Enrique, y Dios decidirá muy pronto de qué parte está la razon.

La fisonomía de Fernando volvió á reanimarse de nuevo, y destellaron sus grandes ojos como dos diamantes al sol. Enrique se dió la enhorabuena de ver tan enérgico á su amigo; y para que la conservase le dijo.

—Y ademas, Fernando, cuando se tiene un desafio se olvida el origen casi siem-

pre en medio de sus accesorios. Ellos hablaron mal de una muger que tú aprecias como á una amiga...

—Que yo odio con toda mi alma.

—¿Odias á Luisa?

—No, amigo mio, la aprecio como dijiste antes con una amistad verdadera.

Enrique se quedó callado, y Fernando volvió á caer en su doloroso abatimiento.

La berlina paró, y Jacobo dijo á Fernando.

—Señorito. Ya hemos llegado al canal; ¿me bajo?

—Sí, abranos V. la portezuela.

El cochero lo ejecutó, los amigos se asieron del brazo, y mandando á Jacobo que los esperase, sin moverse de aquel lugar, se entraron por las alamedas.

—¿La cita, preguntó Fernando, fué sobre el puente?

—Sobre el puente.

—¿Habrán llegado?

—Creo que no. Los luceros brillan todavía y tardará en amanecer. ¿Qué encerrará cada lucero?

—Ese manto azul, amigo mio, tendido sobre nuestras cabezas es tan impenetrable á nuestras miradas como el corazon de cada hombre.

—Pero mucho debe encerrar.

—Mucho encierra cada corazón. Si Dios me dijera alguna vez, voy á darte vista sobrehumana para que leas en el gran libro, cuyas páginas son los astros, ó para que penetres hasta el fondo en el corazón de los hombres, me decidiría por lo último.

—En los astros verías la luz.

—Y en el corazón las tinieblas.

—¿Para que querrias ver, Fernando, entre esas tinieblas espantosas?

—Para conocer la verdad.

—Es tan amarga muchas veces.

—Sí, es una espada de dos filos, que penetra el pecho de un golpe y divide en dos el corazón; pero la duda es un veneno, que va carcomiendo poco á poco, y antes de quitarnos la vida nos hace sufrir mil dolores. Ya van apagando sus luces esos luceros tan radiantes, y una claridad suave y pura anuncia el nacer de un nuevo día.

—¿Distingues por aquella alameda dos hombres?

—Sí.

—¿Y serán.....

—Florencio y Quiñones que acuden á cumplir la cita. Por aquel lado llegan otros.

—Me parece conocer á Olivares.

—Sí, Olivares y su testigo.

Florencio y Quiñones llegaron al lugar designado el día antes. Quiñones saludó con su natural altanería, y Florencio dijo á Fernando.

—Ha madrugado V., amigo mio, mas que nosotros.

—Hay dos citas que suelen tener mucha importancia, pero que es preciso tratarlas de muy diferente manera; en las de honor se pierde mucho presentándose un poco tarde; en las de amor mucho se gana haciendo esperar largo rato.

Quiñones sacó su reloj, y dijo.

—No han dado las seis.

—Muy bien venido, Rafael, dijo Fernando, no queriendo entrar en polémicas bastante fuera de propósito, al testigo del pobre Olivares.

—Todavía me estoy saboreando con los cigarrillos de ayer, y si se trae V. consigo algunos los fumaré con mucho gusto.

Fernando sacó la petaca, y ofreció cigarrillos á todos.

—Señores, dijo entonces Florencio, estamos aquí reunidos para un lance desagradable, y antes de venir á las manos quizás encontraríamos algun medio de dejar á todos con honra.

Enrique se acercó á Fernando, y le dijo.

—¿Te encuentras dispuesto á dar alguna satisfaccion?

—Allí veo mis espadas y mis pistolas, ellas deben darla por mí.

—¿No dice V. nada, Fernando? preguntó Florencio.

—Amigo mio, respondió Enrique adelantándose; Fernando ha sido provocado, y á la provocacion responde como cumple á un buen caballero. Si sus adversarios retiran la provocacion, en ese caso yo me comprometo en su nombre á terminar amistosamente esta empeñada diferencia.

—Si retira Fernando la palabra, interrumpió Rafael al punto, con que ofendió á estos caballeros, yo me comprometo...

—Es en valde, interrumpió Enrique á su vez; Fernando no retracta jamás la palabra que una vez pronuncia.

—En ese caso.

—En ese caso pensemos, señores, en el duelo: Fernando ha de sostener dos si del primero sale bien.

—Es verdad, replicó Florencio; y es indispensable pensar en quién ha de batirse primero.

—Segun mi opinion, dijo Rafael, debe ser Quiñones el primero en batirse: pues aunque nos encontramos á un mismo tiempo en casa de Fernando, Florencio fué el primero á hablar, y le corresponde de derecho.

—No niego que por antigüedad corresponde batirse á Quiñones ; mas es preciso tener en cuenta que despues de haberse batido al florete , aunque la suerte le sea próspera , no tendrá Fernando firme el pulso para tirar á la pistola.

—Es muy pequeño inconveniente , dijo Fernando tomando parte por primera vez en la disputa ; soy ambidestro , y si se me cansa mucho un brazo con el manejo del florete sabré disparar con el otro.

—En ese caso , dijo Florencio , puede V. comenzar su duelo , cuando le plazca , con Quiñones.

Los dos adversarios se quitaron al instante los paletós , se despojaron de los chalecos , de los tirantes y sombreros , y colocándose frente á frente recibieron con elegancia los floretes que les presentaron sus padrinos.

Convenientemente colocados , se pusieron los dos en guardia , y á una señal de los padrinos se cruzaron los dos aceros como dos culebras que luchan. La presencia de Luisa en los toros habia colocado al poeta en una posicion desventajosa , y preocupado por la idea de que deberia perecer si se mostrase en su desafio un verdadero juicio de Dios , se batia con desconfianza , y por lo tanto torpemente. Algunos amigos de Fernando habian noticia-

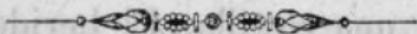
do á Quiñones lo aventajado del poeta en el ejercicio de las armas, y con este justo temor mas cuidaba de defenderse, que de acometer á su adversario. Mas como notase el descuido con que Fernando se batia, cobró valor y confianza, acometiendo mas de recio. Para terminar de una vez un combate que se hacia largo, le tiró una estocada á fondo que parada atropelladamente no pasó el pecho del poeta, pero le hirió el brazo derecho. Fernando vio brotar su sangre, y á su vista se enfureció como el herido javalí. Desterró las preocupaciones que habian entumecido su brazo, y dando un quite y una estocada que no pudo parar Quiñones, le atravesó el brazo derecho, y penetró el hierro en el costado clavándose en una costilla. El herido lanzó un agudo grito, y soltó el florete de su mano. Todos acudieron en su auxilio, y vieron con júbilo que la herida no tenia síntomas de mortal.

—Ya está terminado este duelo, dijo Fernando: vamos al otro antes que entre mas la mañana.

Antes, replicó Rafael, le vendaremos ese brazo.

—Es inútil. Si salgo bien, tiempo quedará para hacerlo; y si perezco, poco importa que esa herida derrame sangre.

Fernando no quiso vestirse, y se colocó á veinte pasos de su antagonista Olivares: cargaron los padrinos las pistolas, eligió Olivares por invitacion del poeta, cogió Fernando su pistola con la mano izquierda, y al sonar la tercera palmada, silbaron dos balas á un tiempo.



---

---

## CAPITULO X.



### Don Pedro de Vargas.

Como lo habia predicho Fernando, al dia siguiente los periódicos se ocuparon del desafio, y no ocultaron los motivos que habian ocasionado el duelo; el mas esplicito se expresaba en los términos que copiamos.

«Ayer ha tenido lugar un doble duelo, notable por esta circunstancia y por el motivo que dió márgen á tan raro acontecimiento. En un café poco concurrido y á hora adelantada de la noche estaban una porcion de jóvenes, ocupados en lo que ellos llaman *sesion de crónica escandalosa*. Uno de ellos anunció una noticia digna de llamar la atencion,

y no queriendo decir el nombre de la dama protagonista, solo dijo su categoría, las circunstancias de su marido, que es un opulento banquero, y la de su amante que, segun él, es un personaje importante, y segun otro, que aclaró el intrincado logógrifo. un ministro de la corona, y la dama la interesante... Aqui es preciso poner punto; pues el decoro de la prensa no permite estampar los nombres cuando la simple enunciacion basta para que queden infamados.»

»Entre los curiosos cronistas estaba un jóven, que disfruta de una grande reputacion como distinguido literato. Este jóven, que se interesa segun unos por la reputacion de la dama, y segun otros mejor hablados por el honor de su marido, desmintió á los mantenedores de la crónica escandalosa, resultando de ello el desafío de que hemos hablado en un principio.»

»El duelo se verificó á las inmediaciones del canal; el primer lance fué á florete, y quedaron en él heridos los dos antagonistas, aunque levemente el literato, y de mas gravedad el otro. Se efectuó el segundo á pistola, quedando ileso el jóven poeta, y su competidor con un balazo, que le atravesó ambos carrillos y que le privará por mucho tiempo de dar noticias, que si falsas, prueban un

alma muy infame, y si verdaderas, un prurito de no tener nada callado mucho mas propio de mugeres que de hombres con algun pundonor.»

»La fortuna ha estado en este duelo de la misma parte que la justicia; el hombre de corazon recto ha manifestado tambien que lo tiene varonil y grande, dándonos una prueba mas de su valor, de su destreza y de su bizarra hidalguía.»

Con este periódico en la mano entró Vargas en el gabinete del poeta. Fernando estaba recostado en una elegante butaca, con el brazo derecho vendado y puesto sobre un almohadon, y notando un capítulo de novela á un escribiente, porque necesitaba trabajar para mantenerse aquel mes.

—Buenos dias, Fernando, dijo Vargas con un acento indefinible, y con una espresion de fisonomía bastante dudosa tambien.

—Muy buenos dias, amigo Pedro, le contestó el poeta con el tono mas franco posible.

—Quisiera hablarte unos momentos sobre un asunto reservado.

—¿Tiene V. la bondad, amigo mio, dijo Fernando á su escribiente, de irse á la sala mientras hablo con este caballero?

—Sí señor.

El escribiente los dejó solos, y Fernando dijo á su amigo.

—Puedes empezar cuando gustes.

—Toma, Fernando, toma y lee.

Vargas dió á Fernando el periódico, el poeta lo leyó con pausa, y devolvió luego á su amigo.

—¿Qué me respondes á ese párrafo?

—¿Qué quieres que yo te responda? contestó Fernando sonriendo; hay muchas lenguas viperinas que juegan con la honra de un hombre ó con el honor de una dama, porque encuentran la impunidad siempre, un millon de veces el aplauso y muy rara vez el desprecio. Hablaron delante de mí, como este periódico cuenta, y sucedió lo que refiere.

—Repara, Fernando, en estas lineas. «Este jóven que se interesa, segun unos por la reputacion de la dama, y segun otros mejor hablados por el honor de su marido.» ¿Cuál de estas dos causas, Fernando, te ha impulsado á provocar el duelo?

—Ninguna de las dos quizás, y quizás las dos á la vez.

—No te entiendo.

—Pues es muy claro. Cuando yo desmentí á los jóvenes que se ocupaban de este asunto, lo hice de un modo maquinal, con una irri-

tacion nerviosa. Quizá mi cólera nacia de un principio de pundonor, de moralidad si se quiere, y en este caso, amigo Vargas, quedan sin valor los dos motivos que nos presenta este periódico. Mas si mi cólera fué hija de la amistad que te profeso y del cariño que he profesado á tu esposa desde la infancia, tiene razon este periódico, y dirá la verdad si presenta las dos causas como una sola.

—¿Pero has notado la malicia con que ha puesto la disjuntiva, y como empozoña?...—

—Amigo Vargas, juzgo que debemos despreciar palabras puestas al acaso ó con muy dañada intencion.

—¿Y los que las lean?

—Los que las lean, si son honrados y juiciosos, las darán su justo valor, si son inmorales é imprudentes, debemos despreciar sus juicios.

—Pero el mundo...

—Te he contestado como debo hacerlo á un amigo; si no has quedado satisfecho, aun estan calientes mis pistolas; pero dispuestas á servir.

—¡Fernando!

—¿Qué quieres que te diga, Vargas? Ayer me batí por tu honor; si lo juzgas comprometido me batiré tambien mañana, y decidirá la fortuna.

—No, Fernando; no fuera justo que sacrificásemos nuestras vidas, y lo que mas vale, la amistad á ridículas preocupaciones: yo estoy satisfecho de tí, y con mi conciencia me basta. ¿Pero qué debo hacer, Fernando?

—¿Respecto á qué?

—Respecto á Céspedes y á mi esposa.

—Procura, Vargas, que concluyan esas apariencias inocentes, pero que el mundo cree culpables.

—¿Deberé acabar mis relaciones con el ministro?

—No lo sé. ¿Qué te ha ligado con ese hombre?

—Un lazo de nuestros intereses.

—¿Prósperas?

—He prosperado; pero hoy tengo perdidas mis ganancias y mas de tres millones mas.

—Segun esa cuenta nada ganas con la amistad del señor ministro.

—Tengo pérdidas considerables.

—Entonces bien puedes dejarla.

—Pero tú no tienes en cuenta que con su amistad me será facil recuperar en pocos dias cuanto llevo perdido.

—Vargas, has tocado un punto muy sério, y yo no puedo permitir que te arruines sin advertirtelo. La subida de nuestros fondos no se ha cimentado en medidas que reorganicen

nuestra hacienda y ofrezcan un próximo equilibrio entre los ingresos y los gastos. Tú sabes como yo, y aun mas, cuántos manejos reprobados y cuántas intrigas bursátiles han dado un valor al papel que no se encuentra en consonancia con la situación del país. Pero lo que quizás no sabes, ó aparentas ignorar al menos, es que las alzas, así impulsadas, son momentáneas, son efímeras: que viene tras ellas la reacción rápida, segura, permanente, y que el que realizó ganancias sufre pérdidas colosales.

—Te engañas, Fernando, si crees que pueden bajar mas los fondos. Para que sucediese así era necesario un gran trastorno, lo que conocemos en España con la palabra PRONUNCIAMIENTO, y el gobierno tiene mucha fuerza para que pueda suceder.

—Yo no discutiré contigo la posibilidad de un cambio, ni hasta dónde pueda llegar la fuerza física del gobierno; pero sí te diré mil veces que sin necesidad de PRONUNCIAMIENTOS, que sin lucha armada se desploma un ministerio y un partido, cuando en vez de obrar en justicia y de tomar medidas útiles, beneficiosas para todos, obra con notable violencia y sacrifica el procomunal á los intereses privados. No podrás negarme que sucede cuanto te acabo de decir; no podrás negarme que

el gobierno ha perdido ó no ha tenido nunca fuerza moral dentro ni fuera; que marchamos por una pendiente en cuyo fondo está un abismo.

—Fernando, Fernando, poetizas.

—Hay ocasiones, amigo Vargas, en que la poesía es la verdad.

—Meditaré cuanto me has dicho.

—Puedes hacer lo que te plazca.

—Ahora me dirijo á la bolsa, que ha dado la una.

—Tienes razon.

Se levantó Vargas, tomó el sombrero y se encaminó hácia la puerta; Fernando salió á despedirle.

—A propósito, amigo mio, dijo Vargas desde el dintel; podias irte á casa esta tarde, y comeríamos juntos.

—No es posible. No quiero salir á la calle hasta que se me cure el brazo.

—Es verdad que no podrás vestirte. Pero que no dejes de ir á verme.

—Te prometo, mi querido Vargas, hacerte una larga visita.

—Adios, Fernando.

—Hasta despues.

El banquero bajó la escalera, y Fernando volvió diciendo.

—Si me enamoro alguna vez, cumpliré mi

promesa á Vargas; y si Luisa no hace latir mi corazón como otras veces, tendré la gran felicidad de haberme enamorado de veras.

En seguida entró en su despacho, llamó de nuevo á su escribiente, mandó que leyese las últimas líneas, y encontró que podía añadir estas palabras muy conformes con su situación actual.

«El mas hermoso ensueño de amor tiene un despertar triste ó terrible; el amor da continuas penas; sin amor el hombre no vive; la completa felicidad no puede encontrarse en la tierra; justo es esperarla en el cielo.»

---

---

## CAPITULO XI.

---

### La historia de Julia.

Solo hay una cosa que pase con la rapidez que el tiempo pasa, la ilusion por bella que sea. ¡Cuántas ilusiones de gloria se disipan en un solo dia, cuántas de amor en un instante! Sueños que acariciais al niño, cerrar los párpados al jóven; fantasmas que á este entusiasmais, vagad en torno del anciano. Ni los sueños ni las fantasmas vuelven cuando la edad pasó; por eso pasan las ilusiones como el tiempo para no volver; gotas de agua son, que se confunden en un insondable Occéano.

Llegó el veinte y cinco de febrero y en la buhardilla que conocen cuantos han tenido la paciencia de entretenerse con estas páginas

estaba sentada Teodora, casi buena de su enfermedad, pero derramando tristes lágrimas. Ocupada en coser una sábana dejaba cien veces la aguja, y se limpiaba con el lienzo sus mejillas bañadas en llanto. Ni el esclaustrado ni la jóven acompañaban á Teodora, como lo tenían de costumbre, y cuando llamaron á la puerta, se levantó á abrirla llorando.

No encontró en ella á quien esperaba; pues en vez de su hermano Joaquin halló á Fernando, que salia por primera vez despues del duelo.

La madre de Julia se turbó á la presencia de Fernando, y apenas pudo presentarle una silla para que tomase en ella asiento. El poeta paseó una mirada por la habitacion, leyó en los ojos de Teodora alguna pena mal guardada, y no queriendo ser indiscreto en vez de dirigirla preguntas, la dijo:

—He venido, señora, porque esperaba á don Joaquin, y siendo las dos no ha ido á casa. Temí que se encontrase enfermo, y esta es la causa principal de mi venida.

—Don Fernando, dijo Teodora entre suspiros, Joaquin no está enfermo á Dios gracias, y no ha ido á su casa de V. por espresa prohibicion de Julia.

—¿Qué razon ha tenido Julia para un proceder tan estraño?

—Su estremada delicadeza.

—¿Su delicadeza?

—Señor, V. se habia impuesto una carga quizás superior á sus fuerzas, y esa visita mensual equivalia á presentar la nómina. Julia no podia permitir que continuase por mas tiempo.

—¿En dónde está Julia?

—Ha salido.

—¿Con quién?

Fernando hizo esta preguntá poco delicada quizá, porque sentia una inquietud vaga, y agolparse demasiada sangre á su corazon y á su cabeza.

—Ha salido, contestó Teodora, acompañada de mi hermano.

Fernando respiró desahogado, como si le hubieran quitado un gran peso. Despues prosiguió.

—Señora mia, temo mucho ser indiscreto: pero el interés que me inspira una familia virtuosa me autoriza para hacer preguntas, que V. puede contestar ó no segun juzgue mas conveniente. ¿A dónde ha ido Julia?

—Don Fernando, Julia ha ido á ver una señora que necesita una doncella, para ofrecerla sus servicios.

—¿Quiere Julia entrar á servir?

—Es su resolucion invariable. Eso no será. dijo Fernando. Antes de quedarse en esa casa ¿vendrá á despedirse de V?

—Sin la menor duda.

—La aguardo, y uniremos nuestras instancias para que mude de opinion.

—Quizá no podremos conseguirlo. Julia ha sufrido sus primeras desgracias sin conocerlas ella misma; se ha sumergido en la miseria con la resignacion de una mártir, y se ve agoviada bajo el peso de los beneficios de V.

—La vida de Julia, señora, debe encerrar en pocas páginas una historia bastante triste.

—A lo menos le cuesta muchas lágrimas.

—Esa historia.....

—Veo en sus ojos de V., caballero, un gran deseo de conocerla.

—No quiero disfrazar, señora, mis sentimientos en lo mas mínimo. Deseo conocer esa historia, no por vana curiosidad, sino porque estoy muy interesado en cuanto á Vds. pertenece.

—Dispóngase V. á escucharla.

La pálida tez de Teodora se tiñó de un vivo carmin, y haciendo un esfuerzo empezó.

—Julia era hace diez y ocho años una niña de pocos dias, que con sus sonrisas inocentes hacia mi ventura completa y la de un capitán de infanteria, mi querido esposo y su padre. V. la conoce, caballero, y no estrañará si le digo que la niña Julia era un ángel, con sus

ojos negros y rasgados, con su boca breve y risueña, con sus cabellos de azabache y sus mejillas de leche y grana. Me parece que estrecho todavía aquellos piececitos pequeños y aquellas manos, torneadas como las estatuas de marfil. Se me representa su cuna, y entre los encajes de la sábana aun veo asomar su cabezita, y escucho su voz que balbuceaba por la primera vez «*mamá.*» Me estasio con estos recuerdos; mas si alguna vez, don Fernando, conoce V. el amor de padre, fundará todas sus delicias en que le den tan santo nombre los ángeles que le deben el ser.

Teodora se detuvo un instante, y Fernando movió la cabeza como diciendo: esos placeres no son, señora, para mí. La madre prosiguió despues.

—Creció mi Julia, como crecen la mayor parte de los niños, entre los brazos de sus padres y los sueños de la inocencia. Festiva siempre y vivaracha, batia las palmas de alegría cuando la daban una flor, y bailaba al aspecto de un traje, de un sombrerito ó de una cinta. Cuatro años no mas tenia Julia cuando ascendieron á mi esposo á comandante de batallon. Su mayor júbilo al recibir la gracia de su magestad fué, que con el aumento de paga podria comprar nuevos adornos á su presumida chiquitina. Muchas veces que estaba solo

con mi Julia la sentaba sobre sus rodillas, y formaba planes con ella para un remoto porvenir. » Yo seré con el tiempo, decia, coronel, brigadier, general, ¿y qué serás tú, Julia mia, entonces? Yo seré, papá, generala. « Su padre la daba mil besos, y continuaban sus locuras. La bondad de Fernando VII no fué escasa para mi esposo, y á su muerte ya tenia el mando de un muy lucido regimiento. Julia contaba siete años. La muerte del rey dió la señal para que lidiasen los partidos, y mi esposo permaneci6 fiel á la heredera del rey muerto. Recibi6 6rden de incorporarse al ej6rcito de Rodil, y con 6l entr6 en Portugal. Terminada aquella expedicion, sin derramamiento de sangre, volvi6 el ej6rcito á Castilla, y mi marido pas6 al Norte. Sostuvo con valor cien reencuentros, y parti6 en Mendigorria los laureles que ciñeron las sienes de C6rdova.

Fernando se limpi6 una lágrima.

—¿Por qué llora V., caballero? pregunt6 la madre de Julia.

—Porque ha pronunciado V. un nombre lleno de recuerdos para mí. El valiente general C6rdova, vencedor en Arcos, en Mendigorria y en Arlaban, muri6 en tierra estraña y proscrito, sin que permitiese nuestro representante en Lisboa que se le hicieran los honores pertenecientes á su clase; y no fueron

sus enemigos los que le lanzaron de España, fueron sus amigos políticos desagradecidos y cobardes. Dispénseme V. esta interrupcion, arrancada por un sentimiento vivo y permanente á la vez, y siga el hilo de su historia.

—Al lado de este general se halló en varias expediciones, y en la célebre toma de Arlaban mereció que se le recomendase eficazmente por su heróico comportamiento segun el general decia. Poco tiempo despues dejó Córdoba el mando de nuestros ejércitos, y fué á buscar en tierra estraña el reposo que le negaba su patria dividida en bandos y esclava de ruines pasiones; otro general le sucedió, y mi esposo siguió en el ejército. Intrépido, como de costumbre, hizo su deber en cuantas ocasiones se le proporcionó batirse, y el dia 24 de marzo de mil ochocientos treinta y... pereció víctima de su arrojo. Mi Julia contaba once años.

Teodora se interrumpió de nuevo, y deramó abundantes lágrimas. Fernando las dejó correr, porque las lágrimas comprimidas son un tósigo para el alma, y las que corren un consuelo que disminuye sus dolores.

—Cuando murió mi amado esposo viviamos mi tierna Julia y yo en Vitoria, como parage mas oportuno para que nos viese su padre cuando el curso de las operaciones le permitian algun descanso. Allí permanecí algu-

nos meses, pero como percibia muy mal la viudedad que me corresponde, resolví venirme á la córte para agenciarla por mí misma. Me encontré aqui sin relaciones y sin conocer siquiera los trámites para adelantar mis negocios. Pasáronse meses y meses, hicieron estos meses años, y mi Julia cumplió los quince. ¡Qué orgullosa estaba con ella! La presentaba en los paseos, y todos los hombres la bendecian, quitaba la devocion en las iglesias y encantaba en los espectáculos. Cándida como una paloma era blanca, rosa de abril que ve á los reptiles á sus pies sin contagiarse con su lodo, y como los ángeles del señor cruzaba todas las esferas, siempre hermosa, siempre radiante. Mientras crecia mi tierna Julia en atractivos y en belleza, se iban acabando mis recursos con estraordinaria rapidez. Mis alhajas de mas valor estaban vendidas ó empeñadas, y mis créditos de viudedad en manos de los prestamistas. En vano supliqué al ministro reunida con otras cien viudas; en vano llevamos á las Córtes nuestras humildes peticiones; se hicieron sordos á nuestras súplicas, y se aumentó nuestra miseria. Una muger que habitaba entonces en el cuarto segundo de mi casa, y de la que yo me servia para mis empeños y mis ventas, conociendo toda la estension de mis apuros, que yo cuidadosamen-

te ocultaba á Julia para no afligirla, me llamó á parte con misterio, y entregándome el corto valor de un anillo que habia vendido—Señora, me dijo, yo veo que V. está sufriendo escaseces por su voluntad, nada mas.

—¿Por qué me habla V. de ese modo?— Porque yo conozco á un caballero que está enamorado de Julia, y si la niña le admitiese se acabarían todos los apuros.—Ese caballero, señora, no querrá casarse con mi hija cuando sepa que es tan pobre.

—Aunque fuese su hija de V. la mas opulenta del mundo no podria casarse tampoco, porque el caballero está casado. Al escuchar estas palabras se me subió la sangre al rostro, y no sabiendo qué contestar, volví las espaldas á la vecina sin darla ninguna respuesta. Aquella noche no dormí pensando en la terrible idea de ver á mi Julia venderse, y la vecina no pareció en el trascurso de tres dias. Al cuarto tuve que llamarla para que me vendiese una mantilla. Me la devolvió aquella noche, diciendo que no habian encontrado compradoras; pero para socorrer mi necesidad me prestó media onza; que al principio rehusé por un presentimiento, pero que á sus repetidas instancias me fué indispensable aceptar. Con este motivo me habló de las instancias del caballero, y me aconsejó permitiese

me hiciera alguna que otra visita, pues lo solicitaba con instancia; y que siempre quedaba en libertad de poner coto á sus deseos. Me opuse con fuertes razones, la vecina volvió á la carga, y yo, caballero, cedi.

Teodora calló de repente, pudiendo apenas enjugarse las lágrimas que de sus ojos en copioso raudal corrian; Fernando la contempló con lástima, y la viuda continuó:

—Quisiera poner, don Fernando, un paréntesis en este punto; pero como pena de mi crimen apuraré la amarga hiel que me envenena al recordarlo. El caballero aprovechó la venia que habia concedido en un momento de impremeditacion y delirio: Julia le recibió cortada, y ... Permitame V. que no refiera pormenores innecesarios, y conténtese V. con saber que á los quince dias de esta visita Julia no podia presentarse con el blanco velo de las vírgenes. Todas las pomposas promesas que me habia hecho nuestra vecina no llegaron á realizarse; y á los dos meses enviaba el caballero á uno de sus viles amigos á que se encargase de mi hija, especie de sesion que hacen con mucha frecuencia esos señores, para quedar desembarazados de lo que juzgan una carga. Julia por el espacio de dos meses habia sido dama de este hombre: pero su corazon estaba puro como en el instante de

nacer. La conducta de este personaje me habia herido en lo mas profundo del alma, y en un momento de despecho juré mas bien entregar á Julia á la prostitucion mas infame, que consentir fuese querida del hombre que se presentaba á recogerla como herencia de un amigo bastante infame para dejarla de aquel modo. Rechazé, pues, sus proposiciones, volví á mis antiguas escaseces, y dos meses antes del dia en que V. conoció á mi Julia, cediendo á la necesidad, habia concurrido á la casa que V. sabe, y que yo recuerdo con remordimientos y vergüenza.

—¡Pobre Julia! exclamó Fernando.

—¡Pobre hija mia, pobre hija mia! exclamó Teodora á su vez, y despues prosiguiendo la historia continuó:

—Sus palabras de V., don Fernando, hicieron conocer á Julia lo que no habia conocido hasta entonces. Abiertos sus ojos de repente se creyó perdida ante Dios, ante sí misma y ante los hombres. Llegó á casa deshecha en llanto, y postrándose ante aquel señor de marfil, que está colgado sobre mi lecho, le prometió solemnemente no entregarse jamás al vicio que habia ejercido sin conocerlo. Reducida á no salir de casa, mandó vender todos sus adornos, y cambiamos nuestra habitacion por la buhardilla en que ahora es-

tamos. Cada dia estábamos mas pobres, vendimos lo mas necesario, y últimamente caí yo enferma. Mi hermano, que me habia dejado durante el estravío de Julia, volvió á reunirse con nosotras, y con las limosnas que le daban comiamos un pedazo de pan humedecido con nuestras lágrimas. Nada nos quedaba que vender; los frios habian arreciado mucho, y mi hermano volvía algunas noches casi exánime de esperar que le diesen una limosna. Julia, mas jóven y robusta, quiso esponerse á los rigores de una estacion que los poderosos ven acercarse con placer, porque es propia para saraos, para espectáculos y banquetes; pero que á los pobres espanta, porque carecen de vestidos, porque cuesta cara la leña, y no tienen buenos manjares para confortar los estómagos. En esta vida, caballero, llegó la nochebuena, y V. sabe lo que sucedió.

—Si, señora.

—¿Le da á V. mucho en que pensar la historia de mi pobre Julia?

—Siento agolparse á mi cabeza una muchedumbre de ideas que casi no puedo definir. Yo soy muy severo, señora, y si en las costumbres depravado tengo una moral en el alma que el hábito no logra destruir. V. ha envenenado los dias de una paloma pura y

casta: V. ha matado la esperanza de la tierna Julia, y sin esperanza no hay vida en el alma de una muger. Si V. fuera mi madre, señora, y yo Julia mil maldiciones...

—¡Don Fernando!

—Tiene V. razon, no soy moralista, soy un bárbaro que asesino á V. á sangre fria.

—Justo castigo de mi crimen.

—No, no es V. la criminal. El criminal es el gobierno que no cumple sus obligaciones, que dejando en el abandono unas clases tan desvalidas como las huérfanas y las viudas, asesina y desmoraliza; haciendo mucho mas dificil cada dia la reorganizacion social.

Fernando hubiera dicho mucho sobre el tema que habia sentado: pero consideró mas prudente dejar que cada cual sacase las legítimas consecuencias. Agitado por estas ideas dejó su asiento bruscamente, y empezó á recorrer á largos pasos aquella miserable estancia. Mas por un extraño incidente cortó el hilo de sus ideas una que en nada tenia relacion con sus palabras anteriores, y parándose de repente,

—Señora, dijo á la viuda: desde que Julia renunció á una vida llena de azares, ¿no se ha presentado nunca en público?

—Una sola vez.

—¿En qué lugar?

—En los salones de Villahermosa.

—¿Recuerda V. el día?

—Sí señor. Era el domingo de piñata.

—¿Quién la acompañaba?

—Yo misma.

—¿Iba de máscara?

—Sí señor.

—¿Qué llevaba puesto?

—Me parece que un sencillo dominó negro.

—¿Y V. sabía la causa, señora, por qué se presentó en aquel sitio?

—Me manifestó un vivo deseo de concurrir á aquel espectáculo, con la esperanza al mismo tiempo de que la tocase la rifa.

—¿La vió V. hablar?..

En este momento dieron tres golpes á la puerta, y Fernando se encaminó á abrirla.



CAPITULO XII.



Es muy bonita.

En tanto que contaba Teodora la triste historia de su hija, caminaban Julia y su tio hácia la magnífica casa de un banquero. En el estrado de esta casa está una señora muy linda y de veintitres años lo mas. Viste un traje de gro rayado y juega con un ramillete de flores naturales que acaba de darla un caballero de unos cuarenta años de edad, vestido con lujo y de moda, pero sin aquella elegancia, que no se aprende en los salones, y es una especie de don innato, como el talento músico y el poético.

—Luisa, la dijo el caballero, desde el de-

safio de Fernando encuentro en tí cierta reserva que se aviene mal con mi pasión.

—Contra mi voluntad la uso, pero en algunas ocasiones debe dominar la razón á nuestros mas ardientes deseos.

—¿Temes, Luisa, que el mundo sepa nuestros amores?

—No, Blas, no: y aun me complazco en que sean públicos; pero necesito guardar consideraciones á Vargas.

—Ese marido.

—Difículto, Blas, que sea posible encontrar otro que le iguale. No le sentó bien el desafío; pero en la conducta de Fernando encontré razones para probarle, que era una quimera dar crédito al dicho de mis detractores. Si Fernando hubiera creído, le dije, que decían ellos la verdad, no hubiera salido á mi defensa, ni hubiera derramado su sangre por una muger poco digna de tan hidalgo proceder. Esto dije á Vargas, y confieso que me condenaba yo misma pretendiendo hacer mi defensa.

—¿Tenias algun remordimiento al acordarte de Fernando?

—Debí tenerlo, debí tenerlo. Se necesita un alma muy noble para batirse por una muger que ha herido nuestro corazón.

—¿Crees Luisa que Fernando te ama?

—Motivos tengo para ello.

—¿Cuáles?

—El haber defendido con espada en mano mi honor que tú, Céspedes, comprometías.

—Si yo me hubiera encontrado allí...

—No hubieras hecho mas que Fernando.

—Confieso que me era imposible haber hecho mas que el poeta.

—¿Tú me quieres mucho?

—Sí, Luisa.

—Pues si lo que tú hubieras hecho en mi favor ha hecho Fernando, está probado que me ama tanto como tú.

—Su carácter demasiado brusco y penden-ciero, y no su amor, le habrá llevado á soste-ner dos desafíos.

—Tiene reputacion Fernando de hombre comedido y cortés.

—¿Te has propuesto, graciosa Luisa, darme celos con ese hombre?

—Tú sabes, Céspedes, que no: pero su conducta ha sido noble, y es de justicia de-fenderla. Despues añadió para sí. ¿Por qué ha-bré preferido á un corazon el uniforme de un ministro?

Céspedes finjió estar incómodo, porque los hombres de cierto temple no saben amar ni tener celos; se levantó del confidente en que se encontraba sentado, y se aproximó á un

velador en que estaban algunos juguetes de china. Un lacayo entró en este tiempo, y anunció á Luisa que deseaban verla un anciano y una jovencita. La esposa de Vargas mandó que los condujesen al estrado, y entraron á pocos momentos el esclaustrado y su sobrina.

Julia, que descollaba siempre por su encantadora belleza, venia vestida con un gusto que la realzaba mucho mas. Su posicion no la permitia hacer alarde de ricas galas, pero su vestido de lana estaba cortado con primor, y su cuellecito bordado, limpio, sencillo y elegante. Dos gruesas trenzas de cabellos daban vueltas á su cabeza, y sus negros rizos parecian un rico prendido de raso. Saludó el primero don Joaquin, y llegándose á la señora, la dijo:

—Aqui tiene V., señora mia, á mi sobrina, de quien hablamos, y que solicita el honor de servirla como doncella.

—¿Cómo se llama V? preguntó Luisa.

—Julia, para servir á V.

Al escuchar la voz de Julia, se volvió Céspedes que estaba de espaldas hácia el confidente. El ministro se mordió los labios, dió algunos pasos hácia el grupo, y se mudó un poco de color. Julia ahogó un grito, estuvo á punto de caerse, y se puso tan encendida como el pétalo de una amapola.

—¿Qué le parece á V., amigo, dijo Luisa al ministro Céspedes, esta muchacha que pretende entrar á servirme de doncella?

—Me parece bastante bonita: contestó el ministro sonriendo.

—¿Sabe V. coser? dijo Luisa, dirigiéndose á la hermosa jóven.

—Bastante regular, señora.

—¿Y bordar?

—Tambien medianamente.

—¿Y peinar?

—Eso no sé, señora. Pero pondré mucho cuidado, y aprenderé en muy poco tiempo.

—Ofrece aplicarse, dijo Céspedes.

—Pero necesito, señor ministro, dijo Luisa con mal humor, una que haya aprendido ya.

—En ese caso... dijo don Joaquin.

—En ese caso siento no poder recibirla.

El esclaustrado y su sobrina saludaron y se salieron.

—¿Por qué no la recibe V? dijo Céspedes.

—Es muy bonita, y no me gusta tener que guardar hermosuras.

—Es verdad que es bastante hermosa...

—¿Céspedes!

—Por lo demas, Luisa, harias muy bien en recibirla.

—¿Por qué razon?

—Porque esa muchacha debe ser una Magdalena.

—¿Conoces á Julia?

—La conozco.

—¿Has sido su amante?

—No, Luisa.

—¿En dónde la has visto?

—En su casa.

—Qué lacónico estás.

—Contesto sin vacilar á tus preguntas.

—¿Qué sabes de Julia?

—Casi nada. Sé que ha tenido relaciones con un personaje que la abandonó al poco tiempo, encargándola á un buen amigo; sé que no admitió sus finos obsequios por resentimiento hácia el otro; sé que ha frecuentado algunas casas de prostitucion, bella Luisa; sé que la conoció Fernando en una bulliciosa orgía; sé que Julia abandonó su vida airada; que se encerró en una buhardilla, y que ha sufrido hambres y frios; sé que Fernando ha vuelto á hallarla, que la obsequia y que la mantiene...

Luisa se agitó en su sofá, y se mordió un poco los labios.

—Lo que no sé, prosiguió Céspedes, es la causa por qué ha venido á solicitar acomodo.

—Seria interesante saberla.

—Puedes lograrlo, hermosa Luisa.

—¿De qué manera?

—Recibiéndola.

—¿Estás loco, Céspedes?

—No.

—¡Recibir en casa una muger de tan depravada conducta!

—Tienes razon: y tanto mas, cuanto que su presencia te daría celos de tu amigo Fernando. ¿No es verdad, Luisa, no es verdad?

—No, Céspedes: es la razon que te parece muy bonita.

En este momento entró Vargas, y como marido importuno interrumpió una conversacion interesante y complicada.

—Me alegro mucho, dijo Vargas, de encontrar á V. aqui, Céspedes.

—¿Qué ocurre de nuevo, amigo mio?

—Lo que ocurrió ayer y antes de ayer, lo que está ocurriendo cada dia.

—Esplíquese V.

—El tres por ciento baja con grande rapidez, y si no se toman medidas, tendré que presentarme en quiebra.

—Se tomarán, dijo el ministro.

—Se tomarán, se tomarán: todos los dias dice V. lo mismo, pero el resultado es que no se toman.

—Tiene razon Vargas, dijo Luisa.

—Señora, replicó el ministro; tan interesado estoy yo en que nuestros fondos se ele-

ven, como Vargas, como el que mas. Están comprometidos, Luisa, mis capitales y persona : y una gran baja puede hacer que abandone yo el ministerio. Pero al mismo tiempo que urge reanimar la bolsa, es preciso atender á otros varios puntos mas interesantes quizás. La prensa desencadenada me persigue hasta mis trincheras, la oposicion en el Congreso se presentará formidable á la apertura de las Córtes : los ayuntamientos representan, y los descontentos murmuran.

—Todo se puede contener, repuso Vargas, si tenemos grandes capitales.

El ministro se levantó con rapidez, y dijo á Vargas.

—Amigo mio, se tomarán, se tomarán.

Despues se inclinó un poco á Luisa, y la repitió:

—¿La doncella será recibida?

—No, no. Es muy bonita, es muy bonita.

## CAPITULO XIII.

**No era mi madre.**

Abrió Fernando la mezquina puerta de la buhardilla, y una jóven vino á abrazarle, pero se detuvo de pronto, y dió un grito retrocediendo.

—Muy felices tardes, don Fernando, dijo el esclaustrado que entraba al retroceder su sobrina. Mucho hemos ganado en portero.

—No ha querido V. ir á mi casa, y como debemos reunirnos el veinticinco de cada mes, he venido á buscarle aqui.

—Acércate, Julia, hija mia: ¿por qué vienes triste?

—Señora, se ha malogrado mi proyecto.

Teodora, Julia, el esclaustrado y el poeta

formaron un pequeño círculo; y Fernando fué el primero á hablar.

—Estoy muy ofendido, Julia, con V.

—¿Conmigo, don Fernando? replicó la jóven turbada.

—¿De dónde viene V., señorita?

—De casa de don Pedro de Vargas. —

Fernando se estremeció un poco, mas reponiéndose prosiguió.

—¿Y qué buscaba V. allí?

—Colocacion.

—¿Para quién, Julia?

—Para mí.

—¿Para V?

La jóven no sabia ya que responder, y Fernando continuó:

—¿Tan mal se encuentra V., señorita, en la compañía de su madre y de su respetable tio?

—Por el contrario, estoy muy bien: pero...

—¿No considera V. que estan la una enferma y el otro débil, que pueden sufrir accidentes y necesitan los auxilios de una sobrina y de una hija?

—Sí señor; pero...

—Vamos, Julia, V. no quiere á su familia.

—Tengo frenesí por mi madre, pero...

—¿Pero qué?

—Es indispensable, don Fernando, ganar una la subsistencia.

—Yo estaba persuadido, señora, que no faltaba á V. lo preciso para mantenerse.

—No me falta, pero...

—Tal vez tiene V. necesidades que no estan del todo satisfechas. Esta buhardilla, por ejemplo.

—Para mí nada tiene de incómodo, y solo siento lo que sufren mi respetable tio y mi madre. Pero...

—¿Pero qué, Julia, pero qué?

—No debo, señor, abusar de los beneficios...

—¿Y encontró V. el acomodo?

—No señor.

—¡Y por qué, señorita?

—Porque no sé peinar:

—Será una falta imperdonable en una doncella.

—Asi lo creyó la señora.

—¿Recibió á V. Luisa?

—Sí señor.

—¿Estaba sola?

—No señor. La acompañaba un caballero.

—¿Sabe V. su nombre?

—Se llama... Julia no podia proseguir.

—¿Qué tiene V? ¿Cómo se llama?

—Se llama... Céspedes.

—¡Dios mio! exclamó Teodora.

Fernando se mordió los labios varias veces, y acercándose á la madre de Julia, la dijo:

—¿Por qué ha exclamado V., señora, al escuchar el nombre de Céspedes?

—Porque es el caballero que robó el honor de mi pobre hija.

—¿Qué dice V. madre! exclamó Julia.

—He contado toda tu historia á nuestro bienhechor don Fernando.

Julia no replicó palabra, pero sus ojos se clavaron con pudor y vergüenza en el suelo. Fernando conoció lo que sufría, y la dijo:

—¿Me promete V. no pensar en buscar nuevos acomodos?

—¿Don Fernando!

—¿Me lo promete V?

—Sí señor.

—¿Por qué lanzó V. un grito, Julia, cuando le abrí la puerta?

—Por que iba á dar un abrazo á mi madre, á quien me abría...

—¿Qué?

—No era mi madre.

Fernando abandonó su asiento, entregó un papel al esclaustrado, y se salió de la buhardilla.

---

## CAPITULO XIV.

---

### La casa nueva.

La calle del Pez no recomienda á las personas que en ella viven como las de Carretas ó Alcalá. Puede un hombre ser millonario y vivir en el Avapies; puede tener muchos acreedores y vivir en la carrera de san Gerónimo; *el vestido no hace al monge* en verdad, pero sirve para conocerlo, y las apariencias valen mucho. No por esto debe entenderse que en la calle del Pez no viven personas ricas, distinguidas y en muy alto grado elegantes; sépase solo que la calle empieza á ser un poco escéntrica, que las habitaciones, aunque caras, porque en Madrid no las hay baratas, no tienen un precio exorbitante, y que

se puede vivir en ella con una prudente economía.

A la puerta del número... está una elegante berlina tirada por yeguas inglesas, que se encabritan y piafan; un lacayo deja el pescante, abre la portezuela, y baja al momento el estribo. A los pocos instantes salta de la berlina un hombre de cuarenta años, vestido con bastante lujo, pero que no muestra elegancia en sus vestidos ni maneras. Penetra en la casa número... sube con rapidez la escalera, y sacude la campanilla del cuarto tercero.

—¿Quién es? preguntó una muchacha traviesa, asomando sus negros ojos á una enrejada ventanilla.

—Abra V., señora: respondió el misterioso personaje.

—No están en casa los señores.

—Pero sí está la señorita.

—La señorita no recibe.

—Soy un antiguo amigo de casa.

—Vuelva V. cuando esté la señora.

—Tengo que comunicar á la familia un asunto muy importante.

—Voy á preguntar á la señorita.

La muchacha pasó al gabinete, y volvió á los pocos momentos, abrió de nuevo la ventanilla, pero en vez de su semblante fresco

apareció una frente pálida, y una voz dulce exclamó.

— ¡Céspedes!

La puerta se abrió de repente, y Céspedes entró en el cuarto.

— ¿Qué busca V? preguntó la jóven que se habia turbado al conocerlo.

— Tengo, la respondió el ministro, que hablar con V. unos instantes; y si tiene V. la bondad de conducirme á su habitacion, le quedaré reconocido.

La jóven hizo un movimiento equivalente á una negativa, y el ministro continuó.

— Soy un caballero, señorita, y no quedará deshonrada con mi visita, segun creo.

La jóven dejó ver en sus ojos la indecision.

— Señora mia, prosiguió diciendo el ministro, no puede V. tener violencias de un hombre como el que la habla, y no creo tan frágil su virtud.

— Puede V. seguirme, caballero, respondió la jóven con fiereza, y le condujo hasta la sala.

Si quieren seguirlos los benignísimos lectores, hallarán una habitacion de unas cuatro varas en cuadro, muy poco elevada de techo y amueblada muy pobremente. Unas cuantas sillas pintadas, un sofá de la misma clase y una mesita de nogal componian todo su mue-

blaje; las paredes estaban sin cuadros y las ventanas sin cortinas. El ministro echó una ojeada sobre aquellos despreciables muebles, tomó una silla sonriendo, y se sentó junto á la jóven. Sus miradas frias y lascivas devoraban el rostro hermoso de aquella muger casi niña, y los dos guardaban silencio. El ministro lo interrumpió.

—V. deseará saber, señora, el motivo de mi venida.

La jóven no le respondió.

—Si hablara con otra persona, continuó diciendo el ministro, me seria difícil entablar una discusion importante; pero entre V. y yo, señorita, median antiguas relaciones, y nos entenderemos muy pronto. V. ha sido siempre, Julia, una muchacha encantadora; antes de cumplir los quince años entusiasmaba á quien la veia, y yo entusiasmado...

—¡Caballero!

—Permítame V. continuar. Y yo entusiasmado logré ser el mas feliz de los mortales. Gozé, pues, del rico tesoro que sin estimarlo poseia, y cuando hastiado...

—¡Caballero!

—Permítame V. continuar.

De los ojos de Julia caian gruesas lágrimas de vergüenza, y el ministro continuó.

—Quise trasladarla á un amigo, V. le rehu-

só su cariño como haciéndole responsable de la conducta que yo habia usado, y prefirió...

—¡Por Dios, caballero!

—Es muy importante consignar los hechos como han sucedido, señora. Y prefirió V. entregarse á la mas vil prostitucion.

—¡Por Dios, por Dios!

—En medio de ella la conoció un jóven fanático, y en vez de mostrarse galante, tuvo la sandez de predicarla el mas indigesto sermon que ha pronunciado cenobita.

Julia no rogaba al ministro que suspendiese su discurso; pero sus lágrimas corrian y entrecortaban sus suspiros las palabras de don Blas de Céspedes.

—Arrepentida Magdalena se hundió V. pobre y desvalida en una buhardilla miserable, y lloró con lágrimas de hiel sus pasados dias de ventura. Fernando mudó de opinion, se cansó de predicar la continencia, y despreciado por una dama, á quien amaba con delirio, trajo á la jóven Magdalena á su antigua senda, y la dió el título de su querida.

—Caballero, exclamó la jóven levantándose de su asiento, el jóven respeta la desgracia, el poeta la socorre espléndido, y el ministro de la corona, quita su pan á la viuda y viene á insultar á la huérfana.

—Sosiéguese V., hermosa niña; pues no he terminado todavía. Yo sabia muy bien que el poeta no contaba con grandes recursos, y que le seria muy difícil sostener con lujo una dama; pero lo creia mas constante.

Julia volvió á ponerse pálida, y nuevas lágrimas cubrieron el cristal de sus negros ojos; el ministro continuó.

—Vi á V., Julia, en casa de Vargas, jóven, hermosa y desvalida; me acordé de mi amor antiguo, y tuve compasion, señora. Decidí informarme al momento de su morada de V., Julia; anoche me dieron las señas, y hoy he venido á visitarla. Soy poderoso, rico, Julia; puedo tirar bastante oro sin desocupar mis gabetas, y elevar muy alto á la muger que me conceda sus caricias.

Julia lloraba mas y mas.

—Levántese V., Julia, levántese V. ¿Ve V. esa magnífica berlina? yo la regalaré otra igual; vivirá en un palacio espléndido, y la adularán otras mugeres.

—Basta, Céspedes, dijo Julia, separándose del balcon adonde la habia conducido aquel. No me deslumbran esos trenes, esos palacios y esas joyas; ellos publicarian mi infamia, y serian compradas con la sangre de las huérfanas y de las viudas. Esta habitacion mal amueblada la debo á la piedad de un hombre que, no

;

tiene ricos palacios, magníficos trenes, ni joyas; pero que trabaja noche y día para socorrer al indigente, para consolar á la viuda y para volver á la huérfana alguna parte de la honra que le han quitado hombres infames, que tuvo que vender por pan.

Céspedes dió una carcajada, y aproximándose á la jóven con cínico desembarazo

—Julia, la dijo, basta, basta de tan pesada pantomima; no marchitará un beso mas el carmin de esos frescos labios, ni su corazón latirá estrecho entre los brazos de un amante que otras mil veces la ciñó.

El ministro procuró ceñirla, pero Julia se deslizó con la rapidez de una flecha, se paró altiva á corta distancia, y separando los negros rizos que su hermoso rostro cubrían, dijo al ministro.

—¡Caballero! ha insultado V. á una jóven sola, miserable é indefensa de una manera muy infame; pero si ha sufrido los insultos, sabrá rechazar la violencia, y no tocarán los torpes labios de don Blas de Céspedes su tez.

—Julia, dijo Céspedes aproximándose, son inútiles esos rigores, y despues.....

—Atrás, atrás, Céspedes, ó pido socorro á los vecinos.

Don Blas conoció que la jóven estaba dispuesta á efectuar lo que acababa de decirle,

y no creyó conveniente dar un escándalo semejante. Retrocedió, pues, algun trecho, y con su sonrisa sarcástica dijo á la jóven.

—En vano, Julia, quiere V. borrar la memoria de unos tiempos pocos distantes; la que una vez vendió su honra, no la recupera jamás, y verán en V. los hombres á la víctima desgraciada. Si alguno la profesa amor, verá entre V. y su cariño una sociedad que se indigna, que la desprecia y la rechaza; una sociedad que dice al hombre: «Apártate de esa muger porque partirás su deshonra.» Y si alguna vez, añadió el ministro estremando mas su sarcasmo, adora V., Julia, á algun hombre, si él se acuerda de la deshonra y no corresponde á su amor, tenga V. presente el pronóstico, y acuérdesese del adivino.

Céspedes terminó su discurso con inalterable sangre fria, cojió su sombrero con calma, hizo un saludo á la triste huérfana, y se alejó pausadamente; dejando oir al lejos su sonrisa, burlona á la vez y glacial.

CAPITULO XV.



El Plazo.

Julia escuchó con atencion las últimas palabras del ministro, y se quedó petrificada cuando aquel salió del aposento. Mil ideas confusas acudieron á su imaginacion al punto; sentia un peso sobre su frente, y solo se encontró aliviada cuando anchas lágrimas cayeron por sus inflamadas mejillas. Largo tiempo tuvo su cabeza entre las palmas de sus manos, pero queriendo distraer sus melancólicas ideas, cojió un volumen y leyó.

«Los moralistas y filósofos se afanan sentando teorías que expliquen convenientemente el modo de obrar las pasiones. Cuando llegan á la del amor aguzan mucho mas el ingenio, y

como la encuentran tan flexible para amoldarla á la poesía, la poetizan cuanto les place, y entre comparaciones y metáforas no dan una sola razon. Yo no extraño que no la den, pues no habiendo en el mundo dos seres que amen de la manera misma, es imposible fijar reglas. Lo que me admira es que se atrevan á fijarle peso y medida, y á determinarle su carrera, como un astrónomo á Saturno. Hay amores que se debilitan con el mas leve inconveniente, haylos que cobran nuevas fuerzas. Unos, enteramente esclavos de las preocupaciones sociales, solo saben llevar cadenas y arrastrarse como reptiles: otros, mas grandes que los hombres, mas libres que sus pensamientos y superiores á sus falsos juicios, vuelan al cielo como águilas, y miran fijamente al sol. Tan ridículo es decir que no amaremos en tales y tales circunstancias, como asegurar que el pensamiento no se nutrirá con determinadas ideas. Los teólogos contestan muchas veces: *Deus est quod est*: yo contesto teológicamente y digo: *que se ama por que se ama*.

—*Se ama porque se ama*: repitió Julia muchas veces. *Se ama porque se ama* dice él, y quizá dice la verdad. Yo siento en el alma un amor puro, vehemente, inestinguible. ¿Por qué siento este amor, Dios mio? Por

que, como ha dicho, Fernando, *se ama porque se ama*. Mi amor no puede alimentarse con una esperanza siquiera: sobre mi frente está el deshonor, y no seré jamás la esposa de un hombre honrado y caballero. ¿Qué me queda, pues, en el mundo? ¿Ser su dama? Jamás, jamás. ¡Oh! podrá envilecerse una mujer ante un hombre por quien no siente ni un átomo de simpatía, pero envilecerse ante los ojos del que se adora, no: jamás.

Julia no oyó en su arrobamiento la campanilla de la puerta, y cuando levantó la cabeza se encontró con el jóven Fernando que la contemplaba en silencio.

—¿Ha oído V. quizá? preguntó Julia.

—Leía V, muy quedo, señorita.

—Gracias á Dios, murmuró la jóven.

—¿Si no me engaño, hermosa Julia, estaba V. entretenida con una novela que publico.

—Soy suscritora.

—Estaba esperando, amiga mia, que se acabase de publicar para entregársela encuadernada.

—No tengo yo tanta paciencia.

—¿Y su mamá?

—Está de paseo.

—¿V. no ha querido salir?

—Me trajeron esta mañana el libro en cuestion, y no he querido abandonarlo.

—¡Qué feliz es mi libro, Julia!

—¿Está V. enfermo?

—¿Por qué?

—Me parece V. mucho mas pálido.

—Trabajo algo mas que otras veces.

—Para atender á obligaciones...

—¿Por qué página va V., Julia?

—Por la ciento ochenta.

—¿No se duerme V., amiga mia, leyendo esas páginas?

—Tengo una coleccion de sus obras: hay algunas de mucho mérito, pero escritas con la cabeza: esta está escrita...

—¿Con qué, Julia?

—Con el corazon, don Fernando.

Los dos jóvenes se miraron, y en sus pupilas se veían algunos caracteres misteriosos que procuraban descifrar. Fernando se acercó mas á Julia, y la dijo:

—¿Cree V., señora, que al escribir esta novela he consultado mi corazon?

—Estoy persuadida enteramente.

—¿En qué estado cree V. que se halla?

Julia no supo responder á la pregunta del poeta, y clavó los ojos en el libro.

—¿No quiere V. contestarme, Julia?

La joven le entregó su libro, sin proferir una palabra, sin alzar siquiera los ojos. Fernando fué á buscar en él la esplicacion de

aquel enigma, y se encontró con el mismo párrafo que habia leído Julia el dia antes.

—*Se ama porque se ama*: repitió Fernando muchas veces. Para mí este principio, señora, no está sujeto á discusion. Holbarc ha dicho del amor que: «*Es un encanto poderoso de la naturaleza que atrae á los seres mutuamente, los une entre si con la mas dulce simpatia, los hace felices si estan unidos, y muy dignos de lástima si se hallan separados.*» Esta definicion de Holbarc, mas bien es la historia de un amor, que la definicion del amor mismo. Podria tachársela aun como historia y la prueba es bastante sencilla. Cuando un hombre adora á una muger, como los ángeles al Criador de los ángeles y de los hombres, y la muger, en vez de amarle, está indiferente, le odia ó le desprecia, existe el amor en el hombre, y con todo no puede definirse: «*Un encanto poderoso de la naturaleza que atrae á dos seres mutuamente.*»

—¡Oh!, don Fernando, será muy triste una pasion sin esperanza.

—Tambien es muy triste, hermosa Julia, la duda en un ardiente amor.

—¡La duda!

—Sí Julia, la duda. Ver á una muger, tan hermosa como las huris del Edem, tan cándida como la tierna tórtola, y tan pura como la

plata virgen , cuando la sacan del crisol.

—No seré yo , no , esa muger : murmuró Julia , y el poeta prosiguió con mas entusiasmo.

—Ver á una muger seductora ; escuchar su divino acento , dulce como las vibraciones que produce amante laud ; casi tenerla entre sus brazos , bañarse con su aliento , y no saber si participa de la llama que nos devora , es un tormento , hermosa Julia , que se comprende y no se esplica , que , como el veneno en cortas dósis , sin dar convulsion asesina.

Julia se estremeció á su pesar : en unos momentos se creia que las palabras de Fernando iban dirigidas á ella , desechaba en otros esa idea como una ilusion peligrosa , y se repetia interiormente. «Mi amor no puede alimentarse con una esperanza siquiera : sobre mi frente está el deshonor , y no seré jamas la esposa de un hombre honrado y caballero.» Consideraba que cuanto habia dicho el poeta iba dirigido á un objeto , y entonces sufría horribles celos , aquellos celos concentrados que nos asesinan y consumen , aquellos celos mas terribles que los tormentos reservados para castigar á los réprobos. En tanto que Julia meditaba , sufría Fernando en su interior un combate no menos rudo. Con vivisimas simpatías hácia la interesante Julia , ó mejor dicho

con un amor que solo queria esplicarse á medias, porque se llenaba de espanto al considerar su estension, no se atrevia á manifestarlo; porque temia que la gratitud y no el amor inclinase á Julia á corresponderle agradecida. En otros momentos recordaba al hombre de infanda memoria: á los demas hombres que habian posado sus labios sobre los de Julia, y se estremecia de rabia y celos; de unos celos tanto mas terribles cuanto que era inútil dar quejas, é imposible tomar venganza. Si alguna vez proferia Julia el odiado nombre de Céspedes, aunque lo dijese por acaso y aplicándolo á otra persona, daba Fernando diente con diente, y tenia que hacer un esfuerzo, para que no se trasluciese su turbacion y su dolor.

Atormentados por estas ideas, producidas por la misma causa aunque con distintas tendencias, permanecieron los dos jóvenes en un doloroso silencio que ninguno osaba interrumpir. Fernando fué el primero que habló, y devolviendo el libro á Julia.

—Señorita, la dijo, esta novela debe estar escrita con hiel, cuando en los dos ha producido desconsoladoras ideas.

—No es nada estraño, don Fernando, que las produzca en mí muy tristes; porque el hábito de padecer ha puesto en el fondo de

mi alma un dolor vivo y permanente: pero V...

—¿Pero yo?..

Julia se acordó en aquel momento de la primera nochebuena, y de cuanto Fernando le habia dicho, en tanto que se entretenian sus amigos sobre el tapete, y se apresuró á interrumpirle.

—Tiene V. razon, don Fernando, V. ha padecido quizá un millon de veces mas que yo.

Fernando se quedó admirado de esta contestacion de Julia: no porque la creyese inexacta, sino porque no recordó al pronto las causas que podian influir en esta persuasion de la jóven. Antes que el poeta concluyese prosiguió la jóven.

—Don Fernando, he empeñado á V. mi palabra de no buscar colocacion, y ahora le pido por favor que me levante mi palabra.

—¿Qué dice V., Julia?

—Que mañana, si Dios secunda mis deseos, entraré á servir de doncella en casa de don Pedro de Vargas, porque ya peino bien.

—No, Julia.

—Lo he meditado muchos dias, y cada instante estoy mas firme en mi propósito.

—No, Julia.

Fernando se acercó á la jóven que derramaba algunas lágrimas; quiso apoderarse de

una mano, que ella retiró en el momento y la dijo:

—Imposible, Julia. V. no se separará de su madre, de su buen tio. V. será el mejor consuelo de la pobre enferma y del anciano: V. derramará bálsamo saludable sobre las heridas del hombre, dará inspiracion al poeta. ¿Por qué llora V., hermosa Julia?

—¡Oh! deje V. que corra mi llanto, porque estas lágrimas comprimidas son un tósigo que me mata,

—¿Pero por qué está V. empeñada en abandonar su familia?

—Me será preciso hablar á V. con toda verdad.

—Asi lo espero.

—¿Con qué derecho gozo yo de sus inmensos beneficios? ¿Por qué razon V. soporta una carga bastante grave?

—Señora, respondió el poeta: V. tiene hácia mí un derecho bajo mil aspectos sagrados, yo tengo un deber, hermosa Julia, y no puedo sufrir que V. padezca ni escaseces ni umillaciones, porque la adoro.

—¡Don Fernando!

—Sí, Julia; no puedo callar. Yo he sentido dentro de mi alma un fuego que se iba aumentando, sin conocer yo casi el origen: yo que me creia muy lejano del amor y de sus

placeres, he vuelto á sentir el amor: yo que fulminé sobre las mugeres una maldicion hereditaria, miro á V., Julia, prosternado y la bendigo como un padre bendice al hijo de su amor.

Al acabar de hablar Fernando se quedó triste y pensativo, porque temia mucho que Julia le correspondiese por gratitud, aunque no le inspirase amor. Julia, triste y avergonzada, no osaba levantar los ojos, porque no podia persuadirse con cuanta pureza la amaba el entusiasmado poeta, y en su firme resolucion de no separarse de la senda que se habia trazado un año antes, veia un escollo en cada palabra de su bienhechor, de Fernando. El poeta sorprendió dos lagrimas en las mejillas de la jóven, y mas entusiasmado dijo:

—Julia, yo he procurado darla repetidas muestras de cariño; yo hubiera arrojado por V. sin vacilar un punto la muerte, en una palabra yo la adoro. ¿Por qué llora V., hermosa Julia?

—¡Oh!

—Dígame V., porque derrama triste llanto.

—Porque entre los dos hay un abismo.

—¿Cuál es ese abismo?

—Mi historia.

Julia pronunció estas palabras con un acento doloroso imposible de definir; Fernando

bajó la cabeza, como abrumado con el peso de aquellas palabras fatales; mas reanimándose de repente dijo á la jóven.

—No recuerdo esa historia triste y sombría; olvidémosla enteramente. Las dos últimas navidades he sufrido sacudimientos imposibles de definir, si V. quiere la navidad próxima uniremos nuestros destinos.

—Meditelo V., don Fernando.

—Está meditado, señora.

—Pues me tomo tiempo de pensarlo hasta que llegue la navidad.

—¡Julia!

—Necesito, señor, muchos meses para pensarlo.

—¿No me empeña V. su palabra?

—En este momento es imposible.

—¿He de vivir siempre dudando?

—No padecerá V., amigo mio, la mitad que la pobre Julia.

Fernando sacó su cartera, tomó dos billetes, y colocándolos en el libro que ocupaba la atencion de Julia cuando se presentó el poeta dijo á la jóven.

—Siento mucho no ver á su mamá de V. ni á su muy respetable tio; pero ocupaciones urgentes me privan de una satisfaccion que disfrutaré en otro dia.

—Mi tio y mi mamá, replicó Julia, sentirán

mucho haber salido..... Y la interrumpieron algunas lágrimas que se agolparon á sus ojos.

Fernando las vió conmovido, y levantándose de repente, dijo á la jóven.

—Póngame V., hermosa Julia, á los pies de su buena madre, y dé mis afectos á su tío.

—Vaya V. con Dios, don Fernando.

El jóven salió de la estancia diciendo para sí. «Julia es un ángel que puede embellecer mis días; y yo tengo una piedra de toque para conocer cuanto la amo.» Julia se quedó diciendo entre lágrimas. «Debo ahogar hasta los latidos de un corazón que tanto ama. Fernando no será nunca esposo de la muger que ha conocido entre los brindis de una orgía.

## CAPITULO XVI.



### La piedra de toque.

Pasó Fernando algunos dias de un indelible mal estar. Ocupado continuamente en sus literarias tareas habia logrado restablecer el buen órden en sus negocios, y aunque seguia oyendo la voz que le gritaba sin descanso: *piensa, piensa, trabaja, trabaja*, no se hallaba tan abrumado, y respiraba con libertad. Su entrevista á solas con Julia le habia dejado hondos recuerdos, y á la vez ansiaba y temia estar al lado de la hermosa. Seducido por la belleza, y quizás mas por la abnegacion que en la jóven Julia descubria, formaba brillan-

tes ensueños, y olvidaba su amor pasado ante el nuevo que levantaban su altiva frente de gigante.

En una mañana de Junio quiso entregarse como siempre á sus literarias tareas; pero la pluma no corria en sus entumecidas manos. Una idea que le perseguia por el espacio de dos meses se le presentó con mas fuerza, y le fué preciso sucumbir. Se vistió, pues, con gran esmero, y en el momento de ir á marcharse abrió una caja de caoba, y sacó de ella un lindo retrato y una carta, los que colocó en el bolsillo de su frac.

Arrastrado por la costumbre ó por un magnetismo inesplicable se dirigió á la calle del Pez, y subió la escalera de Julia. Ya iba á sacudir la campanilla cuando echó de ver el sitio en que estaba, y soltando el cordon, azorado bajó velozmente la escalera como si huiese de una sombra, y retrocedió por los mismos pasos sin direccion y sin concierto hasta que le detuvo Enrique.

—¿A dónde vas, amigo mio, á dónde?

—No puedo decírtelo, Enrique.

—De algunos meses á esta parte te has encerrado, amigo mio, y no concurre al café, á las tertulias ni teatros.

—Estaban mis negocios, Enrique, en un lamentable desarreglo, y he necesitado ocu-

par bastantes horas de trabajo para restablecerlos pronto.

—Harás grandes economías, y si continúas de ese modo por largo tiempo, pronto serás capitalista.

—No es mi caracter para ahorrar. Gasto cada mes lo que gano; pero tengo la gran ventaja de que mis entradas y salidas estan en perfecto equilibrio.

—¿Cuánto ganas en cada un mes?

—Dos mil reales.

—¿Y en esa vida tan retirada y tan metódica gastas dos mil reales.

—Sí, Enrique.

—Te confieso paladinamente que no adivino como sea.

—De una manera muy sencilla, mas difícil de adivinar.

—Algun misterio habrá, Fernando.

—Algun misterio hay.

—Amigo mio, ¿quieres revelármelo?

—No.

—Pues, has, Fernando lo que gustes. Si no tienes hoy que hacer mucho, daremos unas cuantas vueltas.

Fernando meditó un instante, y respondió á Enrique.

—Desearia acompañarte, amigo mio; pero tengo que hacer visitas.

—¿Vuelves á ponerte en contacto con tus antiguas relaciones?

—No sé lo que haré, amigo mio.

Enrique se alejó de Fernando, y este se encaminó á la casa de su antiguo amigo el banquero.

Subió con rapidez la escalera, porque no queria tomarse tiempo para largas meditaciones, sacudió con fuerza la campanilla, y el criado que salió á recibirle lo condujo hasta el gran salon sin preguntarle á quien buscaba.

Aunque iba resuelto el poeta á preguntar por la señora, holgó de no tener que hacerlo, y se adelantó hasta el salon. Luisa estaba en él reclinada en un sofá de raso negro y vestida de seda azul. Al oir los pasos del poeta volvió la cara de repente, y se cubrieron sus mejillas con el carmin de la vergüenza. Fernando sintió en su interior un estremecimiento involuntario; mas no era la agitacion dulce que produce un amor volcánico, era una sensacion desagradable de odio concentrado y de desprecio.

—Señora, dijo adelantándose, y con las maneras mas frias que le fué dado conservar: ¿está V. buena?

—Estoy muy buena. ¿Y V?

—Bueno.

Después de este breve saludo guardaron profundo silencio, y se miraron de hito en hito. Las miradas, en un principio indiferentes, fueron tomando poco á poco una notable impertinencia, y Luisa que se había resentido, porque Fernando no temblaba de desesperación ó amor, tomó un carácter provocativo que procuró imitar el poeta.

—¿Señora, la dijo Fernando cansado de guardar silencio: ¿á que hora viene mi amigo Vargas?

—A las tres y media ó las cuatro. ¿Viene V. á verlo?

—Sí señora: hace dos meses que le debo una visita muy cortés, y he venido, señora, á pagársela.

—¿No debo agradecer á V. el grande honor de recibirlo?

—No señora.

—Es V. á lo menos franco.

—Podría perjudicar mi franqueza á la política, señora, si no manifestase al mismo tiempo que tengo un placer extraordinario en esperar á mi buen amigo al lado de su bella esposa.

—Que mal finge V., amigo mio.

—El fingir mal es una virtud cuando se siente bien, señora.

—¿Y cuándo no existe el sentimiento, y no

se logra persuadir con una ficcion poco estudiada?

—Se ha perdido el tiempo, señora.

A estas palabras de Fernando se siguió un profundo silencio; pero las pupilas de Luisa destellaban como dos volcanes. Reprimió la jóven un suspiro, y haciendo un esfuerzo sobre sí, dijo á Fernando.

—Amigo mio, si tarda mucho mi esposo va V. á fastidiarse horriblemente. ¿Quiere V. que hablemos de su amor?

—¿De mi amor?

—¿Por qué no, Fernando? Hablemos, si á V. le parece, de ese galanteo, de ese capricho. Capricho de mal gusto en verdad; pero como en el mundo hay hombres...

—¡Señora!

—No se ofenda V. Conozco muy bien...

—¿V. conoce...

—A su amada de V., á Julia.

—¿Y sabe V...

—Toda su historia. Sé que se vendió á un caballero que no quiso despues venderse á un amigo del caballero; que se entregó livianamente á una prostitucion infame. Todo esto sé de ella, y algo mas.

Fernando bajó la cabeza sin osar proferir palabra; Luisa prosiguió.

—Tambien sé que ha vivido un año en

una buhardilla miserable, que la ha mantenido V. despues, y que es su querida.

—¡Luisa, Luisa!

—¡Fernando!

—¿Quién ha dicho á V. esa palabra?

—No lo recuerdo, amigo mio.

—Dígame V., Luisa, por Dios quien ha mentido tan vilmente.

—¿Se batiria V. si lo supiera?

Fernando se calmó de repente, y dijo á Luisa con sarcasmo.

—Hace cinco meses que me batí por haber desmentido á dos hombres que infamaron á una señora, y no estaba seguro, Luisa, de que les faltase la razon.

—¡Fernando!

—¿Qué quiere V., Luisa?

—Lo que acaba V. de decir...

—Fué, señora, mi desafio muy público; los periódicos hablaron de él, y se han hecho muchos comentarios. Una persona interesada en el honor de la señora vino á pedirme esplicaciones, y se las di cual creí deberlas á un amigo de la niñez. Despues me pidió algun consejo, y le dije que procurase terminar falsas apariencias que comprometian altamente la reputacion de su esposa.

—Estuvo V. en su derecho dando cuantas esplicaciones creyó conveniente su amigo,

pero podia V. haberse ahorrado unos consejos importunos.

—No sé si los ha considerado asi el hombre que me los pidió; yo le aconsejé lo que creia justo y decente sin conservar odio contra nadie.

—Ese consejo fué inspirado por un grande resentimiento y para tomar una venganza.

—Se equivoca V. mucho, Luisa.

—Es en valde que disimulemos, V. ama perdidamente á la esposa del aconsejado; V. tiene celos del hombre que designan como su amante; V. está quejoso de ella. Estos tres sentimientos reunidos...

—Permítame V. que la interrumpa, y despues podrá proseguir. ¿Quiere V. decirme á quien amo?

—A mí.

—Esta V. muy equivocada.

—No recuerda V. las muchas veces que me ha pintado su pasion con unos colores...

—Sí, Luisa. Yo amé á V. siendo un niño casi, y V. respondió á mis palabras dulces, sentidas é inocentes con otras palabras mas dulces, mas inocentes y sentidas. Unidas nuestras tiernas diestras, nuestros corazones inflamados y brotando fuego nuestros ojos juramos vivir siempre unidos, como lo estaban nuestras almas, y fué nuestro templo el uni-

verso, nuestra antorcha el sol, y Dios oía desde su trono nuestros votos. Crecimos, Luisa, como crecen las amapolas en el prado, puros, gallardos y tranquilos; busque la gloria con afán para aparecer noble, grande ante la muger que adoraba, y á los pies de V. ofrecí los primeros laureles ganados en la palestra del ingenio. Ceñí una corona, es verdad, pero no brillaban en ella los záfiro ni los diamantes, fué la corona de poeta que se marchita en una noche y no conserva ningun valor. Un amigo mio, un amigo mio mas feliz y mas opulento pretendió la mano de V.; el marqués su padre condescendió, y V. rompió sus juramentos del mismo modo que yo rompo esta carta que los atestigua. (Fernando sacó de su pecho la primera carta que le habia dirigido Luisa, y en la que estaban consignadas sentidas protestas de amor.) Herido en el fondo del alma abandoné á Madrid, viajé y volví creyéndome curado, pero mas enfermo quizás que cuando salí de la córte. V. sabe de que manera nos encontramos en el templo, el cuidado con que evitaba las ocasiones de que hablásemos, y la ridícula comedia que por espacio de un año entero representamos V. y yo. Recibí, Luisa, un desengaño mas impensado y mas amargo: lo sentí cuanto puede sentirse, hasta un

estremo que V. misma no se ha figurado en su orgullo.

—¡Fernando!

—Lo tenía callado de los hombres, y lo hubiera ocultado á Dios si me hubiera sido posible; pero se lo diré á V., Luisa. Volcanizada mi cabeza, reventándose el corazon en las cavidades del pecho, quise terminar tantas penas, y me disparé una pistola...

—¡Fernando!

—Un amigo importuno penetró en mi cuarto al mismo tiempo, y separando el arma fatal, la bala raspó solamente la piel de mi costado izquierdo, y la pólvora quemó mi ropa sin abrasarme las entrañas.

—¡Fernando!

—Se calmó mi locura: pero estuve enfermo algunos dias. Sin dulces recuerdos, sin presente, sin una halagüena esperanza, miraba al mundo con horror y á la vida con negro hastío. Mi curacion fué bastante rápida, y despues de haber derramado alguna sangre por el honor de la que amé, se rompió la imágen de Luisa, que mi corazon conservaba, como ahora rompo este retrato.

—Fernando sacó de su frac un precioso retrato de Luisa puesto en un medallon de oro, y lo hizo añicos en su presencia.

—¿Qué hace V., Fernando, qué hace V?

—Romper, Luisa, el último lazo que nos sujetaba todavía.

—No, Fernando, no. Yo te amo.

—Ese amor, Luisa, es muy tardío; porque yo, como ha dicho V. antes, amo perdidamente á Julia.

Luisa se arrojó á los pies del poeta, le bañó las manos con sus lágrimas, y le repitió entre suspiros.

—Fernando, soy aquella Luisa que tanto amaste en tu infancia; soy la que recibió tus juramentos, la que te adora locamente.

Fernando la vió sonriendo en una postura tan humilde, se levantó pausadamente, y sin dignarse levantarla, la dijo con una crueldad muy impropia de su caracter.

—Enjague V., Luisa, esas lágrimas no las vean correr los dos hombres que pueden pedirla cuenta de ellas. Yo voy á beber casto amor en los dulces ojos de Julia.

CAPITULO XVII.

El barómetro.

A los tres meses de llorar Luisa tan dura humillacion, estaba sufriendo el ministro cuanto puede sufrir un hombre ambicioso y vano á la vez. El banco de terciopelo negro, que con tanto orgullo ocupaba en el Congreso, se habia cambiado de repente en el banquillo de un cadalso, y el hombre omnipotente en un reo pronto á postrarse ante el verdugo.

La oposicion, que habia obrado hasta entonces con timidez y desconcierto, se presentaba altiva y fuerte con sus gefes á la cabeza y con la razon de su parte. La discusion de los presupuestos les ofrecia el mas ancho campo, y los principales adalides habian afi-

lado sus armas para probarlas en la lid. La discusion giraba entonces sobre la totalidad de ellos, y un diputado de corazon, de probidad y de talento subió el primero á la tribuna y dijo:

«Ha llegado, señores, la mas solemne discusion que puede tener lugar nunca en tan respetable recinto. Al nombrarnos los electores nos dispensan una honra grande, imponiéndonos al mismo tiempo graves y sagrados deberes. Nuestras discusiones políticas pueden servir para ilustrarlos sobre la estension de sus derechos: la discusion de presupuestos les interesa mucho mas, porque cuantas economías hagamos en ellos, señores, son en beneficio de sus rentas. Yo entraria con desconfianza en las discusiones políticas porque respeto las creencias, y concedo á mis adversarios la misma buena fé, el mismo afecto á las instituciones y al pais que puedo concederme á mí mismo; pero tratándose de la hacienda no hay que apelar al corazon, y todo se sujeta al cálculo. Hay otra ventaja en esta cuestion, y es que puede separarse de ella cuanto parezca personal, y concretarse solo á los hechos sin hablar de los individuos.»

«Antes de pasar adelante voy á hacer una salvedad ó profesion de fé política. Quiero que los pueblos disfruten toda la libertad com-

patible con el buen orden del estado; pero quiero que la tengan, señores, con comodidades, con pan. En un pueblo hambriento es imposible aclimatar buenas costumbres, y el árbol de la libertad, como todas las plantas del mundo, necesita para brotar bien, para tender frondosas ramas, hallar preparado el terreno, y conservarlo siempre fecundo. También quiero decir mis creencias sobre una cuestión gubernamental, de difícil calificación y de nombre no convenido.

«Respeto mucho por costumbre, por necesidad y persuasión los poderes constituidos, cualquiera que sea la distribución que de facultades se hayan hecho. Conozco los inconvenientes de todo cambio, y preferiré muchas veces conservar una institución imperfecta á sustituirla con otra nueva mejor confeccionada tal vez, pero sujeta á los peligros que trae consigo toda prueba. Mas lo que digo del poder real y del poder parlamentario no tiene lugar ciertamente cuando se trata de los ministros. No basta, señores, no basta que un ministro no haga el mal para conservarlo en su puesto, es indispensable que haga el bien, es indispensable que disminuya las necesidades de los pueblos, es indispensable, señores, que tengan pan y libertad.»

Numerosos aplausos acogieron las palabras

del diputado, y Céspedes se mordía los labios, hasta salpicárselos de sangre. El representante de la nación fué tocando con gran maestría todos los defectos capitales de los presupuestos del Estado, y concluyó de esta manera.

«Como prueba de estabilidad y de crédito nos ha presentado el ministerio la subida de nuestros valores, y ha esforzado repetidas veces un argumento á primera vista incontestable, pero sin fuerza alguna examinado á buena luz. ¿Qué es la bolsa de Madrid, señores? Es una banca en donde juegan hombres opulentos sus fortunas, en la que se pierden hombres honrados, y en la que medran muchas veces los que no tienen que perder, ni honra siquiera que guardar. No es la confianza que inspira el ministerio la que hace que los fondos suban mas ó menos: si los títulos se comprasen para conservarlos, probaria en algun modo por lo menos confianza de los compradores; pero como se compran y venden con la rapidez que se tiran los albures de una banca, solo prueba fé en el azar, fé que se va disminuyendo, y que hará bajen nuestros fondos con una rapidez pasmosa.»

«Aseguro al señor diputado, dijo Céspedes levantándose, que mientras ocupe el ministerio estarán nuestros fondos á la altura á que se encuentran hoy, y aun subirán.»

«Yo aseguro al señor ministro, replicó el diputado con calma, que no pasarán muchas horas sin que rectifique su opinion. He abusado mucho, señores, de la indulgencia del Congreso, y despues de darle las gracias por tan estremada bondad, le suplico que tenga presente, que su mision es mejorar la suerte de su poderdante, sin detenerse por respetos, ni retroceder por amenazas.»

Fernando bajó de la tribuna entre los aplausos de sus amigos, que saludaban en el poeta á un orador parlamentario.

Céspedes pidió la palabra, se la concedió el presidente, y empezó á usar de ella el ministro. Su discurso se hizo notable por un desentono de mal género; por frases vacías de sentido, pero campanudas y arrogantes; por amenazas y protestas, haciendo aparecer fantasmas, que á los diputados aterrassen, y alarde de pasados servicios, recompensados con usura y que podian ser cuestionados.

Cuando pretendió contestar á las objeciones de poeta, fueron sus razones tan débiles, que no encontraron acogida en los ánimos de sus parciales, y las tribunas y el Congreso dieron muestras de desagrado. Céspedes terminó su discurso con estas palabras:

«Señores, me parece que he rebatido las razones del preopinante, y que he quedado

vencedor en la lid por él provocada. Ha proclamado algunas teorías antimonárquicas, disolventes...»

Una careajada general contestó al ministro, mas él prosiguió con arrogancia:

«Repito, señores, que ha emitido algunas teorías disolventes, antimonárquicas, y solamente disculpables en un orador que discurre por primera vez en el Congreso. Nuestra conciencia está tranquila, no tememos á los ambiciosos, ni nos aterrorizan esas palabras de *pan y libertad*. He dicho.»

Se sentó el ministro, Fernando se levantó pausadamente, y dirigiéndose al presidente dijo:

«Antes de empezar mi discurso quisiera saber si el Congreso y su dignísimo presidente estan dispuestos á acordarme alguna latitud en mi réplica.»

«Yo concederia al señor diputado, dijo el presidente, por mi parte cuanta latitud deseara; pero observador del reglamento...»

«Que hable» exclamaron á la vez un gran número de señores.

«Condescendiendo con los deseos que muchos señores manifiestan, prosiguió diciendo el presidente, puede V. S. usar de la palabra sin mas límite que su discrecion.»

«Agradezco al Congreso todo y á su dig-

nísimo presidente, dijo Fernando levantándose, la libertad que me conceden: mas á pesar de ser bisoño, como ha dicho el señor ministro, procuraré no abusar mucho de la atención de mis compañeros, y no malgastar los momentos que el bien del Estado reclama.»

«Si me ocupase en deshacer las equivocaciones de mas bulto en que ha incurrido el señor ministro, tendria que pronunciar, señores, un nuevo discurso mas largo que el que tuvo el honor de hacer: dejo este trabajo al entendido compañero que ha de sucederme en la palabra y á las notas de los taquigrafos. Voy á concretarme, pues, al epilogo del discurso del señor Céspedes.»

«Ha dicho S. S. que ha rebatido mis razones y que ha quedado vencedor. Yo suplico al señor ministro que tenga la bondad de presentarme los laureles de su victoria, ó de decirme por lo menos qué juez árbitro se la ha concedido.»

«Tambien ha dicho S. S. que habia emitido algunas teorías disolventes y antimonárquicas. Lo primero es solo risible; pero lo segundo es mas sério. Yo soy partidario del orden, como lo es todo ciudadano que está dotado de razon: yo soy partidario del trono, como todo español amante de las glorias de su pais. Es la primera vez, señores, que dis-

curro en este Congreso; pero tengo escritos que hablan y que se pueden consultar. Soy periodista, soy poeta: mi voz aunque humilde ha resonado al son de la lira de Píndaro, y todos mis versos rebosan amor al trono de los reyes; pero amor tambien á los pueblos. Por el esplendor de los unos derramaré toda mi sangre; por el bienestar de los otros trabajaré constantemente. Desde la tribuna del Congreso alzaré la voz en su defensa, sin que me enmudezcan compromisos, sin que me arredren amenazas. Y cualquiera que sea la opinion del señor ministro hácia mí, repetiré que deseo para el pueblo pan, órden y entera libertad.»

Iba á sentarse el jóven poeta, y se le acercó un diputado que acababa de llegar entonces para darle un papel impreso. Fernando pasó por él la vista, y permaneciendo de pie dijo:

«Señores, no habrán trascurrido dos horas desde que aseguró el ministro que mientras estuviese al frente del poder permanecerian nuestros fondos al precio en que ayer se cerraron, y aun auguraba algun aumento: á pesar de estas seguridades aqui tengo el Boletin de la bolsa, y segun él han bajado los treses, señores, ocho por ciento en solo un dia.»

«Yo deploro, como el que mas, una baja

tan considerable, pero si el titulo de gloria de nuestro actual ministerio consiste en haber levantado el crédito de la nacion, y en presentarnos como prueba de ello ese *barómetro* infalible, como le ha llamado el señor Céspedes: cuando ese *barómetro* baja, el crédito del ministerio bajará en justa proporcion, segun el sentir del ministro.»

Al pronunciar estas cortas palabras, miraba Fernando fijamente al ministro, y al terminarlas se volvió hácia la tribuna de las damas. En ella estaban dos mugeres que eran la historia de su vida: Luisa encerraba su pasado, Julia era todo su presente, tambien todo su porvenir.

Aunque tan distintas en caracteres, y aun en posiciones sociales, una misma causa las traia á la tribuna del Congreso. Vargas habia dicho á su esposa que Fernando tenia la palabra para la sesion de aquel dia, y Fernando habia dicho á Julia que estaba comprometido á hablar. Las dos quisieron escuchar el primer discurso del poeta, y las dos entraron á la par en la tribuna de señoras.

Durante el discurso de Fernando habian guardado las dos silencio, pero en el semblante de Julia brillaba la satisfacion, y en el de Luisa, estaban escritos los celos, el despecho y la angustia.

Al entrar Fernando en el salon vió á las dos hermosas rivales, saludó á Julia tiernamente y se colocó de manera que pudiera estarla mirando. Luisa sacó los lindos gemelos, que habia manejado en el Circo con tan esquisita elegancia, y cuya direccion habia seguido con tanto interés el poeta, los dirigió al jóven Fernando, pero los tiempos habian cambiado, y este se ocupaba solamente de la huérfana del militar. Al acabar su último discurso, miró Fernando á la tribuna, Julia le pagó su trabajo con una mirada cariñosa que atravesó el corazon á Luisa, y puso sobre sus mejillas el rojo carmin de la vergüenza.

La esposa de Vargas seguia todos los movimientos del jóven, le veia rodeado de sus amigos que le daban enhorabuenas, y llevándose enteramente los honores de la sesion. Muchas señoras repetian con grande entusiasmo su nombre, y le prodigaban los elogios que habia merecido su talento. Cada vez que escuchaba Luisa, en los labios de una mnger, el nombre de su antiguo amante, volvia la cara velozmente temblando de amor y de celos: Julia la volvia al mismo tiempo radiante de felicidad.

Habian pasado las cuatro horas que dura por reglamento la sesion, y la levantó el presidente; varias señoras se agruparon á la salida

de la tribuna para saludar al poeta : este llegó con sus amigos , volvió los corteses saludos , y se dispuso para bajar . Julia estaba á su lado , el jóven la tendió su mano derecha , mas al ir á tomarla la huérfana , se interpuso entre los dos Luisa , queriendo apoderarse de ella . Fernando la miró con frialdad , y retrocediendo algunos pasos , agarró á Julia con ternura , y bajaron juntos la escalera . Céspedes llegó al mismo tiempo , ofreció su mano á la de Vargas , mas ella lo rechazó al punto , y cojió el brazo de su marido .

La academia de San Fernando tiene mag-  
níficos salones, tapizados de buenas pinturas,  
que atestiguan el justo renombre de cien ar-  
tistas eminentes. En los últimos días de se-  
tiembre aquellos lienzos cubren vida, y apa-  
recen gigantescas sombras de los que fueron  
sobre los cuerpos de los que son. Halsel, el  
Españoleto y Zurbaran; Murillo, Velázquez y  
Cano; Rubens, Vandyck y Salvador Rosa; di-  
rigen ardientes miradas á Espinosa, Madrazo  
y los dos Lopez. Una gran familia de artistas  
se reúne en un espléndido palacio, y todos  
brindan á la vez por el esplendor de sus siglos,  
por la gloria de sus países. Los modernos hin-

---

## CAPITULO XVIII.

---

### Los dos retratos.

La academia de San Fernando tiene magníficos salones, tapizados de buenas pinturas, que atestiguan el justo renombre de cien artistas eminentes. En los últimos días de setiembre aquellos lienzos cobran vida, y aparecen gigantescas sombras de los que fueron sobre los cuerpos de los que son. Rafael, el Españoleta y Zurbaran : Murillo, Velazquez y Cano : Rubens, Vandir y Salvator Rosa, dirijen ardientes miradas á Esquivel, Madrazo y los dos Lopez. Una gran familia de artistas se reune en un espléndido banquete, y todos brindan á la vez por el esplendor de sus siglos, por la gloria de sus paises. Los modernos hin-

can las rodillas ante los augustos patriarcas de la religion que profesan : « Este , dicen , me dió las formas ; tomé del otro los colores ; mis padres han sido mis maestros , mis creadores despues de Dios.

Yo, que no manejo el pincel , puedo tributar sinceros elogios á esta gran familia de hermanos , hay entre ellos mas fraternidad : porque la copia no deshonna y queda sagrado el modelo.

El último dia de setiembre ha llegado, y una multitud de curiosos se apiñan y se dan codazos en los salones de la academia. Ignorantes y presumidos unos se ocupan en criticar las obras con mas talento concebidas y con mas tino desempeñadas ; estúpidos otros elogian infames abortos del pincel , y muchos se quedan estáticos ante un retrato lleno de cruces , de bordados y de oropeles.

En el dintel de una ventana estan colocados dos lienzos, que llaman mucho la atencion : tres hermosas niñas los contemplan : dos con maneras elegantes y en sumo grado cortesanas , la tercera un poco encojida , como muchacha de provincia. A la espalda de las tres jóvenes estan colocadas dos señoras de cuarenta años bien cumplidos , y una que apenas cuenta veintitres. Dos jóvenes se acercan al grupo por estas señoras formado ; el uno

quiere retirarse, pero su amigo le detiene, y quedan de modo que las damas no pueden verlos sin volverse. No lejos de los dos amigos está una muchacha del pueblo que procura escuchar cuanto dicen las señoras y los dos jóvenes.

La mas niña de las tres jóvenes se dirige á la provinciana, y la pregunta.

—¿Qué te parecen estos retratos?

—Entiendo poco de pintura, contestó la niña sonriendo; pero admiro en uno la poesia que presta Madrazo á sus lienzos, y en el otro el pincel valiente y facil de Antonio Esquivel.

—¿Y en cuanto á los originales?

—La eleccion no es nada dudosa. Ese joven vestido de negro vale un millon de veces mas que el de las cruces y bordados.

La dama de los veintitres años se puso como una amapola, y ahogó en sus labios un suspiro.

—Si vieras el original, replicó la joven Carlota, te gustaria mucho mas.

—Lo creo.

—El retrato está muy parecido, y ya ves que tiene buena cara. Por lo demas, es alto, delgado, tiene maneras distinguidas, y es joven de mucho talento.

—¿Qué edad tiene?

—Veintiocho años.

—¿Es mayorazgo?

—No, Carolina. Es un distinguido poeta, y diputado al mismo tiempo.

—¿Cómo se llama?

—Fernando de Isara.

—He leído algunas de sus obras, y tengo deseo de conocerle.

—Es muy difícil.

—¿Por qué Carlota?

—Por que tiene unos amorcillos innobles, y no concurre á las sociedades que en otro tiempo frecuentó.

La dama de los veintitres años tuvo que apoyarse en un banco.

—¡Qué lástima! esclama Carolina.

—Y lo mas chocante es, añadió Carlota, que está muy próximo á casarse.

—¿Con quién?

—Con esa mugercilla.

—¡Qué lástima de jóven, qué lástima!

—Y lo peor es...

—Calla, Carlota: dijo la mayor de las tres jóvenes.

—¿De quién es, Carlota, siguió preguntando la niña, el retrato de los oropeles?

—De un ministro.

—¿Y toda su celebridad consiste en ser secretario de estado?

—No sé responderte, Carolina.

—Prefiero el retrato del poeta. El debe su celebradad á sus esfuerzos personales, á la estension de su talento; el otro la debe quizás al daño que causa, Carlota.

En tanto que asi discurrían las hermosas jóvenes, sus madres no estaban ociosas, y decia asi la provinciana.

—¿Es posible, querida marquesa, que piense en casarse?

—Sí señora.

—Se habrá vuelto loco.

—Eso digo.

—¡Un jóven de tanto porvenir, tan bien recibido, tan brillante, casarse con una muger sin posicion y hasta sin honra.

—No hay duda, dijo la marquesa, que va á cometer una locura de la que tendrá que arrepentirse. Cuando se vea enteramente rechazado de las sociedades de buen tono, cuando se desdeñe toda señora de visitarse con su muger...

—Eso lo verá muy en breve.

—Sí, dijo la señora de veintitres años, se infamará mil y mil veces por el amor de esa muger.

El jóven que quiso retirarse estaba pálido y temblando, anchas gotas de sudor frio se deslizaban por su frente, y sus ojos estaban clavados en el retrato del ministro.

Su amigo le tocó en el hombro, y le dijo.

—¿Has oído, Fernando, la conversacion de esas damas?

—Sí, Enrique.

—¿Y de quién hablaban?

—De mí. Cuando Luisa me habló en unos términos muy parecidos á los que acabas de oír ahora, me hicieron profunda impresion; pero los deseché como dictados por el despecho y la venganza. Hoy los ha pronunciado Carlota con sus labios de quince años, los ha confirmado otra niña que no me conoce siquiera, la marquesa de Bella-Flor los ha repetido en grave tono, y tú me has dicho varias veces que iba á cometer una locura.

—Todos te han dicho la verdad.

—Poco cuidado me darian las murmuraciones del vulgo si no sintiera yo en mi alma una voz que me martiriza, si no tuviera ante mis ojos cien fantasmas aterradores.

—¿Qué te dice esa voz?

—Me dice: «Julia ha dormido en otros brazos, ha recibido impuros besos, ha pertenecido á cien hombres.»

—¿Quiénes son esos cien fantasmas?

—Son, Enrique, dijo Fernando, lanzando miradas de fuego, son los cien amantes de Julia. Quiero huir de ellos, y me es imposible: los veo levantarse por do quier, me fas-

cinan sus miradas, y me atormentan con sus gritos. Cuando estoy al lado de la huérfana, cuando con su aliento me embriago, cuando mi corazón se inflama, se presentan entre ella y yo esos cien hombres como una falange de espectros, y me vuelvo loco, amigo mio: quisiera mil veces morir.

—¡Pobre Fernando! ¡pobre Fernando! murmuró Enrique tristemente.

—Muy desgraciado soy, amigo mio. Yo que tendria celos de los muertos, de las sombras y de los niños; yo que adoraria en una muger la castidad del pensamiento; yo que me atormentaria con un beso que hubieran impreso en su mano; yo...

—Calla, Fernando.

—Sí, amigo mio, debo padecer y callar.

Un triste silencio siguió á las palabras de Fernando, las señoras se separaron del retrato del jóven poeta, y cuando menos lo esperaban hallaron el original. Carlota dijo á su amiga.

—Carolina, mira al que tanto ansiabas ver.

—Muy parecido está. Carlota, repuso la jóven provinciana; pero me parece mas pálido.

—Lo habrán puesto asi sus amores: contestó la niña sonriendo.

—Beso á V. la mano, Fernando, dijo la marquesa al poeta como á un conocido de

ayer; las niñas apenas le miraron, y Luisa le miró friamente sonriéndose con desprecio. Fernando se sonrió á su vez con una punzante ironía, y dijo á su amigo.

—¿Has observado?

—Sí.

—Esas señoras me saludan como á un conocido de ayer, y si me presento en sus casas se negarán á recibirme.

—Es muy probable.

—¿Y ese desprecio?

—Lo motiva tu nuevo amor.

—¿Llevo sobre mi frente escrito el deshonor?

—No, amigo mio; pero el mundo...

—¡El mundo! Esa palabra es un comodín que santifica las acciones mas criminales, y que condena las inocentes. Por cumplir con el mundo una madre abandonará al tierno niño...

—Es un juez venal si tú quieres; pero al fin, Fernando, es un juez.

—¡El mundo, el mundo! Esta palabra se adune con tristes recuerdos para asesinarme tambien. ¿Para amar á Julia, amigo mio, tendré que renunciar al mundo?

—En alguna manera sí. Medita, Fernando, medita, y antes...

—Calla por Dios, cállate, Enrique. He te-

nido brillantes sueños, ambicion de gloria y de honores, todo lo puedo conseguir; pero está empeñada mi palabra, y aunque me suicide al dia siguiente la cumpliré, la cumpliré.

Enrique inclinó la cabeza como diciendo «de nada sirve que yo te dé buenos consejos,» y Fernando se mordió los labios con mal reprimido furor.

La muchacha, que tan atenta habia procurado escuchar la conversacion de las señoras, y despues la de los dos jóvenes, se adelantó, y dijo al poeta.

—Hasta la noche, don Fernando.



---

---

## CAPITULO XIX.



### Los dos criados.



Julian, el antiguo criado del poeta, se encuentra en la casa de Julia en conversacion con María, la niñera que llevó al *casino* al respetable don Joaquin. El criado la estaba riñendo por un descuido de cocina, y la muchacha le hacia gestos con su viveza habitual. Julian proseguia regañándola para desahogar el mal humor que le producía un reuma crónico y completamente rebelde al bálsamo del doctor Fullola: pero la muchacha le dió una palmadita en el hombro, y le dijo:

—Si V. fuera hombre capaz de guardar un secreto, le revelaria uno importante.

—Un hombre con sesenta años y mas barbas que un capuchino, no dice jamás el secreto que otra persona le confia.

—Pero ha de guardarlo tambien de don Fernando, y sobre todo de nuestra señorita Julia. Si la pobrecilla lo supiera quizá moriria de dolor.

—¿Qué ocurre? preguntó Julian, alarmado con tal preámbulo.

—Voy á contarle en un momento, si me empeña V. su palabra de no referir...

—Te la doy.

—Pues escuche con atencion.

La muchacha contó á Julian la conversacion de las seis damas ante el retrato del poeta; y en tanto que hablaba María, un oido atento hubiera notado en el aposento vecino una respiracion afanosa y suspiros entrecortados.

—Estas señoras mal habladas, continuó diciendo María, envanecidas con sus títulos, con sus galas y con sus nombres, quizás tendrian por qué callar, siendo mucho mas criminales que nuestra pobre señorita.

—¿Y para contarme estos chismes me has encargado un gran secreto?

—Aun queda lo mas importante. Despues de marcharse las señoras, empezaron los dos amigos una conversacion en voz baja, de la

que perdí mucha parte ; pero las palabras que oí encierran un grande misterio. Don Fernando, dijo á su amigo. «Julia ha dormido en otros brazos , ha recibido impuros besos , ha pertenecido á cien hombres.»

—¿Eso dijo?

—Y añadió despues: «Calla, por Dios, cállate, Enrique. He tenido brillantes sueños, ambicion de gloria y de honores: todo lo puedo conseguir ; pero está empeñada mi palabra, y aunque me suicide al dia siguiente la cumpliré, la cumpliré.»

En el aposento inmediato resonó un profundo gemido que llamó la atencion de Julian, y le hizo entrar apresurado. A pesar de todos sus esfuerzos no pudo averiguar la causa ; pero al salir dijo á María:

—Guarda , muchacha , ese secreto en lo mas oculto del alma ; no lo comuniques á nadie, y ya te hubiera agradecido mucho no tener sobre mi su peso.

—Lo guardaré , dijo María: y Julian se marchó llorando.

A las nueve de la misma noche entró Fernando , como de costumbre, en la casita de la huérfana : estaba abatida su frente y sus ojos bastante hundidos: el dolor se descubria en ellos, y toda la angustia del alma. Entró en la sala distraido ; Teodora estaba haciendo

media, y el buen esclaustrado leía: la huérfana no estaba allí.

—¿En dónde esta Julia? preguntó con triste sonrisa el poeta.

—Está enferma, replicó el anciano.

—¿Se la puede ver?

—Sí señor, contestó Teodora.

El poeta penetró en la alcoba de Julia, y la encontró con una fiebre bastante violenta.

—Fernando, dijo Julia con voz doliente.

—¿Qué tiene V? le preguntó el jóven.

—Un fuerte dolor de cabeza y el corazon muy oprimido.

—Llamaré al médico.

—No señor; mi dolencia debe curarse con una noche de reposo.

—¿Y si no se cura?

—Mañana pensaremos en un doctor.

Fernando se despidió de Julia, y muchos dias tristes siguieron é esta noche de enfermedad.

---

---

## CAPITULO XX.



### **El ex-ministro.**

La discusion de los presupuestos fué mas borrascosa cada dia; Fernando habia tirado el guante, y no abandonó la palestra, haciendo cada vez mas prosélitos y adquiriendo mas nombradía. Céspedes quiso conjurar la tormenta con amenazas y favores; pero si hubo espíritus débiles que se doblaron á las unas y se ablandaron á los otros, hubo tambien almas elevadas y hombres que creyeron medrar mas con la variacion del gabinete, y unos y otros se coligaron para destronar á los ministros.

No hubo resorte que no tocasen la oposi-

cion y el ministro para conseguir la victoria; mas al fin triunfó la primera, y cayó el segundo agoviado bajo la maldicion unánime del pueblo que habia gobernado.

Céspedes estaba furioso, se veia derrocado por un jóven á quien odiaba mortalmente, y veia por primera vez en su vida el triunfo completo de la virtud y del talento sobre la intriga y la maldad. A medida que se eclipsaba la estrella de su poderío, notaba mayor frialdad en Luisa, y veia llegar su desapego á mal encubierto desden. Aunque Céspedes no era hombre capaz de amar con entusiasmo, tenia demasiada vanidad para no sentir los desdenes que empezaba á hacerle su dama. El no haber admitido su brazo en la escalera del Congreso, lo creyó algun resentimiento momentáneo, y no paró mucho su atencion. Ocupado durante algunos dias con los sinsabores de la crisis, apenas habia tenido tiempo para acercarse á Luisa en público; pero despues de su caída quiso hallar una ocupacion en su galanteo de ministro, y olvidar profundos disgustos en el seno de una muger.

El veinticinco de noviembre va Céspedes en su carretela hácia la casa del banquero: sin dar lugar á que le anuncien, entra rápidamente en el estrado, y se dirige á Luisa que lee en una butaca recostada.

—Adios , Luisa , dijo el ex-ministro.

—Señor de Céspedes , contestó Luisa estremeciéndose ligeramente.

—Me recibes , prosiguió Céspedes , con una frialdad que me pasma.

—Puede V. tomar asiento si gusta.

—Destierra , Luisa , ese V. glacial , y hableme como buena amante.

—Hace quince dias que no nos vemos , Céspedes , y una tan prolongada ausencia disminuye la confianza.

—No me culpes , querida mia , las mas serias ocupaciones me han privado el gusto de verte.

—No es mi ánimo dar á V. quejas , es solo consignar un hecho.

Céspedes se acercó mas á Luisa , y quiso tomarla una mano. Luisa la retiró al momento , y dijo á Céspedes.

—Caballero , cualquiera que sean las confianzas que hayan mediado entre nosotros , estoy decidida á que concluyan , y puede V. darlas , señor de Céspedes , por terminadas desde hoy.

—Por Dios , Luisa , que te estoy oyendo y no doy crédito á mis oidos. ¿Hablas seriamente?

—Sí señor.

Céspedes empezó á pasearse , sacó un puro de su petaca , lo encendió , tomó un sillón có-

modo, lo colocó frente de Luisa, puso una pierna sobre otra, y echando la cabeza hácia atrás, dijo:

—Si tuviera yo, Luisa, un caracter mas irritable, no pudiera escuchar con paciencia lo que has acabado de decirme; pero á mis años no es difícil conservar una dosis de calma, y la tengo en esta ocasion. Acabo de perder, como sabes, el mas eminente lugar á que puede aspirar un hombre, y no quiero hacer á un mismo tiempo dos pérdidas irreparables. Nuestras relaciones, Luisa mia, continuarán como hasta hoy.

—Repito á V., señor de Céspedes, que están terminadas de un todo.

—Repito, Luisa, una y mil veces que continuarán como antes.

—¿No soy yo dueña, por ventura, de mi voluntad?

—Quizás no.

—¿Céspedes!

—¿Luisa?

—Tenga V. la bondad al instante de dejarme sola.

—No es posible.

—Lo mando, Céspedes.

—¿Manda, Luisa...

—Que tenga V. la bondad de alejarse de aqui cuanto antes.

—No, Luisa: un amor como el nuestro no puede extinguirse jamás.

—Dará V. Lugar á que mis criados no le reciban.

—¿Por qué, Luisa?

—Porque recibirán mis órdenes para no recibirle.

—Luisa, te arrepentirías de ello muy pronto.

—¿Es una amenaza?

—Quizá sí.

Luisa cogió el cordon de la campanilla para llamar á sus criados, Céspedes la detuvo la mano, y dijo.

—Antes de llamar á tus criados, reflexiona un momento, Luisa. ¿Reconoces este retrato?

—Sí: es el mio. Devuelvámelo V.

—No, Luisa. ¿Conoces estas cartas?

—Las conozco. Son escritas por mí.

—Pues bien. Si rompes nuestras relaciones, este retrato y estas cartas serán entregadas á tu esposo.

—¿Céspedes!

—¿Luisa!

—¿Cabe tanta infamia en un hombre!

—Me parece que sí.

—¿Dios mio!

—¿Por qué lloras, Luisa, por qué lloras?

—No es posible que V. haga, Céspedes, lo que me ha dicho. Es una amenaza...

—Una amenaza que puede convertirse en un hecho. Por lo demas está en tu mano. ¿No recuerdas, Luisa, los instantes en que me has jurado amor eterno?

—Todo lo recuerdo, Céspedes, todo; mas estoy abrumada, señor, bajo el peso de mi vergüenza. V. conoce bien á Vargas; es bueno para mí, es honrado, y yo le pago infamemente. ¡Oh Céspedes! es indispensable que yo remedie mi extravío. Estoy decidida, es preciso.

—¿Quieres ser una Magdalena? Yo contribuiré por mi parte á la completa conversion. Entregando á Vargas el retrato y las cartas se unirá al arrepentimiento la merecida penitencia.

Luisa se echó á los pies de Céspedes, y con los ojos turbios de llanto, los labios secos y las manos hácia él alzadas le suplicaba humildemente.

—Esas cartas, ese retrato. Céspedes, por Dios, esas cartas.

—Levántate, Luisa, levántate. Tú tan hermosa, tan codiciada, tan seductora y tan altiva: tú, hermosa reina de los saraos, tú, flor perfumada entre mil flores, tú á las plantas de un ex-ministro. Cosas se ven, Luisa, por Dios que no las creeríamos contadas.

—Esas cartas, Céspedes, esas cartas.

—Pero no tiene nada de extraño. Cuando una muger adora á un hombre como tú me adoras, bella Luisa no hay degradacion en el ruego, y es el llanto una nueva prenda de amor inestinguible, inmenso. ¡Qué hermosa estás arrodillada! Si yo fuera Fernando...

—¡Céspedes!

—Si yo fuera Fernando, Luisa, te compondria un bello madrigal, una oda ó puede ser que una elégia; pues pareces en esa actitud la blanca estatua de un sepulcro; pero como no soy poeta, me contento con compadecerte.

—Las cartas, Céspedes, las cartas.

—No, Luisa.

—Nuestras relaciones seguirán.

—Asi lo creo. ¿Me amas?

—Mis cartas, mi retrato, Céspedes.

—Luisa, repite que me amas.

—Te amo, Céspedes; pero mis cartas.

—Di otra vez, Luisa, que me amas.

—Te amo, Céspedes, te amo, te amo.

—¿Me amas mucho?

—Mucho, muchísimo. ¿Me darás mis cartas?

—No, Luisa.

—¡Ay!

Luisa lanzó un sordo gemido, y se cubrió los

ojos con las manos: Céspedes la dijo sonriendo.

—Desprenderme yo de tus cartas. No ves Luisa, que es imposible. Estas cartas, Luisa, contienen dulces protestas de cariño, y un amante como yo las guarda, porque son prendas de su amor.

—¡Céspedes!

—No hay remedio, estas cartas las guardaré como un tesoro.

—Céspedes, he mentido diciendo que amaba á V., porque es mentira.

—Nada me importa, Luisa, nada. Yo tampoco te quiero ahora ni te quise jamás, jamás. Eras una muger amada por los jóvenes mas elegantes, y yo me propuse eclipsarlos; estabas medio embelesada con un vanidoso poeta, y le bajé su vanidad. He dado ruido con tu amor, y me ha servido, hermosa Luisa, para conseguir otras mugeres.

—Eres muy infame.

—No importa; tú seguirás siendo mi querida...

—Jamás.

—Doy las cartas á tu marido.

—No, Céspedes, no. Seré tu querida, cuanto quieras.

—Pero no una querida como antes; no serás una muger amada ni respetada por lo me-

nos. Serás una esclava miserable que te arrastrarás á mis pies sin levantar á mí los ojos. Verás que adoro á otras mugeres, que las respeto, que me humillo para levantarlas sobre mí: y tú con cólera impotente te mesarás esos cabellos tan perfumados y lustrosos, te acardenalarás ese semblante tan terso, hermoso y sonrosado.

—¡Céspedes!

—Sí, Luisa, todo eso tendrás que sufrir, y acaso mas. Tú no me amaste, muger altiva; quisiste dominar al ministro, y me concediste para hacerlo el sacrificio de tu honor. No has temido, Luisa, al escándalo mientras he sido omnipotente. Se menguó mi poder, y empezaron tus miramientos hácia el público; hoy me ves vencido, y se despierta en tí el amor á tu marido. Nos hemos conocido, Luisa, pero cuando un hombre no ama pierde en la lucha la muger.

—¡Céspedes!

—He dicho la verdad. Estoy cansado de mentir, de medir mis fuerzas con hombres mucho mas robustos que yo, y ya que no puedo humillarlos, me vengo en humillarte á tí muger débil y desvalida.

—¡Céspedes!

—Si no hubieras abandonado á Fernando, al jóven poeta, estarias casada con él, y parti-

ciparias de la gloria que está destellando en su frente. Tampoco te hallarías inmediata á la miseria.

—¿Yo á la miseria?

—Sí, Luisa. Vargas ha jugado muchos millones á la alza, y antes que se concluya el mes tendrá que presentarse en quiebra.

—¡Qué horror!

—La miseria te rodeará mientras yo deslumbro opulento...

—¿No has jugado con él?

—Sí, Luisa, sí; pero al mismo tiempo que compraba para animar á mis amigos, vendía por mayores cantidades, y salgo ganando en la baja.

—¡Infame!

—Seré cuanto tú quieras; pero tú eres, Luisa, mi querida. Si después de haberte unido á Vargas hubieras amado á Fernando, estaría á cubierto tu honor, y yo no me atrevería á ofenderte; pues el hombre que se ha batido por una muger á quien odia, todo sería capaz de emprenderlo por una muger á quien amase. Fernando...

—No le nombres...

—Sí. Ahora tienes por él capricho, y quizás amor, hermosa Luisa: ahora te atormentas recordándolo, y por eso yo me complazco en traértelo, Luisa, á la memoria. Pero Fer-

nando no te ama. Fernando ama á una pobre jóven huérfana de un militar valiente muerto en el campo del honor; las injusticias de los ministros la obligaron á prostituirse, y yo fui su primer amante; pero tuvo hácia mi una antipatía que hoy la perdono, hermosa mia, porque está siendo tu rival.

Luisa podia apenas tenerse, veia en las manos del ex-ministro las fatales cartas y el retrato, y no se atrevia á exasperarlo; estaba vencida enteramente.

—Céspedes se guardó las cartas y el retrato, tiró la punta del cigarro que no habia dejado de fumar, y levantándose dijo á Luisa.

—Adios; está adelantada la tarde, y no puede tardar mucho Vargas: el amante debe salir cuando va á llegar el esposo. Esta noche á las diez te espero.

Céspedes echó una mirada sobre Luisa, y se salió del aposento: Luisa permaneció arrodillada sin atreverse á rogar al cielo, porque no estaba su corazon como once meses antes puro.



## CAPITULO XXI.

### El verdadero amigo.

—Tenga V. la bondad, decia Luisa á un hombre vestido de negro, tenga V. la bondad de esperarse que no tardará mi marido.

—Me es imposible detenerme.

—Media hora no mas, media hora.

—Es mi deber, señora mia, proceder al punto al embargo.

—Mi marido no puede tardar; media hora, señor, media hora.

El escribano condescendió á las instancias de la esposa, y tomó asiento en un sillón.

Luisa estaba vestida de negro, con lujo, mas sin coquetismo; y lágrimas mal comprimidas bañaban de vez en cuando su tez pálida

y sus descarnadas mejillas. No era la esposa del banquero aquella muger orgullosa que hemos conocido en los teatros, en los bailes y en los paseos; sus ojos estaban abatidos y su frente altiva surcada por las hondas huellas del dolor.

Reclinada en un confidente queria sujetar su pensamiento, y su pensamiento volaba para presentarle el casto amor que habia sentido por ella Fernando, las consideraciones de su esposo y los ultrages del ex-ministro. Luisa, aunque orgullosa y presumida, era muger, y se doblaba al infortunio y á las penas. ¡Pobre Luisa, cuánto padecia en el lujoso confidente!

Fijos sus ojos en la puerta esperaba con ansiedad ver entrar por ella á su marido; pero al mismo tiempo temia que no hubiera sido feliz en su espinosa comision. Cada vez que oia la campanilla se levantaba de su asiento, pero burlada su esperanza caia desplomada y abatida.

Por fin sonó la campanilla, y á pocos momentos entró Vargas. Luisa se acercó á su marido que apenas hizo en ella reparo, y el escribano se levantó para saludar al banquero.

—Señor escribano, dijo Vargas, puede V. proceder al embargo cuando lo juzgue conveniente.

—Siento mucho, contestó el escribano,

verme en la dura precision de proceder á una diligencia...

—Conozco que V. embargándome solo cumple con su deber.

—El escribano se acercó á Vargas, y le dijo con gran recato.

—Si tiene V. gusto ó interés en ocultar alguna cosa, puede hacerlo con disimulo.

—Doy á V. repetidas gracias, pero no acepto su propuesta. He pagado religiosamente mientras he tenido dinero; he pedido próroga á un hombre que me debe toda su fortuna, no me la quiere conceder, y sufro el embargo con paciencia.

—¿Es posible que no te dé Céspedes ni una próroga? le preguntó Luisa admirada.

—Es mas que posible, es positivo. Me ha dicho que en tales negocios no se mezcla personalmente, y que los agentes de bolsa son los que cobran ó los que pagan.

—¡Infame!

—Tienes razon, Luisa, se porta conmigo vilmente. Proceda V., señor escribano al inventario de estos muebles.

El escribano iba á empezar, mas resonó un campanillazo en la puerta, y poco despues entró Fernando.

Vargas y Luisa al mismo tiempo esclamaron viéndole entrar, y Fernando se llevó

á su amigo hácia un extremo de la sala.

—Acaban de decirme en el Congreso lo que te sucede, amigo Vargas, y me he venido en el instante. Ese escribano me atestigua que van á proceder á embargarte, y yo quiero que me manifiestes el estado de tus negocios.

—He jugado, amigo Fernando, con locura, con frenesí. La suerte se ha mostrado adversa, y he perdido sumas enormes. En tanto que he tenido plata he pagado religiosamente; hoy solo tengo algunos créditos de muy lenta realizacion, y me veo obligado á sufrir el embargo que va á empezar.

—¿Cuánto debes, amigo mio?

—Veinte y cinco mil duros, Fernando.

—Y los créditos á tu favor ¿á cuánto montan?

—Segun creo pasarán de cincuenta mil duros.

—¿En qué tiempo podrás realizarlos?

—En seis meses.

Fernando se apartó de Vargas, y acercándose al escribano, le dijo.

—¿Me conoce V?

—Sí señor.

—Bajo mi palabra de que no se le seguirá ningun perjuicio, ¿quiere V. suspender este embargo por el espacio de dos horas?

:

—No tengo ningun inconveniente.

Pues tenga V. la condescendencia de acompañarme, y de aqui á dos horas volveremos.

El escribano se despidió, y salió al punto acompañando al jóven poeta.

Luisa volvió á reclinarse en el sofá, y ocultó su rostro entre las manos: Vargas profundamente preocupado dió varios paseos por el salon buscando modo de esplicarse la conducta que acababa de usar su amigo. Después de haber dado algunos paseos se paró delante de su esposa, y contemplándola tan abatida se sentó á su lado, y la dijo.

—Solo siento mis grandes pérdidas, porque nos traerán privaciones que te afectarán como á mí. Tú, tan jóven y tan seductora, tendrás que sufrir escaseces á las que no estás acostumbrada, y la que se ha distinguido hasta ahora por sus trenes en los paseos, y por sus galas en las saraos, pasará desapercibida, señalándola las envidiosas como miserable juguete de la caprichosa fortuna.

Luisa suspiró amargamente.

—No suspires, prosiguió Vargas; estoy acostumbrado á trabajar, y no faltará algun banquero que me reciba en su escritorio. Ganaré con muchos afanes una cantidad bastante módica; no podré sostenerte, Luisa, un gran número de criados, palcos, joyas ni car-

retelas; pero al paso que disminuyan nuestras comodidades, esposa, tomará incremento mi amor.

— ¡Vargas!

— Sí, esposa; yo vestiré siempre como el lacayo mas humilde para que tú puedas ponerte un nuevo chal.

— ¡Por Dios, Vargas!

— ¿Lloras las riquezas perdidas?

— No lloro las riquezas, Vargas, lloro la negra ingratitud de un hombre que te debe su gran fortuna.

— ¿De quién hablas, Luisa, de quién hablas?

— De Céspedes.

— Es muy infame.

El banquero guardó silencio por unos momentos, y despues prosiguió diciendo á su esposa.

— Todo lo he perdido, todo, Luisa, por la amistad de ese hombre infame. En primer lugar mi fortuna, una fortuna que subia á diez millones por lo menos; en segundo lugar mi opinion por muchísimos puesta en duda; y mi honor que se ha visto, Luisa, comprometido por su causa.

— Vargas, no dúdo que está intacto; pero el mundo está acostumbrado á pensar siempre lo peor, y quizá ve en mi frente una mancha...

Luisa se dejó caer de rodillas á los pies del triste banquero; este repitió.

—Yo no dudo que mi honor ha quedado intacto.

—¿Me perdonas, Vargas, me perdonas?

—¿Qué he de perdonarte, esposa mia?

—Perdóname por Dios; por Dios. Y...

Fernando volvió á entrar de nuevo acompañado del escribano, á su entrada se levantó Luisa, y Vargas salió á recibirle. El poeta se acercó á su amigo, y entregándole una cartera:

—Toma, le dijo, toma, Vargas, treinta mil duros en billetes, que pagarás á plazo de un año con el seis por ciento de intereses.

—Esa cantidad no puede ser tuya, dijo Vargas lleno de asombro.

—Tienes razon, un literato no puede dar treinta mil duros; de mi propiedad es la cartera, pero los billetes son de otro. Firmarás una obligacion que estenderá el señor escribano, y yo seré tu fiador, Vargas.

El banquero no hallaba voces con que agradecer á su amigo el socorro que le presentaba, y Luisa se tapaba el rostro para ocultar bien su vergüenza.

—Vé con el señor escribano, prosiguió diciendo el poeta, y arregla todos tus negocios,

pues las circunstancias apremian, y se van pasando las horas.

—¿Cómo te pagaré, dijo Vargas, un tan señalado favor?

—Conservándome tu amistad.

El banquero dió un abrazo á su amigo, y se dispuso para salir; mas al traspasar el dintel un lacayo le presentó un paquete cerrado. Vargas rompió el noma con prontitud, y vió que el paquete contenia un retrato de su muger, y las cartas que esta habia escrito á su amante don Blas de Céspedes.



---

## CAPÍTULO XXII.

---

### La tercera cena.

Es el veinticuatro de diciembre, y perdóneme mis lectores que en el discurso de dos años les describa tres noche-buenas: Julian, el fiel y antiguo criado de Fernando, se encuentra en la casa de Julia dando serias disposiciones y riñendo con la criada. La escena pasa en el comedor y habla Julian.

—Tiende pronto ese mantel, María, que son las once.

—Voy al punto.

—Date prisa, muchacha.

—Voy.

—Coloca los platos, las botellas, los tenedores, los cuchillos.

- Despacio, despacio, despacio.  
 —¿De prisa, de prisa, de prisa?  
 —¿Quiere V. que todo lo rompa?  
 —Quiero que andes lista, muchacha.  
 —Es que...  
 —Te pagan el salario para que andes lista.  
 —Lo sé; pero...  
 —No hay pero ni manzana. Ya puedes irte á la cocina, que yo arreglaré lo demas.

La muchacha se fué cantando, y Julian avisó á los señores que les esperaba la cena.

Muy pocos momentos despues entraron en el comedor, Teodora, que ocupó un testero de la mesa; don Joaquin, que se sentó en el otro; Julia y Fernando, que se colocaron frente á frente, y el criado que debia servirlos.

Teodora habia ganado mucho desde la navidad anterior; se habia quitado el esclaustrado diez largos años á lo menos, cinco habia envejecido Fernando, en cuya frente estaba escrito un dolor callado y profundo; Julia estaba mucho mas delgada que el año anterior, sus negros hojos estaban hundidos y apagados, era su respiracion muy penosa, pero los médicos no sabian la causa de su enfermedad.

La cena de estas cuatro personas fué limpia, sencilla y abundante; pero un triste

silencio reinó entre las personas reunidas. Fernando hacia los honores con manifiesta distraccion, el anciano comia muy poco, y Teodora casi lloraba. Solo Julia estaba serena; su sonrisa era bondadosa, y su tez blanca y trasparente se animaba á cortos intervalos con un ligero sonrosado.

Despues de servidos los postres quiso Fernando hablar varias veces, pero las palabras se extinguieron antes de llegar á sus labios. Julia conoció su embarazo, y con voz metálica dijo:

—Prometí á V., Fernando, darle una respuesta decisiva el dia veinticuatro de diciembre.

—Es verdad, replicó el poeta.

—Vea V. su reloj.

—Un minuto falta á las doce.

—Don Fernando, le devuelvo á V. su palabra.

—¡Julia!

—Julia no se casará nunca.

—¡Julia, Julia! repitió el poeta.

—La noche del treinta de setiembre supe cuanto habia sucedido en la academia aquella tarde.

—¡Perdon, Julia!

—Mi resolucion es, amigo mio, irrevocable; pero no le guardo rencor, y le viviré agradecida.

—¡Por Dios Julia!

—No me ruegue V., y condescienda á mi demanda. Mi mamá padece muchísimo, y necesita quien la cuide; mi tío es muy anciano, y le hace falta un protector. ¿V. me ofrece cuidar á los dos?

—Mientras viva.

—Mil gracias, mil gracias, don Fernando. Despues de tan grande favor voy á pedirle otro tambien.

—Hable V., Julia.

—Quiero retirarme á un convento. ¿Me pasará V. la pension que exijan las madres.

—Si, Julia.

—Mil gracias, mil gracias, don Fernando.

El poeta abandonó su asiento, se acercó á la jóven, y dijo:

—Hace V. bien, hermosa Julia, un alma tan pura y tan noble solo la merece nuestro Dios.

## CAPITULO XXIII.

**Las tres heridas.**

Tres meses habian trascurrido desde el veinticuatro de diciembre; tres meses eternos de agonía para el corazon del poeta; tres meses de agonía tambien para otros seres desgraciados.

Fernando salió de su casa pálido, triste y abatido, y con la conciencia de un hombre á quien no queda en este mundo ni un átomo de felicidad. Corrió varias calles distraido, sin volver á nadie el saludo, entró en una iglesia de monjas; cruzó el templo sin reparar en los objetos que le rodeaban, y llegando á la sacristía, dijo al capellan.

—Padre mio, vengo á entregar á V. la

pension de la huérfana, de la pobre Julia. Hoy cumple el trimestre.

—Señor, no tiene V. que renovarle.

Fernando miró al capellan con mezcla de duda y asombro, y le preguntó.

—¿Por qué padre?

El sacerdote cojió al jóven con resolucion de la mano, lo asomó á la puerta del templo, y señalándole un ataud

—Señor, le dijo, ese ataud encierra los restos de Julia.

—¡Sus restos! exclamó el poeta, y fuera de sí se lanzó hácia el cadáver de la niña.

Conforme se acercaba á él, iba deteniendo sus pasos, y su frenesi se cambiaba en melancólico respeto. Llegó por fin al ataud, y vió á Julia, á quien todavia se podia aplicar un suavísimo verso del Dante. «*Creatura bella, bianco vestita.*» Sus ojos estaban cerrados como los de un niño en el sueño, y cruzaban su blanca tez menudas líneas azuladas, sus labios tenian el morado de los capullos de vengala, y bagaba en ellos todavia una sonrisa celestial.

—Julia, repitió varias veces con acento breve el poeta; pero Julia no respondió; estaba por siempre dormida, y los dormidos no responden.

Se apartó Fernando algunos pasos, y vió á una

muger arrodillada á corta distancia del féretro; estaba de espaldas hácia él, y no pudo reconocerla; pero una secreta simpatía le arrastraba. Se adelantó, pues, algunos pasos, y oyó que repetía llorando.

—¡Perdon, Vargas, perdon! ¡Dios mio! ¡Perdon, tú Fernando, tambien!

Aquella muger era Luisa; su tez estaba tan marchita como la de Julia; pero al menos rogaba á Dios y vertía llanto.

Fernando se alejó al momento, porque mirándola ofendía la presencia de aquel cadáver, y lanzó una mirada por la iglesia, como buscando algun amigo que tomase parte en su dolor.

Próximo al cancel, descubrió un hombre, vestido con bastante lujo y seguido por un lacayo, corrió hácia él rápidamente, y cogiéndole por el brazo, con esa fuerza singular que da el delirio, le arrastró tras sí en derredor de la iglesia.

—No está, no está, decia Fernando con voz entrecortada y ronca. No está Vargas. ¿Qué ha hecho V. de él?

El personaje quedó mudo, y prosiguió Fernando.

—Vargas está loco, loco en Toledo.

Siguió su marcha apresurada, y parándose delante de Luisa, preguntó con voz mas siniestra.

—¿Qué ha hecho V. de Luisa?

—Por piedad, murmuró el personaje.

—No. ¿Qué ha hecho V. de Luisa? Es una estatua, pero está en su seno la muerte.

Luisa fijó sus turbios ojos en Fernando y su compañero, y lanzando un agudo grito se cubrió el rostro con las manos.

—Huyamos de aquí, dijo el poeta, que asesinamos á esta muger.

Y arrastrando tras sí al personaje lo prosternó ante el ataud. Entonces la voz de Fernando tomó un acento mas sombrío, y gruesas gotas de sudor se deslizaron por su frente.

—¿Qué ha hecho V. de Julia? preguntó.

—Piedad, murmuró el personaje.

—¿Qué ha hecho V. de Julia. Está muerta.

Un rayo de sol cayó entonces sobre la hermosa faz de Julia que la ciñó como aureola, y Fernando prosiguió.

—Céspedes, es V. un vil asesino. ¿Y se quedarán sin venganza el loco Vargas, Luisa y Julia? ¿Quedará Céspedes insultando con su fausto á la pobre viuda, con su desenfreno á las huérfanas, con su liviandad á los esposos? Sí quedará, sí quedará, porque no hay justicia en la tierra.

En las facciones de Fernando se pintó un triste abatimiento; pero pasando de improviso

del abatimiento al furor, y sacudiendo con violencia á Céspedes, exclamó.

—¡No! ¡No se quedarán sin venganza! ¡Yo seré la justicia en la tierra!

Fernando queria ahogar á Céspedes, y estaba próximo á lograrlo; pero en aquel momento oyó la voz de Luisa que decia:

—Perdon, Vargas, perdon, Dios mio. El perseguidor y el perseguido encuentran justicia en el cielo.

Aflojó Fernando sus manos, y con acento dolorido dijo á Céspedes.

—Ha causado V. una herida á mi amigo Vargas que le ha costado la razon, una herida á su esposa Luisa que le ha costado la belleza, otra á Julia que le ha costado mas, la vida. En cuanto á mí tengo perdido el único bien, la esperanza.

De nuevo la ira de Fernando se iba retratando en sus ojos; pero calmándose á la voz de Luisa que su plegaria repetia, como á la voz de Dios se calma la mas violenta tempestad, añadió con tono solemne.

—Viva V., Céspedes, viva V. SI EL CRÍMEN PROSPERA EN LA TIERRA, ESTÁ LA JUSTICIA EN EL CIELO.

FIN.

